

Jorge
Amado

Los subterráneos de la libertad. Vol. 3

Luz en el túnel

Traducción de
Basilio Losada



Lectulandia

Luz en el túnel, tercera de las obras que componen la trilogía de Los subterráneos de la libertad (1955). Su fe inquebrantable en los ideales que animaban al pueblo brasileño en su lucha contra la clase dirigente, hace que el escritor pueda transformar su novela en un mensaje de participación y combate dirigido a todos los pueblos oprimidos, más allá de los límites impuestos por las peculiaridades intrínsecas de cada nación.

Desde una triste realidad de sufrimiento y abnegación, Amado hace surgir la voz esperanzadora del pueblo brasileño, dispuesto a sacrificar la propia vida para defender y alimentar aquella tenue luz que brilla al final del doloroso camino de la dictadura, como estímulo y símbolo a la vez de un futuro gratificador. Por momentos, todo parece perdido, pero la presencia del obrero y del campesino brasileño vuelve a reafirmarse, gracias a una entrega absoluta que supera el ámbito político para convertirse en himno universal de amor al pueblo.

Lectulandia

Jorge Amado

Luz en el túnel

Los subterráneos de la libertad 03

ePub r1.0

German25 01.09.17

Título original: *A luz no tunel*
Jorge Amado, 1955
Traducción: Basilio Losada

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Zélia y James.
Para Diógenes Arrada, Laurent Casanova, Anna Seghers y Michael Gold,
con amistad.

Metida tenho a mão na consciênciæ não falo senã o verdades puras que me ensinou a viva experiênciæ.

Camões (Sonetos)

Hay en mi corazón furias y penas.

Quevedo

CAPÍTULO PRIMERO

1

Desde el coche, sentado entre dos policías, Carlos miró hacia la calle como despidiéndose. En una de aquellas calles próximas había vivido de niño, y, de súbito, le invadieron recuerdos infantiles. Su padre cantaba fragmentos de óperas italianas, tenían un viejo gramófono donde ponían discos de Caruso. Una vez, en una de sus correrías de chiquillo endiablado, hizo caer uno de aquellos discos que se rompió: su padre entró hecho una furia y Carlos tuvo que refugiarse entre las amplias faldas de la madre para escapar al castigo. Su madre era una negra, toda ella cariño y alegría; gorda y tranquila, en contraste con el marido, un italiano flaco y nervioso. El contraste llegaba incluso a la música que les gustaba, pues la madre era muy dada a los cocós y cateretés, a sambas en corro. Su deseo era vender el anticuado gramófono para comprar una radio, pero el padre se oponía, ¿cómo iba a oír entonces los discos de Caruso? La madre no insistía. Vivía en una contemplación apasionada del marido y del hijo, de aquel hijo que era una mezcla perfecta de los dos: inventivo y nervioso como el padre, afable y risueño como la madre. Algunos domingos aparecía por allá el viejo Orestes para comer y discutir de política. El padre era famoso por sus macarrones a la italiana, pero el viejo anarquista, tal vez para picarle un poco, elogiaba con preferencia los platos afrobrasileños de la madre, rebosantes de especias. Fue el viejo Orestes quien guió los primeros pasos de Carlos en el camino de la lucha revolucionaria.

«¿Quién me habrá vendido?», se preguntaba en el coche, huyendo de los recuerdos de la infancia que habían despertado aquellas calles entrevistas. Le conocían muchos, sin duda. Era miembro de la directiva regional, estaba en contacto con las bases, pero pocos eran los que sabían donde vivía. Y, sin embargo, la policía había llegado allá, con un despliegue espectacular de fuerzas, rodeando la manzana, alarmando a los vecinos. Los policías estaban perfectamente informados, no sólo de la casa, sino también de sus hábitos. ¿Le habrían estado siguiendo desde hacía algún tiempo sin que él se diera cuenta? No. Era siempre muy cauteloso y no había visto nada anormal en los últimos días. Alguien le había entregado. ¿Quién sería?

Pasaba revista, en la memoria, a los compañeros que conocían su dirección. Los miembros del secretariado, Mariana, pocos camaradas más, todos ellos seguros y de confianza. No podía ver entre ellos a nadie capaz de hacerlo. Por otra parte, no tenía noticias de detenciones recientes. La víspera misma se había reunido con los camaradas y todo estaba en orden, las huelgas continuaban. Los huelguistas presos no sabían ni que existiera. ¿Quién podría haber sido? ¿Habría entregado a otros, o sólo sabía de él? Ésta era una cuestión primordial: la caída de la dirección en aquel momento, la detención de los compañeros responsables, representaba un verdadero desastre. Precisamente cuando empezaban a recoger el fruto del intenso trabajo desarrollado en los últimos meses, cuando la clase obrera empezaba a moverse después del largo interregno de calma que había seguido a la sangrienta represión de

la huelga de Santos y a las huelgas de solidaridad, al fracaso inicial de la huelga de la Paulista. Había costado tanto esfuerzo, tanto menudo trabajo día a día, levantar otra vez la combatividad de la masa... Habían sabido aprovechar la huelga de respuesta al golpe integralista, y el Partido había arraigado en las empresas, habían surgido algunos cuadros nuevos, llenos de futuro. Y ahora, todo eso estaba amenazado... Si sólo él fuera el vendido, entonces no sería tan grave; otro ocuparía su lugar y todo seguiría marchando. En este caso, sólo había un problema: no hablar, soportar lo que le hicieran. Pero si habían caído también Zé Pedro y João y ciertos compañeros responsables de las células fundamentales, entonces la cosa sería más seria, un verdadero golpe. Podía resentirse todo el trabajo, incluso el mismo movimiento de huelgas.

¿Cómo diablos había podido dar la policía con su pista? ¿Qué era lo que realmente sabía de él y de la organización? Lo mejor sería mantenerse en un completo silencio. Por la manera como se habían comportado los policías, por el número de vehículos y de guardias en la calle, por algunas palabras pronunciadas, se había dado cuenta de que la policía estaba bien informada sobre él y sobre sus actividades en el Partido. No era como aquella vez, cuando le detuvieron en Río por casualidad. Entonces había podido inventar una historia confusa, pura falsedad en todas sus piezas, y la mantuvo hasta el fin, hasta que acabó por convencer al delegado. Le habían pegado una paliza terrible al detenerle, pero como se mantuvo firme en su historia, acabaron por soltarle poco después. Ahora, era diferente. Tenía que mantenerse callado, negarse a responder. Y prepararse para aguantar la rociada, para aguantarla en silencio.

El coche se detiene ante el edificio de la jefatura de policía. Un guardia abre la puerta. Salta y se queda esperando en la acera. El otro le empuja:

—Vamos...

Carlos miró hacia la plaza. Algunos transeúntes observaban curiosamente el automóvil. Saltó gritando:

—¡Me detienen porque lucho por el pueblo, contra este gobierno!

La gente le miraba sorprendida, pero no oyeron el resto de la frase. Los inspectores le agarraron por los brazos. Él se resistió intentando defenderse. Aparecieron más policías, uno le dio un porrazo en la nuca. Le arrastraron hasta la puerta. Aún oyó a un guardia que decía:

—¡Largo de aquí! ¡Disuélvanse!

Uno de los inspectores le retorció el brazo desde la calle. Le dolía terriblemente, pero Carlos no decía nada. Le arrastraron hasta el ascensor. Un guardia le amenazó:

—¡Allá arriba vas a ver lo que es bueno!

Allá arriba había un largo corredor abarrotado de policías fumando, charlando, riendo. El que le retorció el brazo le soltó al tiempo que le empujaba hacia los otros y les decía:

—Es Carlos. Quiso echar un discurso ahí en la puerta, el muy cabrón...

Le golpeaban de todos los lados, puñetazos en la cara, en el pecho, en las costillas; recibió un violento puntapié en una pierna. Atravesó a golpes el corredor hasta la puerta del despacho de Barros. Le tiraron al suelo. El que había subido retorciéndole el brazo, se reía:

—Esto para que vayas viendo lo que te espera...

«Un sádico», pensó Carlos. Un puñetazo le había acertado en plena boca aplastándole el labio. Lo iba a pasar mal. Esta vez no iba a servir de nada inventar historias. Lo mejor sería mantenerse callado hasta que se cansaran o le matasen.

Barros apareció en la puerta de la antesala, sonriendo, con la eterna colilla pegada al labio inferior:

—Entre usted, caballero. Tenemos mucho de qué hablar...

Un guardia le dio un empujón.

—¡Rápido!

Dos inspectores entraron con él. Uno dejó sobre la mesa del delegado los materiales aprehendidos en su cuarto: volantes, números de *Classe*, los originales de un artículo que estaba escribiendo sobre las huelgas. El otro se quedó recostado en la puerta, silbando levemente. Barros deshizo el paquete del material al tiempo que indicaba a Carlos una silla. Empezó a examinar los volantes, a leer las páginas escritas del artículo. Movía la cabeza como asintiendo ante las ideas expuestas por Carlos sobre la dirección del movimiento huelguístico.

—Es un teórico el tipo este. Muy bien, sí señor...

Dejó los papeles. Se sentó. El inspector que había traído el paquete se alejó hacia una ventana. Barros miró al joven, apoyó los brazos en la mesa:

—Vamos a ver lo que tiene que contarnos, señor Carlos...

—Nada tengo que contar.

—¿No? En fin, ya veremos... —La voz blanda quería ser irónica—. Me costó trabajo descubrir quién estaba tras ese nombre de Carlos, señor Dário Malfati... Pero al fin lo he descubierto... Siempre pasa lo mismo: Barros siempre acaba por descubrir los secretitos... Por eso, lo mejor es abrir la boca a tiempo, contarlo todo, no esconder nada, ¿de acuerdo?

Estaba de buen humor y le guiñó el ojo al guardia que estaba junto a la ventana, y éste sonrió, como pasándolo en grande ante la ironía del jefe.

El que estaba en la puerta parecía indiferente ante la escena. No dejaba de silbar.

—A ver ¿qué prefieres: dictar la declaración o que te interroguemos?

—Dictarla.

—Muy bien. —Hizo un gesto hacia el que estaba en la puerta—. Un mecanógrafo...

El guardia salió, y volvió instantes después acompañado de un hombre vestido de negro, flaco y pequeño, con aire de ratoncillo hambriento. Se acercaron a una mesita con una máquina de escribir. El mecanógrafo se sentó enfrente, puso una hoja de papel:

—Estoy dispuesto.

—Puedes empezar —Barros se dirigía a Carlos. Pero no nos vengas inventando historias como hiciste en Río. Los de allí se lo creyeron, pero yo, te lo advierto, soy muy incrédulo... —Y se echó a reír de nuevo, y de nuevo sonrió con aire de aprobación el guardia que había traído el paquete de material.

Carlos se volvió hacia el mecanógrafo:

—Fui detenido por la policía en Río de Janeiro el 14 de enero de 1936. Me soltaron el 25 de febrero del mismo año. De nuevo me detuvo la policía, esta vez en São Paulo, hoy, 28 de setiembre de 1938.

Se calló, como esperando que el hombrecito flaco acabara de mecanografiar las frases dictadas. Cesó el ruido de la máquina, pero Carlos continuó callado. Barros le animó:

—Vamos a ver, ¿y qué hiciste entre detención y detención? La historia completa, con nombres y direcciones...

—Lo que hice entre las detenciones, es lo que ustedes han de descubrir. Son ustedes los policías, no yo. Y aparte de esto, no voy a decir nada más.

Barros alzó la mano, Carlos cayó de la silla alcanzado por la violenta bofetada:

—¡Pedazo de imbécil! ¿Es que vas a venir aquí a dártelas de valiente?

Se levantó, dio la vuelta a la mesa, agarró a Carlos, aún estirado, y por las solapas le levantó del suelo y le atrajo hacia sí, le soltó un puñetazo en plena boca y le dejó caer. Carlos perdió el equilibrio, sangraba por el labio, fue a dar contra la pared. Los dos guardias se habían acercado. El hombrecito flaco, sentado ante la máquina, corregía una letra con la goma de borrar. Volvió a escribir la letra como si nada ocurriera.

Barros se acercó de nuevo a Carlos. Los dos guardias también.

—¿Crees que no vas a hablar? Pues te digo que vas a vomitar todo lo que sabes; y si no, vas a dejar la piel aquí... Ya vi a otros valentones cagarse aquí, delante de mí...

Daba con el puño cerrado en la palma de la otra mano.

Sonó el teléfono. El hombrecito con cara de ratón lo descolgó, escuchó un momento:

—Está ocupado.

Desde el otro lado del hilo insistían.

—Sí, sí. Muy ocupado.

Siguió escuchando un momento.

—Espere... —se volvió hacia Barros. Es para usted, jefe. Roberto ha llegado con los otros. Quiere saber qué hace con ellos...

Barros sonrió, con una sonrisa victoriosa dirigida a Carlos:

—Esta vez estáis liquidados. De nada sirve hacerse el héroe. No voy a dejar ni rastro del partido aquí en São Paulo.

Se dirigió al teléfono. «¿Quién habría entregado al Partido?», se preguntaba Carlos, recostado en la pared. Le dolía la boca, quiso sacar un pañuelo para limpiarse

la sangre. Si era verdad lo que decía Barros, habían echado el guante a toda la organización. ¿Qué iba a ocurrir ahora con el movimiento huelguístico?

Barros daba órdenes por teléfono. Uno de los guardias volvió a silbar bajo; el mecanógrafo se limpiaba las uñas con un palillo. Carlos tenía el labio partido, la sangre no cesaba de fluir.

—Mándalos para acá. Quiero verlos... —decía Barros por teléfono, poniendo fin a la charla. Se volvió de nuevo hacia Carlos—. Te voy a dar un plazo para que lo pienses. Y te advierto una cosa: si no quieres hablar por las buenas, lo vas a hacer por las malas. Por la noche te llamaré otra vez... Si le tienes aprecio a la piel, trata de refrescar la memoria.

Se dirigió luego a los inspectores:

—Llevaos a este payaso de aquí. Pero no le metáis con los otros. Es un pez gordo, ya lo sabéis... Tenemos que tratarle como se merece... Metedle abajo, solo...

Miró para Carlos una vez más, como midiendo su capacidad de resistencia. Dio nuevas órdenes:

—Es mejor ficharle en seguida. Hacedle las fotografías inmediatamente. Puede que esta noche tengamos que hacer un trabajito con él, un tratamiento de belleza... Y yo necesito las fotos para los periódicos antes.

—Está bien, jefe.

Se llevaron a Carlos. Al atravesar la antesala, el muchacho vio al grupo de presos recién llegado. Eran tres camaradas de Santo André, uno de ellos con un cargo bastante importante. Carlos pasó como si no les conociera. Los guardias le estaban mirando a ver cómo reaccionaba. Barros espiaba también, a través de la puerta abierta, y vio como uno de los presos, un hombre de edad, casi enteramente calvo, se estremeció al ver el labio de Carlos sangrando, las huellas de los puñetazos en el rostro.

2

Cuando Zé Pedro despertó, con los repetidos golpes en la puerta, ya el chiquillo empezaba a llorar. Tocó levemente en el hombro de Josefa y le susurró al oído:

—¡Zefa! ¡Zefa!

Ella se levantó, aún medio dormida:

—¿Qué pasa?

Pero luego oyó el llanto del niño, apartó la sábana para levantarse. Pedro le cogió del brazo y murmuró:

—Está ahí la policía. Escucha...

Una mano pesada golpeaba la puerta, con fuerza. Josefa exclamó poniéndose la mano en la boca:

—¡Dios mío!

—Escucha... —dijo Zé Pedro—. Puede ser que te lleven a ti también, pero puede que no. Es preferible que no, por el niño. Es para utilizarte como pista para dar con los demás. Nadie tiene que venir estos días por aquí. Cuando yo no aparezca, los camaradas pensarán que me ha ocurrido algo. Lo mejor es que no avises a nadie. Al menos directamente. Si no te detienen, quédate en casa, no salgas inmediatamente. Más tarde, coges al pequeño y lo llevas a casa de tu madre. Quédate allá. No vayas a ver a ninguno de los nuestros, para no dar pistas a la policía. Ahora, vete ahí dentro, coge ese paquete de material y tíralo al pozo, mientras yo voy a ganar tiempo entreteniéndoles. Rápido.

Josefa saltó de la cama, salió corriendo del cuarto, descalza para no hacer ruido. Unos minutos después, Zé Pedro se levantó. Los golpes amenazaban con derribar la puerta. Los vecinos debían de estar ya todos despiertos. Oyó los pasos de Josefa que volvía del patio. Una suerte aquel profundo pozo antiguo, de los tiempos en que aún no había traída de aguas. Siempre había pensado que podía servir para hacer desaparecer material si la policía localizaba la casa. Esperó a que Josefa se acercara:

—¡Ánimo! Cuida del pequeño...

Y fue hacia la puerta, donde golpeaban ahora con algún objeto de hierro.

La luz de la madrugada entró por la puerta abierta. Josefa apareció en el corredor con el chiquillo en brazos. Los policías entraron, pistola en mano:

—Entregaos o disparamos.

Barros se adelantó desde el coche donde se había quedado. Atravesó entre los guardias, reconoció a Zé Pedro en la oscuridad del pasillo:

—Es él. —Ordenó a los policías—: Dad una batida por la casa, debe de haber mucha cosa interesante por aquí. Lo habrán escondido, tardaron demasiado en abrir...

Los policías invadieron la casa. Uno de ellos apartó bruscamente a Josefa del camino. El chiquillo volvía a llorar. Barros interpeló a la mujer:

—Un hijo, ¿eh? ¿Quién lo hizo, tú u otro camarada? —dijo volviéndose a Zé Pedro—. Porque por lo visto entre vosotros todo es común. Las mujeres lo serán

también, digo yo...

Zé Pedro no respondió. Barros rió su propio chiste. Los policías que le acompañaban se rieron también. Uno dijo:

—Esta vaca ni tiempo tiene de ir a ver a su madre. ¡El tiempo que pasé yo de plantón allá, a ver si aparecía...! Hace más de un año que no va por allá...

Barros dijo:

—Claro... Tiene que quedarse junto al «compañero»... ¿No es verdad, preciosa? Para no dar ninguna pista, ¿eh? Pues ya ves de qué os ha valido. Barros ha dado con la pista... —se volvió a Zé Pedro—: Vístete. Allá en jefatura acabaremos de hablar. Tenemos tema de sobra... —Ordenó a un guardia—: Vete con él. Registra el cuarto.

Josefa apretaba al hijo contra el seno. Se apartó para que pasara Zé Pedro. Iba a acompañarle. Barros le advirtió:

—Tú vienes también con nosotros...

Ella preguntó:

—¿Y el niño? No puedo dejarle aquí solo...

Zé Pedro se volvió:

—Mi mujer no tiene nada que ver con todo esto. Cuando se casó conmigo no sabía nada... Nunca se ha metido en política.

—Vístete rápido. No te pregunto nada. Sé lo que debo hacer...

El guardia les acompañó. Revolvía el cuarto mientras Zé Pedro se vestía lentamente y Josefa reunía los trapos del pequeño. Quitaron el colchón de la cama. Vacieron la improvisada cuna del chiquillo, construida por el propio Zé Pedro con tablas de cajón.

—Aquí no hay nada... —murmuró el inspector, hablando con Barros.

—Oye —dijo Zé Pedro a Josefa aprovechando un momento en que se quedaron solos—: Tú no sabes nada de nada. Por aquí no venía nadie. Era yo quien salía todos los días. Nadie, ¿oyes? Aunque te maten.

—¿Y el niño? —preguntó ella estremeciéndose.

—A él supongo que no le harán nada, pero... —desvió los ojos, porque los sintió tristes—... aunque maten al pequeño, tú no sabes nada. ¡Valor, Zefa!

Volvía ya el inspector:

—Vamos... Tanto tiempo para ponerse la chaqueta, ni que fuerais de fiesta...

Esperaban en el pasillo la vuelta de Barros. El delegado registraba la casa. Le parecía imposible que sus hombres no hubieran encontrado nada, fuera de unos libros metidos en un cajón, en la sala. Anduvo también por el patio, registró en un pequeño plantel donde crecían unos tomates y una raquílica guayaba. Explicó a sus hombres:

—Vosotros quedaos aquí, en la casa, a echarle mano a quien aparezca. Y de paso mirad por ahí otra vez, a ver si dais con algún escondrijo. Este tipo es perro viejo y debe de haber metido el material en algún sitio. Luego os mandaré el relevo...

El chiquillo se había callado. Ahora chupaba un pedazo de pan seco, de la víspera, que le había dado Josefa. Los guardias no le habían permitido que preparara

la papilla.

—Éste se viene conmigo —dijo Barros señalando a Zé Pedro.

Por las ventanas, entreabiertas con miedo, aparecían las cabezas curiosas de los vecinos. Algunos policías llevaban aún las pistolas en las manos. El chiquillo volvió a llorar furiosamente. Se le había caído el pedazo de pan al polvo de la calle. Josefa les rogó:

—Déjenme al menos calentar cualquier cosilla para el niño... Ya ha pasado su hora...

—Los hijos de comunista no tienen por qué comer... —dijo haciendo su gracia uno de los guardias.

Otro empujó con el pie el mendrugo caído en el suelo:

—¿Qué lujos son éstos? Coge el pan...

Un busto de mujer se mostró en una ventana, en la casa de al lado. Era una matrona gorda, despeinada:

—Yo le daré un poco de leche, vecina... Luego se dirigió a los guardias: —Es no tener corazón dejar así a un chiquillo sin comer.

Desde dentro de la casa alguien forcejeaba para arrancarla de la ventana. La mujer volvió la cabeza:

—¿Quieres dejarme? ¿Qué me importa que sean comunistas? ¡Aunque fueran los peores asesinos del mundo! ¿Dónde se ha visto llevar a un chiquillo a la cárcel? ¡Y sin comer! ¿Dónde se ha visto?

Se asomó otra vez:

—Espere un minuto, que le llevo la leche...

Desapareció en el interior de la casa.

Apareció luego en la puerta, con una bata puesta a toda prisa sobre el camisón, y con un vaso de leche en la mano. Se lo dio a Josefa, le acarició la carita al niño. Desde uno de los coches Barros daba prisa. Uno de los policías, aún en la acera, se dirigió a la mujer:

—Un día va a ver de qué sirve ayudar a los comunistas... Cuando vengan y se le lleven todo lo que tiene...

La mujer se puso en jarras, alzó el rostro, toda su voz en desafío:

—¿Qué es lo que se me van a llevar? Como si una tuviera algo, como si un pobre en esta tierra tuviera tanto que llevarse... Peor de lo que es ahora, no va a ser...

Recibió de vuelta el vaso vacío. Josefa le dio las gracias:

—Se lo agradezco mucho.

El guardia empujaba a Josefa hacia un coche. Luego le gritó a la mujer:

—¡Fuera de ahí, elefanta!

También desde dentro de la casa la llamaban con voces amedrentadas, pero ella se quedó en la acera hasta que desaparecieron los coches:

—Cobardes... Miserables...

3

Le llevaron directamente a la sala de tortura. El lúgubre humor policial la había designado con el nombre de «sala de las sesiones espiritistas». Durante el resto de la tarde, en un cubículo húmedo del sótano de la jefatura, Carlos, con el cuerpo dolorido por los golpes y las patadas, se había concentrado en dos problemas: ¿Quién los habría entregado? ¿Cuánta gente habría caído?

Le habían quitado el cinturón y la corbata, para que no se ahorcase, y tenía que sostener constantemente los pantalones con las manos. Y como los pantalones eran largos para él, heredados de otro, amenazaban con caérsele en cualquier momento. Acabó por sentarse en el cemento mojado de la celda, donde habían echado cubos de agua antes de encerrarle. No podía saber cuántos compañeros habían caído en la redada, pero empezaba a vislumbrar de dónde había partido la denuncia: del grupo de Saquila. El periodista había huido, se había largado por el mundo tras el fracaso del golpe armando-integralista. Carlos había oído decir que andaba por Argentina o Uruguay, no recordaba exactamente. Pero no era sólo Saquila quien sabía algo de él. Su verdadera personalidad, sus funciones en el Partido, eran conocidas también por «Luis», es decir por Heitor Magalhães, el extesorero de la regional, expulsado por ladrón. Sólo él podía haber sido. A no ser que algún camarada, detenido por casualidad, hubiera hablado... Repetía una y otra vez los nombres de los camaradas que estaban al corriente de su domicilio, de su nombre, de su responsabilidad en el Partido: no eran muchos, y ninguno le parecía capaz de delatarle a la policía.

A medianoche vinieron dos guardias a buscarle. Salió entre ellos, sosteniendo los pantalones. No se hacía ilusiones sobre lo que le esperaba. Barros iba a intentar convencerle para que hablara en el despacho, y luego, allí mismo o en otra sala, recurrirían a la violencia. ¿Qué habría pasado con los compañeros de Santo André? Por uno de ellos Carlos era capaz de poner la mano en el fuego; era un tipo duro, probado, de aquél sí que no iban a sacar nada. Pero los otros dos ¿conocerían la bárbara violencia de la policía? ¿Hasta dónde afectarían aquellas detenciones a la huelga que se preparaba en las fábricas de Santo André?

Ni siquiera le llevaron al despacho de Barros. Le llevaron directamente a la sala, donde ya al entrar Carlos vio gotas de sangre en el suelo. Alguien había pasado por allí antes que él. Le esperaban ya dos inspectores: el sádico que le había retorcido el brazo por la mañana —luego supo que se llamaba Pereirinha— y un negro atlético, de nariz aplastada, en quien reconoció a un famoso torturador llamado Dempsey por haber sido boxeador tiempo atrás. Aquel Dempsey tenía una reputación de criminal salvaje. Había trabajado antes en la policía de Río, pero la crónica de sus hechos había llegado a escandalizar incluso al Parlamento, antes de la proclamación del Estado Novo y, debido a la protesta de algunos diputados, se había visto obligado a dimitir. Realmente, se habían limitado a trasladarle a São Paulo. Estaba en mangas de camisa y exhibía una porra de goma. Pereirinha, cuyos ojos malvados seguían todos

los movimientos de Carlos, había dejado sobre una silla un vergajo de alambre. Estaba en marcha un aparato de radio y se oía la música de un tango en sordina.

Barros apareció inmediatamente, él también en mangas de camisa, fumando ahora un puro en vez de la clásica colilla. Uno de los guardias que había ido a buscar a Carlos al calabozo cerró la puerta. Barros sonreía en medio de aquel silencio, como si encontrara cómica la figura del prisionero sosteniéndose los pantalones. Dio un paso, se sentó en una silla:

—Mira, te voy a hacer una propuesta, una propuesta de amigo. Esta vez se ha acabado todo para vosotros. Aquí y en todas partes. Casi todo el Partido está en los calabozos, empezando por los peces gordos. En Río cayó enterita la dirección nacional. Y en los otros estados, tres cuartos de lo mismo. Para hablarte sólo de uno, te diré que en Mato Grosso no ha quedado uno en la calle...

«Fue Heitor, no hay duda», pensó Carlos: la caída de la regional de Mato Grosso era indicio suficiente para delatar al traidor. En cuanto a la afirmación del delegado sobre las detenciones en Río, Carlos dudaba mucho: debía de ser un globo sonda para impresionarle, para desmoralizarle. Barros continuó:

—Estáis liquidados. Ya no hay salvación para vosotros.

Esperó un minuto. Carlos no abría la boca. El delegado prosiguió:

—No te pido más que esto: la dirección del Rubio, y el nombre y dirección de João. Sólo eso, nada más. (Barros sabía que si Carlos le decía aquello, le diría también todo lo demás). Y si me dices eso, no te va a pasar nada. Te mando arriba, a una buena celda, con todo confort. Y luego, te vas a la calle. Si no te suelto inmediatamente es para que los otros no desconfíen de ti. Fíjate bien: no corres ningún peligro. A los otros ni se les va a ocurrir que fuiste tú quien habló, pensarán que supe del Rubio y de João de la misma manera que supe de ti y de los demás. No te suelto inmediatamente. Esperamos unos días, y luego ya encontraremos la manera...

—No le voy a decir nada.

—Óyeme bien, muchacho. No quiero perder el tiempo. Sólo eso. Porque hablar, vas a hablar, o no me llamo Barros.

Carlos intentaba concentrar la atención en la música en sordina de la radio. Ahora estaban tocando una samba.

—¿No aceptas? Entonces... Vamos a empezar, chicos...

Los dos policías que le habían traído avanzaron hacia él mientras Pereirinha aumentaba al máximo el volumen de la radio. La voz del cantor llenó la sala:

Implorar sólo a Dios...

El llamado Dempsey agitaba la porra como probando su flexibilidad. Pereirinha cogió el vergajo de alambres mientras los otros dos le arrancaban la ropa a Carlos. Barros cambió la silla de lugar, la colocó al revés y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo, para verlo todo mejor y dirigir la operación. Cuando

Carlos se quedó desnudo, con los brazos y las piernas sujetos, preguntó:

—La última oportunidad. ¿Hablas, o no?

—No.

Casi no se oían las voces, tan alta estaba la radio:

*Implorar sólo a Dios
y aun así a veces
no me oye...*

—Dentro de un momento me vas a pedir que pare todo, que quieres hablar.

Hizo una señal con las cejas. Dempsey y Pereirinha empezaron.

Los hilos del alambre le golpeaban en las nalgas, en el pecho, en el rostro, en las piernas. Cicatrices rojas marcaban los surcos. Dempsey le descargaba metódicamente la porra en los riñones. Carlos, mientras pudo, se contuvo sin gritar. Se defendía, intentando escapar a los golpes, pero, pese a su agilidad, empezó a sentir que le flaqueaban las piernas. Dempsey le dio en el cuello con la porra. Carlos cayó jadeando. Empezaron entonces los otros dos. Le pisoteaban, le daban puntapiés, uno de ellos le soltó una patada en plena cara con todas sus fuerzas. Allí quedó una cicatriz para siempre. Carlos les insultaba entre los gritos de dolor, y la música de la radio —un vals había sustituido a la samba— lo dominaba todo.

Carlos se apoyaba sobre el codo en un esfuerzo por elevar el cuerpo. Pero, antes de que pudiera hacerlo, un policía se lanzaba sobre él y de una patada le tiraba de nuevo con el rostro herido contra el suelo. Una, dos, tres veces. Luego, ni siquiera intentó ya levantarse.

Barros seguía la escena con interés. ¿Harlaría o no harlaría? Cuando lograba que uno hablase, se sentía feliz, como si para él la medida del hombre la estableciera el terror al sufrimiento físico. Los que no hablaban, los que resistían silenciosos a todas sus torturas, para él eran unos monstruos. No podía entenderles y se sentía humillado. Y cuando uno de ellos salía de la sala destrozado a golpes, convertido en una masa sanguinolenta, con su carne torturada, pero sin haber hablado, Barros se sentía vencido, veía que existía algo superior a él, más allá de su convicción de hombre. Y nada le irritaba tanto. Por eso los odiaba a esos comunistas... Algunos policías comentaban con admiración el valor tranquilo de los comunistas presos. Soportaban las torturas como hombres. Barros no los admiraba, los odiaba; era incapaz de comprender aquella superioridad, aquella convicción profunda que le horrorizaba algunas noches, cuando le parecía imposible vencer y dominar a aquellos hombres.

—Vamos a seguir... —dijo.

Los policías levantaron a Carlos. El muchacho se recostó en la pared. Pereirinha levantó el látigo. Dempsey hizo vibrar la porra. Carlos cayó otra vez, y le levantaron de nuevo. El porrazo le alcanzó en pleno rostro. El cuerpo cayó pesadamente al suelo.

—Se ha desmayado... —dijo Dempsey.

Pereirinha se sopló en las manos:

—Empiezo a estar cansado.

Barros se acercó. El rostro de Carlos era una masa de carne viva. Las cicatrices rojas marcaban la espalda y la cintura, le cortaban las nalgas en sangre.

—Parece muerto... —dijo Barros, y le puso la mano sobre el corazón—. No, sólo está desmayado. Voy a despertarlo... —se rió.

Dio dos o tres largas chupadas al puro, tiró la ceniza al suelo; quedó reluciente la brasa, y la hundió en el pecho del muchacho. Un grito de dolor, un olor a carne chamuscada se libró en el aire.

—¡Miserable!

Barros retiró el puro, se lo metió en la boca; miraba a Carlos, que le miraba a su vez con ojos desorbitados, llenos de lágrimas.

—Que... ¿Ha llegado la hora de hablar?

Carlos le lanzó un insulto a plena cara, ya no podía contenerse.

Barros le cerró el ojo, donde se leía el odio, de un puñetazo. En el pecho, la llaga abierta por la brasa del puro parecía una condecoración, una medalla redonda.

—Levantadle... Vamos a continuar...

Le pusieron contra la pared, pero a los primeros golpes se derrumbó, con el rostro contra el suelo. En la pared quedaron unas manchas de sangre.

—Se ha desmayado otra vez...

—Échale agua en la cara —ordenó Barros a uno de los policías, y volvió a sentarse.

—Estoy cansado —dijo Pereirinha—. A ver si me releva alguien...

—Llama a Barreto o a Aurelio.

Echaron agua en el rostro de Carlos. Volvió a abrir los ojos, con dificultad.

—Este juego va a durar hasta que hables. Porque vas a hablar...

Se levantó, se acercó de nuevo a Carlos:

—Porque vas a hablar, comunista de mierda, porque vas a llevar de porrazos hasta que hables, hasta que sueltes esa lengua asquerosa...

Volvió Pereirinha con los otros dos.

—Ponle de pie. Venga, seguid... —ordenó Barros—. Quiero que este cabrón hable... Deshacedlo hasta que hable...

Dempsey se negó a entregar la porra:

—Aún no estoy cansado.

Vibró el látigo, la porra sobre los riñones. De vez en cuando Pereirinha colaboraba con un puntapié, un puñetazo en la cara. Dos, tres, cuatro, siempre que Carlos caía, le levantaban tras lanzarle un cubo de agua al rostro. De madrugada le llevaron cargado como un saco, de vuelta al húmedo calabozo. Le tiraron en el suelo como un fardo. No habló.

Estaban los tres de pie delante de la mesa, tras la que se mantenía constantemente un inspector repitiendo las mismas preguntas. En el rincón del despacho, un poderoso reflector dirigido sobre los ojos de los tres detenidos de Santo André. Un calor sofocante, la sed trepando por las gargantas, los estómagos doliendo de hambre, un dolor penetrante y agotador. ¿Cuántas horas llevaban así? Habían perdido la noción del tiempo, aquello duraba una eternidad. Los inspectores se iban relevando en la silla al otro lado de la mesa, pero los tres camaradas ya ni siquiera distinguían las voces que se sucedían en la fatigosa repetición de las preguntas de imposible respuesta:

—¿Quiénes son los otros miembros del Partido en Santo André? ¿Quién está al frente de la organización? ¿Dónde está el Rubio? ¿Quién es João? ¿Cuáles son vuestros enlaces?

Y la sed... Era lo peor de todo. Sobre la mesa, la botella de agua era una invitación, un vaso lleno al lado. ¿Quién ha dicho que el agua no tiene ni color ni olor ni sabor? Las lenguas secas sienten el inigualable sabor del agua, el viejo calvo no puede apartar los ojos de la botella, del vaso que casi desborda. El agua aquella parece de color azulado, y el sudor le resbala por la frente en gruesas gotas, y las piernas pesan y los ojos arden a la luz violenta del reflector. Menos mal que estaban los tres juntos... Si estuviera solo, tal vez no pudiera soportarlo... Se humedece con la lengua los labios reseca. La voz somnolienta del policía repite monótona las preguntas. El reloj de pulsera colocado en la mesa, con el cuadrante vuelto hacia el policía, llena el despacho con su tictac igual, eternamente igual. Ellos no pueden ver las agujas, sentir el paso del tiempo. Sólo notan el tictac del reloj. ¿Cómo es posible que suene tan alto, que el ruido sea tan incómodo, tan desagradable? Crece insoportable en los oídos de los hombres hambrientos y muertos de sed, las piernas como si fueran de plomo, los ojos cegados por la luz. Un simple tictac del pequeño reloj, ¿cómo puede ser tan incómodo, tan torturador, casi hasta la locura?

Los estómagos duelen, con un dolor sutil y penetrante. Desde la detención no les han dado de comer ni de beber. Les quitaron los cigarrillos, las cerillas y el viejo calvo piensa que aún debe de ser peor para Mascarenhas, el más responsable de los tres, obrero en una fábrica de caucho, empedernido fumador. Le lanza una mirada ¿cómo puede el otro mantener aquel rostro de piedra, aquella posición erecta, cómo puede sonreír respondiendo a su mirada con una sonrisa alentadora? El tercero es un muchacho de dieciocho años, Ramiro, llegado de niño al Brasil, pero cuyo acento rural no había desaparecido. Los interrogadores habían sido especialmente brutales con él. Le habían abofeteado, le llamaban «portugués inmundo», «muerto de hambre», «mondongo puerco», habían insultado a su madre en los términos más bajos, divirtiéndose en arrancarle los pelos de un incipiente bigote que debía de ser el orgullo juvenil del mozo. Y la voz del policía sigue con sus preguntas, acompañándolas con golpecitos en la mesa, con la mano cerrada. Se levanta luego,

fumando un pitillo. Les tira el humo al rostro, da unos pasos por la sala.

¿Qué hora será? Están allí desde las dos de la tarde, de pie ante la mesa, recibiendo en pleno rostro la luz del reflector, los ojos clavados en la botella de agua, oyendo las preguntas repetidas, mezcladas de vez en cuando con insultos y amenazas. El viejo calvo imagina que será casi de madrugada. Cómo le gustaría ver el cuadrante del reloj. Seguro que interrumpirán el interrogatorio al amanecer para reanudarlo por la noche. No puede imaginar siquiera cuántas horas habrán pasado. Sus piernas empiezan a ceder. Es ya casi imposible mantenerse en pie. El sudor le corre pegajoso por el rostro.

¿Cómo hace Mascarenhas para soportar la sed y el cansancio, aquella luz deslumbradora en los ojos? Ramiro, con sus dieciocho años, tiene la fuerza de la juventud para sostenerle, pero él, viejo y calvo, ya pasó de los cincuenta con una vida difícil de barbero pobre, y sus fuerzas no son muchas. Si al menos pudiera beber un vaso de agua, aunque sólo fuera un trago... Y no oír el tictac del reloj, tumbarse en un rincón cualquiera para dormir.

Ramiro sabe que aún falta mucho para el amanecer. Serán, como máximo, la una o las dos de la mañana. Aún les queda bastante tiempo de espera. ¡Y si fuera sólo aquello! Aquel suplicio del hambre y la sed, de pie durante largas horas con la luz del reflector quemándoles el rostro, entonces no sería todo tan duro. Fue peor cuando le insultaron en la antesala, cuando le abofetearon cobardemente sin que él pudiera defenderse y responder, cuando le arrancaron los pelos del bigote, ridiculizándole. Pero luego, en la celda, Mascarenhas le había puesto la mano en el hombro y elogió su comportamiento. Ramiro sintió que su corazón se llenaba de alegría: las palabras del responsable le daban fuerzas para soportar nuevas pruebas. Se había inscrito en el Partido poco antes, reclutado por Mascarenhas, y jamás en su vida se había sentido tan orgulloso como cuando participó en la primera reunión de célula.

Admiraba a los comunistas casi desde niño. Cuando a los catorce años dejó el cepillo de limpiabotas para ingresar en la fábrica, ya había oído hablar mucho de ellos y se habían ganado toda su simpatía. Fue un buen elemento de base en la fábrica. De vez en cuando leía los volantes, algún número de *Classe*. Sabía que el Partido estaba presente en la vida del sindicato, en las discusiones, en los hogares, en la vida entera de los obreros, pero al principio no sabía localizarlo. Su creciente admiración por los comunistas le llevó a pensar que sólo unos pocos, los más capacitados, los más probados, los más inteligentes, podrían pertenecer a aquella vanguardia de lucha. Pero poco a poco fue distinguiendo a algunos comunistas por su actuación en la fábrica, y les acompañaba solidario en todas sus actitudes y tomas de posición. Desarrollaba una amplia actividad de masas y ni siquiera se daba cuenta de hasta qué punto estaba próximo al Partido, que seguía considerando inaccesible. Tal vez un día, cuando fuera mayor y tuviera más capacidad, ¿quién sabe?, podría ingresar en el Partido, tener el título, para él el más honroso, de comunista.

Por eso no fue pequeña su sorpresa cuando una noche, meses atrás, Mascarenhas,

responsable de la célula de la fábrica, por quien Ramiro sentía una estima y una consideración especiales, le dijo que quería hablar con él. Fue una larga charla en la que, tras recordar toda la actividad de Ramiro, acabó preguntándole si quería ingresar en el Partido. Se quedó sin voz, de tan emocionado, sintiendo tal alegría, tal emoción, que sus ojos se humedecieron.

—¿Pero crees que soy capaz?

Mascarenhas le habló de las responsabilidades que pesan sobre los hombros de los comunistas, de las dificultades con que tropiezan en su lucha, de los peligros que les rodean y también de la alegría inherente a la condición de militante. Una sola cosa le daba pena a Ramiro: no poder contarle nada de aquello a Marta. La chiquilla tenía sólo diecisiete años y casi ninguna experiencia política, sólo les seguía en las votaciones en el sindicato. Era, como él, obrera en la fábrica, y salían juntos al terminar el trabajo. Era por ella por quien Ramiro cultivaba cariñosamente su bigote. Pero él la instruiría, haría que se interesara por la política, para que también ella pudiera ingresar un día en el Partido.

Le detuvieron por casualidad, porque estaba en casa de Mascarenhas cuando llegó la policía. Había ido a buscar material para un trabajo de agitación preparando la huelga. Los policías le encontraron los bolsillos llenos de octavillas. En el coche celular, camino de la jefatura, se sentía casi alegre: era su bautismo de fuego, y le parecía que la prisión le integraba definitivamente en el Partido. Mascarenhas les había dicho —a él y al viejo calvo, responsable del Socorro Rojo en aquella zona, y por eso conocido de Heitor— que iban a darles fuerte, pero que tenían que estar dispuestos para resistir sin entregar a nadie.

En caso de que no pasara de esto, de las interminables horas de pie, del foco sobre el rostro, del hambre y de la sed, no era tan difícil. Pero aunque le cortaran en pedacitos, él nada diría. Era un comunista, ¿cómo pensar siquiera en hablar? Aquellos policías insultantes y cobardes —dos le habían estado sujetando mientras un tercero le abofeteaba— parecían no saber lo que significaba ser comunista. Él, Ramiro, sí lo sabía. Y le explicaba a Marta en sus charlas de enamorado, tras el trabajo en la fábrica: un comunista es un constructor de un mundo en paz, un mundo de justicia y de alegría. Marta se reía de su acento portugués, pero se dejaba ganar por el entusiasmo y hacía una labor de agitación entre las obreras a favor de la huelga. Si esos policías pensaban que iban a obligarle a abrir la boca, a convertirle en un inmundo traidor a base de dejarle hambriento y muerto de sed, es que no le conocían y no sabían qué significaba para él el Partido, la alegría que sentía todas las mañanas al despertarse y pensar que había ingresado en una célula, que iba a ayudar a transformar el mundo, aquel inmenso mundo brasileño donde había crecido y vivía, y quién sabe si también un día a aquel sufrido mundo de la patria donde había nacido, al otro lado del mar, aquel aplastado y sometido Portugal de Salazar. Ni el Partido ni Marta tendrían que avergonzarse de él. Aunque le cortaran en mil pedazos pequeños...

Barros entra en la sala, en mangas de camisa, fumando el puro con rabia:

—¿Qué? ¿Han hablado ya? —le pregunta al inspector.

—Aún no.

El delegado los va midiendo con los ojos uno a uno. Se acerca a Ramiro, le agarra por el pelo, le levanta la cabeza, le da una bofetada.

—Conque no hablas, ¿eh? Te voy a enseñar a andar metiendo cizaña en Brasil...

Sus ojos se dirigen a Mascarenhas:

—Tú sí que vas a hablar, Mascarenhas. No te voy a dejar dormir, ni comer, ni beber hasta que hables... Y eso aún no es nada... Tengo otros métodos. Carlos, que es un duro, acaba de soltar la lengua ahora mismo. Me ha contado todo lo que sabía. También sobre vosotros. O sea que lo mejor es que abráis la boca y lo contéis todo. Carlos, que es un mandamás, ha cantado. Ahora sólo quiero que vosotros me confirméis lo que ha dicho...

—¡Mentira! —gritó Ramiro.

Mascarenhas le miró con reprensión. Pero ya Barros lo abofeteaba de nuevo:

—¡Cállate tú! ¡Chorizo! ¡Portugués de mierda!

Le dejó y fue hacia el viejo calvo:

—Un hombre de tu edad, padre de familia, con hijos que mantener. ¿No te da vergüenza andar liado con esta pandilla?

El preso bajó los ojos. ¿Le abofetearía también? Pero el delegado se dirigió a la mesa, cogió el vaso y se lo bebió de un trago, restalló los labios como gozando con el frescor del agua en aquel cuarto donde el calor ahogaba a todos. Cogió la botella, volvió a llenar el vaso, se lo acercó al viejo:

—¿Quieres un poco, Rafael?

El sudor aumentaba en la frente del viejo. Barros sonreía:

—No cuesta nada. Sólo unas palabritas...

Mascarenhas sentía el esfuerzo del compañero por contenerse. Lo vio como fascinado por el vaso de agua. Habló:

—Rafael no es un traidor.

El viejo alzó la cabeza, tensos los músculos del rostro, los ojos casi cerrados. Barros tiró el vaso a la cara de Mascarenhas. Los añicos de cristal cayeron en el suelo. Las gotas de agua salpicaron a Ramiro, que estaba a su lado. El agua corría por el rostro de Mascarenhas y le entraba por el cuello. Ramiro iba a gritar de nuevo, a insultar al delegado, pero la mirada de Mascarenhas le ordenó silencio. Barros le medía con los ojos.

—Volveré más tarde. Vamos a ver quién aguanta más...

El policía fue a buscar otro vaso pequeño al armario. Lo llenó de agua y dijo:

—Lo de aquí, no es nada. Si tuvierais un poquito, sólo un poquito de sentido común, cantaríais aquí. Si Barros os lleva abajo, vais a ver lo que es bueno...

El viejo no podía más de sed y de fatiga. Sus piernas flaqueaban, cayó al suelo. Si pudiera dormir, aunque fuera allí, en aquella sala, con aquel espantoso calor, con la

luz alucinante... Uno de los policías le dio un puntapié:

—¡Ojo! Ponte de pie o va a ser peor. A no ser que decidas hablar. En este caso, puedes sentarte... Y beber un vaso de agua. Pero sólo después de hablar...

El viejo hizo un esfuerzo desesperado. Se puso en pie otra vez. ¿Cuándo llegaría la mañana? ¿Cuándo le dejarían dormir? Desde abajo, entre el sonido de un vals, llegaban gritos de dolor. Estaban destrozando a alguien.

Por la tarde del día siguiente, al llegar al despacho, Barros mandó traer a Zé Pedro del calabozo. El del Nordeste había precedido a Carlos, la víspera, en la sala de tortura. Apenas podía andar. Llegaba apoyado en dos inspectores, arrastrándose. Le habían cerrado completamente un ojo, tenía el rostro hinchado, también las manos, e iba descalzo: los pies no le cabían en los zapatos. La víspera habían empezado por darle golpes en las palmas de los pies. Dempsey se había encargado del trabajo.

Barros le dijo, cuando los guardias le hubieron sentado en una silla:

—Estás muy feo, Zé Pedro... Estás horroroso. Tu mujer, si te viera, ni te reconocería...

—¿Dónde está? —preguntó Zé Pedro—. Ella no tiene nada que ver con esto, no está metida en nada...

Barros abrió el rostro en una sonrisa:

—Está como una señora. Mejor no podría estar. Anoche, mientras te estábamos vareando, los chicos se quedaron con ella. Los chicos más guapos de la policía. Seis... Para que no pasara la noche sola, la pobrecilla... Me dijeron que no lo supo agradecer y que se resistía. Hubo que hacerlo a la fuerza. Ya ves, uno elige para ella los mejores machos, chicos con cara decente, blancos, y ella se hace rogar...

—¡Monstruos! ¡Miserables! —Zé Pedro se puso en pie, con las manos cerradas. Estuvo a punto de saltar sobre el delegado. Los policías le sentaron a la fuerza.

—No te pongas nervioso, hombre. ¿Quién tiene la culpa? Fue una lección práctica de comunismo... La propiedad es un robo, ¿no? ¿Cómo quieres a una mujer para ti solo? Fueron sólo seis. Ayer, casi todo el mundo estaba trabajando a fondo. Hoy mandaremos una pandilla mayor...

El rostro de Zé Pedro estaba contraído de dolor y de odio. ¡Pobre Josefa! ¡Aquella humillación tremenda!

—La culpa la tienes tú, Zé Pedro. Ya te lo dije cuando llegaste: esta vez vas a hablar, por las buenas o por las malas. Tengo que echarle la mano encima a todos los comunistas, y vosotros me los vais a entregar. Tú y Carlos. Los otros también van a cantar, ¡así Dios me salve! Hay algunos que ya están empezando a soltarse de la lengua después de la sesión de anoche. Pero vosotros dos tenéis mucho que contar. Me vas a dar los nombres y direcciones del resto de los dirigentes. Y los enlaces con el grupito de Río. ¿O es que crees que me voy a tragar lo de que los comunistas de aquí os habéis desligado de los del resto del país? Te lo advertí: o hablas o las vas a pasar muy negras. Ya ha empezado la fiesta... Y va a continuar...

El dirigente habló:

—He dicho todo lo que tenía que decir. Lo único que puedo hacer es repetirlo: soy comunista, dirigente del Partido, asumo toda la responsabilidad de mis actos. Mi mujer no tiene nada que ver con todo esto, ni siquiera sabía que yo era comunista cuando se casó conmigo. Lo que están haciendo con ella es un crimen sin nombre. Un

día lo pagarán.

Había conseguido dominar su inmenso dolor.

—Vamos a acabar de una vez con todos vosotros. —Cogió un periódico de la mesa—. Lee las declaraciones del jefe de policía de Río: en seis meses no quedará ni el recuerdo del Partido Comunista del Brasil...

—Otros dijeron lo mismo antes...

—Pero esta vez estamos en el Estado Novo. Ya no tenéis donde gritar, a quien apelar. No es como antes, con diputados que hablaran por vosotros, con periódicos que criticaran, apelando a las «almas sensibles». Ahora han cambiado las cosas. Y no sólo aquí... Ahora Hitler le va a pegar una buena paliza a Rusia, le va a demostrar a Stalin la fuerza del nazismo. Vosotros vais a acabar en el mundo entero. Ya no tenéis futuro.

—Eso es lo que desearían ustedes. Pero otra cosa va a ser la realidad.

—La realidad es que estáis presos, vosotros y muchos más como vosotros. Dentro de unos días se acabarán las huelgas... ¿De qué te sirve quedarte callado, recibiendo paliza tras paliza, con tu mujer divirtiéndose a los muchachos como si fuera una puta? Es una idiotez. Si al menos tuvierais algún futuro, alguna perspectiva como decís vosotros... En fin. Pero es inútil tanta tozudez, es una locura, y de las grandes. Te he llamado para que hablemos tranquilamente, para darte una oportunidad.

—Pues no le agradezco esa gentileza. —Todo dolor físico parecía haber abandonado a Zé Pedro después de la noticia de las infamias practicadas con Josefa—. Si me ha mandado venir para eso, ha perdido el tiempo...

Barros hizo como si no oyera las duras palabras del detenido, y continuó hablando:

—Los chicos me han dicho que tu mujer ha quedado medio atontada con la juegucita de ayer. No sé lo que le va a pasar si los muchachos siguen yendo a consolarla por las noches... A lo mejor se acostumbra... Vete a saber. Y acaba en una casa de putas.

Zé Pedro cerraba sus manos hinchadas, las uñas hundidas en la carne. Barros se calló, esperando una reacción cualquiera, las esperadas palabras de entrega. Pero Zé Pedro ni siquiera le miraba, inmóvil en la silla como si fuera de piedra. Barros se levantó:

—Sois unos perfectos miserables. Unos puercos. Todo lo que uno haga con vosotros es poco. Para vosotros, hogar y familia no significan nada, ¿verdad? A ti nada te importa que deshonren a tu mujer, que se la tire quien le dé la gana, eso te es igual... ¡Y luego andáis por ahí diciendo que sois tipos decentes, dignos, que no queréis más que el bien de la humanidad! Lo que sois es unos bandidos, sin ningún sentimiento humano.

Zé Pedro habló:

—Eso, cuando lo dice un policía, es un elogio. Oiga de una vez: de mí no va a sacar nada, haga lo que haga. Y si me ha mandado llamar sólo por eso, hágame

volver, que cuanto menos le vea, mejor para mí...

Barros dio dos pasos hacia él, con la mano levantada. Pero no descargó la bofetada, se contuvo y advirtió:

—Puedes írtelo pensando... Y pensando a fondo. Hoy no va a ser el parloteo de ayer. Hoy os vamos a empezar a demostrar lo que hacemos con los comunistas. Con todos, y con tu mujer también.

Dio una larga chupada al puro:

—Y no olvides que tenemos aquí también al chiquillo...

—¿El niño? —rugió Zé Pedro—. ¿Seríais capaces? ¡Asesinos!

—Tú no tienes ni idea de lo que Barros es capaz de hacer cuando se harta. ¡Y estoy harto!

Zé Pedro sintió que su corazón disminuía como si una mano cruel lo oprimiera. Al ser detenido, pensó que al menos respetarían al pequeño. Pero ¿cómo hacerse ilusiones? ¿No era la misma policía la que había entregado a Olga Benário Prestes, en estado, a los nazis? ¿No era la misma que había castrado a presos, que había cortado a navajazos los senos a la mujer de Berger, que había hecho que se volviera loco el dirigente alemán bajo las más brutales torturas?

Se puso de pie, apoyándose en la silla:

—¿Tiene algo más que decirme o puedo irme ya?

—Piénsalo, y no digas luego que no te advertí. Si quieres a tu hijo...

—Piénselo usted también, antes de poner la mano sobre un niño. Hoy ustedes son la policía y el poder, pero mañana el pueblo va a pedirles cuentas... Piénselo también.

—El pueblo... —se rió Barros—. Aparte de todo, sois imbéciles. Si es con el pueblo con lo que contáis vosotros, puedo dormir tranquilo. —Se dirigió a los policías—: Lleváoslo.

En el corredor, Zé Pedro vio a la mujer de Cícero d'Almeida sentada en una silla, muy elegante. Sin duda estaba esperando que Barros le recibiera: señal de que el escritor había sido detenido. De súbito, los ojos de la mujer vieron a Zé Pedro, a quien conocía por haberle visto alguna vez en su apartamento, y quedaron desorbitados de horror ante aquel rostro deformado. Se levantó de la silla, los guardias cogieron al preso por los brazos y se lo llevaron. La esposa de Cícero d'Almeida murmuró con un hilo de voz:

—¡Qué horror, Dios mío!

Aquel rostro casi imposible de reconocer, aquellas manos hinchadas, Gaby d'Almeida no podía apartarlas de sus ojos. Se le aparecían en los cristales de las ventanillas del taxi, en el pavimento de la calle, estremeciendo su cuerpo esbelto. Estaba horrorizada, sentía que el estómago se le revolvía. Todo aquel ambiente de la policía le había parecido repugnante: los inspectores, riéndose y chanceando, las salas sombrías, la hipócrita amabilidad del delegado de Orden Político y Social, para quien llevaba una carta de recomendación firmada por Costa Vale. Y aquel comunista torturado, arrastrándose por el corredor, casi sin poder andar... Cícero le había contado a veces lo que pasaba en las celdas de la jefatura de policía, pero ella, francamente, no lo había creído. Pensaba que su marido exageraba, llevado por su pasión política.

Al salir de la policía había telefonado a Marieta Costa Vale, explicándole que necesitaba hablar urgentemente con ella. Fue Marieta quien le consiguió la carta de presentación de Costa Vale, diciendo:

—Cícero está haciendo el estúpido con todo eso del comunismo. Un muchacho de la mejor sociedad, un hombre de bien. ¿Dónde se ha visto cosa igual? Detenido cada dos por tres como si fuese un don nadie...

Acarició el rostro de Gaby, y completó la frase:

—Y llenando de preocupaciones esta linda cabecita... Vamos a ver si de una vez sienta la cabeza y se deja de ideas absurdas.

Gaby pensó que con la carta de Costa Vale estaría todo resuelto, que Cícero sería puesto en libertad. Antes, siempre había ocurrido así, las recomendaciones prestigiosas le habían liberado. Cuando se casó con Cícero, un casamiento por amor, raro en su medio social, él le había dicho lealmente que era comunista. Gaby entonces se echó a reír: ya le habían advertido sus parientes y amigos. Como Artur Carneiro Macedo da Rocha, ella atribuía las ideas del novio a pasajeras influencias de lecturas. Esos escritores a veces son muy raros con sus manías... No se impresionó cuando él le expuso sus convicciones: rico, con un antiguo apellido de la aristocracia paulista, ensayista de renombre, citado en los periódicos, elegante y distinguido, eso del comunismo no podía durar en él... Y, sobre todo, le amaba. Se casó. Era feliz, y el transcurrir de los meses no había hecho más que acentuar su amor, acrecentar la agradable intimidad de un comfortable hogar. Se acostumbró incluso a los amigos bohemios y mal vestidos de Cícero (algunos venían a cenar vistiendo chaquetas de sport) y llegó a estimar a algunos de aquellos artistas, periodistas y escritores que discutían de pintura, de literatura y de historia. En cuanto a los comunistas, jamás había querido ser presentada a nadie. De vez en cuando, algunos se reunían en su apartamento. En general ella salía (Cícero le avisaba con anticipación) y se iba a visitar a cualquier amiga, a tomar el té o de compras. A veces, al volver, la reunión no había terminado aún. Entonces, en esas raras ocasiones, veía a aquellos obreros cuyas

voces resonaban de manera extraña en el salón de gusto refinado, de muebles caros. Cícero le hablaba con elogio de aquellos hombres, pero Gaby no sentía ninguna simpatía por ellos, aunque no le resultaban totalmente indiferentes porque, al fin y al cabo, tenían alguna relación con Cícero. En el fondo, ella creía que Cícero era la figura dirigente de todo aquel misterioso universo comunista, y quedó muy decepcionada al saber una vez, por su propio marido, que sólo tenía una reducidísima responsabilidad dentro del Partido. Le pareció entonces inexplicable que anduviera metido en todo aquello, si no era él quien dirigía, si no le daban el primer lugar, ¿por qué, entonces, se complicaba la vida en aquellos líos? En general, no obstante, evitaba discutir con Cícero de aquellos temas. Era el único terreno en el que no estaban de acuerdo. En todo lo demás, se entendían perfectamente. Lo mejor era dejar que el tiempo...

Cuando telefoneó a Marieta, al salir de la policía, la mujer del banquero la invitó:

—Lo mejor es que vengas inmediatamente, así tomas el té con nosotros. ¿Sabes quién está aquí? Paulinho. Y también Shopel.

Desagradable, pensó Gaby. Preferiría hablar a solas con Marieta. No estaba de humor para un té en sociedad, para el tipo de charlas de aquellas reuniones. Pero tenía que ir; el delegado no le había permitido ver a Cícero, y después de la imagen de Zé Pedro en el pasillo, temía por la suerte de su marido. El delegado había sido muy amable, muy obsequioso, pero al mismo tiempo inflexible:

—Imposible, señora, absolutamente imposible. Lo siento, pues me sería muy grato complacerle, pero usted sólo podrá visitarle cuando haya sido interrogado. Aún no lo ha sido. Tal vez lo hagamos hoy mismo, o mañana. Y entonces podrá verle. En cuanto a su libertad, eso va a depender del resultado de la investigación. No le voy a ocultar que su esposo está muy comprometido, pero puedo asegurarle también que se le trata con la mayor consideración.

En aquel momento se acordaba del comunista arrastrado por el corredor:

—Mientras yo estaba esperando, pasó un hombre maltratado...

—¿Y qué vamos a hacerle, señora? Un comunista exaltado, violento. Con decirle que abandonó a su mujer y a su hijo pequeño en la más completa miseria porque la mujer no quería sujetarse al régimen del partido... Fuimos nosotros quienes recogimos a la pobre mujer y al chiquillo, si no, mueren de hambre. Cuando le detuvimos, reaccionó violentamente, disparó contra un policía, tuvimos que traerle de mala manera. Y al llegar aquí, agredió a todo el mundo. Tuvimos que reducirle a la fuerza. Contra mis deseos...

Acabó prometiéndole que tal vez al día siguiente pudiera ver a Cícero. No era verdad, sin embargo.

No valía la pena que volviera. Lo mejor sería telefonar antes, preguntando. Gaby, al salir, decidió pedir de nuevo la intervención de Marieta. No había creído la historia de Barros: el rostro de aquel hombre a quien había visto en el corredor no era el de quien sale de una pelea. Le habían apaleado, desde luego. Era horrible ver aquel

rostro, aquellas manos, los pies descalzos...

Pensándolo bien, podría tener alguna ventaja asistir al té en casa de Marieta. El padre de Paulinho era ahora ministro de Justicia y toda la policía estaba bajo sus órdenes. Le contaría a Paulinho lo que había visto, le pediría que interviniera Artur, que acabara con aquellas crueldades.

Cuando Gaby entró en la sala abierta sobre el mirador, Paulinho se acercó a darle la mano, amigablemente. Shopel se levantó también, con aire afligido:

—Así que nuestro glorioso Cícero está encerrado... Ahora mismo se lo estaba diciendo aquí a Marieta y a Paulo, Cícero es uno de los talentos más sólidos de este país. Es una pena, esas ideas extremistas. Le comprometen incluso en sus libros. Es marxista. Por ejemplo, cuando se refiere a la obra civilizadora de los jesuitas... es realmente injusto, lo único discutible en su obra: cierta deformación, y también cuando se refiere a Pedro II...

Marieta interrumpió la disertación del poeta:

—¿Qué ha pasado? ¿Lo sueltan?

Gaby se sentó, aceptó una taza de té, rechazó las bebidas alcohólicas:

—Ni siquiera me ha dejado verle. Dice que sólo después de haberle interrogado, me lo permitirá; en cuanto a ponerle en libertad, ni siquiera lo prometió.

—¡Hay que ver! —comentó Marieta—. ¡No hacer caso de una carta de José!... La verdad es que ahora cualquier delegado de policía se cree no sé quién...

—Claro... —dijo Paulo—. Esas huelgas... La policía no deja de tener su parte de razón... Los comunistas estaban buscando la paralización económica del país.

Gaby se dirigió a él:

—Pero, Paulo, ¿qué tiene que ver Cícero con las huelgas? Cícero es como es, tiene sus ideas, escribe sus libros, pero nunca se ha metido en huelgas... Precisamente quería hablarte de eso. Tu padre podría hacer algo por Cícero. Es ministro de Justicia...

—¿Y Mundinho d'Almeida? —preguntó Shopel—. Se lo pides a Paulo cuando uno de los más íntimos amigos de Getúlio es precisamente el hermano de tu marido...

—Mundinho no está aquí. Ha ido a Colombia, a la conferencia de países productores de café.

—Es verdad. No me acordaba...

Paulo prometió:

—Hablaré con el viejo. Pasado mañana vuelve a Río. A ver qué se puede hacer. Pero te lo advierto, Gaby: no creas que el ministro de Justicia haga y deshaga en la policía. Eso era antes. Hoy la policía hace lo que le da la gana, sin tener en cuenta al ministerio. Hace lo que quiere. Y la culpa la tienen los comunistas. Si no hubiera que combatir al comunismo, jamás la policía hubiera adquirido tal poder. Ni todos los ministros juntos tienen la fuerza del dedo meñique de Filinto Müller. ¿No sabéis la última de Getúlio?

—¿Cuál? —preguntó Shopel.

—Es la pura verdad, puedo asegurároslo. Fue después de una reunión del consejo de ministros. Al terminar, Getúlio llamó a Osvaldo aparte...

—¿Quién es Osvaldo? —quiso saber Marieta.

—El ministro del Exterior. Le llamó aparte y le avisó de que tuviera cuidado con sus llamadas telefónicas, pues los teléfonos de su despacho y de su casa estaban controlados por la policía.

Shopel se echó a reír:

—Ese Getúlio...

—Sea lo que sea —dijo Marieta— hay que hacer algo por Cícero, Paulinho. ¿Por qué no llamas a Artur? Pobre Cícero, ahí en la cárcel... Y Gaby preocupada...

Sonrió a su amiga y ordenó a Paulo:

—Llama hoy mismo a tu padre.

—Yo soy amigo de Cícero —explicó Paulo—, pero no puedo prometer nada así como así. Haré lo posible. Voy a telefonar al viejo, pero no os garantizo nada. Por lo visto, la policía ha descubierto muchas cosas y no sé hasta dónde Cícero estará complicado en eso.

Gaby contaba:

—Es un horror ir a esa jefatura. Un ambiente horrible. Mientras estaba esperando, pasó un preso más muerto que vivo. No lo puedo olvidar. No podía andar, se iba arrastrando...

—¿Le habrían pegado una paliza? —preguntó el poeta—. Soy contrario a eso.

Marieta se mostraba igualmente contraria a tales métodos. Andaba muy feliz en los últimos tiempos con el nombramiento de Artur, el noviazgo de Paulo y su nueva posición de jefe de gabinete del padre. Había temido que Paulo, después de casado, se valiera del prestigio de la Comendadora para conseguir un buen puesto en una embajada europea. Pero ahora estaba ya tranquila: mientras Artur fuera ministro, Paulo se quedaría en Brasil. Así le tendría a su lado. El joven venía de vez en cuando a São Paulo con el pretexto de ver a la novia, y en realidad era con Marieta con quien pasaba la mayor parte del tiempo. Ella había sabido atraerle en sus brazos, le había convencido de que en sus manos estaba su suerte y su futuro. Sabía muy bien que él no iba a serle siempre fiel, de que no le faltarían aventuras. Pero eso no le preocupaba demasiado. Le bastaba saber que no tenía ninguna otra amante fija, se contentaba con que continuara repitiéndole palabras de amor y con encontrarse a escondidas con él en algún cuarto de hotel. También ahora Marieta iba de vez en cuando a Río. Se sentía feliz, y por eso mismo capaz de interesarse sinceramente por la libertad de Cícero y de reprobar la conducta de la policía al apalear a los presos.

—Ese Barros es un bruto... ¿Por qué tiene que pegar? ¿Era alguien conocido? —preguntó.

—Creo que era un obrero —aclaró Gaby.

—¿Un obrero? ¡Ah! Entonces no tiene importancia... —Paulo se encogió de

hombros—. ¿Por qué se meten en política? ¿Qué tiene que ver un obrero con todo esto? Un intelectual, aún se comprende, pero un obrero...

Shopel elevó los brazos al cielo, con una exclamación:

—¡Dios santo! ¡Salvadme!

—¿Qué te pasa? —se rió Marieta.

—Paulo, desde que se ha echado novia y es casi propietario de las industrias de la Comendadora, tiene un alma nueva, de señor feudal. Ya ni siquiera cree que un obrero sea un ser humano. Paulo, hijo mío, te desconozco... ¿Qué vas a pensar cuando te cases? Renegarás de los poetas y de los artistas, te transformarás en un burgués feroz. Pobre de mí, tu fiel amigo...

Se echaron todos a reír. Paulo se pasó la mano por el pelo:

—Querido amigo, acepto las bromas, de acuerdo, pero la policía tiene razón. Si no actúa con dureza, esos comunistas acabarán haciéndose con el país... Ya se lo dije una vez a Marieta: Eso que hace la policía puede repugnarnos, pero son cosas necesarias. Así defienden lo que tenemos, es la única manera... Si empezamos a compadecernos de los comunistas, quien va a acabar un día en la cárcel somos nosotros... Barros es un bruto, de acuerdo. Pero no es con lecciones de buena crianza con lo que se puede poner freno a los comunistas.

—Por lo menos, haz una excepción con Cícero —pidió Gaby.

—Cícero es otra cosa. Es alguien, un escritor, un hombre de mundo. Estoy hablando de esos obreros. Y, además, huelen mal. Es lo que no puedo soportar en los obreros: están sucios, huelen mal. Ni los rudimentos de la limpieza son capaces de aprender. ¡Y quieren hacerse con el gobierno...!

El poeta Shopel había dejado de reír:

—Tienes razón. Se están pasando. El otro día, iba yo por la calle, y tropecé sin querer con un tipo que estaba trabajando en una obra. Un albañil o algo así. Pues el tipo se puso a insultarme diciendo que no le había pedido perdón.

Marieta parecía rendida también a los argumentos de Paulo:

—Esos comunistas son peores que la policía. ¿No habéis leído los artículos publicados por *A Noticia*? ¿No lo leíste, Gaby? Es un antiguo comunista quien los escribe. Cuenta horrores, cosas que ponen los pelos de punta. Y parece que todo es verdad, pues si es un comunista quien lo cuenta...

Gaby dudaba de la veracidad de los artículos de Heitor Magalhães. Ella nunca había oído hablar de tales cosas, no era posible creer todos aquellos disparates.

—Mentira o verdad —dijo Paulo— una cosa sí es segura: ya no se puede seguir teniendo compasión. Antes, eso era aún posible, pero hoy son fuertes, y tener piedad es trabajar contra nosotros mismos. Tienes que arrancar a Cícero de en medio de esa gente. Si no, va a llegar un día en que nadie moverá un dedo por él.

Gaby se despidió. Paulo prometió telefonar a Artur aquella misma noche. Cuando Gaby estaba fuera, Marieta comentó:

—Pobrecilla... Cícero no tiene corazón... Ella le adora, y él le da esos disgustos.

El poeta Shopel razonaba:

—Es increíble cómo los comunistas andan conquistando a gente en los medios intelectuales. ¿Sabéis quién anda ahora liada con ellos? Manuela, tu antigua pasión romántica, Paulo.

—¿La bailarina? —preguntó Marieta, interesada.

—Bailarina... —el poeta hizo una mueca de desdén con la boca. Fue una broma nuestra, que acabó como las otras... Ahora parece que vive con Marcos de Sousa, que es viejo comunista.

—¿Marcos? —se asombró Marieta.

—Marcos, sí. Anduvo liado en lo de la Alianza Libertadora y no esconde sus convicciones. Y no es sólo él... —empezó a enumerar nombres de novelistas, poetas, pintores—. No sé qué ve esa gente en el comunismo...

—Me dijeron que Hermes Resende también...

—No. Hermes es distinto. Él es socialista, pero eso no tiene nada que ver con los comunistas. Él mismo me dijo una vez: «No comprendo cómo un intelectual puede ser stalinista. Es lo mismo que suicidarse». Pero los otros ven en ese Stalin un dios. Marcos de Sousa dijo en un coloquio, no hace mucho tiempo, que Stalin es el personaje máximo del siglo xx.

—¡Vaya! —dijo Paulo.

—¿El mayor personaje del siglo xx? —Marieta se sintió insultada. Qué absurdo... Con tantos hombres importantes como hay en Francia y en los Estados Unidos.

—Uno, quiera o no quiera, simpatice o no con sus métodos, piensa que el mayor hombre del siglo es Hitler —afirmó Paulo—. Es el único que puede hacer frente a los comunistas.

Las sombras de la tarde caían sobre el jardín y el mirador. Marieta propuso:

—¿Por qué no ponemos unos discos? Podemos bailar un poco.

Paulo aceptó la idea. El poeta aplaudió:

—Para abrir el apetito...

Al tercer día de torturas, el viejo calvo de Santo André no pudo resistir y habló. Estaba aniquilado, era sólo una sombra, y a partir de la segunda noche los latigazos habían sustituido el castigo que ya le parecía insoportable: estar de pie sin poder dormir, sediento y con hambre, oyendo las preguntas del inspector. Durante el día siguiente al de aquel primer interrogatorio sólo les habían dado un poco de comida, terriblemente salada, y un trago de agua sucia en un cazuelo. Devoró la comida, pese a las insistentes recomendaciones de Mascarenhas:

—Es mejor no comer. Está cargadísima de sal. Lo han hecho adrede para aumentar la sed.

Ramiro obedeció, pero Rafael no pudo contenerse: comió su ración y la de los otros. Por la noche, la sed le torturaba, y cuando vinieron a buscarle sus ojos estaban desorbitados. No habló aún aquella noche, porque, habiéndose excedido en los primeros golpes, el Dr. Pontes, médico de la policía, llamado por Barros para cooperar en los interrogatorios, creyó que era peligroso seguir: el corazón del viejo empezaba a flaquear. Aconsejó una pausa, y se lo llevaron de vuelta, pero ya no al calabozo donde estaba antes. Le dejaron en una sala con varios detenidos, entre ellos Cícero d'Almeida. El escritor intentó alentarle, darle ánimos, le prometió que velaría por su familia cuando le pusieran en libertad. El viejo no hacía más que repetir:

—No aguanto más...

Cícero seguía tratando de animarle, de consolidar su vacilante firmeza. ¿Cómo? ¿No era un viejo militante, con muchos años de lucha? No podía traicionar aquel pasado, traicionar a los camaradas y al Partido. El viejo se cubría el rostro con las manos, llorando, como si no pudiera ya hacer nada:

—No aguanto más...

—Es posible que no sigan pegándote.

—Ojalá... Si me pegan...

Cícero estaba preocupado. Algunos de los camaradas detenidos en la misma sala lo estaban también. Había gente de todo tipo allí: compañeros entregados por Heitor, unos siete u ocho, e innumerables huelguistas, elementos de la masa. Éstos en general habían recibido algunos golpes al ser detenidos, y se había iniciado un proceso contra ellos, pero ya hacía días que Barros parecía haberles olvidado. Un guardia les había dicho que iban a llevarles a la cárcel. Los demás, los delatados por Heitor, habían sido todos brutalmente apaleados, con excepción de Cícero. Algunos continuaban negando terminantemente cualquier actividad comunista; otros, los más conocidos y sobre quienes la policía tenía datos concretos, habían asumido la responsabilidad de su posición política sin decir nada aparte de esto.

A éstos se sumaron desde la víspera tres camaradas detenidos en Mato Grosso: el maestro Valdemar Ribeiro, un ferroviario llamado Paulo y un campesino octogenario que se pasaba el rato contando una embarullada historia de un nieto suyo y de un

misterioso personaje, una especie de aparición diabólica que vivía en las selvas del Valle de Río Salgado, volviendo locos a los hombres. Al principio, Cícero creyó que el viejo estaba loco, que le habían detenido por equivocación, pero poco a poco fue hallando el hilo conductor de la historia que contaba. Por lo visto, su nieto era buscado por la policía acusado de ser comunista, y al no encontrarle, habían detenido al viejo, porque querían obtener de él informaciones no sólo sobre el nieto, sino especialmente sobre un tal Gonçalo, peligroso comunista oculto en el Valle. En cuanto al nieto, el anciano se limitaba a decir que había desaparecido de casa al acercarse la policía, y con referencia al tal Gonçalo, el octogenario se negaba terminantemente a considerarle un ser normal, de carne y hueso. Le atribuía cualidades mágicas, el don de aparecer, desaparecer y transformarse: a veces era un gigante curador de enfermedades, pero se materializaba también en la figura de un negro feo, pequeño y huesudo. Para el viejo, todo aquello no eran sino artes del diablo, suelto en las selvas del Valle, irritado por el hecho de que los hombres intentaran penetrar en sus dominios. La prisión no parecía afectarle mucho, y repetía la historia con una voz pausada. Así lo había hecho en la delegación de la policía en Cuiabá, y de la misma manera se lo contaba a Barros —un Barros furioso, hecho una fiera, clamando contra sus colegas de Mato Grosso:

—¡Esos cretinos! En vez de detener a Gonçalo me mandan a este loco... ¡Idiotas!

Para el viejo, todo lo que ocurría, tanto a él como a los otros presos, no pasaba de ser una venganza de Venancio Florival, debido a las locas ideas de su nieto Nestor. Cuando vio a Rafael apaleado, se acercó a preguntarle en qué hacienda de Florival trabajaba, y si también él había dicho que había que repartir las tierras.

Cícero temía por el viejo calvo: estaba seguro de que hablaría. Las palabras de aliento, las apelaciones a su dignidad, ya no hacían mella en él. Ni quería oír las, con la cabeza hundida ente las manos, llorando. ¿Qué era lo que él sabía del Partido? No debía de saber gran cosa, pues era un elemento de base. ¡Ah, si Cícero pudiera al menos avisar a los otros de que Rafael estaba flaqueando! ¿Pero cómo avisarles? No tenía comunicación con ningún preso, aparte de los que estaban en su misma sala. Cícero ni siquiera les había visto.

A quien sí había visto fue a Josefa, desfigurada, con el rostro como una muerta, pasando por el corredor con el niño en los brazos, hacia las letrinas. Estaba en una salita próxima, y por las noches podían oír sus gritos espantosos cuando los policías iban a quitarle la ropa y a violarla.

Ocurría hacia medianoche. Noches de insomnio, el pesado silencio carcelario interrumpido por la aparición de los guardias en la sala, en busca de algún camarada para el interrogatorio y las torturas. Cícero no podía conciliar el sueño. A él ni le habían tocado, a pesar de los insultos que el escritor lanzaba sobre Barros y toda la policía al ser interrogado. Había querido dictarle, a aquel mismo mecanógrafo de ropa negra y cara de cartón, una protesta violenta contra los métodos de la policía, relatando el caso de Josefa. Barros despidió al mecanógrafo y le dijo a Cícero que

tenía pruebas suficientes para procesarle y hacerle condenar por el Tribunal de Seguridad. Que no pensara que su fama de escritor, su posición de hombre rico, le iba a servir esta vez. Tenía pruebas de las relaciones de Cícero con los dirigentes del Partido, pruebas que bastaban para una condena de dos o tres años.

No le habían tocado, pero estaba allí, en aquella sala, y veía salir a los camaradas hacia los interrogatorios violentos, y permanecía despierto hasta que les traían de vuelta, deshechos, y les tiraban sangrando en el suelo. A veces pensaba que iba a volverse loco, que su razón no resistiría la repetición de aquellos espectáculos. Y el pavoroso eco de los gritos de Josefa, en medio de la noche. Oía a veces, mezclado entre los sollozos de la mujer, el llanto del niño, asustado. El niño despertaba con el barullo de los policías persiguiendo a la mujer por la habitación, sujetándola, desnudándola, ultrajándola. ¡Ah, aquellos gritos!... Continuaba oyéndolos incluso cuando todo callaba, cuando la madrugada nacía entre las rejas de hierro de las ventanas.

Pasó un día agitado, intentando darle moral a Rafael. Pero cuando vinieron a buscar al viejo, por la noche, Cícero había perdido ya las esperanzas. Apenas aparecieron los guardias gritando su nombre, Rafael empezó a sollozar:

—No, por el amor de Dios, no...

Le llevaron a rastras, entre insultos. El viejo campesino (dormía encogido en un rincón, en el suelo, despertando a cada instante) le preguntó a Cícero:

—¿Él también dijo lo de repartir las tierras de Don Venancio? ¡Qué locura! Nadie puede con él...

Rafael, al entrar en la sala de tortura, vio a Mascarenhas y a Ramiro apoyados en la pared. Desnudos, atados de pies y manos. Igualmente amarrados y desnudos estaban, en el centro de la sala, tumbados, Zé Pedro y Carlos, con los cuerpos medio colgados, amarrado el pene con hilos que pasaban por unas poleas colgadas del techo. Tenían las bocas vendadas con pañuelos, respiraban con dificultad, gruesas gotas de sudor resbalaban por sus frentes pálidas. Rafael apenas contuvo un grito al verles. Sus manos temblaban. Los ojos de Carlos le miraron, unos ojos velados pero que, aun así, transmitían un mensaje de resistencia. Había muchos guardias en la sala, donde el Dr. Pontes charlaba con Barros.

—¡Quítate la ropa! —dijo un inspector.

El Dr. Pontes examinó su corazón, y él respiró un perfume de colonia en el pelo bien peinado del médico. Sintió que las manos del Dr. Pontes temblaban también, y le suplicó:

—Por favor, por favor, no les deje hacerlo... me van a matar.

El médico apartó el oído del pecho del detenido, se pasó el dedo bajo la nariz, le guiñó el ojo a Barros:

—En perfecto estado...

Dempsey se adelantó con el látigo de alambres. Lo hizo vibrar en el aire, con un zumbido leve. Rafael cayó de rodillas, extendió las manos trémulas hacia Barros:

—Hablaré... Les diré lo que quieran...

Sentía los ojos de Carlos y Zé Pedro vueltos hacia él, oyó al joven Ramiro:

—¡Traidor!

Y un policía le dio una bofetada:

—¡Cállate! ¡Portugués de...!

Barros sonrió mirando a Zé Pedro y a Carlos:

—La fiesta no ha hecho más que empezar. Vais a seguir cantando uno tras otro...

Ordenó a Rafael:

—Vístete. Ven conmigo. Pero nada de intentar engañarme porque te traigo otra vez aquí, ¿eh?

Indicó a los inspectores los presos apoyados en la pared: Mascarenhas y Ramiro:

—Seguid con éstos.

El Dr. Pontes, viendo salir a Rafael, se adelantó:

—Señor Barros... ¿se acuerda de mí? Mi ración...

—Aún no, doctor. Aún hay trabajo hoy. Cuando acabemos le daré lo que quiera...

El cuerpo casi esquelético del médico se agitó, se pasó otra vez la mano bajo la nariz, aspiró fuerte. Tenía una piel de color enfermizo, los hombros abatidos, ojeras negras y profundas y unos ojos semicerrados, de cocainómano.

Al volver del despacho del jefe de la policía, Barros movía la cabeza en un gesto de reprobación. Le había dicho claramente al jefe su opinión sobre aquella orden: era un absurdo. Cícero d'Almeida estaba indudablemente comprometido. Heitor Magalhães le había dicho que iba con frecuencia a casa del escritor a buscar dinero, y que, juntos, habían participado en reuniones con la dirección. En cuanto a las pruebas, irían apareciendo a medida que los detenidos hablaran. Verdad es que hasta ahora, cinco días después de iniciadas las detenciones, sólo uno había hablado, y poco era lo que tenía que contar. Sobre la base de su confesión, se habían practicado algunas detenciones en Santo André, y se había acabado con la agitación laboral, pero Rafael, siempre enfermizo y poco activo, apenas era utilizado para llevar la caja del Socorro Rojo en aquella zona. Su declaración serviría para condenar a Mascarenhas a una larga pena de prisión, pero no proporcionaba ningún elemento nuevo, vital, para la liquidación del Partido en São Paulo. Lo urgente era echarle la mano encima al Rubio y a João, para acabar de decapitar la regional. Y ahora, cuando se esforzaba a fondo para obligar a aquellos hombres a hablar, venía el jefe de policía ordenando la liberación de Cícero d'Almeida... Era absurdo.

Medio mundo parecía haberse movilizado para liberar al escritor. Empezó el banquero Costa Vale, intervino luego el ministro de Justicia, y ahora, el jefe de policía le comunicaba que la orden venía directamente del palacio presidencial.

A Costa Vale le telefoneó Barros tras su entrevista con Gaby, y le explicó que aún tenía que interrogar a Cícero, esclarecer ciertos detalles. El banquero, que parecía tener prisa, se limitó a decirle:

—Está bien. No deseo entorpecer la acción de la policía. Usted mismo, haga lo que le parezca mejor.

A Barros le gustaban los hombres así, como Costa Vale. El banquero no se dejaba impresionar por sentimentalismos absurdos. Había escrito la carta para cumplir su compromiso con Gaby, eso estaba claro, pero dejaba a Barros las manos libres, no imponía su voluntad. Pero el ministro de Justicia no quiso atender explicaciones. Ordenó la liberación de Cícero por medio de un telegrama perentorio. Barros le llamó a Río con intención de explicarle la necesidad de mantener detenido al escritor, pero Artur Carneiro Macedo da Rocha ni siquiera se puso al teléfono. Barros tuvo que entenderse con el jefe de la secretaría, un tipo que se limitó a decirle:

—Si hay una orden del señor ministro, lo que usted tiene que hacer es cumplirla...

Barros recurrió al jefe de policía de Río, y sólo así desistió el ministro. Creía, pues, que el asunto estaba liquidado, y se disponía ya a someter a Cícero a un interrogatorio más duro, aunque sin apalearle, porque se armaría un escándalo, pero sí teniéndole una noche sin dejarle dormir. Y ahora el jefe le llamaba para comunicarle que había que soltar al escritor inmediatamente. Había sido su hermano, íntimo de

Vargas, quien había ejercido su influencia desde Colombia, donde se encontraba. Barros movía su cabeza con reprobación.

Querían liquidar al comunismo, acabar con la amenaza de los «rojos», y al mismo tiempo ponían trabas a la acción de la policía. Como viniera otra vez a reprenderle la Comendadora, con su voz de vieja mandona, tratándole de «inactivo», de «blando», le iba a contestar que se lo dijera a sus amigos y parientes, que hacían soltar a un comunista tan conocido como Cícero. Absurdo.

Y, por si fuera poco, el jefe de la policía no parecía satisfecho con la marcha de los interrogatorios:

—¿No hay nada nuevo, Barros? ¿Pero es que trata usted a esos hombres como si fuera una hermana de la Caridad? ¿Por qué no hablan de una vez?

Como una hermana de la Caridad... El mismo Dr. Pontes, que estaba acostumbrado a asistir a interrogatorios de este tipo desde que había pasado a ocupar el puesto de médico de la jefatura, estaba deshecho también, aguantando a base de cocaína. ¿Por qué no hablaban? Pues no hablaban porque eran unos miserables, que parecían insensibles. Insensibles a cualquier tipo de dolor, al dolor físico y al dolor moral. Parecían hechos, no de carne y hueso como todo el mundo, sino de acero. «Es el ejemplo de Stalin...», le había dicho uno, tiempo atrás. Fue entonces cuando Barros se enteró de qué significaba aquel nombre. Le dio una paliza a aquel comunista insolente, pero ahora, siempre que se encontraba con uno de ellos, intentando arrancarle confesiones a fuerza de palos, recordaba aquellas palabras: como si fueran de acero, insensibles a todo dolor.

Había pensado, por ejemplo, que aquel portugués, casi un chiquillo, no iba a resistir. ¿Qué podía saber? No mucho, desde luego, pues era demasiado joven para tener ningún cargo de responsabilidad. Y, sin embargo, no soltaba palabra, pese a que la noche anterior le habían arrancado las uñas de una mano con alicates. El Dr. Pontes temblaba de tal modo que le costó trabajo ponerle la inyección al portugués para que volviera en sí. Hermana de la Caridad... Estaba a punto de agotar su experiencia policial con aquellos bandidos... ¿Qué diablos les sustentaba? ¿Qué fuerza desconocida les animaba?

Unos muertos de hambre, simples obreros mal alimentados, mal vestidos, unos tipos por los que nadie daría un céntimo. El Dr. Pontes, la víspera, cuando acabó la «sesión», sentado allí en el despacho, aspirando voluptuosamente el polvo blanco en el que buscaba olvido, le había dicho:

—Son más fuertes que nosotros, Barros...

Zé Pedro había visto, atado, cómo su propia mujer era violada por los policías. Barros vio las lágrimas humedeciendo sus ojos. Pero su boca sólo se abrió para insultarles. Después vio cómo la maltrataban, cómo le daban patadas en el vientre. Y no habló. Él y Carlos habían pasado toda una noche con el pene amarrado, estaban deshechos a golpes, hinchados, todo su cuerpo un inmenso cardenal. Y no hablaban. Unos monstruos, unos bandidos. Por su gusto les mataría a todos para que

aprendieran a no ser así, tan... tan valientes.

Pero la cosa no iba a quedar así. No se daba por vencido. Había que tener paciencia y continuar hasta que cantasen. No tenía más remedio que poner a Cícero en libertad, pero, en compensación, aquella noche iba a dar una «fiesta» especial para los otros... ¡Y les obligaría a hablar! Iba a doblegar aquellas voluntades, a quebrantar aquel insultante orgullo de los comunistas. Quería verlos arrastrándose a sus pies, pidiendo piedad. Había que conseguirlo. Aquella noche hablarían, aunque tuviera que irles matando uno a uno. Atravesó el despacho, furioso, llamó a uno de los comisarios. Le dio orden de liberar a Cícero, y ordenó que colocaran policías de paisano vigilando su casa, que le siguieran a dondequiera que fuese, que controlaran el teléfono de su apartamento.

—Que vigilen su casa. Tal vez saquemos algo...

Pero Cícero no salió de casa en toda aquella tarde, y sólo llamó a algunos parientes anunciándoles su vuelta. Y, al día siguiente, salió para Río.

Cícero conocía prácticamente a todas las figuras importantes de la vida política e intelectual del país. Lo mismo ocurría con Marcos de Sousa, cuya celebridad como arquitecto rebasaba las fronteras de Brasil. Y, no obstante, pasó mucho tiempo hasta dar con el nombre indicado.

Se habían reunido en el apartamento de Manuela, y el escritor explicó al arquitecto las increíbles condiciones en que se hallaban los detenidos de Sao Paulo. Marcos de Sousa confirmó:

—Lo mismo ocurre aquí. Los presos están siendo torturados sistemáticamente.

Manuela se estremecía de horror ante el relato de Cícero:

—Nunca pensé...

El rostro bonachón de Marcos se transformaba en una dura máscara de odio. Su voz salía estrangulada:

—¡Perros!

El propio Cícero, tan dominador de sus emociones, confesaba con un hilo de voz:

—Si no me hubieran soltado en seguida, yo mismo me hubiera vuelto loco... Mis nervios no aguantaban más. Hay que hacer algo.

Discutieron las medidas que se podían tomar. Era imposible una protesta pública, en los periódicos ni valía la pena pensar, sometidos como estaban a la censura previa y amarrados a los cordones de la bolsa del Departamento de Prensa y Propaganda. Marcos sugirió que un grupo de intelectuales conocidos firmara un escrito. Cícero se mostraba pesimista: pocos iban a firmar, había demasiado miedo. Firmarían los hombres de izquierda, los más valerosos, señalados ya como comunistas. Marcos recordaba el éxito de la protesta contra el asesinato de García Lorca por los falangistas, de la declaración contra Franco cuando la huelga de Santos. Muchos habían firmado los dos documentos, incluso intelectuales tenidos por apolíticos. Pero Cícero recordaba que en los últimos meses habían ocurrido muchas cosas: Getúlio se había consolidado en el poder tras el fracaso del golpe armandista-integralista, la situación internacional se había agravado mucho con los éxitos de la política agresiva de Hitler, la guerra de España se iba decidiendo a favor de Franco, y la mayor parte de los intelectuales, que antes esperaba la caída de Vargas y su régimen, trataba ahora de acomodarse, de adaptarse a la situación. Las firmas serían las de siempre, las que aparecían constantemente en escritos de este tipo, nombres que sonaban como simpatizantes de los comunistas. Y esta vez, la cosa sería aún más difícil: se trataba de protestas contra malos tratos a obreros. Si aún lucra a algún escritor o artista, tal vez lograrían alguna firma. ¿Y qué iban a hacer luego con el documento? No tenían dónde publicarlo, no alcanzaría ninguna repercusión.

El ensayista propuso otra medida más concreta y más práctica: que alguien, amigo de Vargas, fuera a hablarle, a contarle lo ocurrido en Río y en São Pablo, a pedirle que hiciera cesar aquellas barbaridades. Sin dar siquiera un carácter político a

la petición, situándose en un plano de simple humanidad.

Marcos asintió sin mucho entusiasmo. ¿Pero, quién? Consideraron al asunto durante largo tiempo, recordando nombres, discutiéndolos y rechazándolos luego. Manuela hacía sugerencias, con el deseo de ayudar, de ser útil. De tanto en tanto se estremecía ante el recuerdo de la visión evocada por Cícero:

Josefa violentada por los policías, sus gritos en la noche.

El primer nombre citado por Marcos fue el del hermano de Cícero, Raimundo d'Almeida:

—Mundinho es el tipo indicado para eso. Es uña y carne con Getúlio, es independiente, no tiene actuación política, la amistad con el presidente es personal... Si hay alguien a quien Getúlio pueda atender es a él...

—Pero no está aquí —dijo Cícero—. Está en Colombia. Y, aunque estuviera aquí, conozco a Mundinho... Por mí, para sacarme de la cárcel, sí, mueve al diablo, pero por obreros, por compañeros nuestros... Diría que está bien hecho y que aún habría que torturar más. Se mueve por mí porque es mi hermano y se considera obligado ante la familia, pero es el anticomunista más feroz de todo Brasil.

—¿Quién, entonces?

Fue un desfile de nombres. Hasta el del poeta César Guilherme Shopel. Manuela, al oír que Cícero recordaba al antiguo amigo de Paulo, protestó:

—¿Shopel? Su hermano, Cícero, será anticomunista, pero al menos dice lo que piensa. Shopel es capaz de prometeros lo que queráis y luego ir a la policía, a venderos. Es el tipo más hipócrita del mundo.

—El gordito ese es verdaderamente siniestro —apoyó Marcos—. Sabes que estoy construyendo un bloque de casas para el Banco Colonial Lusitano. Pues el otro día cené con Faria, ese millonario portugués, director del Banco, muy amigo de Shopel. Pues bien: durante todo el tiempo, el gordo ese no hizo más que provocarme con temas políticos hasta que me puse furioso y empecé a defender a Rusia, a la que insultaba. La intención de Shopel era clara: denunciarme a Faria. Y todo mezclado con declaraciones de amor a mi arquitectura. Ya sabes cómo es... Pero Faria ni se dio por enterado. Estaba en una digestión laboriosísima. Había comido como un caballo.

Después de muchas discusiones acabaron decidiéndose por Hermes Resende. El sociólogo acababa de regresar de su viaje de estudios por Europa. Hermes era conocido como antifascista y se le tenía por un elemento de izquierda, se presentaba como socialista y, aunque no ocultaba sus divergencias con los comunistas, jamás los atacaba públicamente. Al mismo tiempo estaba por lo visto en excelentes relaciones con Vargas, y se hablaba de su candidatura para el rectorado de la Universidad de Brasil. Era, además, amigo de Cícero y de Marcos. Tiempo atrás había dedicado un largo artículo de alabanza a la arquitectura de Marcos. Era, sin discusión, el hombre indicado para ir a Getúlio y obtener que cesaran las torturas.

Las objeciones que Marcos presentaba no eran contra el nombre de Resende, sino contra la idea en sí. Seguía prefiriendo la lista de firmas de intelectuales —aunque

reunieran pocos nombres— en forma de protesta. Podrían enviarla a Vargas. La intervención de Resende le parecía que tenía el sabor amargo de una súplica, algo que chocaba con la resuelta actitud de los presos. Pero Cícero siguió elogiando la posible eficiencia de su plan: lo importante era que cesara aquella bestialidad desencadenada contra los camaradas, acallar los gritos nocturnos de Josefa, liberarla de aquella humillación cotidiana. Manuela se mostraba de acuerdo:

—Cícero tiene razón, Marcos. Cualquier método es bueno para acabar con eso. Creo que no podré dormir mientras esa mujer siga detenida y sufriendo lo que está sufriendo. ¡Y con un niño, santo Dios!...

Hermes Resende solía asistir por la tarde a una tertulia en una librería donde sus múltiples admiradores acudían a sorberle las palabras. De cuatro a seis, en aquella librería se encontraban muchos escritores y artistas.

La presencia vespertina de escritores en las grandes librerías de Río era un hábito antiguo, heredado de los tiempos de Machado de Assis y de la Librería Garnier. Alguien había llamado a aquellas tertulias «feria de vanidades», pero casi todos los cronistas solían referirse a las librerías donde iban los escritores en boga como «centros brillantes de la vida intelectual brasileña». La librería frecuentada por Hermes Resende, propiedad de un importante editor, era el más famoso de esos «centros intelectuales», el de mayor prestigio en los medios intelectuales. Allí se reunían los grandes nombres de la literatura, y también los jóvenes autores, se comentaban los últimos libros aparecidos y los acontecimientos de la vida política nacional y extranjera, y al mismo tiempo la vida privada de los cofrades. Allí se hacían y deshacían reputaciones, allí había lanzado Shopel sus teorías y sus «geniales» descubrimientos, allí acudían los directores de los suplementos dominicales como bandada de ratas hambrientas a sondear el interés publicitario de los editores capaz de rendirles alguna buena cena regada en vino, y allí se decidía la distribución de los premios anuales de literatura.

Hacia las cinco de la tarde, la librería era un hormiguero de literatos. Los clientes intentaban reconocer los nombres famosos. A los modestos poetas desembarcados del Norte con sus originales inéditos, a los jóvenes ensayistas llegados del Sur a conquistar la metrópoli, se les caía la baba de admiración ante los conceptos de Hermes Resende, ante la escandalosa carcajada del novelista Flávio Moura, ante las definiciones sarcásticas del cuentista Raúl Viana o las teorías del poeta Shopel. Había por todo el país jóvenes provincianos cuyo mayor anhelo era atravesar un día la puerta de aquella librería y entrar en la intimidad de aquellos nombres célebres.

Algunas veces aparecía el editor, gordo y reposado, y críticos, poetas y novelistas le rodeaban y oían respetuosamente sus conceptos. También algunos días aparecía por la puerta, entre los escaparates, la poetisa Eleonora Sandro, y todos se abalanzaban a saludarla, incluso el propio editor, y no tanto por su poesía mística y sensual, no tanto por su espléndida belleza de estatua griega, como por el hecho de que su marido era figura importante del gobierno y tenía en sus poderosas manos

periódicos, revistas, emisoras de radio, el teatro, el cine y las subvenciones para editar libros o comprarlos.

Hermes Resende se sentaba generalmente en el fondo, en un ángulo formado por las estanterías, como escondiéndose de su propia gloria. En seguida se formaba un corro a su alrededor y se entablaban las más variadas discusiones; chistes y facecias se repetían para gozo de los admiradores y, en especial, de las bellas mujeres de la buena sociedad, atraídas por el brillo de aquellos literatos. Cuando Cícero y Marcos de Sousa aparecieron, Hermes estaba haciendo el elogio de Kafka, cuyo nombre empezaba a ser citado como modelo por los críticos. Aquellos días la librería estaba más frecuentada que nunca, porque todos querían saludar al escritor a su retorno de Europa. Shopel fue el primero en ver a los izquierdistas que entraban. Interrumpió la disertación de Hermes con un grito entusiasta:

—¡Chicos, mirad! La literatura y el arte de São Paulo acaban de atravesar esa puerta ilustre. ¡Salve, São Paulo glorioso!

Y tendió los brazos a Cícero, abandonando al grupo. Apretaba su rostro flácido contra la cara del otro, en una demostración de cariño:

—Me he enterado por Gaby de tu última aventura carcelaria. Paulinho y yo hicimos lo posible por arrancarte los grilletes...

Dejó a Cícero para colgarse del pescuezo de Marcos:

—¡Salve, emérito constructor de rascacielos, gloria del arte brasileño! Nadie te ve, nadie logra descubrirte, estás en Río y para hablar contigo es necesario ir en busca del comendador Faria. ¿En qué estrella te escondes? Las malas lenguas hablan de un gran amor romántico...

Marcos pugnaba por librarse del abrazo; tendió la mano a Hermes cuyo brazo se apoyaba en el hombro de Cícero:

—¿Qué tal Europa?

—Decadente, Marcos, decadente... Por un lado, la Alemania nazi; por otro, Francia e Inglaterra agotadas...

Se refirió en seguida a un reportaje, en una revista especializada de París, sobre los edificios construidos por Marcos, con fotos y muchos elogios. Se volvió luego hacia Cícero, dijo algunas palabras sobre «esas detenciones absurdas», «ese clima de inseguridad que rodea a todos los intelectuales».

Los demás manifestaban también, con profusión de palabras cordiales, su solidaridad con Cícero. Se oían comentarios contra el Estado Novo, críticas a la policía. Cícero había pensado hablar antes en privado con Hermes y explicarle por qué habían venido a buscarle. Pero el ambiente era tan simpático y cordial que decidió tratar el asunto en presencia de todos. Empezó, pues, a hablar del comportamiento salvaje de la policía de São Paulo, de las torturas a los obreros presos, del caso de Carlos y Zé Pedro, de los procedimientos contra Josefa. Se hizo el silencio en el grupo, donde la voz autorizada de Cícero sonaba gravemente describiendo aquellas infamias.

—¡Qué monstruos! —comentó el novelista Flávio Moura.

—Igual que la Gestapo... —comparaba un joven autor cuyo primer libro acababa de aparecer.

Hermes Resende escuchaba atentamente, movía la cabeza en un gesto de reprobación ante aquellos métodos. Cuando Cícero terminó, el sociólogo tomó la palabra. Los otros estaban impresionados:

—En Portugal pasa lo mismo... O peor aún: la policía de Salazar obliga a los comunistas a oír misa todos los días. Imagínense...

La información provocó risas. La emoción que había producido el relato de Cícero se diluyó rápidamente con la frase del sociólogo. Todos parecían ahora tener prisa por cambiar de tema, por apartar de su imaginación las escenas evocadas por Cícero, por hablar de cosas que no fueran tan trágicas. Shopel preguntó, con relación a lo de la misa, si sabían la «última» de Getúlio, una divertidísima historia con el cardenal. Pero antes de que empezara a contarla, se adelantó Marcos de Sousa:

—Un momento, Shopel. Hemos venido aquí, Cícero y yo, para informar a Hermes, y a todos vosotros, de lo que está ocurriendo en los locales de la policía, aquí y en São Paulo. Están torturando a los presos de una forma estúpida, como antes jamás habían hecho. Creemos que es preciso hacer algo.

—Claro, claro —apoyó alguien.

—¿Qué? ¿Qué es lo que se puede hacer? —preguntó Shopel preocupado: no fuera que le pidiesen que estampara su firma en una protesta.

—Hemos pensado —Cícero tomó la palabra— en una intervención de Hermes con Getúlio. Hermes es un hombre respetado por todo el mundo, por el mismo Getúlio. Su palabra tiene peso y autoridad. Si tú vas a Getúlio —y se dirigía ahora al sociólogo— y le expones la situación, planteando la cosa, no desde el punto de vista político, sino por el lado humano, es posible que mande poner fin a las torturas. Getúlio es sensible a la intervención de un gran intelectual.

Shopel se apresuró a apoyar la idea, con un suspiro de alivio:

—Yo también lo creo... Una intervención de Hermes... Es posible. Getúlio le tiene en gran consideración...

El historiador le lanzó una mirada rencorosa, pero el poeta intentaba ya despedirse:

—Bueno, me voy. Tengo una cita con Paulinho y ya me he retrasado. Podéis contar con mi solidaridad moral...

Y se fue antes de que pudieran pedirle algo más que su solidaridad moral.

Hermes Resende se miraba la punta de los zapatos, pensando.

—Me siento muy honrado por esa confianza en mi prestigio —dijo al fin—. Pero creo que exageráis —miraba ahora a Cícero y a Marcos, ante él—. Y pienso incluso que soy la persona menos indicada para una gestión de este tipo.

—¿Por qué?

—Todo el mundo conoce mis ideas de izquierda. Hasta hay quien me acusa de

comunista. Por lo menos, la policía me tiene por tal...

—Pero Getúlio te considera...

—Nuestras relaciones son puramente personales. Y ahora es el momento menos indicado. Acabo de rechazar un puesto que me ofrecía, no quise comprometerme con su gobierno.

—Eso dará más fuerza a tu intervención —objetó Cícero—. Getúlio te ofrece un buen puesto para demostrarte su admiración, y tú te niegas a aceptarlo. En compensación, le pides que mande cesar las torturas...

Marcos de Sousa subrayaba:

—Claro. Estás revestido de una autoridad aún mayor...

Hermes Resende movía la cabeza:

—No. No puedo. Me siento moralmente incapacitado para pedirle a Getúlio cualquier cosa, sea lo que sea. De pedirle y de aceptarle. Todos lo saben: soy amigo de hombres que están exiliados o perseguidos por el Estado Novo. Es una imposibilidad moral. Lo siento...

Marcos de Sousa estaba irritado. Había depositado muchas ilusiones y esperanzas en Hermes Resende: una vez, durante una conversación con el Rubio, enfermo en su casa, había defendido calurosamente al escritor, considerado por el dirigente comunista como «un típico intelectual reaccionario». Y ahora, las evasivas de Hermes le daban la sensación de un fraude. Le parecía volver a oír las palabras irónicas del Rubio: «ilusiones de clase, amigo, ilusiones de clase...».

—Pero, Hermes, todo esto es poco serio; al fin y al cabo, has aceptado un viaje al extranjero...

—¡Alto ahí...! —la voz de Hermes sonó ofendida. Realicé mi viaje en el marco del acuerdo cultural luso-brasileño. No le pedí nada a Getúlio. Ni le pedí, ni le pido. Vosotros, stalinistas, si uno no se somete a todos vuestros caprichos, empezáis en seguida a calumniar...

Marcos de Sousa se alteraba también:

—¿Quién ha calumniado? Lo que dije, lo repito: has ido a Europa a costa del gobierno de Getúlio, y que conste que no lo critico. Lo que digo, es que tus escrúpulos...

Cícero intentaba apaciguarle:

—¡Pero, hombre! Nadie ha venido aquí a pelearse ni a insultarse. Comprendo perfectamente la repugnancia de Hermes. Comprendo que no quiera pedirle nada, sea lo que sea, a Getúlio. Es algo que le honra. Pero hago una distinción: esa petición no tiene nada en común con cualquier otra. Es un problema de humanidad.

Hermes Resende no cedía:

—Tenéis gracia... Mira, Cícero, yo soy amigo tuyo, y si te meten en la cárcel otra vez seré el primero en firmar una protesta. Y haré lo mismo por Marcos, si es preciso. Pero vosotros queréis que los demás pasen por encima de su propia conciencia, de su propia dignidad, para servir vuestros intereses, los intereses de vuestro Partido. Para

vosotros no cuentan los valores morales. Eso es lo que me separa tan profundamente de vosotros. Sensibilidad, escrúpulos, carácter, nada de eso cuenta. Creéis que el fin justifica los medios. No, amigo mío, no. Siento mucho que anden torturando a los obreros esos, pero no puedo apartarme un paso de mi intransigencia con relación al Estado Novo. Pedirle algo, sería hacer una concesión al régimen. Pensad otra cosa y, si es razonable...

Marcos iba a responder, pero Cícero se lo impidió:

—Sugiere tú mismo algo que se pueda hacer...

Hermes Resende se encogió de hombros:

—¿Qué sé yo? Cualquier cosa...

Marcos de Sousa le dijo a Cícero:

—Vámonos.

La discusión había reunido en torno a ellos a todos los habituales de la librería. Para Marcos fue un sacrificio estrechar todas aquellas manos en señal de despedida. Ya en la puerta, comentó con Cícero, manifestando abiertamente su indignación:

—Intransigencia... conciencia... valores morales... Cada día estoy más harto de todo eso, Cícero. De esa hipocresía, de esa podredumbre enmascarada de dignidad.

Cícero le criticaba:

—Marcos, te has precipitado, lo has echado todo a perder. Hay que ser más hábil con esa gente, respetar sus prejuicios pequeño-burgueses...

—¿Pero crees realmente en sus disculpas? Pues para mí, te lo digo en serio: de hoy en adelante Hermes Resende vale tanto como Shopel. Ya no veo diferencia alguna entre los dos...

En la librería, Hermes Resende hacía la autopsia de los comunistas:

—Por eso todo socialista honesto se aleja de ellos, de los stalinistas. Quieren liquidar la personalidad de uno, reducir los individuos a simples máquinas a sus órdenes... Por eso están perdiendo el apoyo de los intelectuales del mundo entero: Gide, Silone, John dos Passos... Sin hablar ya de Rusia, donde han fusilado a lo mejor que había, los intelectuales que se oponían a los métodos de Stalin.

—Pero lo de esa mujer sistemáticamente violada en la comisaría, es horrible... —comentó el joven escritor.

—¿Será realmente verdad? —preguntó otro.

Hermes Resende sonrió, con aire de duda:

—Hablando con ellos, uno nunca sabe dónde acaba la verdad y empieza la propaganda. No voy a decir que los policías sean todos un prodigio de educación. Pero de ahí a creer todo lo que los comunistas cuentan... Sería lo mismo que creer todo lo que se dice del Partido Comunista. Por ejemplo, esos reportajes que publican *A Noticia* y *A Noite*. ¿Crees todo lo que allí se dice sobre los comunistas? —preguntaba al joven escritor.

—Evidentemente, no. Hay cosas increíbles... Cosas que repugnan a la naturaleza humana...

—Pues pasa exactamente lo mismo en el otro lado. Algunas cosas de las que Cícero nos ha contado repugnan a la naturaleza humana, como tú bien dices. Lo importante para ellos es la propaganda...

—Sí. Eso de la mujer no puede ser verdad. Suena a folletín.

—Su error es que exageran demasiado. No tienen sentido de la medida. Les falta sentido del equilibrio. Por otra parte, ésa es la característica de toda la actuación de los comunistas. Son unos primarios —concluyó Hermes, definitivo.

Cuando Barros dio orden de traer al chiquillo, los ojos del Dr. Pontes se volvieron instintivamente hacia Josefa, y el médico se estremeció. De los labios de la mujer escapó un grito, y el Dr. Pontes vislumbró tal aflicción en los ojos despavoridos de la mujer, que no pudo continuar en pie: se sentó en una silla, se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Era difícil aguantar aquello así, sin su dosis de cocaína. Pero Barros le exigía que se mantuviera lúcido durante las «sesiones»; sólo al acabar todo, de vuelta al despacho, sacaba del cajón un sobrecito con la droga. Y él la aspiraba allí mismo, mientras escuchaba las reflexiones del delegado.

Su participación en las torturas había empezado hacía más de un año, tras la muerte de un preso cuyo corazón, enfermo, no había aguantado la paliza. Había ocurrido antes del Estado Novo, al comienzo de la campaña electoral, cuando la oposición se alzaba a gritos contra el gobierno. Un diputado planteó el caso ante el Parlamento. Se exigió información al Ministerio de Justicia, la prensa habló del asunto. Verdad es que todo se explicó sin excesivas dificultades: el ministro de Justicia declaró que la muerte había sido consecuencia de causas naturales y no de torturas, inventadas por los comunistas para explotar la buena fe de los «egregios diputados». Pero, desde entonces se exigió que estuviera presente un médico para controlar las torturas.

Al principio, el espectáculo le resultaba divertido: tenía aún los nervios sólidos, pese a la cocaína. Su juventud, disipada en los prostíbulos, había deformado su personalidad en el sentido de que precisaba siempre nuevas sensaciones. En sus años de hospital se había acostumbrado a guardar ávidamente cada gemido, cada grito de sufrimiento de los enfermos, hasta el momento nocturno de la cocaína, en la que le había iniciado una mujer avejentada, de marchita belleza, de quien Pontes se enamoró en su último año de Facultad. Del hospital le habían expulsado por sustraer cocaína y anduvo un tiempo sin trabajo y sin dinero, casi andrajoso, alimentándose de bocadillos y cafés, reservando para la cocaína todo el dinero que obtenía de los amigos, cada vez con mayor dificultad. Un compañero de estudios, al verle tan decaído le proporcionó aquel empleo de médico de la policía. El Dr. Pontes no tuvo dificultades para adaptarse al ambiente.

Cuando Barros le mandó llamar, después del escándalo de la muerte de aquel preso, para informarle de las tareas que le esperaban, él sonrió. Había andado antes por los pasillos de la jefatura, catando aquí y allá, en los relatos, en los rostros entrevistados, en la sórdida conversación de los guardias, el alimento para su avidez de sensaciones nuevas, para sus noches de cocainómano. Las primeras experiencias fueron excitantes, y él, al principio, había sugerido incluso algunas innovaciones en las torturas clásicas.

Pero con el paso del tiempo y el dominio creciente de la cocaína, sus nervios fueron debilitándose. A los anteriores sueños eróticos nacidos del tóxico y de las

mórbidas sensaciones recogidas, sucedió un delirio infernalmente doloroso, poblado de visiones alucinantes, de gritos imposibles de oír, de lamentos pavorosos, de súplicas y de amenazas. Y era peor cuando la droga le faltaba: entonces las visiones y los sonidos se hacían aún más precisos y dolorosos, se despojaban de aquella niebla de sueño, eran figuras reales y gritos que se repetían indefinidamente, acompañándole por las calles, a dondequiera que fuese, sin darle un minuto de reposo. Salía de aquellas visiones hacia el delirio de la cocaína cuando todos aquellos rostros se unían para venir, una y mil veces, a estrangularle.

Su mirada casi afligida huye del rostro de Josefa, sus manos tiemblan. A aquel temblor habitual, resultante de la droga, se había unido, en los últimos tiempos, el miedo: miedo de aquellos rostros castigados, de aquellos cuerpos apaleados, de aquellos ojos desorbitados de dolor y de odio, de aquellas bocas cerradas. Llevaba con él aquellas visiones que no le abandonaban ni un minuto, con gritos y amenazas, en sus noches de cocaína, en los días lentos, que no acababan de pasar. Les tenía odio, no piedad. Odio porque no hablaban, porque lo soportaban todo con la boca cerrada, como locos, odio a aquel heroísmo, a aquella convicción. Odio porque le perseguían como si fuera él el responsable de todo: ¿Por qué no iban a turbar las noches de Barros, las de Pereirinha y de Dempsey, que eran los que golpeaban, los que mandaban golpear? ¿Por qué le elegían a él, a quien no cabía ninguna responsabilidad? Decir si podían seguir resistiendo, si su corazón no amenazaba con romperse, si el pulso seguía siendo normal, ésa era su obligación, y para eso le pagaban. ¿Por qué le elegían a él para perseguirle, para acompañarle calle afuera con sus gritos, para venir de noche cuando él esperaba huir con los sueños de la droga, a estrangularle con sus manos hinchadas, aquellas manos cuyas uñas habían sido arrancadas con los alicates? ¿Por qué a él, que no tocaba a nadie, que se limitaba a apoyar su cabeza en los pechos jadeantes y a seguir el ritmo de los latidos del corazón? Sentía odio hacia aquellos corazones más fuertes que el suyo. El suyo, que ya no resistía más. Y el placer sádico se convertía en pánico, en un terror sin límites, terror de aquellas caras, de aquellos ojos, de aquellas voces mudas.

Y odiaba la sala, los instrumentos de tortura y a los torturadores: la fuerza bruta de Dempsey, aquellos ojos parados como los de un animal primitivo, golpeando, golpeando, como si fuera aquello lo único que sabía hacer, la única cosa de que era capaz su falta absoluta de inteligencia, la falta de sensibilidad, su condición más de bestia que de hombre; la morbosa juventud de Pereirinha, igual a él, Pontes algunos años atrás, disfrutando con cada grito, con cada expresión de dolor, con el sufrimiento, y dejando de golpear para quedarse mirando, con la risa cortándole el rostro, haciéndole entornar los ojos; odiaba también a los otros, los que se estremecían a veces y apartaban los ojos del rostro de los torturados, y a los ya completamente indiferentes, a los acostumbrados, gente de sensibilidad ya embotada. Y odiaba a Barros, con la colilla pegada al labio blando, sus maldiciones, su incapacidad para arrancar palabras de aquellas bocas, sus chistes sin gracia, su obtusa

vanidad, la presión que ejercía sobre él, Pontes, a base de las raciones de cocaína que sólo le daba tras el macabro espectáculo. A veces imaginaba a Barros amarrado y desnudo, como uno de aquellos miserables comunistas, a Pereirinha apagando el cigarro en sus espaldas, a Dempsey empuñando los alicates para arrancarle las uñas. Los odiaba a todos: presos, policías, delegado; los odiaba a todos con un odio hecho de miedo, alimentado por sus visiones, por la certeza de que todo acabaría con el último golpe de porra o con la última bofetada, mientras que para él —que no hacía más que examinar los corazones, que para eso le pagaban— todo continuaría, durante el resto de la noche, y el día siguiente y la noche después, y para siempre.

Aquellos ojos de mujer, despavoridos, unos ojos que eran al mismo tiempo de súplica, de espanto, de terror y de odio. Pontes la miró por un momento sólo y luego desvió la vista hacia los instrumentos de la sala, hacia Dempsey que encendía un pitillo, en mangas de camisa, arremangado. ¿Pero de qué servía? Aquellos ojos continuaban clavados en él, no podía dejar de verlos, hasta cuando cerraba sus propios ojos. Si al menos hubiera aspirado un poco de coca, todo se envolvería en niebla, aquella mirada se mezclaría a decenas de miradas de los otros, no sentiría tan agudamente la mirada de una madre a quien van a torturar a un hijo nacido de su vientre. Y del fondo de su embotada memoria surge completa y clara una frase que el venerando profesor Barbosa Leite, de barba blanca y voz medida, gustaba de repetir: «La finalidad de la medicina es proteger a la vida humana, su causa es la de la vida contra la muerte, su misión es la más bella y la más noble, ser médico es ejercer un sacerdocio». Se pasa nerviosamente la mano trémula bajo la nariz. ¿Qué venía a hacer aquel viejo idiota allí, a una sala secreta de la jefatura de policía, con sus frases, sus definiciones moralistas? ¿Por qué se coloca al lado de Josefa como protegiéndole, como protegiendo al niño a quien Barros mandó buscar? ¿Por qué extiende su mano blanca, como hacía en la sala de autopsias, para indicar un detalle importante, llamándole la atención a él, a Pontes, hacia los ojos aterrorizados de la mujer? Esperando que él diagnosticara, así hacía en el hospital con los estudiantes... ¿Qué tiene que ver él, el viejo profesor, con todo aquello? Pontes hace un gesto con la mano, como expulsándole de la sala. Resuena la voz del policía:

—¿Alguna cosa, doctor?

¡Ah, si al menos tuviera allí un poco de coca! Todo quedaría envuelto en niebla, sería sólo una pesadilla, un doloroso delirio, los ojos de Josefa se confundirían con los otros, la figura del profesor Barbosa Leite no vendría a repetir aquella frase absurda, ¿qué diablos tenía que ver él con todo aquello? ¡Ah! Un poco de coca, sólo un pellizco, lo suficiente para envolver la sala, a la mujer, a los presos apoyados en las paredes, a los policías, a Dempsey, a Barros y al profesor en una niebla indistinta... Sólo un poco, un pequeño pellizco para aspirar.

Crece el llanto del niño en el corredor. El Dr. Pontes se estremece de nuevo en su silla.

Un llanto de niño que se ha visto despertado en medio del sueño, un llanto casi normal: basta dejarle descansar otra vez y cesarán los sollozos. Barros sonríe mirando a los presos. Están alineados contra la pared, los brazos y las piernas amarradas, los cuerpos desnudos, algunos son prácticamente irreconocibles tras aquella semana de torturas diarias. A una orden de Barros, los guardias apartan del rostro del maestro Valdemar Ribeiro, del obrero de Mato Grosso, de Mascarenhas y de Ramiro, las máscaras antigás que les habían colocado para dificultar su respiración. El maestro da pena: sólo una vez le golpearon, le dejaron dos noches de pie, sin comer, sin beber. Y no obstante parece diez años más viejo, un cuerpo enflaquecido de Cristo crucificado, unos ojos de loco. Cuando le apalearon —Barros se enfureció con sus respuestas arrogantes, con sus elogios a Prestes— había gritado tanto que el delegado se sintió esperanzado: tal vez cantara. Pero el maestro no pasó de aquellos gritos que apagaban el sonido furioso de la radio puesta a toda potencia. Perdió el sentido una y otra vez. Pero no fue la paliza lo que le envejeció súbitamente, ahondando las arrugas de su rostro y encaneciéndole, fue el espectáculo de las torturas aplicadas a los demás: cuando torturaron a Josefa, el maestro gritó hasta perder el conocimiento.

El ferroviario era diferente: parecía mudo. Ni un sonido, ni una palabra, ni un sollozo, pese a que Dempsey descargó sobre él su porra sin piedad. De ellos quería Barros obtener detalles sobre Gonçalo. Heitor Magalhães le había dicho que fue el maestro quien le había puesto en contacto con el gigante, y había añadido, con una mentira vengativa, que Paulo estaba informado de los movimientos del legendario comunista. Pero el ferroviario declaró:

—No sé nada. Nunca oí hablar de él. Y, aunque lo supiera, tampoco diría nada.

Entre golpes y amenazas, Barros les hizo tentadoras ofertas: dinero, libertad, la vuelta del maestro a su puesto en el grupo escolar, un empleo para Paulo. El maestro recordaba la fotografía de Prestes en la salita de su casa, y las palabras de Gonçalo: «Tenemos que llevarle en el corazón», y protestaba entre gemido y gemido contra los malos tratos, y perdía la cabeza cuando Barros injuriaba a Prestes, mientras Paulo, como si fuera de la misma silenciosa materia que los roquedales, sufría todo con una mudez que resultaba para Barros más que irritante, odiosa como todo aquel intolerable orgullo comunista.

Barrios les sonrió a todos cuando oyó el llanto del niño resonando en el corredor, camino de la sala. A ellos y a Mascarenhas, y a Ramiro. El joven portugués aprieta los labios ensangrentados, casi no le quedan dientes para apretar. Su cuerpo es todo él una llaga. Le habían arrancado uno a uno los pelos del incipiente bigote, le habían metido alfileres por debajo de las uñas y acabaron por arrancárselas. Ante él torturaron a Zé Pedro, a Carlos, a Mascarenhas, y luego a Josefa. Y los ojos del pequeño portugués se cerraban para no ver. Barros le abofeteaba:

—Abre los ojos, cerdo, que te los voy a arrancar...

Le vio entonces, como le veía ahora, intentando romper las cuerdas que le amarraban, hinchadas las muñecas, y le invitó a hablar:

—Habla y mando parar.

Ramiro gritó, para Barros y para sí mismo:

—Soy comunista, y un comunista no habla.

Allí está, de nuevo con su inútil esfuerzo por romper las cuerdas, forzando las muñecas. Y no consigue más que hacer más dolorosas las llagas de sus brazos. Mientras tanto, Mascarenhas dice:

—Si tocas a ese chiquillo, te juro que un día te mato, miserable...

Un día metió a Mascarenhas en un coche, después de haberle torturado. Los acompañaba otro automóvil lleno de policías. Salieron hacia los alrededores de la ciudad. Mascarenhas, al lado del delegado, aspiraba voluptuosamente el aire libre de la noche. Barros hablaba de mil cosas, de todo lo que recordaba la vida en libertad, de todo lo que era capaz de tentar a un hombre joven, lleno de salud. Le habló de su casa, de su mujer, de sus hijos. De las posibilidades de vida feliz que él podía poner a disposición de Mascarenhas si se decidía a hablar. Se acabarían los salarios mezquinos y el duro trabajo, las dificultades para sostener a la familia y pagar el alquiler de la casa. Le ofrecía un buen sueldo, un trabajo fácil en la policía, buena casa y buena mesa, escuela para los pequeños. Le iba señalando la ciudad de São Paulo, por donde pasaba el automóvil, iluminada y ruidosa, llena de seducción. Mascarenhas no respondía, como si sólo el aire de la noche le interesara, el poder respirarlo a pleno pulmón.

En medio del camino hacia Santo Amaro, se detuvieron los coches. Los policías le arrancaron del vehículo y le llevaron hasta la presa. Era un rincón desierto y silencioso. Sobre ellos parecía inclinarse un cielo de estrellas innumerables, claro y distante. Barros le dijo:

—Mascarenhas, ha llegado tu hora. O hablas o te liquidamos. Luego tiramos tu cuerpo a los peces del embalse.

Mascarenhas miraba el cielo, las estrellas, las aguas azuladas del lago. Amaba la naturaleza, le gustaba asistir al nacimiento del día sobre los campos, y cuando, raramente, tenía un día libre, iba a pasarlo entre los árboles, a un bosque cualquiera. Decía siempre a los camaradas, cuando imaginaban el futuro, tras la revolución, que lo que él quería era un trabajo que le alejara de la ciudad, que le permitiera vivir en plena naturaleza. Era mejor que le mataran allí, y no en un patio de la jefatura, rodeado de muros. Podía ver el cielo nocturno, el reflejo de las estrellas sobre el agua, aspirar el aire de la noche. Sí, era mejor allí.

Le desnudaron a la fuerza; los policías sacaron las pistolas. Él sintió en sus carnes desnudas la caricia fría de la brisa. Barros adoptó una pose marcial para dirigir la ejecución. Las pistolas se tendieron hacia él. Mascarenhas iba a gritar su ¡viva! final al Partido y al camarada Prestes cuando estalló colérica la voz del delegado:

—¿Crees que no vas a hablar, bandido? ¿Crees que vamos a dejarte con la boca

cerrada? Antes de matarte, voy a abrirte la boca...

Cayeron sobre él a golpes, a culatazos. Pero ahora ya sabía que no iban a matarle. Habían querido ver si le asustaban con la amenaza de la ejecución inmediata. Así había logrado Barros una vez que un estudiante hablara. Hubo un momento, mientras le apaleaban al borde de la presa, en que Mascarenhas pensó huir, tirarse al agua, dejarse ahogar. Era mejor morir de una vez que continuar sufriendo la brutalidad de los policías. ¿Pero, tenía derecho a disponer de su vida? Las torturas no podían durar eternamente, y aunque le procesaran y le condenaran, un día saldría de prisión y volvería a su puesto en el Partido, volvería a la lucha. Su vida no le pertenecía, su obligación era luchar hasta el fin. Apartó los ojos del agua azulada donde se reflejaban las estrellas.

Le llevaron de vuelta. Al día siguiente empezaron con él, con Carlos y con Zé Pedro, los procedimientos «científicos», como decía Barros: conexiones eléctricas, inyecciones aplicadas por el Dr. Pontes, electrochoques como hacían con los locos en el manicomio, para ver si con el delirio se les escapaban las palabras esperadas. Peor que aquello, sólo el espectáculo de las torturas infligidas a los otros, el salvajismo desenfrenado contra Josefa.

El llanto somnoliento del niño se acercaba. Barros sonríe al grupo de hombres apoyados en la pared: el maestro, incapaz de contener sus nervios, tembloroso como un chiquillo amenazado; el ferroviario, con su faz cerrada, los músculos tensos, la cara sombría respirando odio; el adolescente portugués queriendo romper en un esfuerzo inútil las cuerdas que lo amarran, el tronco proyectado hacia adelante, como si deseara precipitarse sobre el delegado; Mascarenhas, aguzando el oído, prendido en aquel llanto del niño, pensando tal vez en sus hijos. Alguno hablará, aunque Barros tenga que dejar lisiado para siempre al hijo de Zé Pedro. Se abre la sonrisa en el rostro de Barros. Iban a ver ahora quién podía más, si él o esos comunistas. El llanto del niño le precede en la sala, donde la atmósfera es pesada, irrespirable, como la de un largo y tenebroso túnel.

Pereirinha aparece en la puerta, con el niño como un paquete bajo el brazo: le había pasado un brazo por la barriga, las manos y los pies del chiquillo se agitaban vueltos hacia el suelo, el llanto enrojece su rostro mulato. El grito de Josefa atraviesa la sala, una voz perdida:

—Zé Pedro, van a matar a nuestro hijo...

Los ojos de Barros abandonan a los cuatro presos apoyados en la pared. La sonrisa se amplía en sus labios. En su rostro se dibuja un aire de desafío mientras se dirige a los dos hombres sujetos por los pies de una cuerda pendiente del techo: Zé Pedro y Carlos:

—¿Has oído, Zé Pedro?

—¡Perro! —la voz llega casi del suelo, una voz de asco y de odio, ahogada en dolor.

Había una mesa en medio de la sala. Barros se la indicó a Pereirinha:

—Ponlo encima de la mesa.

El policía tira al chiquillo como si fuera un paquete. El llanto aumenta, ya no es el mismo de antes, es un llanto resentido. La voz de Zé Pedro vomita insultos, como si hubiera olvidado cualquier otra palabra. Barros da órdenes a los guardias para que retiren del suplicio a Carlos y a Zé Pedro:

—Así lo verán mejor...

Colocan a los dos hombres de pie, contra la pared del fondo, pero ninguno de los dos se sostiene y caen sentados.

—Déjalo... —dice Barros.

El chiquillo se afirma sobre brazos y rodillas, y comienza a gatear. Su voz asustada llama entre el llanto: «mamá, mamá». Un sonido ronco, incomprendible, sin palabras ni gritos ni gemidos. Un sonido como de una fiera acorralada y mortalmente herida responde al niño: es Josefa intentando hablar, pedir tal vez, suplicar, amenazar, ¿quién sabe?, un sonido increíble, dilacerante. El maestro Valdemar cierra los ojos. ¡Ah, si pudiera cerrar también los oídos! Quedarse sordo de repente... Sólo el niño y el Dr. Pontes entendieron aquel sonido: el niño alza los ojos buscando a su madre; sonidos como aquél los había oído ya el Dr. Pontes en sus delirios de toxicómano. El sudor le brota de la frente. Barros se dirige hacia donde está Josefa amarrada:

—De ti depende que el chiquillo sufra o no. —Lanzó una mirada al pequeño que gateaba en la mesa, como si considerara su capacidad de resistencia—. No sé si aguantará, es aún muy pequeño... A lo mejor hasta se muere...

Los ojos de Josefa se clavaron en él; consiguió pronunciar las palabras:

—Usted no hará eso; tanta maldad no es posible, usted no va a hacerlo...

—Sólo depende de ti, exclusivamente de ti —la voz de Barros era casi amistosa—. Cuenta lo que sabes. Dile a Zé Pedro que hable. Entrégame a João y al Rubio, y yo te dejo al chiquillo.

Los ojos de Josefa se dilataban. Empezó a llorar. «¿Hasta dónde van a agrandarse esos ojos?», se preguntó el Dr. Pontes, inquieto.

—¿Vas a dejar que le peguen una paliza al chiquillo? A lo mejor, se muere... —continuaba Barros—. ¿Es que tú tampoco tienes entrañas? Vamos, habla y deajo libre al chiquillo, deajo libres a los dos... al chiquillo y a ti... Hoy mismo...

—Quiere engañarte... —advirtió Zé Pedro.

—¡Cierra la boca, cerdo! —Barros se empezaba a poner furioso—. ¿Ves? A tu marido no le importa que matemos al chiquillo, Pero tú eres su madre... No lo ha parido él, no. Por eso no le importa. Pero basta que tú hables, y os suelto. Palabra.

«Si hablo, jamás volverá a mirarme a la cara, jamás querrá saber de mí, jamás su mano me acariciará el pelo», pensaba ella durante las anteriores torturas, pero ahora ya no le basta ese pensamiento, necesita algo más que lo sustente. Busca ansiosa los ojos de Zé Pedro y los mira incansable, como si de sus ojos pudiera venir el ansiado valor. En aquellos días de torturas, cuando los policías entraron en la sala, donde la habían dejado con el chiquillo, para desnudarla y ultrajarla, cuando el deseo de la muerte era para ella el más dulce de los pensamientos, el amor de Zé Pedro le había sostenido. Pero ahora necesitaba algo más, y Zé Pedro lo adivina. Su voz domina la del delegado:

—Zefa, si hablas, un día el pequeño se avergonzará de ti. No va a querer ni verte, nadie ama a los traidores. ¡Pero sé que no hablarás!

Barros se vuelve hacia Zé Pedro:

—Oye, Zé Pedro... Si crees que todo esto es una comedia, te engañas. Si no habláis, me cargo al chiquillo, como me llamo Barros.

Y se vuelve a Josefa:

—¿Es que no tienes entrañas?

Una voz se eleva desde el otro lado de la sala:

—No eres un hombre, Barros, eres un cobarde...

El delegado se vuelve al tiempo que ve a un guardia cerrándole la boca a Paulo de una bofetada. Pero vuelve la voz, insultante, cargada de desprecio:

—Sólo un cobarde como tú puede pensar en apalear a un niño. Un cobarde, un miserable, eso es lo que eres. Si quieres pegar a alguien, pégame a mí, que soy hombre para aguantar tus golpes con la boca cerrada. Eres un cobarde, un miserable, un gallina...

Y se sucedían los insultos, pese a las bofetadas. Por un momento vaciló Barros, como si sólo Paulo le interesara y estuviese dispuesto a olvidarse de los otros para cuidarse de él. Pero luego se rió, dirigiéndose a los policías:

—Dejadle. Está intentando atraer la atención, a ver si así dejamos en paz al crío... Es bobo...

Josefa mira hacia la mesa por donde gatea el niño. Después de oír a Zé Pedro, de haber decidido no hablar, pasara lo que pasara, todas las fibras de su ser sufren por el chiquillo. Una vez, el niño había caído de la mesa y perdió el sentido. Ella le creyó

muerto y quedó paralizada, con un dolor sin esperanza. Ahora lo ve próximo al borde, y olvida las amenazas para advertir con un grito:

—Se va a caer...

El niño levanta la cabeza al oír la voz de su madre. Barros le empuja de un manotazo hacia el centro de la mesa. Se reanuda el llanto. Los pensamientos de Josefa empiezan a perder coherencia, suben los sollozos de su pecho.

Barros dio unos pasos hacia Zé Pedro:

—O hablas o vas a ver cómo aplastamos a ese chiquillo. ¿Serás tan miserable como para ver a tu hijo sufrir sólo por tu culpa? —hizo una pausa, esperando una respuesta que no tuvo—. Ahora vamos a ver si es realmente tu hijo, si no fue otro quien le hizo... Ahora voy a tener la prueba.

Mascarenhas amaba la naturaleza, los amplios espacios, los húmedos bosques, el campo abierto. Un día, de chiquillo, había hecho un largo viaje en tren y el paisaje desfilando ante la ventanilla había sido una fiesta para sus ojos. Pero ya en las montañas, el tren lanzó un pitido lastimoso y penetró en un túnel. El aire se hizo pesado, nauseabundo, revolviéndole el estómago. Ahora, en aquella sala de la policía, sintió lo mismo, ganas de vomitar, y no pudo contenerse:

—Si toca a ese niño, un día le mataré, Barros. ¡Le juro que le mataré!

Barros, esta vez, ni se volvió. Miraba ahora a Carlos, hablaba para él:

—¿Ves, Carlos? Tú eres testigo: la culpa es tuya. Os emperráis en no hablar. ¿Has visto una vez a un chiquillo apaleado de verdad? No una torta de esas que le dan el padre o la madre, no. Una verdadera paliza, a latigazos.

Josefa recordaba el día del nacimiento del niño, la alegría de Zé Pedro. E inmediatamente le asaltaba el recuerdo de unos días en que el pequeño estuvo enfermo: había sido una gripe fuerte. Ni ella ni Zé Pedro dormían, velando el inquieto sueño de su hijo. Se sucedían los recuerdos, los ojos se le dilataban, le parecía que el niño había muerto ya, no sabía qué estaba ocurriendo realmente. Sus ojos recorrieron la sala. El rostro de Zé Pedro la acompañaba, cerrado de angustia.

Barros habla, dirigiéndose a Carlos:

—Depende de ti. Si hablas, dejo al pequeño en paz. ¿Quién es João? Dame la dirección del Rubio... Dime dónde puedo encontrar a Gonçalo... Es bien poca cosa... ¿Has visto alguna vez a un chiquillo deshecho a latigazos? Pues lo vas a ver inmediatamente.

De aquel Carlos joven y alegre quedaban sólo unos ojos dulces. No fue a Barros a quien respondió. Se dirigió al Dr. Pontes, que permanecía sentado en una silla, secándose el sudor de la frente con manos trémulas:

—Doctor... Dígame, doctor... ¿Va a consentir ese crimen? ¿Lo va a permitir? Si lo permite, un día lo pagará...

Barros rió, divertido:

—¿Quién? ¿Pontes? Pero si eso hasta le divierte, ¿no es verdad, Pontes?

El médico asintió débilmente con la cabeza. Quiso sonreír, pero su sonrisa fue

una mueca.

—A ver si es hijo tuyo, el chiquillo ese... ¿Es tuyo? —se reía Barros dirigiéndose a Carlos—. Tú ibas mucho por casa de Pedro, ¿no?

Se quedó un momento esperando. Se encogió de hombros:

—La culpa es tuya. Es mejor que hables ahora, en vez de hacerlo luego, cuando hayamos empezado ya...

Indicó la radio:

—Música...

Y a otro policía:

—Desnuda a ese montón de mierda... —indicaba al niño sobre la mesa.

Midió uno a uno a los policías de la sala. Dempsey había retrocedido hacia la puerta, y desvió la mirada cuando tropezó con la del delegado. Sólo Pereirinha sonrió:

—Dale unos palos en el culo, para empezar...

—No hagas eso, miserable... —Los sollozos de Ramiro, con las muñecas sangrándole del esfuerzo por romper las cuerdas.

—¡Cobarde! —gritaba el ferroviario.

Se elevó, melodiosa, la música de un vals. Pereirinha cogió el látigo, pasó los dedos por los alambres. El Dr. Pontes vio la mirada de Josefa, su boca abierta, sin voz, algo que pasaba por sus ojos. Pereirinha alzó la mano, Barros sostenía al chiquillo de espaldas, el pequeño intentaba seguir gateando. Nadie oyó su desesperado grito, fue el de Josefa el que oyeron todos, un grito áspero y extraño como si aquella voz fuera de otra, de alguien recién llegado a la sala.

El Dr. Pontes veía al viejo profesor Barbosa Leite tendiendo la mano hacia la mujer, con el gesto habitual con que exigía a un estudiante el rápido diagnóstico. Se levantó. Pereirinha alzaba otra vez el látigo, el niño gritaba, retorciéndose sobre la mesa. El Dr. Pontes se acercó a Barros, le tocó el brazo, señaló a Josefa:

—Se ha vuelto loca... —dijo.

Barros abrió un armario del despacho. Sacó la botella de aguardiente y dos copas. Las colocó en la mesa, sirvió. El Dr. Pontes agarró apresuradamente una de las copas, se la llevó a los labios. El temblor de la mano hizo que se le derramara una parte de la bebida sobre el cuello de la chaqueta. Barros se bebió el aguardiente de un trago, escupió al suelo, volvió a servirse:

—¡Peste de gente! Ni de la loca se puede sacar nada.

El Dr. Pontes se echó a reír con una risa incontinida, morbosa, desagradable. El delegado le preguntó ásperamente:

—¿De qué se ríe? No le veo la gracia...

Barros, cuando el Dr. Pontes diagnosticó la locura de Josefa, mandó que se llevaran al chiquillo y a los demás presos, e insistió en que el médico aplicara unos electrochoques a la mujer. Y no tanto para salvarla como para oír las frases que en su inconsciencia podría pronunciar tras el tratamiento. Podía ser que así Josefa revelara algo. Josefa se había limitado a hablar del hijo, a repetir su nombre, a cantar estrofas de viejas nanas, y ahora se había quedado adormecida bajo la acción del choque. Según el Dr. Pontes igual podía despertar normal, como convertida en loca furiosa. Lo mejor sería enviarle al manicomio judicial.

Le fue difícil contener la risa: Barros le parecía cómico con su rabia impotente, y eso que hacía mucho tiempo que nada le hacía reír. Consiguió dominarse, y dijo:

—Son más fuertes que usted, Barros. Usted tiene contra ellos sólo el dolor, pero ellos tienen como respuesta contra usted algo mucho más poderoso...

—¿Qué? —preguntó el delegado dando un puñetazo en la mesa.

—Qué sé yo... Algo en el corazón. No sé qué diablos será para darles esa fortaleza. Le han derrotado. Barros...

Y nuevamente la risa se apoderó de él y le agitaba, una risa incontrolable, más insultante aún que las palabras del ferroviario en la sala de torturas.

Barros dio otro puñetazo en la mesa:

—Tráguese esa risa o le parto la cara...

El Dr. Pontes se alejó de la mesa, pero no podía dejar de reír. Era imposible: tan cómico resultaba el delegado, tan impotente, que llegaba a dolerle el estómago de risa. Barros se lanzó contra él y le dio dos bofetadas:

—¡Tío guarro! ¡Conque, riéndose de mí!...

Pero el médico seguía riéndose, riéndose y llorando al mismo tiempo, con las huellas de la mano del delegado en el rostro. Barros volvió a la mesa, agarró la botella por el cuello, bebió un largo trago, se sentó.

—¡Lárguese de ahí! ¡Que se largue, le he dicho! ¡Rápido! —ordenó.

El médico estaba haciendo un esfuerzo desmedido para contener la risa. Barros seguía gritando:

—¡Fuera de aquí! ¡Largo!

La risa murió en los labios del médico. Consiguió hablar:

—Mi sobre... Déme la ración...

Barros había triunfado en su cólera:

—¡Le he dicho que se largue! ¡Fuera de aquí antes de que le dé otra torta!

Volvió la risa. Pontes luchaba para que no le dominara de nuevo. Habló, intentando contenerse:

—Déme el sobre y me voy...

—No le doy nada, ni un pellizco... ¡Y largo de aquí!...

Volvió a coger la botella.

La risa murió en los labios del médico:

—No bromee, Barros, déme el sobre...

El delegado se levantó, se fue hacia el médico, le echó fuera a empujones, cerró la puerta. Pero seguía oyendo la risa en los labios del otro. Aquel canalla se estaba riendo de él. Bebió otro trago, la cólera le dominaba. Tiró la botella contra la puerta...

El Dr. Pontes apartó la silla sobre la que le había proyectado el empujón del delegado. El guardia que estaba de plantón ante la puerta le ayudó a levantarse y comentó:

—El jefe está que trina, ¿eh? ¡Vaya día que tiene!

No respondió. Dejó de reír. Se pasó el dedo bajo la nariz. Oyó el ruido de la botella lanzada por Barros contra la puerta haciéndose añicos. Cogió el sombrero y se fue.

Se mató de madrugada, cuando la ciudad empezaba a despertar. Los gritos y las visiones le esperaban a la puerta de la jefatura, le acompañaron en el taxi, entraron con él en su casa. Los ojos de Josefa, aquel ronco sonido que no podía compararse a nada, el cantar de cuna tras el choque eléctrico, cuando ya se habían llevado al niño con las nalgas destrozadas por los latigazos:

*Duerme, duerme, hijito mío,
Duerme en paz, que yo te velo...*

Si tuviera un poco de droga cubriría gritos y visiones con una niebla de sueño. Tal vez pudiera así soportarlo. Pero Barros le había echado. No le quedaba nada. La bebida no servía de nada, ya lo había intentado otras veces. Se tendió en la cama sin desnudarse, y los rostros surgían de nuevo de los cuatro rincones del cuarto, surgían hinchados y coléricos, unos ojos que le miraban desde el techo, desde el suelo y desde las paredes.

Apagó la luz para no ver. No debería haberlo hecho. Entonces se acercaron todos, rodearon el lecho, gritaban a sus oídos, los hombres y la mujer, y él les oía y entendía, uno tras otro y todos juntos. Se levantó, anduvo, le acompañaban desde el dormitorio a la sala, de la sala al dormitorio, y gritaban cada vez más alto y colocaban los rostros contra el suyo, los ojos sobre los suyos. Si tuviera un poco de coca... Un

pellizco sólo. Tal vez bastara...

Sí, sabía qué querían de él, qué deseaban. Le perseguían ya desde hacía algún tiempo, querían vengarse de él. ¿Por qué no de Dempsey, de Pereirinha, de Barros, por qué de él, que no hacía más que examinarles el corazón, pues para eso le pagaban? Y la voz pausada del profesor Barbosa Leite surgía de nuevo, las barbas blancas, su aire de santo laico:

—La medicina es un sacerdocio. Nosotros luchamos por la vida contra la muerte, contra el dolor...

Se sentó ante la mesa del despacho, de manera casi inconsciente cogió unas hojas de papel y la pluma y empezó a escribir una larga carta al profesor, contándolo todo, detalle por detalle. Las visiones se sentaron junto a él, pero fueron cesando los gritos a medida que él escribía. Describió la sala, los instrumentos de tortura, su trabajo y el de los otros. Y cómo había enloquecido Josefa y cómo había sido azotado el pequeño. Cerró el sobre, escribió el nombre y la dirección del profesor. ¿Pero no era el médico de la policía? ¿No sabía que los policías, al llegar, se llevarían la carta y nunca llegaría a su destino? —le preguntaban las visiones sobre la mesa, acercando el rostro.

Su vecino de apartamento era un viejo periodista con quien hablaba de vez en cuando. Cogió otra hoja y escribió unas líneas pidiéndole que hiciera llegar la carta al profesor Barbosa Leite, de la Facultad de Medicina, y sólo a él. La empujó por debajo de la puerta del vecino. Vio la mañana que nacía, su luz fosca. Pero los gritos continuaban, las visiones persistían. Le daban prisa, le rodeaban aquellos rostros hinchados, aquellos ojos de dolor y cólera, aquellas manos sin uñas, aquellas bocas partidas. «Un minuto más —pensó— y estaré libre para siempre».

Cuando cogió la pistola volvió a ver el rostro rabioso y cómico de Barros en su impotencia. Un acceso de risa le agitó, pero los ojos de Josefa estaban ante los suyos, y se contuvo. Acercó la pistola a la cabeza, la apoyó al oído, apretó el gatillo con el dedo trémulo. La mañana acababa de nacer.

Mister John B. Carlton, el importante hombre de negocios de Wall Street («El audaz *business-man* americano», como escribían algunos periódicos; «el generoso millonario fundador de tantas instituciones beneméritas», como escribían otros) el doctor honoris-causa por una Universidad de Georgia donde no permitían matricularse a los estudiantes negros, se alababa ante Marieta de Vale de su fenomenal resistencia a los efectos del alcohol, motivo de comentarios de admiración en los medios financieros yanquis. Marieta le sonreía cortés, mientras él explicaba el hecho a causa de la ley seca, cuando los norteamericanos se veían obligados a beber los más variados y sospechosos productos presentados como whisky y gin, adquiridos a los *gangsters*. Engulló el viejo vino francés, orgullo de la bodega de Costa Vale, en dos tragos rumorosos, como si bebiera un aperitivo cualquiera. Artur Carneiro Macedo da Rocha, que presidía la cena, no pudo ocultar una sonrisa de lástima. De lástima por el vino, un Borgoña magnífico que Artur saboreaba lentamente como buen conocedor. Los norteamericanos poseían sin duda cualidades insuperables, pero, pensaba el exdiputado y actual ministro, aún les faltaba mucho para llegar al refinamiento cultural de Europa. Aquel refinamiento cultural que Hermes Resende, sentado frente a Marieta, calificaba, dirigiéndose al consejero económico de la Embajada Norteamericana, como prueba de la «decadencia definitiva de los pueblos europeos».

El poeta Shopel, al otro extremo de la mesa, protestó contra la frase del historiador. No todo era decadencia en Europa. Bastaba ver la Alemania de Hitler. «¿Qué espectáculo más espléndido de juventud y de fuerza que el nazismo?», preguntaba el poeta.

Hermes iba a responder, cuando mister John B. Carlton, dejando el vaso, dominó con su respetada voz todas las conversaciones. Empezó riendo, como anunciando toda la gracia de lo que iba a decir a continuación. Inmediatamente brotaron las sonrisas en las bocas de los más próximos al banquero, el ministro, Hermes, la comendadora da Torre, Venancio Florival, Marieta Vale. El millonario confesó entonces que durante la ley seca había llegado a beber, como licor de excelente calidad, ciertos productos medicinales de alto porcentaje alcohólico. Los pagaba a peso de oro. Había gente que se había enriquecido en los Estados Unidos con la importación de aquellas medicinas y de su venta como bebida alcohólica ilegal. Y acabó la frase con una estrepitosa carcajada, riéndose él mismo de la inmensa gracia de su cuento. La hilaridad se prolongó por la mesa, y Susana Vieira, situada entre Shopel y Paulo Carneiro da Rocha, preguntó al poeta, con excitada curiosidad:

—¿Qué ha dicho?

El poeta, que desde el inicio de la noche estaba de mal humor, murmuró entre dientes:

—Una idiotez.

Pero como las risas se prolongaban, alcanzando aquella parte de la mesa, él se rió también, y más alto que los otros. Susana Vieira se quejaba:

—Tengo que aprender inglés. Hoy no se puede estar sin hablar inglés. El francés ya no vale para nada, no sé por qué obligan aún a aprenderlo en las escuelas. ¡Si ahora todo viene de los Estados Unidos, hasta la moda!... Voy a buscar un profesor particular...

Shopel quiso defender la lengua francesa, y recordó que era el francés la lengua en la que escribía Gide, pero Susana no le escuchaba, ni Susana ni Paulo, vueltos hacia Hermes Resende, cuya voz se elevaba en profundas consideraciones sobre los efectos psicológicos y sociológicos de la ley seca en la formación del carácter del pueblo norteamericano y en el desarrollo de la civilización yanqui. El consejero de la embajada, un cuarentón medio calvo, de gafas de cristal grueso, asentía con la cabeza. Había un silencio general y admirativo. Era como si todos los asistentes a la cena con que Costa Vale agasajaba a John B. Carlton, representante de los capitales norteamericanos en la empresa del Valle de Río Salgado, exhibieran ante los gringos, como prueba de la civilización brasileña, a aquel joven intelectual que hablaba un inglés perfecto y conocía tan íntimamente la vida de los Estados Unidos. Hermes se lucía con una serie de citas para probar su tesis de que la ley seca, con todas sus consecuencias, había templado el carácter norteamericano.

Sólo el propio John B. Carlton parecía un poco desinteresado de la larga disertación de Hermes, e iba aprovechando la pausa para devorar, a paladas, la comida que tenía ante sí. Tampoco Marieta, cuya sonrisa amable parecía pegada a los labios, oía los argumentos en que se fundaba la teoría de Hermes. Sus ojos habían abandonado al millonario que tenía al lado y se posaban sobre Paulo, que escuchaba. Incluso así, con la atención concentrada, el rostro del muchacho reflejaba un pleno hastío. Días antes le había dicho que estaba completamente harto «del inconmensurable provincianismo de esta vida brasileña, capaz de matar de aburrimiento al aburrimiento mismo». Para Marieta aquello había sido un golpe. El nombramiento de Artur como ministro de Justicia, con la consiguiente elección de Paulo como jefe de su gabinete, le habían dado la seguridad de la permanencia del muchacho en Brasil.

Y, no obstante, al llegar a Río, la primera cosa que Paulo le decía, era su intención de pedir, tras el casamiento, el puesto de secretario de embajada en París. Acababa de ser ascendido en la carrera, y con su padre ministro y el prestigio de la comendadora da Torre, estaba seguro de obtener la designación. Para Marieta, aquella noticia, tan inesperada como dolorosa era como una sentencia de muerte. Se había acostumbrado a dirigir la vida de su amante, y había establecido ella misma todos los planes de su existencia después del matrimonio, que se celebraría en enero del próximo año: breve luna de miel en Buenos Aires, un lujoso piso en Copacabana, mientras no estuviera terminada la casa que la comendadora había mandado construir en Gavea para la sobrina y su marido. Marieta consideraba ya totalmente superado el peligro de la

marcha de Paulo, e incluso había pensado, con el tiempo, hacerle abandonar la diplomacia para dedicarse a las empresas de la comendadora. Así lo tendría ya para siempre en Sao Paulo, a su lado. No había hablado aún de esto a Paulo, pues no le había parecido el momento oportuno. Esperaba la ocasión propicia, cuando Artur cesara en el ministerio, y Paulo tuviera que volver a la carrera. Por ahora se consideraba segura, y era feliz preparando la boda ya próxima.

Esto fue lo que hizo aún más difícil aquella conversación con Paulo. El muchacho, tendido en un sofá de la sala de estar, le confiaba sus planes: un apartamento en Champs-Élysées, los restaurantes, los cabarets, los teatros, las exposiciones, las recepciones, aquella vida de París, la única digna, según él, de ser vivida. Marieta le oía con asombro, y por primera vez se sintió molesta ante el frío egoísmo de Paulo: sólo pensaba en él, nada existía fuera de él en el mundo.

—Sólo piensas en ti... —dijo—. No piensas siquiera en que te amo, y no lo podré soportar.

Su voz había salido ahogada, y ella, al mismo tiempo, se daba cuenta de que enfadarse era lo peor que podía hacer. De nada iba a servir acusarle, gritarle, intentar darle pena, o llorar. Con Paulo había que actuar de otra manera. Si quería continuar teniéndole a su lado, tenía que convencerle de que su propio interés estaba en no salir, crear las condiciones que le obligaran a quedarse. Paulo, incapaz de soportar cualquier imagen de sufrimiento, se preguntaba por qué le había hablado de aquel proyecto a Marieta, por qué no lo había ocultado, para decírselo después de la boda, cuando ya todo estuviera resuelto. Le murmuró:

—No seas tonta, ¿qué te impide venir tú también a París? Juntos nos vamos a divertir enormemente...

Ella sonrió, ya completamente dueña de sí:

—Si usted así lo desea, señor mío...

Sí, sería bonito estar con él en París, salir los dos de noche por aquellas calles antiguas, vagabundear por el Barrio Latino, ir a los cabarets más sórdidos, besarse a orillas del Sena, a la vista de los *bouquinistes* cómplices. Pero, aunque pudiera ir, ¿cuánto tiempo podría quedarse? Sólo unos meses, Costa Vale le necesitaba. Y la vuelta significaría el fin de todo, de aquel amor cuyo deseo había amargado su vida y cuya existencia era su propia existencia. Era necesario impedir la salida de Paulo. Había empezado a hacer proyectos, y ahora, en la mesa, sonriendo al norteamericano que masticaba a su lado con un ruido lamentable, sigue pensando en eso. No puede dejar que se vaya, ¿qué sería de ella? La sonrisa muere en sus labios al tiempo que mister John B. Carlton vacía un nuevo vaso de vino. Con un gesto casi imperceptible, Marieta llama al camarero.

—Es un genio —comentó Susana Vieira cuando Hermes Resende terminó su disertación—. No he entendido nada de lo que ha dicho, pero fíjate: ha dejado al norteamericano con la boca abierta...

Shopel miró al consejero de embajada. El poeta estaba aquella noche de un

sorprendente mal humor, y lleno de despecho hacia los norteamericanos.

—Tienen la edad mental de un chiquillo de doce años. Todos son así, esos gringos. Burros e ignorantes...

Paulo se sorprendió:

—Shopel, ¿qué te pasa? Hoy la has tomado con los norteamericanos. No pareces el mismo que escribió aquellos artículos al volver de los Estados Unidos...

El poeta se defendía:

—No la he tomado con nadie. Y mucho menos con los norteamericanos, Paulinho. Al fin y al cabo, somos socios en lo del manganeso del Valle. Pero a veces pienso que en esta división del mundo...

—¿Qué división del mundo? —quiso saber, sonriente, Susana.

—Cabecita loca —respondió Shopel—, ya verás cómo el mundo va a quedar dividido entre norteamericanos y alemanes en la próxima guerra. Y a veces pienso que nos iría bastante mejor si quedáramos perteneciendo a Alemania, y no a los Estados Unidos.

—¿Perteneciendo? Al fin y al cabo, Brasil es un país independiente... —A Susana, aquellas cosas de la política internacional le parecían muy complicadas.

—Económicamente, Susaninha, burrita preciosa...

—¡Ah! ¡Ahora entiendo! Pues yo prefiero a los norteamericanos. Hay cada uno, ¡qué hombres! Mira al cónsul, por ejemplo...

Shopel se encogió de hombros y empezó a explicarle a Paulo que si los Estados Unidos eran realmente un coloso, se debía a los inmigrantes llegados de Europa:

—Los norteamericanos lo que saben es ganar dinero. Han nacido para eso. Y con dinero compran la inteligencia de Europa, importan sabios y artistas, los colocan a su servicio.

Y citaba los ejemplos de Einstein, de Thomas Mann, de Salvador Dalí. Paulo no se mostraba de acuerdo. No es que fuera a comparar la civilización yanqui con la francesa, eso no, pero no se podía negar la originalidad, la moderna concepción de vida de los norteamericanos.

En el otro extremo de la mesa se había entablado una discusión entre Hermes Resende y el consejero de la embajada de los Estados Unidos sobre el problema negro. La discusión había ido atrayendo primero a Artur y luego a Venancio Florival y a Costa Vale. Hermes opinaba que el problema se había solucionado en Brasil a través del mestizaje, y el diplomático yanqui defendía los principios racistas. El exsenador Venancio Florival se mostraba de acuerdo:

—Nuestra desgracia son los mulatos. Son perezosos y de mala fe, odian el trabajo. Si hubiéramos seguido el ejemplo de los Estados Unidos, tendríamos una *élite* de blancos con capacidad intelectual para dirigir el país, y buenos trabajadores negros. Porque el negro ha nacido para eso, para los trabajos pesados.

Creció el malhumor en el rostro mulato de Shopel. Inició una discusión con Paulo como si no quisiera oír los comentarios en inglés sobre el mestizaje. Aquella misma

noche había tenido que soportar la cara de asco con que John B. Carlton le había dado la mano.

Artur intentaba conciliar las opiniones:

—Cada país tiene sus hábitos, su formación peculiar. La verdad es que la colonización portuguesa tuvo sus ventajas... En eso estoy enteramente de acuerdo con Resende...

La voz de Costa Vale era fría como si estuviera haciendo un cálculo matemático:

—Todo el mal viene de ahí, de la colonización portuguesa. Si hubiéramos sido colonizados por los ingleses o por los holandeses, seríamos una nación poderosa como los Estados Unidos. Seríamos una gran potencia.

Aquél era un tema grato a mister John B. Carlton, y lo había desarrollado más de una vez en sus discursos: el del poder y la misión de los Estados Unidos.

—Los Estados Unidos son —seguía masticando al hablar, y proyectaba a su alrededor minúsculos restos de comida— el país elegido por Dios para llevar la civilización y la democracia a los demás pueblos.

Se hizo un respetuoso silencio en la mesa, ante sus primeras palabras. Marieta se movió en la silla, acomodándose como para oír mejor, pero en verdad para salvar el rostro de las salpicaduras proyectadas por mister Carlton. El americano, pesado por el vino, desarrolló sus consideraciones. La tarea de los Estados Unidos se centraba en civilizar a los demás países, defenderlos contra el peligro comunista, salvarlos del abismo. Cuando se calló, Artur Carneiro Macedo da Rocha dijo:

—Es una suerte para los países de la América Latina la existencia de los Estados Unidos. Sin eso, nuestra independencia estaría a la merced del apetito de los europeos: de Alemania y de Inglaterra.

—Nosotros no queremos colonias —afirmó mister John B. Carlton—. Todo lo que queremos es cooperar con nuestros capitales para el desarrollo de los países más atrasados. Ésa es la misión que Dios nos impuso.

—Noble pensamiento —aplaudió Artur.

Y como llegara la hora de los postres y del champán, levantó su copa en un brindis al visitante. Partió de la frase del millonario, y elaboró sobre ella un entramado de elogiosos comentarios sobre la figura del «eminente hombre de negocios que de manera tan perfecta simboliza la civilización norteamericana y que, cumpliendo la misión sagrada marcada por Dios a su patria, viene a cooperar con sus capitales para la grandeza futura de Brasil».

Mister John B. Carlton alzó su copa para agradecer las palabras del ministro. Bebía por la eterna amistad entre los Estados Unidos y Brasil. Habló de las amenazas de guerra que pesaban sobre el mundo y de la decisión de los Estados Unidos de defender el continente americano. Para eso eran necesarios buena voluntad y comprensión por parte de los demás países americanos. Los hombres responsables de la vida de los Estados Unidos, los constructores de su gloria, estaban dispuestos a auxiliar con sus capitales, con sus técnicos y con sus consejeros, al desarrollo de las

naciones más atrasadas. Eso era lo que él venía a hacer a Brasil. Se sentía feliz al encontrar, por parte de los hombres de negocios y de los hombres de estado, una comprensión tan perfecta de su misión, de la misión impuesta por Dios a los Estados Unidos.

Resonaron los aplausos, chocaron las copas con sonoro ruido de cristales, y después todos abandonaron la mesa para tomar el café en la sala de estar.

Marieta, con el pretexto de dar algunas órdenes, se quedó atrás y con los ojos le pidió a Paulo que se quedara también. Cuando los otros se alejaron, el muchacho le dijo:

—Estás melancólica hoy, ¿por qué?

Ella encogió los hombros desnudos, fatigada:

—Cansada de hacer comedia, de sonreír a ese norteamericano que me ha rociado la cara. ¿Será necesario pasarse la vida haciendo teatro?

Paulo se echó a reír:

—¿Qué quieres? ¿Que tu marido, mi padre y ese mister Carlton vayan a la notaría y le digan al escribano: «Hemos venido aquí a vender un pedazo de Brasil, el Valle de Rio Salgado, a mister Carlton? Inscríbase rápido, que no podemos perder tiempo...». No, Marieta, no puede ser así. —Cierta calor humano pobló su risa fatigada. Es como en un teatro de marionetas. Estábamos todos en la mesa y cada gesto nuestro, cada palabra, estaba dirigida; alguien había tirado de los cordones, el dueño del espectáculo.

—José... —dijo ella, reflejando en su voz la admiración que a veces sentía por su marido.

—José tira de nuestros cordones, pero él no pasa de ser a su vez una marioneta. Quien manda, Marieta, es realmente mister Carlton.

Colocó una flor en el ojal de la solapa de su *smoking*, tendió su mano bien cuidada a la mujer, invitándole a entrar en la sala:

—Vamos a seguir representando la comedia, amor mío; es divertido. Y nos llena los bolsillos. Vale la pena.

En la sala, la voz de Hermes Resende se elevaba, trazando, en inglés, todo un complicado sistema sociológico a base del estudio de los rascacielos y del *sándwich*, de donde partía el famoso intelectual para hacer su elogio de las formas de vida norteamericana.

El aviso del Dr. Sabino arrancó a Mariana de una serie de trabajos urgentes. Las detenciones derivadas de la denuncia de Heitor, especialmente las de dos responsables de la regional como Carlos y Zé Pedro, habían doblado el trabajo de cada militante. Había venido de Río un camarada para ayudar a João a reconstruir el secretariado regional y reorganizar la máquina del Partido en São Paulo. Tras las detenciones, hubo una pausa sensible en la actividad. El movimiento huelguístico había sido prácticamente desmantelado por la violencia de la policía, y en el seno de la regional se reflejaba la falta de los cuadros detenidos. Era necesario volver a ponerlo todo en marcha, y una de las primeras medidas, tras la llegada del camarada de Río, fue la sustitución de Mariana como enlace de la regional. Había sido designada ahora para ocupar el lugar de un camarada dirigente de un comité de zona que había sido detenido durante la huelga. De allí en adelante otro elemento haría de enlace entre los componentes del nuevo secretariado en formación. Y se decidió también que era peligroso para la seguridad del Partido que João y Mariana continuaran viviendo en la misma casa. Durante los meses que siguieron al golpe armando-integralista, con cierta calma en la acción de la policía, Mariana se había expuesto mucho estableciendo las relaciones entre el secretariado y las células de las fábricas en huelga, y era demasiado conocida por muchos camaradas. La policía podía fijarse en ella en cualquier momento, localizar su residencia y detener a João.

Fue un momento triste cuando João le comunicó su decisión:

—Es necesario, Mariana.

—Comprendo —dijo ella, pero en su voz había una profunda tristeza que conmovió el corazón del muchacho.

Se sentó a su lado en el incómodo sofá, y le cogió las manos.

—Lo importante es saber que nos amamos y que luchamos por la misma causa. No va a tardar el día en que estemos juntos de nuevo. Imagina que somos novios y que nuestras familias no quieren que nos casemos, que sólo podemos vernos a escondidas.

Sonreía, y ella apoyó la cabeza en su hombro:

—Sé que el Partido tiene razón. Aún no estoy formada políticamente, João. Ahora que debería sentirme orgullosa de la tarea que el Partido me ha encomendado, me siento triste por no estar a tu lado. Aún pienso más en mí misma que en el trabajo.

João le acarició el pelo:

—Nos vamos formando día a día, querida. Los acontecimientos nos educan. Sí, es triste que tengamos que separarnos. Yo también sufro con eso. Pero sería más triste si nos separara la policía...

—Lo sé. Tienes razón. Pensaré en ti todos los días, y trataré de ser digna de ti.

—De ser dignos de nuestro Partido, Mariana.

Un silencio cargado de presagios se adueñó de la sala por breves segundos.

Después, Mariana sonrió. Su rostro estaba ya tranquilo, aunque en sus ojos aún quedaba una lejana nota de melancolía. João sonrió también:

—No puedes imaginar lo que representas para mí...

Aquella fue la última noche que pasó en su compañía, en aquella casita donde habían vivido desde la boda. De madrugada se fue para vivir en otra casa cuya dirección era desconocida incluso para ella. No era la primera vez que se iba sin que Mariana supiera adonde, pero nunca lo había sentido tanto, nunca había sentido tan oprimido su corazón. Antes, incluso cuando sabía que estaba lejos de São Paulo, tenía siempre ocasión de recibir noticias suyas a través de su contacto permanente con el Rubio, con Carlos o con Zé Pedro. Pero ahora ya no era «estafeta» del secretariado, tenía otra misión, volvía al trabajo directo con las bases del Partido, se habían acabado las posibilidades de saber de João. Sólo quizá por casualidad volvería a encontrarle. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquella separación? ¿Cuánto tiempo iba a vivir lejos de su amor?

Le parecía imposible poder vivir así, lejos de João, sin saber nada de él, sin poder siquiera esperarle como antes. Ahora no era igual. Antes, cuando él se iba, era sólo por algún tiempo, para cumplir una misión. Y todos los días ella esperaba encontrarle en casa, al volver de sus caminatas, o bien verle entrar por la noche, con el rostro fatigado, los ojos enrojecidos por las noches en vela, su amplia frente, su rostro descarnado. Y ahora ya ni esa esperanza le quedaba. Para que se encontraran de nuevo juntos bajo el mismo techo era preciso que cambiaran muchas cosas en la tierra. Aquella madrugada de la marcha de João, sola, esperando el alba, se acordó de una frase que le había oído a Saquila, en casa del viejo Orestes, hacía mucho tiempo:

—Queremos romper un muro de piedra a cabezazos.

Y se encontraba de repente ante aquel muro impenetrable, ahora que João se había ido. Quiso apartar la frase de su cabeza, pensar en otras cosas: aquella frase la había dicho un enemigo del Partido, un traidor, e intentaba recordar lo que le había dicho el Rubio a propósito de Saquila, cuando ella le habló de la discusión y de la frase. Pero la imagen de un muro de grandes piedras negras separándole de João persistía, pese a todo. Sentía unas incontenibles ganas de llorar, la misma sensación de cuando tuvo la seguridad de que su padre iba a morir. Se limpió las lágrimas, recordando la conversación al pie del lecho del moribundo, en aquel día distante en que su padre la llamó y le preguntó si era comunista. Un comunista no reacciona así, se dijo. Tenía ahora tareas urgentes y difíciles por realizar: el comité de la zona adonde había sido enviada estaba casi desmantelado por la acción de la policía, tanto en la dirección como en las bases. Había que ponerlo todo en marcha otra vez, había que continuar la menuda tarea cotidiana, colocar nuevos tornillos en la gran máquina de la revolución.

Se levantó, se vistió, quería comenzar temprano el día. Tenía que prepararse para una reunión con los demás miembros del comité de zona, los nuevos responsables de toda aquella parte del municipio de São Paulo. Tenía documentos por estudiar, planes

que trazar. Hizo un esfuerzo para concentrarse en el trabajo, para liberarse de los tristes pensamientos. Fue entonces cuando le llegó el aviso del Dr. Sabino. El médico le decía que fuera a verle urgentemente, que tenía que comunicarle algo muy grave.

Le encontró en su consultorio; hacía tiempo que no le veía. Sabino parecía preocupado. Se encerró con ella en la sala de consultas.

—¿Sabes quién está aquí, en São Paulo?

—¿Quién?

—Alberto.

¡El Rubio en Sao Paulo! Mariana quedó estupefacta. ¿Qué habría venido a hacer? ¿Por qué había dejado el sanatorio? No tuvo siquiera tiempo de preguntar nada, el médico le explicaba ya, con aire reprobatorio:

—Se escapó del hospital.

—¿Cómo es posible?

—Hace ya días intentó convencer al médico de que tenía que irse, que ya no necesitaba el tratamiento. Es absurdo. Yo iba siguiendo su caso y sé que sólo había empezado a mejorar ligeramente. Detener ahora el tratamiento supone condenar el otro pulmón. Prácticamente es un suicidio. El médico le explicó exactamente la situación, le dijo que era imposible darle de alta. Y me escribió una carta contándome lo que ocurría. Pues bien, ¿sabes quién apareció esta mañana? Alberto.

—¿Estuvo aquí?

—Quiere verte. Volverá a la hora de comer. Por eso te mandé llamar. Para que le convenzas de que vuelva inmediatamente al sanatorio.

—¿No quiere volver?

—Cuando se lo dije, sólo le faltó pegarme unas bofetadas. Me preguntó si no estaba enterado de las detenciones de aquí... Dijo que en este momento su lugar no estaba en el sanatorio. No admitió réplica ni quiso discutir nada. Algo imposible.

Movía la cabeza:

—Por lo que veo, no creo que tú tampoco consigas nada. Está decidido a quedarse, y me dijo que si volvía a hablarle del sanatorio era capaz de no volver más por aquí para seguir el tratamiento.

Ante el silencio pensativo de Mariana, Sabino se levantó:

—Bueno. Es sólo eso. Y la verdad es que no sé si criticar su actitud o admirarla. Todos vosotros estáis locos, pero hay también mucha belleza en esa locura. Lo mejor es que vayas a dar una vuelta y aparezcas por aquí hacia las doce y media. Es la hora que me dijo. Yo no estaré, pero ya sabes dónde encontrar la llave.

Mariana anduvo por las calles, matando el tiempo, dominada por una compleja confusión de pensamientos: la alegría de volver a ver al Rubio, de estrechar sus huesudas manos de tuberculoso, de reencontrar su bondadosa sonrisa, temor por la salud amenazada del compañero, y una sensación de descontento consigo misma al pensar que aquella misma madrugada había estado llorando de dolor por la separación momentánea de João. Y ahora llegaba el Rubio huido del sanatorio,

abandonando el tratamiento que podía devolverle la salud, para incorporarse al rudo combate. No había sido necesario que el Partido le llamara, había venido apenas se enteró de las detenciones, de los claros que se habían abierto en las estructuras del Partido. Con un pulmón corroído por la enfermedad y el otro amenazado, pero nada de eso le importaba, no pensaba que aquel muro de piedra fuese inmovible.

A las doce y media volvió al consultorio. Abrió la sala y esperó. Cinco minutos después llegaba el Rubio. Mariana había guardado el recuerdo de aquel domingo en que salió para Campos do Jordão con la mano moviéndose en un adiós por la ventanilla del automóvil. Creyó que iba a ser la última vez que le veía, su última imagen, unida a otras en el fondo de la memoria llena de añoranza. Había sido durante la huelga de Santos, y las primeras noticias llegadas del sanatorio eran pesimistas. Los médicos tenían pocas esperanzas. Tan pocas que los compañeros habían decidido enviar a Olga al sanatorio para que estuviera junto al marido. Pero poco después empezó a reaccionar frente a la enfermedad, se había iniciado una lenta mejoría.

Y ahora le veía de nuevo, con el rostro abierto en una amplia sonrisa. Había engordado, pero era una gordura blanda, enfermiza, flácida, que no armonizaba con la fuerte personalidad del Rubio; como si le hubieran puesto una máscara. Pero reconocía sus ojos iluminados, la boca sonriente, el pelo rubio. Se abrazaron.

—Si me tiño el pelo, no hay policía que me conozca.

—¿Pero, qué has venido a hacer? ¿Has dejado el tratamiento?

El Rubio se sentó a su lado.

—Me enteré de las detenciones hace cuatro días. Han tardado mucho en avisarme y, si me enteré, fue casi por casualidad. Primero intenté que el médico me diera el alta. Pero es un tipo tozudo como una mula. Tuve que largarme sin decirle siquiera adiós, ni darle las gracias.

—¡Pero eso es una locura!

—Luego discutiremos. Ahora, dame noticias: ¿Cómo están los presos? ¿Quién ha caído, aparte de Zé Pedro y Carlos? ¿Cómo va el trabajo?

Mariana contó lo de las detenciones, las torturas, la liquidación de las huelgas. El Rubio contrajo su rostro al oír lo de Josefa y el niño.

—¡Cerdos!

—Cuando el médico se suicidó, dejaron de torturarles. Soltaron a Josefa y al pequeño, pero la pobre está completamente loca. Han abierto un proceso contra los demás.

—¿Y el trabajo?

Le dijo lo que sabía sobre la reorganización del aparato regional. El Rubio aprobó con un movimiento de la cabeza. Cuando Mariana terminó, el Rubio se levantó de la silla:

—Ahora, Mariana, debes establecer inmediatamente contacto con la gente. Diles que he llegado y que quiero verles cuanto antes. Para João es bastante.

Mariana bajó la cabeza:

—Si fuera ayer... pero ya no soy enlace, ahora tengo otra tarea. Y han decidido que era peligroso que João y yo siguiéramos en la misma casa. Se ha ido hoy, y no sé adonde.

—Es una buena medida. Era necesario. Ya lo había pensado yo en el sanatorio más de una vez. Era un peligro que siguierais viviendo en la misma casa. —Miró a Mariana, vio una sombra de melancolía en sus ojos, le sonrió—. Es duro, ¿eh? —le posó la mano afectuosa en el hombro—: Pero tú eres una buena camarada, y lo entenderás. Por lo menos, así no te va a ocurrir lo que le pasó a Josefa y a Zé Pedro.

Mariana se estremeció en la silla:

—Soy tan estúpida que ni pensé en eso, en el lado positivo de la separación. Me quedé triste, llorando.

—Si no te entristecieras, serías un monstruo. Pero una cosa es entristecerse y otra caer en el desaliento.

—Eso, no...

—El trabajo te va a devolver la alegría. Ya verás. Bien, de todos modos, tienes que ponerme en contacto con alguien de confianza que me lleve a la dirección hoy mismo.

—Creo que podré.

Le explicó lo que pensaba hacer, y él se mostró de acuerdo.

—No nos encontraremos más, no vale la pena. Es suficiente con que el chico me encuentre en el lugar marcado. Ahora, me voy.

Ella le retuvo con un gesto:

—¿No piensas volver al sanatorio?

—¿Al sanatorio? ¿Crees que el Partido tiene tantos cuadros que en un momento como éste, con tantos detenidos, con tanto trabajo, pueda estar yo en un sanatorio?

—Pero el médico...

—Mariana, eso no es asunto tuyo. De nada sirve perder el tiempo discutiendo. Estoy mucho mejor, y no voy a matar el tiempo sin dar golpe en un sanatorio, cuando están intentando liquidar el Partido. Y, se acabó.

Había hablado con aspereza, contra su costumbre. Y luego, como arrepentido, añadió:

—Perdóname, Mariana. Es que el asunto del sanatorio tiene la virtud de irritarme. Déjame discutir con la dirección. Y en cuanto a ti, no te entristezcas por estar lejos de João. Todos, hija mía, debemos dar algo al Partido. Si no lo hacemos, nuestro Partido nunca será lo que ha de ser para transformar la vida y acabar con todas estas amarguras.

Le tendió la mano y siguió:

—Vamos, Mariana, una sonrisa... Cualquier día de éstos volvemos a encontrarnos por cosas del trabajo. Buen trabajo, muchacha, y no olvides que eres la compañera de João, y que eso supone mucha responsabilidad.

—Por lo menos, ven al médico de vez en cuando.

—Prometido.

El Rubio se fue, pero su presencia continuaba llenando la sala de consultas del Dr. Sabino. Mariana seguía oyéndole, con su voz bondadosa, pero áspera cuando hablaba del sanatorio. Parecía otra, después de aquella conversación. No es que hubiera dejado de sentir la tristeza de la ausencia de João, el no tenerle a su lado, pero esa tristeza ya no le desesperaba o inquietaba. Ya no se acordaba de la frase de Saquila. Ahora, después de haber visto a aquel camarada que abandonaba el sanatorio para volver a la lucha, se encontraba llena de entusiasmo por el trabajo, y la decisión del Partido sobre el problema de la residencia de João le parecía la resolución más justa. «Realmente —pensó— el Partido está defendiendo nuestra libertad, nuestras vidas, nuestro amor».

Cuando llegó el Dr. Sabino, le preguntó:

—¿Qué hay? ¿Vuelve nuestro hombre al sanatorio?

Mariana movió la cabeza negativamente: —No lo creo. Y no creo tampoco que nadie tendría derecho a hacerle volver. Estamos atravesando un momento difícil y no es hora de pensar en la salud, en el hogar, en uno mismo. Es la hora en que los comunistas debemos demostrar lo que somos.

El médico alzó las manos, impotente:

—Se va a morir...

—Lo importante es que el Partido viva.

El camarada João pegó un puñetazo en la mesa para dar mayor fuerza a sus palabras:

—Nada importa permitir que ellos digan que el Partido está liquidado. La verdad es que hasta ahora no han tenido descanso. Nuestra acción prácticamente ha impedido la aplicación de la Constitución de 1937. ¿Es verdad, o no?

El compañero llegado de Río asintió con la cabeza. El Rubio seguía atentamente las palabras de João, con la barbilla en la palma de la mano. Discutían sobre las perspectivas del trabajo. João defendía la tesis de que era necesario reorganizar las bases de la regional, conmovidas por las últimas detenciones, antes de lanzarse a una acción más vigorosa. La policía política, desde la caída de Zé Pedro y de Carlos, se agitaba presa de una actividad enorme. Se hacía presente en las fábricas, se sucedían las redadas en las casas de elementos sospechosos de mantener relación con los comunistas, habían detenido a algunos equipos pintando los muros de la ciudad, se sucedían los procesos en el Tribunal de Seguridad, y cada día se dictaban sentencias de largos años de prisión. No sólo en São Paulo, sino también en Río, la policía parecía dispuesta a cumplir con su decisión de liquidar rápidamente toda la actividad de los comunistas. Había empezado un verdadero cerco en torno al Partido, y la Prensa, haciendo conjeturas sobre la situación internacional, extremadamente tensa, reclamaba la liquidación de los «extremistas de izquierda» en el momento en que todo parecía indicar que Hitler, con el apoyo tácito de los gobiernos francés, inglés y norteamericano, se iba a lanzar sobre la Unión Soviética.

—Tenemos que poner el Partido de nuevo en pie en la zona de São Paulo. El trabajo que nos espera es difícil y silencioso. Vamos a pasar días muy duros y necesitamos un Partido fuerte en las fábricas. Recomponer la máquina del Partido y ampliarla, ésa es nuestra tarea en el momento actual.

Era la primera reunión del Rubio con João y el camarada llegado de Río: componían los tres, provisionalmente, el secretariado de la regional de São Paulo. Tras los meses de forzado reposo en el sanatorio, el Rubio estaba ávido de acción, y sus primeras palabras, antes incluso de que la reunión se iniciara, fueron para proponer el estudio de una fórmula cualquiera de actividad que demostrara al país que el Partido no había sido aplastado, liquidado por la policía. Había defendido su idea con voz apasionada, pero João y el otro camarada se habían mostrado poco entusiastas:

—Primero tienes que informarte de lo que pasó en la regional después de las detenciones y las huelgas —dijo João.

El camarada llegado de Río añadió que el Partido no era sólo la zona de São Paulo, pese a la importancia de este estado, fundamental para la vida política del país. En el mismo instante en que la policía parecía reducir al silencio al Partido en Río y en São Paulo, había huelgas en Pará y en Rio Grande do Sul, y en Bahia el partido

estaba desarrollando una gran actividad. Incluso ahora, bajo el impulso de Vitor, había aparecido en Salvador una revista legal, a través de la cual el Partido hacía llegar su palabra a nuevas capas de la población. No, todo el pueblo podía ver que el Partido no estaba liquidado, que los golpes de la policía no habían acabado con él, que su corazón latía en mil diversas realizaciones, que su bandera antifascista seguía erguida.

¿Por qué, pues, precipitarse en una acción de gran envergadura en São Paulo, sin estar preparados para ella? Sería un acto de desesperación, capaz de entregar a la policía toda la máquina del Partido. No, el trabajo que les esperaba era ahora otro, menos aparatoso, pero no por eso menos eficaz e importante: tenían que levantar nuevamente el Partido, colocarlo a la altura de las necesidades de estos días difíciles y de los días aún más difíciles que se aproximaban.

Las palabras de João iban aclarándole la cuestión al Rubio, haciéndole tomar contacto con la realidad. Cuando João terminó, esbozando las tareas prácticas para reforzar rápidamente la estructura de la regional de Sao Paulo, el Rubio dijo:

—Tenéis razón. No es posible lanzarnos ahora a grandes acciones. Pero creo que, mientras reforzamos el Partido, debemos llevarlo a la calle, aunque sea en pequeñas acciones. Es preciso combinar los dos trabajos, el de organización y el de agitación. Y el trabajo de masas.

Continuó la discusión. Aquellos tres hombres, tan diferentes, pero entregados los tres a la misma causa, se complementaban, corrigiendo cada uno lo que había de poco claro en las ideas de los otros, encontrando en la discusión la justa manera de llevar su lucha. Se hallaban ante amargas comprobaciones: la policía, con las detenciones de septiembre, con la violencia de su acción contra el movimiento huelguista, con los sucesivos procesos, había aplicado rudos golpes a la regional del Partido. Células enteras habían desaparecido en las fábricas, los comités de zona estaban desorganizados, la combatividad de la masa había disminuido ante la brutalidad de la reacción. Al mismo tiempo, el gobierno intentaba consolidar el régimen fascista impuesto al país con el golpe del 37, la infiltración imperialista se hacía más fuerte, los capitales alemanes y norteamericanos se apoderaban de las riquezas del país. Vargas trataba de comprar políticos e intelectuales con cargos y prebendas, la vida del pueblo se hacía más difícil, la lucha más áspera. Y ellos eran sólo unos millares de hombres en todo el país, perseguidos como ratas, amenazados por todas partes. Y, sin embargo, la marcha de los acontecimientos dependía sobre todo de ellos, del acierto de sus decisiones, de cada pequeño grupo de tres o cuatro hombres que se reunían en las grandes ciudades de Brasil, de la misma forma que allí estaban reunidos el Rubio, João y el camarada llegado de Río.

Era de noche, y la ciudad de Sao Paulo dormía, reposando de las fatigas del día. Sólo ellos estaban en vela, para ellos no existían las horas de reposo.

El Rubio continuaba hablando y exponía su punto de vista sobre la mejor manera de reconstruir la base del Partido. Pasaron la noche discutiendo. Y sólo cuando había

amanecido, cuando los planes estaban asentados y las tareas bien claras, João quiso saber:

—¿Y tu salud? ¿Crees que puedes aguantar?

—He mejorado mucho en el sanatorio. El resto de la cura la haré aquí, de vez en cuando iré a ver al Dr. Sabino.

—Tú sabrás. La verdad es que puedes sernos de gran ayuda.

—Ahora no es el momento de estar malo —dijo el Rubio—. Y mucho menos de estar cebándose como un cerdo en un sanatorio.

João le aconsejó:

—Tienes que alimentarte bien y buscar tiempo para dormir. El trabajo va a ser duro. Antes de separarse, el Rubio preguntó:

—¿Y Josefa? ¿Cómo va?

—Logramos internarla en un manicomio. El médico dice que quizá se recupere.

—Tenemos que conseguirlo. No se puede perder a una compañera como ella. ¡Cuando pienso en lo que pasó la pobre...! ¿Cómo iba a quedarme en el sanatorio al saber esas cosas? Tendría asco de mí mismo si me quedara...

Durante la estancia de mister John B. Carlton en Brasil, los periódicos no dejaron de interesarse diariamente por su personalidad. Todas las mañanas, el secretario del representante de Wall Street le entregaba un resumen de las noticias de la prensa brasileña. Lo único que el millonario no pudo leer fue el ataque que contra él lanzó la edición clandestina de *Classe Operaria* denunciando su viaje como parte de la ofensiva del capitalismo norteamericano sobre las riquezas brasileñas, explicando una vez más el significado de la Empresa del Valle de Rio Salgado, donde abundaban las materias primas estratégicas. En compensación, mister Carlton pudo seguir en los periódicos no sólo la ininterrumpida serie de elogios que le tributaba la mayoría de la prensa («simpática y emprendedora figura que supo conquistar muy pronto a la alta sociedad brasileña y cuyos contactos con los hombres de negocios de Río y de São Paulo abrían nuevos horizontes al desarrollo económico de Brasil»), sino también los sutiles ataques de ciertos periódicos ligados a los intereses del capital alemán. La presencia de mister Carlton había hecho aparecer en aquellos periódicos una campaña nacionalista basada en las palabras de Vargas tras el golpe de Estado, sobre el establecimiento de una industria nacional con capitales brasileños. Eran comentarios que ponían en duda el acierto de la política de Roosevelt y su sinceridad con relación a los países del sur del continente. Aquella campaña, tímida en los periódicos, no lo era tanto en los comentarios de la calle, alimentados por los integralistas.

Se sucedían las conferencias entre mister Carlton, Costa Vale, la comendadora da Torre y Venancio Florival. La Empresa del Valle de Rio Salgado se iba poniendo en pie, los técnicos llegados de las orillas del río entregaban sus informes, Venancio Florival discutía los planes sobre la expulsión de los cultivadores mestizos, llegaban de los Estados Unidos nuevos ingenieros, y la perspectiva de la visita del dictador a las obras de la empresa, a pesar de que la situación política no la aconsejaba, no se había esfumado aún. Mister Carlton era un hombre práctico y se entendía bien con Costa Vale.

Su intervención no se reducía sin embargo a los asuntos de la empresa propiamente dicha. En contacto directo con el ambiente brasileño, amplió considerablemente los contornos del negocio al que aplicaba sus capitales. Mantuvo largas conversaciones telefónicas con sus asociados de Nueva York, discutió sobre los más variados asuntos en la embajada de los Estados Unidos. De aquellas conversaciones nació una serie de iniciativas colocadas más o menos bajo el patrocinio de la embajada y más o menos ligadas todas a la Empresa del Valle de Rio Salgado. Iban desde el establecimiento de grandes oficinas en Río y São Paulo hasta la fundación de una agencia para la distribución de artículos de autores nacionales o extranjeros a los periódicos, a la llegada de profesores norteamericanos a las universidades brasileñas, a invitaciones a escritores y artistas brasileños para que visitaran los Estados Unidos.

Quien se benefició inmediatamente de los nuevos planes de mister Carlton fue Saquila. El periodista había vuelto de Uruguay y se encontraba sin trabajo. Aunque la policía no le había molestado, su situación financiera era difícil. Fue entonces cuando logró, por medio de Hermes Resende, el puesto de director en São Paulo de una nueva agencia de publicidad, la Transamérica, que distribuía al mismo tiempo la propaganda de la Empresa del Valle de Rio Salgado, la de varias compañías norteamericanas, y artículos de intelectuales brasileños.

Hermes Resende le había llevado a Costa Vale, en las oficinas de Río. Esto ocurrió pocos días después de la cena ofrecida en honor del millonario Carlton en la embajada de los Estados Unidos. En aquella ocasión, el agregado cultural yanqui había discutido con Hermes sobre los planes sugeridos por el magnate. Trataron principalmente el de la agencia, el de la posibilidad de incrementar el intercambio cultural entre Brasil y los Estados Unidos. El agregado cultural estaba impresionado por la influencia de los comunistas en los medios intelectuales brasileños:

—Por un lado los comunistas, por otro los fascistas. Y nosotros, sin hacer nada. Mister Carlton vio el problema inmediatamente. Creo que esa agencia puede ser un excelente medio de ganarnos las simpatías de muchos intelectuales influenciados por los comunistas.

Hermes Resende estaba de acuerdo. Se había hecho roosveltiano ardiente en los últimos meses, tras su regreso de Europa. En las librerías criticaba a los comunistas que combatían el imperialismo norteamericano, «único aliado que tenemos para luchar contra el nazismo». Según él, la única posibilidad de acabar con el Estado Novo en Brasil era esperar una intervención diplomática del Departamento de Estado. Eso mismo le había dicho a Cícero d'Almeida en una conversación reciente:

—Si esperáis que sea el pueblo quien derribe al Estado Novo, vais a envejecer bajo el fascismo. Sólo existe una salida: los Estados Unidos. Los norteamericanos no pueden tolerar un estado fascista que por su propia estructura simpatiza con los alemanes. Un día u otro, el Departamento de Estado intervendrá. Si fuerais inteligentes, apoyaríais la política norteamericana...

Lo mismo le había dicho a Saquila cuando el periodista fue a verle con la ropa lustrosa y deshilachada. Esta vez no hubo discusión: Saquila concordó plenamente con él y fue aún más violento que Hermes Resende en relación a la política seguida por los comunistas:

—Son unos imbéciles. En el fondo acaban haciéndoles el juego a los nazis con esa manía de la política independiente. Lo que necesitamos es unir a los intelectuales de izquierda liberándoles de la influencia de los stalinistas.

Sabiendo que Shopel buscaba a alguien para dirigir la sucursal en São Paulo de la Transamérica, Hermes recordó el nombre de Saquila. Shopel no tenía nada en contra, pero temía que Costa Vale, conecedor de las antiguas relaciones del periodista con el Partido Comunista, se negara a aceptarle. Por eso Hermes llevó una tarde a Saquila al despacho de la empresa para hablar con el banquero.

Fue una conversación cordial. Costa Vale estaba de buen humor e hizo unos chistecitos sobre «la aventura revolucionaria de Tónico Alves Neto». Después le preguntó al periodista si había abandonado ya sus «ideas extravagantes». Saquila inició una larga disertación con la que quería demostrar que era al mismo tiempo un tipo ejemplar de revolucionario y que no tenía nada que ver con el Partido. Costa Vale le interrumpió:

—Lo que usted piense, no me interesa. Piense lo que quiera y cuando quiera. Si realmente no tiene nada que ver con el Partido Comunista, lo demás no tiene ninguna importancia.

Fue así como Saquila se vio nombrado director de la sucursal paulista de la Transamérica, con un espléndido sueldo y una asignación muy considerable para comprar artículos a intelectuales y distribuirlos por la prensa del país.

Por aquel entonces, Marcos da Sousa recibió una invitación para entrevistarse con el ministro de Educación. Conocía al ministro desde hacía muchos años. Se trataba de un abogado con aficiones literarias y que había gozado, tiempo atrás, de cierta fama de «izquierdista». Ya era ministro antes del golpe del Estado Novo, y muchos habían apostado por su dimisión, pero seguía en el ministerio y ahora patrocinaba las más diversas manifestaciones artísticas —exposiciones de pintura moderna, conciertos de música atonalista, conferencias de escritores llegados de los Estados Unidos y de Francia.

Marcos de Sousa no supo a qué atribuir la invitación. Andaba últimamente distanciado de los medios literarios y artísticos, dedicado por entero a sus trabajos profesionales. Sólo Manuela, a quien seguía visitando a cada viaje a Río, sabía las causas de aquel aislamiento. Marcos estaba furioso con toda aquella gente que se reunía por las tardes en las librerías y por las noches en fiestecitas íntimas que terminaban en estrepitosas bacanales. Y aunque en los últimos tiempos había tenido muy poco contacto con los militantes del Partido, se sentía cada vez más cerca de los comunistas y discutía consigo mismo si debía o no ingresar en el Partido, dedicarse por entero a la lucha revolucionaria. En São Paulo buscaba por las calles la figura desaparecida de Mariana. ¿Por qué no venía a verle? ¿Por qué había desaparecido incluso el cobrador de la ayuda mensual que él daba a la organización? ¿Dónde estaba el Partido, después de las detenciones? Lejos de las fábricas, de los barrios obreros, de los sindicatos y de las asociaciones profesionales, Marcos no sabía dar con la huella del Partido en aquella hora difícil. Y se interrogaba ansioso sobre qué les podría haber pasado a los compañeros. Del único de quien tenía noticias era del Rubio, internado en un sanatorio antituberculoso en Campos do Jordão.

Cuando aquel aislamiento se hizo insoportable, Marcos pensó en ir a ver al camarada enfermo. Le preocupaban los problemas internacionales, sufría con cada noticia leída en los periódicos sobre la guerra de España, que se acercaba a su fin, sobre la conquista de Manchuria por los japoneses, sobre el avance del fascismo en el mundo. Discutía con Manuela, con algunos jóvenes izquierdistas de la compañía de teatro recién organizada, pero aquellas conversaciones no le aclaraban apenas nada. Decidió ir a ver al Rubio, confiarle sus dudas, sus inquietudes. Salió un domingo para el sanatorio de Campos do Jordão, y al llegar allí se encontró con la noticia de la fuga del enfermo.

Construyó toda una serie de hipótesis sobre la fuga del Rubio: aquello le venía a demostrar que el Partido estaba vivo y activo. ¿Por qué iba a abandonar el Rubio el tratamiento, a no ser para volver al trabajo? Un intenso deseo de reencontrar sus vínculos con el Partido le ponía melancólico y de mal humor. Manuela se reía de él:

—Pareces un erizo...

A Manuela le preocupaba el estado de ánimo de Marcos, como antes le había

preocupado el de Lucas. Ella misma no sabría explicar lo que el arquitecto representaba para ella. Sus relaciones se habían mantenido hasta entonces en el terreno de una estricta amistad, cada vez más fuerte e íntima. Marcos había sustituido en la vida de Manuela todo lo que la muchacha había perdido de repente: Paulo, Lucas, la familia, una serie de ilusiones y sueños. Fue aquella cálida amistad lo que le devolvió el gusto por la vida, lo que le impulsó a continuar sus estudios, a ingresar en el cuerpo de baile del Teatro Municipal y a participar en la compañía de teatro. Salían juntos, iban a los restaurantes, al cine, paseaban por la playa de Copacabana, discutían. Marcos le traía libros y seguía la evolución de sus estudios. Ella esperaba con ansiedad oír el timbre del teléfono, anuncio de la llegada de Marcos desde São Paulo, para ver cómo iban sus obras en Río. Para recibirle, se demoraba ante el espejo, se ponía sus vestidos más bonitos. No obstante, si le preguntaran cuáles eran sus sentimientos con relación al arquitecto, respondería con seguridad que no era más que una amistad, de eso estaba convencida. Continuaba pensando —y se lo había dicho más de una vez al mismo Marcos, hablando— que su corazón estaba definitivamente muerto para el amor. La desgraciada aventura con Paulo Carneiro Macedo da Rocha había dejado en ella una íntima repulsa a todo lo que se relacionara con el amor. Además, su orgullo de tímida le hacía distanciarse de todos aquéllos en quienes notaba el más leve interés sentimental. Había decidido seguir su carrera de artista sin más apoyo que el de sus méritos. Sentía una vergüenza sin límites de su estreno como bailarina, de sus tiempos del Casino, del éxito debido a una broma de Paulo y Shopel. A Marcos sí, podía abrirle su corazón, decirle todo lo que sentía, hablar incluso de un pasado cuyo recuerdo le afligía.

Le preocupaba ver a Marcos cabizbajo, de malhumor, descontento con la marcha de los acontecimientos. Cuando le dijo lo de la invitación del ministro, Manuela hizo una broma:

—Seguro que te quiere nombrar dictador de la arquitectura brasileña. Estamos en la época de los dictadores...

—No tengo la menor idea de lo que puede querer...

Al principio pensó en rechazar la invitación. Todo contacto con las personalidades oficiales del Estado Novo le parecía poco digno. Pero la víspera del día fijado le telefonearon del despacho del ministro recordándole la entrevista. Y decidió ir.

El ministro le recibió con un afecto especial, con un fuerte abrazo, quejándose de que pasaran tanto tiempo sin verse, sin verle a él, Marcos de Sousa, uno de los hombres a quien más admiraba en Brasil, una gloria de su país, una de las escasas glorias auténticas. El ministro seguía con el mayor interés el éxito mundial de la arquitectura de Marcos, los comentarios de revistas extranjeras especializadas, las invitaciones de Universidades europeas para que acudiera a pronunciar conferencias y a dirigir cursillos. Una parte de aquella gloria, afirmó el ministro, repercutía sobre todo Brasil, y su ministerio no podía permanecer indiferente ante todo lo que Marcos

estaba realizando. Precisamente le había mandado llamar para hablar de eso.

Marcos agradeció el interés del ministro con corrección, pero sin entusiasmo. No tenía la menor idea de adonde quería llegar el ministro, y prefirió esperar. El ministro le dijo entonces que hacía ya mucho tiempo que deseaba realizar, bajo el patrocinio del ministerio, una exposición de maquetas, dibujos y plantas de las obras de Marcos. No obstante, venía tropezando siempre con cierta resistencia por parte de algunos elementos («no necesito dar los nombres, tú lo adivinarás fácilmente») que acusaban a Marcos de ser comunista.

El arquitecto quiso hablar, iba a abrir la boca, pero el ministro se lo impidió con un gesto:

—No me digas nada. Sé que no eres comunista. Hombre de izquierda, sí, sin duda. Yo mismo siempre he sido un hombre más de izquierda que de derecha. Pero, tú sabes, para alguna gente eso es la misma cosa. Tienen una confusión total sobre las ideas políticas, les asusta hasta su propia sombra. Por otra parte, los hombres de izquierda, por lo menos ciertos hombres de izquierda, aún no se han dado verdadera cuenta de la justa significación del Estado Novo. No voy a negar que antes, al principio, no hubiera ciertos elementos fascistas metidos en la máquina del Estado, pero la verdad es que el Dr. Getúlio alejó de una vez a los integralistas, y de fascista, ahora, el régimen no tiene nada. No es una democracia clásica, desde luego, no voy a decir eso, pero ¿quién nos dice que es una democracia de ese tipo lo que necesitamos?

Entró un ordenanza con dos tazas de café. Marcos quiso aprovechar la interrupción para hablar, pero el ministro no se lo permitió:

—Un momento, déjame acabar. Después, dirás lo que quieras. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! —arrugó la amplia frente, que se prolongaba en una cabeza oblonga y calva, recordando—. Sí, el problema de la democracia... Yo soy demócrata... Nadie lo es más que yo... Pero no estamos todavía preparados para una democracia como la francesa, la inglesa, la norteamericana. No tenemos cultura suficiente para tal forma de gobierno. Lo que hay que hacer es aprovechar el Estado Novo, la buena voluntad del presidente en relación a la cultura, para educar a una *élite* capaz de aplicar mañana la democracia en Brasil. Ésa es mi idea. Aquí, en mi ministerio, quiero trabajar con intelectuales de valía, sin discutir de qué campo proceden...

—¿Incluso con los integralistas?

—Acción Integralista está fuera de la ley, ya no existe como partido. Por lo demás, el trabajar o no con ellos depende mucho de vosotros, los intelectuales de izquierda. Si puedo contar con vosotros, que sois los valores mayores, no necesito para nada a los otros. Tengo una serie de planes en el terreno artístico, muchos proyectos para cuya realización necesito contar con todos vosotros. He discutido ya todo esto con Getúlio. Él no quiere perseguir a nadie. Fue muy claro en esto: «Quien quiera colaborar en nuestra obra de recuperación nacional, será bien venido». Ése es su punto de vista. Claro está que hay gente en el gobierno que piensa de distinta

manera, que quiere servirse exclusivamente de los elementos integralistas. Pero sólo podremos oponernos a ellos en la medida en que contemos con los hombres de izquierda.

Bebió un sorbo de café, miró a Marcos con interés:

—Y tú, amigo Marcos, eres una gran figura de la cultura brasileña. Y quiero empezar por ti. Una gran exposición de tus trabajos con un catálogo en varias lenguas que enviaremos a los distintos países. Una cosa en gran estilo, como aún no se ha hecho por aquí...

—¿Pero crees que eso es posible? Tú mismo me has dicho que hay gente que se opone, que me acusa de comunista.

—Realmente, he tenido que vencer resistencias. Tienes una fama... especial. Anduviste liado con lo de la Alianza Libertadora, ¿no? Pero me mantuve firme. Y la exposición acabará de limpiarte de esas sospechas de comunismo.

—Bueno, ¿y si fuera realmente comunista?

El ministro se sobresaltó:

—¿Quieres decir que eres miembro del Partido?

Marcos se echó a reír:

—Es una broma. Por otra parte, de creer lo que dice la policía, el Partido Comunista ha sido definitivamente liquidado.

—Estoy en contra de esos métodos de la policía, en contra de la violencia —afirmó el ministro. —A veces me cuentan cosas que pasan en los pasillos de la jefatura de policía... No es necesario decirte que esos métodos no merecen mi aprobación. Pero debo decirte igualmente que la política de los comunistas me parece totalmente absurda. ¿Qué es lo que quieren? Tenemos un gobierno que ha acabado con el partido fascista...

—Que ha acabado con todos los partidos, que los ha declarado ilegales...

—Incluso el fascista, un gobierno que no pretende más que la industrialización del país, que quiere transformar Brasil en una gran potencia. Pero este gobierno se halla ante unas circunstancias internacionales extremadamente serias: no ignoras la presión de los alemanes, sin duda. En el gobierno, y en la opinión pública, se enfrentan dos corrientes. Te digo esto porque eres un hombre inteligente y sin duda ya te habías dado cuenta. Una tendencia proalemana, y otra pronorteamericana. La corriente pronorteamericana representa los intereses democráticos. Y el papel de los hombres de izquierda es, sin duda, el apoyar esa corriente. ¿Y qué hacen los comunistas? Atacan a unos y a otros como si fueran todos iguales, como si no hubiera ninguna diferencia. Se declaran antifascistas y al mismo tiempo atacan a los demócratas del gobierno... ¿Dónde se ha visto cosa semejante?

Marcos de Sousa procuraba adivinar lo que había detrás de toda aquella charla: ¿qué quería en realidad el ministro? El arquitecto estaba enterado de la sorda lucha que enfrentaba, en el seno del gobierno, a los que estaban vinculados a los norteamericanos con los que apoyaban a los alemanes. Sabía que Vargas hacía

equilibrios entre los dos grupos, apoyándose ahora en uno, ahora en otro. Sabía también que los elementos proalemanes hacían del Departamento de Prensa y Propaganda y de la Policía sus grandes centros de acción, y que era en el Ministerio de Educación donde se concentraban los pronorteamericanos. Intentaba raciocinar, descubrir las intenciones ocultas bajo la aparente franqueza del ministro. La argumentación desarrollada por éste no dejaba de impresionarle. Más de una vez en los últimos tiempos, cuando se encontraba sin contacto con el Partido, había pensado en este problema: norteamericanos y alemanes se batían por el dominio del gobierno brasileño, para dictarle su orientación internacional y conquistar sus mercados. ¿No sería una táctica prudente apoyar a los norteamericanos para combatir a los nazis alemanes, que eran el peligro más violento e inmediato? No se atrevía a llegar a una respuesta, no era hombre de cultura política, temía equivocarse. Lo que tenía que hacer era hablar con el Partido, plantear sus dudas, oír la opinión de los compañeros.

El ministro volvió al tema de la gran exposición de la obra de Marcos. Si el arquitecto estaba de acuerdo, tenían que empezar inmediatamente los preparativos. Marcos no dijo ni sí ni no. Antes tenía que ver, explicó, con qué material podía contar. Siempre había sido muy desorganizado, no guardaba nada, lo perdía todo, no sabía siquiera si tenía con qué realizar una exposición capaz de dar una idea perfecta de su obra. Que el ministro le diera un plazo y él respondería lo antes posible. El ministro discutió todavía, intentando obtener su conformidad inmediata. Pero Marcos, a quien tanta solicitud parecía algo sospechosa, se mantuvo inmovible: iba a ver si tenía material suficiente, daría una respuesta dentro de pocos días. Se sentía muy honrado con que el ministro se acordara de él, etc., etc.

Salió del ministerio curioso y confuso. Le parecía que la conversación con el ministro significaba algo más, aparte de las palabras pronunciadas, le parecía sobre todo que contenía una propuesta no limitada a la exposición de su obra, y Marcos no sabía si el ministro se dirigía a él solo o si buscaba un contacto con los otros comunistas, una alianza. Le parecía urgente discutirlo con el Partido, contarle a un camarada responsable aquella extraña entrevista. Decidió volver a São Paulo al día siguiente y hacer un esfuerzo para descubrir a Mariana. En último caso, discutiría con Cícero, que era miembro del Partido. Él le podría aclarar algo su confusión.

Pero aquella misma tarde, yendo por la Avenida Rio Branco, se encontró con Hermes Resende. No había vuelto a verle desde la desagradable discusión de la librería, cuando en compañía de Cícero había ido a ver al escritor para que firmara la protesta contra las torturas a los compañeros presos. Salió de aquel encuentro con la sensación de que sus relaciones estaban rotas para siempre, y por eso fue mayor su sorpresa cuando oyó su nombre gritado alegremente por Hermes: el ensayista iba hacia él con los brazos abiertos:

—Marcos, cuánto tiempo...

Y le arrastró a tomar un café en un bar de la esquina:

—Tenemos que hablar...

Quedó asustado ante la animación de ideas y planes de Hermes Resende. No parecía el amedrentado intelectual de meses antes que, en la librería, se había negado a cualquier acción. Hablaba del peligro de la ofensiva fascista sobre el país, de la propaganda vertida día tras día por el DIP a través de los periódicos, de la constante interferencia del Ministerio de la Guerra —donde los altos puestos estaban ocupados por generales vinculados a Hitler— en todos los sectores de la vida brasileña.

—Tenemos que hacer algo, Marcos, para evitar que el país caiga en manos de los alemanes.

—Eso es lo que he pensado siempre.

—Ha llegado la hora de que nos unamos todos los intelectuales demócratas contra ese grupo de nazis.

—Desde luego.

El sociólogo se inclinó hacia él por encima de la mesa:

—Y ya estamos haciendo algo...

Y le habló de la agencia para la distribución de artículos, de nuevas colecciones de libros que iban a editar, de traducciones, de todo un amplio conjunto de proyectos.

Marcos objetó:

—Pero, Hermes, todo eso exige dinero...

—No estamos solos. Solos no podríamos hacer nada. Pero los norteamericanos están dispuestos a ayudarnos. Hoy hay dos caminos en Brasil: con los alemanes nazis o con la democracia norteamericana. ¿Y qué vamos a oponer al nazismo si no es la cultura democrática de los Estados Unidos?

El entusiasmo de Marcos se enfrió un poco:

—Es un aliado peligroso el imperialismo yanqui...

—¡No me vengas con ese cuento del imperialismo! ¿Quién habló de imperialismo? Una cosa es el imperialismo norteamericano y otra cosa es la política de buena vecindad de Roosevelt. El gobierno de Roosevelt es un gobierno anticapitalista, una especie de socialismo norteamericano típico. ¿En quién podemos apoyarnos, sino en ellos? También los yanquis están alarmados ante la penetración del nazismo. Juntos podremos hacer muchas cosas. Por lo menos, impedir que Getúlio se embarque por entero en los planes de Hitler. Tenemos que ser realistas. ¿No es eso lo que vosotros, los comunistas, decís siempre?

Bajó aún más la voz:

—Por otra parte, algunos comunistas entienden todo esto muy bien: Saquila, por ejemplo.

—Saquila es un trotskista.

—Ésos son los verdaderos comunistas, los que no se han burocratizado. Si queréis realmente luchar contra el fascismo, no tenéis más remedio que apoyarnos. Tú, por ejemplo, con el prestigio que tienes, podrías realizar un gran trabajo. No sé en qué diablos estáis pensando: ¿Creéis realmente que es posible una solución democrática para el problema brasileño sin el apoyo de los norteamericanos? ¿Y con

qué, querido amigo?

Marcos salió de aquella conversación aún más confuso que antes. Ciertos argumentos del sociólogo le parecían, como algunos de los del ministro, irreprochables. Realmente, se preguntaba, ¿cómo luchar contra el Estado Novo, contra la amenaza del nazismo alemán y al mismo tiempo contra los norteamericanos? ¿No era lógico aliarse con éstos contra aquéllos? ¿Lo más importante no era derribar al Estado Novo, conquistar ciertas libertades primordiales, convocar elecciones libres y formar un gobierno parlamentario? Al mismo tiempo le asustaba aquella alianza con elementos tan diversos como Hermes, Saquila y el ministro de Educación. Desde hacía muchos años se había acostumbrado a considerar al imperialismo norteamericano como un enemigo a quien había que combatir, y se acordaba de la gran campaña de 1935, de la Alianza Nacional Libertadora, cuando se levantaron al mismo tiempo contra el fascismo y contra el imperialismo. Era urgente discutirlo con el Partido, poner en orden sus ideas, ver claro en toda aquella confusión.

De vuelta a casa, compró los periódicos de la tarde. En uno de ellos, cuyas vinculaciones con los alemanes y con la policía eran bien conocidas, leyó unos ataques al Ministerio de Educación, calificado de «nido de comunistas». Estos ataques, desde luego, no habían sido publicados sin el visto bueno del Departamento de Prensa. La lucha en el seno del gobierno se iba haciendo cada vez más dura, ¿no habría llegado realmente el momento de apoyar a los elementos llamados democráticos?

En el mismo periódico encontró otra noticia que le interesó por muy diversos motivos. Era el anuncio de la llegada a Río de Janeiro del «joven y dinámico industrial Lucas Puccini, una de las expresiones más valiosas del capitalismo nacional». Enseñaría la noticia a Manuela, sin duda le iba a gustar saber que su hermano estaba en Río. Y al mismo tiempo se preguntaba: ¿Por qué tantos elogios a Lucas en aquel periódico? En São Paulo había oído comentarios en torno a los negocios de Lucas, mirado con cierta desconfianza en los círculos frecuentados por Marcos. Algunos llegaban incluso a diagnosticar una inmediata y escandalosa quiebra del muchacho, que se encontraba metido en un inmenso negocio de algodón, sin comprador para las reservas acumuladas. Decían también que había muchas personalidades del gobierno implicadas en aquella operación de tan discutible éxito.

Iría a cenar con Manuela después de la representación. La compañía, organizada con dificultades, casi sin capital, por un grupo de jóvenes, había estrenado una pieza de cierto contenido antifascista (muy disimulado, desde luego. Casi había que adivinarlo), y atravesaba grandes dificultades. Sin ayuda oficial, y pagando una cantidad absurda por el alquiler de la sala, parecía imposible que se mantuvieran. Entre los jóvenes, antes tan entusiasmados, empezaba a cundir el desaliento.

Había poco público aquella noche, y Marcos se sentó en una de las sillas del fondo. Admiró una vez más la belleza de Manuela, a quien las luces daban una

calidad etérea y suavísima, valorizando su cabellera suelta, su rostro de porcelana. Marcos pensó que podría permanecer eternamente viéndole y admirándole, parado ante ella. No le gustaba pensar en sus sentimientos con relación a Manuela. Muchas veces notaba que sin querer se planteaba la cuestión: «¿Será que le amo?», pero evitaba planteársela conscientemente, no deseaba verse ante aquel problema. ¿De qué servía amar o no a Manuela? Ella, desde luego, no le amaba, de eso estaba seguro. ¿No le había dicho tantas veces que estaba muerta para el amor? Era una buena amiga, de corazón acogedor, comprensiva, entusiasta, deseosa de aprender y de hacer algo. No tenía derecho a turbarla con aquellos sentimientos que colmaban su pecho. Además, ya no era un niño, había entre él y Manuela una gran diferencia de edad. Marcos ya se había acostumbrado a que le consideraran un solterón impenitente. Y, en todo caso, la amistad de Manuela no era pequeña alegría. Poder salir con ella, llevarle a cenar, ir al cine, discutir, darle libros para leer, ayudarle en su evolución. Pero cuando se sentaba en el fondo del teatro y le veía deslizarse sobre el escenario, con su esbelto cuerpo, su trémula voz musical, sus profundos ojos ensoñadores, entonces casi podía sentir los latidos del corazón. De nada servía intentar huir con el pensamiento, sentía que la sangre le hervía en las muñecas, que la ternura fluía de su mirada. Sabía que las malas lenguas comentaban, en los medios intelectuales, sus relaciones con Manuela. Incluso le había hablado de eso. Manuela se había echado a reír: «Déjales que hablen. Nosotros tenemos la conciencia tranquila». Cuando aquellos rumores llegaron por primera vez a sus oídos, decidió alejarse de Manuela para no manchar la reputación de la muchacha. En dos viajes sucesivos que hizo a Río dejó de ir a verle, pero entonces fue Manuela quien le buscó para pedirle una explicación de su actitud. Marcos le dijo francamente por qué huía de ella. Fue entonces cuando Manuela se echó a reír y dijo aquella frase. Luego su risa se apagó e inició una protesta:

—¿Será posible que vaya a perder el único amigo que tengo? ¿No comprendes que eres como mi hermano? ¿Que ya no puedo hacer nada sin consultarte, sin contar contigo, sin tu ayuda?

Marcos tenía ganas de decirle que en el fondo de todas aquellas calumnias había algo de verdad: que le amaba, que ya no podía seguir escondiéndose a sí mismo aquella realidad. Pero ella le había llamado hermano y Marcos no dijo nada, se contentó con reír también:

—Tienes razón. Dejémosles que hablen...

Y volvieron a sus paseos, a las discusiones, a las cenas en los restaurantes. Aquella noche, en el teatro, viéndole en el escenario, casi lograba olvidar la tarde agitada, la conferencia con el ministro, la conversación con Hermes Resende. La imagen de Manuela llenaba sus ojos, sus pensamientos.

Fue a buscarle al camerino. Escuchó las quejas del joven actor que dirigía la compañía. No sabía cuánto tiempo les iba a ser posible aguantar: se quejó de la indiferencia del público, de la falta de apoyo, de las dificultades de todo orden.

Apareció Manuela, le dio la mano, oyó las últimas palabras del actor:

—Si montáramos un espectáculo trivial, una pachangada, todo iría bien, pero como queremos hacer una cosa seria... Vamos a tener que cerrar.

Manuela levantó los ojos hacia el arquitecto:

—Hasta me dan ganas de llorar... ¡Tanto que habíamos soñado!

De camino hacia el restaurante pasaron ante el Teatro Municipal, donde en grandes carteles se anunciaba el próximo estreno, por una compañía de aficionados formada por Bertinho Soares, «Los Ángeles», de una pieza norteamericana de vanguardia. Manuela se quejó, apuntando a la fachada del Teatro Municipal:

—Ésos lo tienen todo: el Teatro Municipal, concedido gratis, una subvención de cuatrocientos contos, que les proporciona el Ministerio de Educación, la ayuda de los millonarios. Y es una comedia de nada, algo que sólo sirve para divertir a los niños bien... Y, mientras tanto, nosotros vegetamos aquí, pidiendo la limosna de una nota en los periódicos porque ni siquiera tenemos con qué pagar los anuncios...

Marcos se acordó de la llegada de Lucas:

—Ha llegado tu hermano, lo leí en un periódico. ¿No os podría ayudar? Dicen que ha ganado mucho dinero...

—¿Lucas? ¡Quién sabe...! Últimamente no le he visto; claro que la culpa es mía. Tuvimos una conversación desagradable cuando decidí dejar el Casino, y desde entonces apenas le he visto. Pero él sí intentó ponerse en contacto conmigo. No es malo, y me quiere. ¡Pero esa avidez de enriquecerse...! Le ha transformado en una especie de máquina... En fin, es una idea; lo pensaré... Si esta vez viene a verme, tal vez le diga algo...

Durante la cena, Marcos estaba silencioso, como perdido en sus pensamientos. Manuela le interrogó:

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—¿Te acuerdas de Mariana?

—¿De Mariana? ¡Claro que sí! ¿Por qué?

—Hace tiempo que no la veo. No sé qué será de ella. Hay cosas que no entiendo...

—¿Qué cosas?

—Cosas de política. Todo va mal, Manuela; no sólo tu compañía de teatro. Todo en este país va mal, y en el mundo tampoco va mejor.

—Estás desanimado. Más de una vez me has dicho que nadie podría impedir el día de mañana.

—Estoy en una gran confusión. Como si estuviera en un túnel sin ver la luz que indica la salida. No sé adonde volverme. ¡Ah, si pudiera encontrar a Mariana...! ¡Si pudiera hablar con ella o con João...!

—¿En un túnel? También yo me encontré así, y, no obstante, todo se resolvió.

Sus dulces ojos se posaron sobre el rostro del arquitecto. Tendió sobre la mesa su mano delicada y tomó la mano de Marcos. Le sonrió:

—Todo se resolverá. Tengo confianza. Desde que conocí a Mariana, tengo confianza en la vida. No sé realmente por qué, pero así es.

Marcos sonrió también, confortado:

—Yo sí sé por qué. Cuando encontraste a Mariana creíste haber encontrado a una persona cualquiera. Y no es así.

—No es una persona cualquiera. Es una persona excepcional.

—Tampoco es así. Cuando encontraste a Mariana no fue con una simple persona con quien iniciaste el contacto. Fue con el Partido, Manuela. Es él quien nos trae esa luz que nos señala las salidas... Y cuando él desaparece de nuestra vista, es terrible...

Pocos días después, en Sao Paulo, cuando ya Marcos estaba desanimado, pensando que no podría ponerse en contacto con el Partido (Cícero d'Almeida no estaba en la ciudad, Mariana había desaparecido por completo), apareció en su despacho un joven obrero a quien le faltaba un brazo, devorado por una máquina, y le dijo que quería hablar con él en privado. Venía a buscar la aportación de Marcos para el Partido. Mostró sus credenciales, Marcos le entregó el dinero. Una enorme alegría le invadió. Le dijo al camarada:

—Tendría que hablar urgentemente con alguien responsable. Con João o con el Rubio. Tengo cosas muy serias de que tratar. ¿Será posible?

—No lo sé, pero trataré de transmitir tu petición.

Pasaron unos días más durante los cuales Marcos recibió una llamada de Río, del jefe del gabinete del Ministerio de Educación, sobre la exposición que proyectaban, y una petición de artículos sobre arquitectura para la agencia Transamérica. La petición venía en una carta firmada por Saquila. Marcos quedó estupefacto ante la cantidad que le ofrecían por cada artículo. Vivía en una espera impaciente, sus auxiliares no le reconocían, no parecía el mismo de siempre, tan tranquilo y bonachón. Al fin, una mañana lluviosa, el manco volvió de nuevo y le dijo que no saliera de casa aquella noche y que no recibiera visitas porque alguien iba a venir a verle. No habían dado las seis de la tarde y ya Marcos abandonó el despacho, camino de su casa.

Sin embargo esperó mucho tiempo, pues João no apareció hasta las diez de la noche. Llegó envuelto en una gabardina, con un sombrero de ala amplia cubriéndole la cabeza. Marcos le encontró envejecido, como si en lugar de algunos meses hiciera años que no se veían. Debía de estar trabajando duro, sin descanso. Se sentaron en el cuarto de trabajo de Marcos. João dijo:

—No he cenado, y a decir verdad, tampoco he comido. He tenido un día duro de trabajo. Si tienes algo por ahí para meterle el diente, lo acepto con mucho gusto...

Marcos se precipitó hacia la cocina y volvió con un plato de fiambre y otro de fruta.

João se frotó las manos:

—¡Cómo me voy a poner...!

—¿Y Mariana? —preguntó Marcos mientras João comía.

—¿Mariana? —João dejó el tenedor—. Creo que está bien. Hace algún tiempo que no la veo.

—¿Qué? —exclamó Marcos sorprendido—. ¿Hay algo entre vosotros? No es posible...

—Nada de eso —se rió João—. Una simple medida de precaución. No vivimos ahora en la misma casa. Tenemos que tener mucho cuidado con la policía. Están en un plan terrible... Fue duro para Mariana. Y para mí también... Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—Pobre Mariana... —dijo Marcos—. Qué triste debe de estar...

João dejó los cubiertos, tomó unas mandarinas:

—Sería conveniente que le vieras, Marcos. Ella te aprecia mucho, y seguro que le gustaría hablar contigo.

—No depende de mí... Desde hace tiempo no hago más que intentar dar con ella.

—Ahora tiene otro trabajo. Pero ya me cuidaré yo de que os encontréis. Realmente, lo que yo quería es organizar un encuentro mío con ella. ¿Qué le crees, amigo? En lo que llevamos de casados, no habremos vivido juntos ni dos meses... Bueno, pero eso no importa. Vamos a lo nuestro. A ver, dime.

Pero antes de que Marcos empezara, João añadió:

—También nosotros teníamos que hablar contigo. Pensábamos venir a verte uno de estos días. Pero primero, a ver qué tienes que contarnos.

Marcos le explicó su conversación con el ministro, las invitaciones, los planes, las revelaciones sobre las luchas en el seno del gobierno, entre los grupos ligados a los intereses norteamericanos y los favorables a los alemanes, las críticas a la posición del Partido, la vieja insinuación de una posible acción común contra la infiltración nazi. João seguía el relato tamborileando con los dedos en la mesa. De vez en cuando se dibujaba una breve sonrisa en sus labios, especialmente cuando sentía calor en la voz del arquitecto, en los comentarios con que subrayaba primero algunas afirmaciones del ministro, luego los argumentos de Hermes Resende en favor de las ventajas de apoyar al grupo proamericano. A medida que hablaba, Marcos iba exponiendo sus dudas, dejaba claro que algunos argumentos le parecían válidos, extendía las manos sobre la mesa, con las palmas vueltas hacia arriba.

—En definitiva, si los norteamericanos nos ayudan a terminar con el Estado Novo y con la influencia nazi, ¿no vale la pena ayudarles? Mira, en los grupos intelectuales, por ejemplo, hay un pequeño grupo de fascistas, gente de poco relieve. Hay algunos hombres nuestros, un buen grupo. Mas la mayoría de la gente es antifascista, demócrata, pero sin nada en la cabeza. Gente que está con los ojos vueltos a los norteamericanos, esperando que se cansen de Getúlio y del Estado Novo y que hagan algo aquí. Ésa es la verdad.

—¿Y eso te parece bien? ¿Crees que es justo esperar de los norteamericanos la limosna de un régimen democrático? ¿Es que nuestro país es una colonia de los Estados Unidos? ¿Somos nosotros o los norteamericanos quien ha de resolver nuestros problemas? ¿Qué te parece a ti? —João se levantó y le miró con una interrogación irónica.

—Hombre... dicho así... —respondió Marcos—. Claro que no. Pero es necesario ver la realidad: ¿con qué fuerza vamos a derribar el Estado Novo, impedir que se adhiera al Partido Anti Komintern, y liquide por completo todo el movimiento democrático en el país? ¿Con qué fuerzas? El Ejército está en manos de generales fascistas desde 1935, los sindicatos dominados por el Ministerio del Trabajo, la prensa controlada por el DIP, la policía sometiendo a la gente del Partido a una

verdadera masacre cada vez que intentamos levantar cabeza, y para colmo, las noticias internacionales son horrosas: perdemos en todas partes, en España, en China, en Checoslovaquia. ¿Cómo luchar en estas condiciones?

Vio dibujarse de nuevo en los labios de João aquella sonrisa; su voz se hizo casi suplicante:

—Tú, João, te ríes. Pero yo te digo que no aguanto más, que estoy deshecho.

La sonrisa desapareció de los labios de João. Sus ojos estaban llenos de afecto cuando se posaron en el rostro del arquitecto:

—Lo sé, Marcos. Sabemos que eres un hombre honesto, un tipo honrado como pocos. No creas que no te estimamos, que no nos preocupamos por ti.

—Durante todo este tiempo en que he estado sin contacto con vosotros lo pasé muy mal. Fue terrible. Ando como perdido, tengo que pensar con mi cabeza, y siempre me queda la duda de si lo que pienso es correcto o no.

—Ésta es tu gran cualidad, Marcos: tu confianza en el Partido, en la clase obrera. Tú quieres saber cómo luchar en las condiciones que acabas de describir y que, desgraciadamente, son las que se presentan ante nosotros. Te voy a responder. Acabas de enumerar todo lo que está contra nosotros. Ahora te pregunto: ¿Y el pueblo? ¿Está con el Estado Novo, o está contra él? ¿Es fascista, o antifascista? Los obreros, ¿están por el derecho de huelga o por la Constitución del 37 que castiga la huelga como delito?

—El pueblo... ¿Qué es lo que puede hacer el pueblo? Hasta los obreros, muchos de ellos, se dejan engañar por la demagogia de Getúlio con sus leyes laborales. Son muy pocos en todo el país los realmente conscientes.

—Si leyeras los clásicos del marxismo, si leyeras a Lenin y a Stalin, sabrías que esas fuerzas revolucionarias, aparentemente pequeñas, son más fuertes que las fuerzas de lo caduco y destinado ya a desaparecer, aunque éstas parezcan muy superiores. La verdad es que, ya hoy, nuestras fuerzas son superiores en potencia a las del Estado Novo. Aún no somos muchos, pero crecemos día a día, mientras que ellos —y eso lo has comprobado tú mismo— se debaten en contradicciones, luchan entre sí, se van pudriendo cada día. Con el pueblo, Marcos, con la movilización de las grandes masas, es con lo que vamos a derribar al Estado Novo y a recuperar la democracia, no con las armas de los norteamericanos. ¿Quién te ha dicho que Wall Street quiere acabar con el Estado Novo? Lo que quieren es que el Estado Novo les sirva a ellos. Norteamericanos y alemanes no se enfrentan por la democracia. Los dos pretenden lo mismo: apoderarse de Brasil. Y para los mismos fines: explotar nuestras riquezas, esclavizar a nuestro pueblo. Nuestra posición es sólo una: contra alemanes y norteamericanos, por la independencia de nuestra patria.

Se detuvo para respirar. Había hablado con exaltación. Aquellas amenazas imperialistas a la independencia de la patria le ponían siempre en un estado de irritación. Amaba a Brasil, a cada cosa brasileña, cada árbol, cada calle, cada pájaro y cada melodía.

Marcos se pasó la mano con los dedos abiertos por el pelo canoso, y dijo:

—Nuestras fuerzas son superiores, dices tú. Bien, tú sabes lo que dices. Yo confieso mi ignorancia política. Uno de estos días voy a empezar a devorar libros de teoría...

—Debes hacerlo cuanto antes.

—Sí. Pero ahora, déjame que argumente con lo que veo, con la realidad de cada día. ¿Qué es lo que están haciendo esas fuerzas que crecen? Nada, nada, y otra vez nada. Incluso el Partido: parece como si todo se hubiera acabado después de las últimas detenciones, hace ya meses. No se ve una señal de vida por ninguna parte...

—Para ver al Partido, Marcos, hay que mirar de abajo arriba y no de arriba abajo, como tú haces. Tal vez no veas al Partido entre los millonarios con quienes tratas a diario, ni en la prensa que sólo habla de nosotros para dar noticias de las detenciones o para pedir que nos metan en la cárcel a todos. Pero si realmente quisieras ver, sabrías de las huelgas de Pará, de Rio Grande do Sul, de los mineros de São Jerónimo. Sabrías del movimiento estudiantil en Bahia. Verías muchas cosas. Pero como no ves gran movimiento en São Paulo, entonces crees que el Partido está parado. Y no es verdad, amigo. Estamos trabajando, y trabajando a fondo. Pero no siempre nuestro trabajo es ruidoso. Estamos dentro de las fábricas, en las concentraciones obreras. Si anduvieras por allá, verías cómo nuestro trabajo es realmente intenso y productivo. La policía nos dio un golpe, ¿verdad? Pues bien: ya hemos cubierto los claros, ya hemos puesto el organismo en marcha otra vez. No tardarás en ver los resultados en la calle. Pero hay que saber esperar el momento exacto. Eso también lo aprenderías si leyeras a los clásicos... —sonrió.

—No lo dudo. Tengo confianza en el Partido, como tú dices. Sé que el Partido está trabajando, aunque yo no veo su trabajo. Sé que si no lo veo es porque mis ojos no saben ver. Pero aun así, mi problema sigue en pie: ¿y los intelectuales?

—También pensamos en ellos. Y seriamente. Getúlio, por un lado, los norteamericanos por otro, y ambos con las mismas intenciones, están tratando de ganarse a los intelectuales. En un país como Brasil, semicolonial, los intelectuales son una fuerza revolucionaria que nadie tiene derecho a ignorar. Pero esos intelectuales son pequeño-burgueses y piensan que son ellos quienes deben dirigir la revolución. No ven a la clase obrera, no ven que es a ella a quien corresponde el liderazgo. Y empiezan a hacer tonterías, y el enemigo se aprovecha de ellas. Y es eso lo que Getúlio quiere, con el Ministerio de Educación patrocinando exposiciones, con el DIP gastando el dinero a espuestas, con empleos bien remunerados para los escritores. ¿Qué es lo que quieren los norteamericanos con agencias de artículos, con planes editoriales? Muy simplemente: comprar a los intelectuales. Comprarles. Solamente eso. Reducirles primero al silencio, para utilizarles después. Debes rechazar esa exposición, Marcos. Lo veo perfectamente claro.

—Mucha gente no se da cuenta de eso. Hay que tomar medidas.

—Hay gente de todo tipo. Hay gente que se muere de ganas de venderse, como

Hermes Resende. Están también los viejos traidores, como Saquila, y hay también gente honesta que cree obrar bien colaborando con lo que piensa que es una acción democrática contra el Estado Novo. Fíjate en los nombres: Saquila, Resende, el poeta Shopel. No tardarán en incorporar a Heitor Magalhães, el esbirro de la policía que entregó a Carlos y a Zé Pedro. Es un método sutil: «Usted piense como quiera, con tal que colabore con nosotros, todo va bien». ¿Pero qué significa exponer bajo el patrocinio del Ministerio de Educación? ¿No es un ministerio del Estado Novo, parafascista? ¿Qué significa escribir para la Transamérica? ¿Quién paga esos artículos? ¿No será mister Carlton, el hombre del Valle de Rio Salgado y de Wall Street? Es fácil verlo, Marcos.

—Tienes razón. ¿Pero qué vamos a hacer para evitar que sea engañada esa gente honesta? Por mí mismo, puedes ver que el peligro es grande. Antes de hablar contigo, estaba convencido de que había que colaborar con ellos.

—Ya habíamos pensado en ese problema, y cuando dije que íbamos a venir a verte, era exactamente para hablar de eso. Hemos pensado en fundar una revista de cultura, democrática, que pueda reunir y congrega a todos los intelectuales honestos y antifascistas, incluso a aquellos que están muy lejos de nosotros. Una revista que oriente, que impida que esa gente se pierda, que se venda sin saber que se está vendiendo, que se comprometa con el enemigo.

Trazó en grandes líneas el plan de la revista. Sus diversas secciones, sus posibles colaboradores, su orientación general. Marcos, de vez en cuando, hacía alguna sugerencia.

—Y hemos pensado que tú serías un excelente director para esa revista.

—¿Yo? No lo creo. Como has visto hoy mismo, soy capaz de equivocarme en cualquier cosa en que me meto. Es mucho mejor Cícero d'Almeida. Tiene otra cabeza. Naturalmente, yo estaré dispuesto a ayudar en lo que sea, incluso con dinero.

—Nosotros hemos pensado que el hombre más indicado eres tú. Cícero, aparte otras razones, es conocido como comunista, ya fue detenido varias veces, su nombre quemaría la revista inmediatamente. En cuanto a los errores, aprenderás trabajando. Así hemos aprendido todos. Nadie nace sabiendo nada. Y, además, el Partido mantendrá contacto contigo, te ayudará en la orientación de cada número, colaboraremos en los editoriales. Vamos a aprovecharnos de la lucha entre alemanes y norteamericanos, vamos a plantear públicamente varios problemas que harán que el pueblo reflexione. Vamos a tener una voz legal. ¿Ves como realmente es importante?

Marcos empezaba a entusiasmarse. Había cogido un lápiz y unas cuartillas, y su mano ágil hacía ya proyectos para la portada de la revista.

—¿Qué título le ponemos?

—Eso es cosa vuestra. Algo que sea fácil y sugestivo. Pero primero hay que organizar el grupo de intelectuales para asegurarnos una buena colaboración. Hay innumerables problemas que tratar. El enemigo se ha lanzado a la ofensiva en todos los frentes, y nosotros tenemos que contraatacar también en todos los frentes. Esa

revista debe ser nuestro frente de batalla junto con los intelectuales.

Se calló un momento. Luego preguntó:

—¿Has leído los suplementos literarios de los periódicos?

—Los leo casi siempre.

—También yo... —se rió João—. Siempre que tengo tiempo. ¿Y no te ha llamado nada la atención últimamente en esos suplementos?

—Bueno...

—Una de las cosas que me llamaron la atención, amigo Marcos, es la manera como todos los críticos literarios hacen ahora el elogio de la forma, de los elementos formales de la obra literaria, planteándola como fundamental en la novela y en la poesía. Es decir: considerando el contenido como algo secundario. ¿Qué crees que significa eso? Significa la tentativa de liquidación de la literatura social surgida en los últimos años y que, con todos sus defectos, era útil. Y fíjate en que esos artículos vienen firmados por gente de las corrientes más diversas: desde integralistas hasta gente que se dice de izquierda. De izquierda, pero que ahora tiene buenos empleos en el Ministerio de Educación o en el DIP. Ahí hay una tarea: desenmascarar esas teorías, impedir que la literatura sea transformada en algo amorfo, en un conjunto de frases vacías...

Marcos dejó el lápiz y el papel:

—¡Pero, João! ¡Es tremendo! ¿Cómo es que entiendes de literatura? Hace tiempo fue el Rubio quien me dio una conferencia sobre pintura y arquitectura. Cuando pienso que estáis metidos en un agujero discutiendo de salarios y de huelgas, preocupados sólo con octavillas y pintadas en los muros, me salís discutiendo de literatura, de cuestiones de forma y contenido...

—Tenemos que entender de todo eso si queremos ser dirigentes obreros... Mira, Marcos, en el fondo, vosotros desconfiáis de la capacidad de dirección de la clase obrera. El otro día lo discutí con Cícero. Es un excelente camarada, abnegado, leal, pero en el fondo tiene la cabeza llena de ideas extrañas sobre el proletariado. Eso es lo que os lleva a pensar en la conveniencia de una alianza con los norteamericanos contra el Estado Novo.

Y como si se le ocurriera de pronto una idea nueva, preguntó:

—¿Nunca te ha parecido extraño que Cícero, con varios años de militancia en el Partido, camarada probado, no sea miembro de la dirección regional, que sea sólo un simple militante de base?

—Confieso que sí.

—Te parecía sectarismo nuestro, ¿no? Pues no es sectarismo: vosotros, los intelectuales sinceramente revolucionarios, sois una gran fuerza para nuestro Partido, pero al mismo tiempo sois un peligro. Aportáis al seno del Partido una serie de ideas que son producto de la ideología pequeño-burguesa. Nuestro problema es educaros, transformaros en intelectuales realmente al servicio del proletariado, porque sólo así estaréis realmente al servicio de la revolución. Recuerda el mal que ha causado

Saquila en el Partido. Claro está que Saquila es un canalla. Pero incluso el intelectual más honesto puede perjudicar al Partido si se encuentra sin control en un puesto directivo. Especialmente en un momento tan confuso y tan difícil como el que estamos atravesando. Por eso Cícero aún no es un dirigente del Partido: porque aún no es un intelectual de la clase obrera. Lo será un día, si continúa estudiando y trabajando. Ése es el problema que se nos plantea con vosotros. Y por eso hemos decidido fundar esa revista. Necesitamos disponer de un grupo de intelectuales ideológicamente formados.

—Entonces, ¿debo leer a los clásicos? Lo haré, voy a lanzarme de lleno... Lo peor es esta vida desorganizada que llevo, yendo y viniendo constantemente de São Paulo a Río, con la cabeza metida en los planos y en los cálculos...

—Tendrías que casarte... —se rió João.

—Pero no tengo novia, ¿cómo quieres que me case?

—¿Y la chiquita aquella? ¿La bailarina? ¿Qué ha sido de ella?

—¿Manuela?

—Sí. Su hermano está liado con los alemanes ahora. Le han comprado toda la cosecha de algodón.

—¿Los alemanes? Ahora comprendo los elogios del periódico...

—Bueno, ¿y la chica? Mariana estaba segura de que eso acabaría en boda...

—¡Qué va! Somos buenos amigos, nada más. Por lo menos, por parte de ella, hay sólo amistad...

—Nunca se sabe...

—En este caso, yo sí lo sé...

—Entonces, búscate otra, cástate, organiza tu vida.

—Y, hablando de Manuela —dijo Marcos—. Hay un problema del que quiero hablarte. Es el de la compañía de teatro que formaron. Gente más o menos nuestra. Simpatizantes...

—¿Y qué les pasa?

Marcos le contó las dificultades en que se encontraba la compañía, a punto de cerrar. Se trataba de un espectáculo importante, de una iniciativa que se venía abajo, desalentando a un grupo entusiasta, con el peligro de que otros, en vista del fracaso, se cruzaran de brazos y no se atrevieran a intentar nada. ¿Qué se podría hacer?

—Sí. Ya oí hablar de esa compañía. Hace tiempo que no voy a Río, ni asisto a espectáculos. Pero un camarada nuestro les vio, y me dijo que la obra no le había gustado mucho. Dice que se trata de una cosa complicada, que nadie entiende. ¿Cómo quieres que el público vaya a verles?

—Es una obra moderna. Y es verdad que, para burlar la censura, el autor tuvo que presentarlo todo con símbolos un poco nebulosos. ¿Qué iba a hacer? Con eso de la censura previa no se puede hacer una denuncia clara...

—Desde luego, no es fácil. ¿Pero por qué no montan piezas del teatro clásico? Estas obras siempre tienen algo que enseñar, y la censura no se atreverá a meter la

tijera...

—Es una buena idea...

—En cuanto al público, a esos señoritos de Copacabana no les interesa el buen teatro. ¿Por qué la compañía no actúa en los suburbios obreros, en los pequeños cines de barrio? Seguro que allí encontrarían a un público...

—Me parece muy bien. Hablaré con Manuela.

—¿Y por qué no aprovechas la ocasión para preguntarle si te quiere sólo como amigo o si...?

—Como un hermano. Ya me lo dijo.

—En fin, éstos son asuntos de Manuela y tuyos. A ver si arreglo un encuentro entre tú y Mariana. Y cuando la veas, dile que estoy bien, que hasta engordé. Debe de andar preocupada, la pobre.

Se colocó aquel sombrero de alas anchas, se puso la gabardina:

—Piensa en lo de la revista. Un día de éstos vendremos a verte para saber cómo va la cosa. Hay que impedir que el Estado Novo compre a los intelectuales... Adiós, amigo.

Y con un gesto inesperado para el arquitecto, que le tendía la mano en despedida, João le abrazó larga y afectuosamente.

—No se preocupe, jefe. Traeré a ese hombre conmigo —respondió el inspector Américo Miranda al despedirse de Barros.

El delegado de Orden Político y Social de la Policía de São Paulo, al confiarle aquella misión, le había subrayado la responsabilidad que recaía sobre sus hombros:

—Hace años que la policía de todos los Estados anda tras ese José Gonçalo. Yo he logrado localizarle, y a nosotros nos corresponde el honor de detenerle. Es un trabajo que va a dejar muy alta la reputación de nuestro departamento y de la policía de São Paulo. Te he elegido para esa misión, porque sé que eres el hombre adecuado. Espero que me traigas a ese hombre.

Dos inspectores de São Paulo acompañaban a Miranda. Debía ponerse en contacto con la policía de Mato Grosso, que ya estaba tras la pista de Gonçalo después de la denuncia de Heitor Magalhães. Barros quería para sí la gloria de la detención de Gonçalo —comunista tan ávidamente perseguido desde hacía tiempo— y sin duda habría salido él mismo para Mato Grosso si las detenciones de Zé Pedro y de Carlos, y la necesidad de continuar la tarea en Sao Paulo, no le hubieran obligado a quedarse en su puesto. Entre todos sus auxiliares había elegido a Miranda, en quien había depositado especial confianza. Era un hombre aún joven, pero que se había revelado como uno de los agentes más hábiles de la Delegación de Orden Político y Social. Tiempo atrás, había sido él quien había localizado a los dirigentes del Partido en Campinas y en Sorocaba, y fue también él quien dismanteló la huelga de ferrocarriles proyectada para coincidir con la huelga de los estibadores de Santos. En los círculos de la policía todos hablaban elogiosamente de aquel inspector a quien, una vez, incluso el jefe de la policía se había referido con los mayores elogios. Decían que no había nadie como él para seguirle la pista a un hombre, para obtener información como si no buscara nada, sabiendo al mismo tiempo convertir las buenas maneras aparentes en la más feroz brutalidad. La misión encomendada por Barros había llenado su vanidad, y en los pasillos de la jefatura aseguraba a sus colegas:

—De aquí a diez días estoy de vuelta con el tipo ese...

En Cuiabá se había entrevistado con el delegado de Orden Político y Social de Mato Grosso, que se sentía un poco molesto por aquella interferencia de la policía paulista en un territorio que estaba bajo su responsabilidad directa. También él deseaba la gloria de la detención de Gonçalo. Inmediatamente después de recibir la comunicación de Barros anunciando las sensacionales declaraciones de Heitor y la próxima llegada de una caravana policial de São Paulo, el delegado se había adelantado a detener al maestro Valdemar y al ferroviario Paulo, y había enviado algunos hombres suyos a las haciendas de Florival. Uno de ellos había vuelto con el abuelo de Nestor, la única captura efectuada en tierras del coronel. El delegado se había quejado incluso al jefe de policía y a Venancio Florival de aquella interferencia indebida de la policía de otro Estado en su trabajo, como si desconfiaran de su

capacidad para llevar a buen fin la investigación. Pero Florival cortó brutalmente sus quejas y terminó con la tímida solidaridad del jefe de policía:

—Todo eso son menudencias y tonterías... La verdad es que vosotros, los de aquí, no servís para nada, estáis dormidos. Si no vinieran esos de São Paulo, yo mismo pediría que les mandasen.

En vista de lo cual, el delegado de Cuiabá recibió a Américo Miranda con la mejor de sus sonrisas y se puso a su entera disposición. Miranda interrogó a los presos, pero, como no quería perder tiempo, ordenó que les llevaran a São Paulo, y se dispuso a partir hacia el Valle de Rio Salgado. Los policías de Mato Grosso se encontraban en Tatuacú, y Miranda decidió iniciar por allí su trabajo. Le acompañaría el delegado de Cuiabá. Venancio Florival puso sus recursos y su hacienda a disposición de la policía.

Eran unas plantaciones inmensas, pastos sin fin, una opresiva soledad a la que Miranda, hombre de la ciudad, no estaba acostumbrado. El delegado había propuesto que se hospedaran en la casa central, la casa-grande de la hacienda de Florival, bajo la protección de los mercenarios del coronel. Le explicó a Miranda que en aquellas breñas no había garantía para la vida de nadie, que allí se mataba impunemente, que jamás la ley o la policía habían logrado echar mano a un criminal escapado a las montañas o a las selvas de las orillas del río. Por ejemplo, fue imposible tomar cualquier medida cuando fue incendiado el campamento de los norteamericanos. Aquellos mestizos, aparentemente ingenuos, eran en realidad unos tipos de cuidado. Miranda se rió con aire de superioridad. Una cosa era la policía de Mato Grosso, unos desgraciados sin idea de la técnica policial, y otra era la policía de Sao Paulo, habituada a seguir pistas y a interrogar delincuentes. Además, para contradecir al delegado o por cualquier otro motivo, declaró su deseo de ir directamente a la aldea de Tatuacú e iniciar allí las investigaciones, antes de salir para el Valle de Rio Salgado, donde, en su opinión, se hallaba Gonçalo. Un Gonçalo inadvertido, desconocedor de la denuncia de Heitor, confiado, según él pensaba.

En la aldea de Tatuacú se encontraron con los cuatro hombres de la policía de Mato Grosso y sus parcas informaciones. Todo lo que habían sabido era que, realmente, un hombre de talla gigantesca había aparecido algunas veces por la aldea, y que andaba con Nestor y con un aparcerero, un tal Claudionor. Pero tanto uno como otro habían desaparecido de la hacienda hacía algún tiempo y nadie sabía por dónde andaban. El mulato Claudionor había dejado a la mujer y a los hijos cuidando de la plantación, pero Venancio, aprovechando la huida del hombre, había expulsado a la familia y se apoderó de las plantaciones negándose a pagar lo establecido en el contrato de aparcería. La familia vivía ahora en casa de unos parientes de la mujer de Claudionor, en una hacienda cercana, pero el mulato no iba por allí. Él y Nestor habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra. A Nestor le quedaba el abuelo, a quien habían detenido y enviado a São Paulo, con sus historias absurdas y complicadas de fantasmas y apariciones diabólicas.

Miranda inició los interrogatorios, e inmediatamente sintió miedo. Y no sólo él, sino también los dos colegas que habían venido en su compañía desde São Paulo. No podían decir de qué tenían miedo. No había nada concreto. La cabaña que habían ocupado, la mejor del poblado, estaba guardada por los *jagunços* de Venancio Florival. Miedo al silencio de los moradores, a las miradas que les acompañaban por las callejuelas inmundas, a la desconfianza con que respondían a sus preguntas.

Fue en un burdel donde Miranda supo por una de las pupilas —y podía ver las miradas represivas de las otras mientras la mujer hablaba— que Gonçalo solía hospedarse en casa del viejo vendedor de aguardiente. Las otras mujeres guardaban silencio mientras la mulatita hablaba. Se había acostado con Miranda y se consideraba obligada hacia aquel joven vestido a la moda de la ciudad. Pero las otras reprobaban sus palabras, se veía claramente en sus miradas sombrías. Miranda fue a interrogar al viejo vendedor de aguardiente, acompañado por el delegado de Cuiabá. Los guardias andaban dando batidas a caballo por las plantaciones, oyendo a los aparceros y a los cultivadores. Noticias discordantes circulaban por la hacienda y el poblado.

El viejo vendedor de aguardiente no lo negó. Realmente, dijo, se había hospedado dos o tres veces, tiempo atrás. Era un hombre muy alto, que venía del río, pasadas las montañas. Como tenía un cuarto libre en su choza, solía acoger, a cambio de unas monedas, a los raros transeúntes que aparecían por el poblado. También paraba en su casa el sirio Chafik, cuando venía a Cuiabá con su recua de asnos. Paraban también allí algunos mestizos del valle cuando se aventuraban por aquellos parajes. En cuanto a aquel hombre gigantesco, ni siquiera sabía exactamente su nombre. Allí le llamaban doctor, porque sabía curar heridas y fiebres malignas. El hombre le pagaba el hospedaje y luego se iba. Para él, era uno más de los hombres del valle. Negó, no obstante, que su huésped se entrevistara con nadie en su casa, y no reconoció los retratos que le mostró Miranda. Eran antiguas fotografías de Gonçalo, de su tiempo de actividad en Bahía. Un Gonçalo joven, visto de frente y de perfil.

—¡Hum! No parece el mismo, no señor. Ya sabe usted: una cosa es un hombre en carne y hueso, y otra visto así, en el papel.

Miranda no siguió con el interrogatorio. Dijo al delegado de Cuiabá:

—Este viejo sabe más de lo que dice. Estoy convencido.

—¿Y por qué no le apretamos los tornillos? —el delegado deseaba mostrar su celo en el éxito de la investigación.

Miranda explicó, con aire superior:

—Hay que actuar con habilidad. Vamos a poner un hombre que le vigile, para ver con quién se pone en contacto. Tal vez esté en relación con Gonçalo y nos lleve hasta él. Mientras tanto, continuaremos interrogando a los demás habitantes del pueblo. Después volveremos al viejo... La policía es una ciencia, amigo, hay que tener cabeza... —concluyó, repitiendo una frase que había oído muchas veces a Barros.

Y volvió a los burdeles para exhibirles a las chicas las fotos de Gonçalo. Las

mujeres miraban curiosas las fotografías, movían la cabeza, dudando, no era posible obtener de ellas la menor aclaración. Explicaban que aquel hombre jamás había estado allí, y una de ellas, una vieja espantosa, gruñó con voz llena de rabia, dirigiéndose, más que a los policías, a la mulata que antes había hablado:

—Ese hombre no era ningún criminal. Era un hombre bueno, que hacía caridades a la gente, que curaba a los enfermos. A esa misma, a ésa, le dio un remedio... —e indicaba a la mulata con dedo acusador.

Miranda percibía la resistencia ante sus preguntas. En toda la gente del pueblo. No lograba de nadie una respuesta precisa, sólo medias palabras arrancadas con mucho esfuerzo. Una cosa parecía segura, no obstante: hacía meses que Gonçalo no había aparecido por allí. Debía de estar en el valle, casi con toda seguridad. Una atmósfera pesada de desconfianza y mala voluntad rodeaba a los policías en el pueblo. Cuando uno aparecía en una calle, la gente se retiraba. Respondían entre dientes a las preguntas; parte de los habitantes había huido a la selva. Uno de los inspectores llegados de São Paulo, le dijo a Miranda, casi estremeciéndose:

—Presiento que en cualquier momento vamos a recibir un balazo por la espalda sin saber siquiera quién disparó...

El delegado de Cuiabá, sonrió:

—Esto no es São Paulo, colega... En estas espesuras no hay seguridad para nadie...

Miranda se fue tras haber dejado algunos hombres vigilando el pueblo y al vendedor de aguardiente, y empezó a interrogar a los trabajadores de las plantaciones. Pero la noticia de que habían llegado policías de São Paulo se había extendido ya entre los aparceros y los cultivadores. Recibían a Miranda y al delegado con muchas reverencias, con una humildad engañosa, con voz llena de respeto, pero sin dar ninguna información concreta. Sobre el gigante, respondían que sólo Nestor, o quizá Claudionor, podrían decir algo, pero ellos jamás habían visto a nadie así. Miranda sentía la resistencia opuesta a sus preguntas como si se hubiera establecido un acuerdo general para dificultar su actuación. Cuando preguntaba sobre el negro a quien se refería el abuelo de Nestor, respondían que había muchos negros en las plantaciones, y que una cosa sí era segura: que el abuelo de Nestor hacía mucho tiempo que no estaba en sus cabales. ¿Dónde estaban Nestor y Claudionor? ¡Cómo lo iban a saber! El mundo es grande, y un hombre dispuesto encuentra trabajo en cualquier parte. Miranda exhibía los antiguos retratos de Gonçalo. Ellos los cogían con sus dedos callosos, llenos de curiosidad ante aquellas fotografías, cosa para ellos del todo desconocida. Movían la cabeza de un lado a otro: ¡Cruzaba tanta gente extraña por las haciendas en los últimos tiempos, gente que venía de las montañas o iba hacia allá, desde que habían venido los gringos y se habían establecido en las márgenes del río con las nuevas obras...! Tanta gente que era imposible recordar sus rostros. Seguro que era uno de aquellos gringos, concluían ante la desesperación de los policías.

Miranda se sentía ridículo. ¿Cómo era posible interrogar así a los hombres, en pleno trabajo, con las hoces y las palas inclinadas sobre la tierra, o vigilando el ganado en los pastos? Si los pudiera reunir en una sala de la jefatura de São Paulo, sería otra cosa. Pero allí, bajo el sol a plomo, era imposible. Además, sentía que el miedo se iba apoderando de él. Algunas miradas le parecían amenazadoras, y más de una vez estuvo a punto de sacar el revólver: había creído ver en una mirada cierta velada amenaza. Pero pronto esa mirada se disolvía en una reverencia humilde, y él se sentía de nuevo ridículo, aturdido.

Desistió de interrogar a los jornaleros, tanto porque no lograba nada definitivo como por el hecho de que los árboles empezaban a parecerle propicios a las emboscadas. Si alguien —Nestor, Claudionor, o ese Gonçalo de quien los policías contaban tantas cosas— disparaba contra él, iba a contar inmediatamente con la solidaridad de todos aquellos jornaleros aparentemente tan humildes. Por otra parte, estaba convencido de que Gonçalo estaba en el valle y de que, si quería detenerle, tenía que ir a buscarle al otro lado de las montañas, a las orillas del Rio Salgado. Volviendo de la hacienda, le dijo al delegado de Cuiabá:

—Vas a encargarte de detener a Nestor y al Claudionor ese. Y mira si descubres algún otro comunista por aquí. Yo me voy con algunos hombres al valle. Gonçalo está por allá, y voy a buscarle.

—¿No vas a interrogar siquiera una vez más al tipo del aguardiente? Yo creo...

—Sí. Voy a interrogarle otra vez. Seguro que sabe algo...

Era al caer de la tarde y, tras haber comprobado que el viejo vendedor de aguardiente no se había apartado de su casa, Miranda, acompañado del delegado y de otro inspector, fue a interrogarle:

—Esta vez, ya verás como habla...

Pero el viejo juraba que nada sabía, aparte de lo que ya había contado. El gigante aquel no aparecía por el pueblo desde hacía mucho tiempo. No sabía quién era, no tenía ni idea de lo que significaba la palabra comunismo. El viejo, con las manos juntas, juraba y volvía a jurar, y Miranda seguía cada vez más convencido de que sabía mucho más de lo que contaba. Frente a la casa se había formado un pequeño grupo que seguía el interrogatorio. Se mezclaban en él campesinos, milicianos armados de Florival, que habían venido para proteger a los policías, mujeres de la vida, mendigos. Y en la actitud de todos ellos, hasta en la de aquellos mercenarios medio bandidos, Miranda leía una amenaza, una sorda amenaza contra él y sus hombres. Como si todos se sintieran afectados por la brutalidad con que trataba al viejo. El delegado de Cuiabá le había dicho más de una vez:

—Cuidado, que te la juegas...

Pero Miranda pensaba: «Si no me impongo, éstos van a acabar perdiéndome el respeto, y puede ocurrir de todo». Decidió mostrarse aún más brusco con el viejo, y llegó incluso a pegarle una bofetada:

—Habla, o vas a ver...

Vio que el grupo de la puerta se ponía en movimiento. Sacó la pistola, el delegado y otro inspector también sacaron las suyas. Pistola en mano, se acercaron a la puerta de la calle y ordenaron al grupo de curiosos que se dispersara. Se fueron alejando lentamente. Sólo los dos jagunços, los bandidos a sueldo del hacendado, se quedaron a la puerta, pero sus rostros estaban igualmente sombríos. Se quedaron en la puerta, mirando hacia dentro, donde el viejo sollozaba, cubriéndose la cara con las manos. Miranda decidió acabar rápidamente con aquello:

—Cuenta lo que sabes —dijo empujando al viejo con la punta del pie—, porque si no... te voy a moler a palos...

El viejo sollozaba, decía «¡No! ¡No!», pero de ahí no pasaba. Miranda le agarró por la sucia camisa de algodón basto, le obligó a levantarse, le empujó hacia la pared de la choza, le arrancó las manos del rostro.

—¡Suelta rápido todo lo que sepas!

Cerraba la mano para el puñetazo, iba a descargarlo cuando una voz arrastrada se alzó desde la puerta. Era un jagunço:

—Oiga, mozo, no le pegue al viejo. Si quiere, llévelo a la cárcel, péguele un tiro, o dígame que se lo pegue yo, pero no ponga la mano en la cara de un viejo que podría ser su padre. No lo haga, porque si lo hace soy capaz de pegarle un tiro aquí mismo... —y apuntaba con el revólver.

Miranda dejó al viejo, miró a la puerta. El otro mercenario estaba también ya con el arma preparada. Los curiosos habían vuelto a formar grupo un poco más allá. El delegado de Cuiabá dijo:

—Es mejor que nos lo llevemos a Cuiabá. Que le interroguemos allí, en la ciudad...

Miranda estaba lleno de rabia y miedo. El jagunço escupió por un colmillo:

—Es mejor. Si no, todo esto va a acabar en sangre...

Pero aquella noche el viejo huyó. Cómo, con ayuda de quién, no lograron averiguarlo. Tal vez con ayuda de toda la población. Quizá habían sido los mismos jagunços quienes le habían facilitado la fuga. Habían sido designados dos policías para vigilarle hasta el día siguiente en la misma choza del viejo. Éste había fingido dormir. Los policías acabaron por dormirse también, y por la mañana el viejo ya no estaba allí. El delegado de Cuiabá, muy lleno de atenciones con Miranda, se divertía en el fondo ante su fracaso:

—Esto no es la ciudad, amigo, y tu ciencia aquí no te va a servir de mucho. Y procura andar con cuidado, que yo no me responsabilizo de tu vida...

Miranda veía que el miedo dominaba a los policías llegados con él de São Paulo: si ni en los jagunços podían confiar... Sentía que el miedo le iba creciendo por dentro, andaba siempre con la mano en la culata, dispuesto a sacar la pistola en cualquier momento. Otra noticia, por la mañana, vino a demostrarle hasta qué punto se había unido contra él la población del lugarejo: la prostituta que le había proporcionado las primeras y casi únicas informaciones, aquélla con quien había

dormido, estaba en cama, destrozada. Durante la noche habían invadido su cuarto y le habían dado una tremenda paliza. ¿Quién lo había hecho? ¿Gente venida de las haciendas, gente del poblado, sus compañeras de burdel? Nadie sabía nada, nadie hablaba, el pueblo había amanecido casi desierto, sólo unos mendigos sentados tomando el sol. Los policías se sentían cercados, veían amenazas por todas partes. Sólo los jagunços permanecían indiferentes, picando hojas de tabaco con sus afilados puñales.

El delegado de Cuiabá propuso que se establecieran en la casa grande de Venancio Florival y que desde allí mandaran unos hombres bien armados al otro lado de la montaña. Pero Miranda había prometido a Barros llevarle a Gonçalo: ¿Qué iba a ser de su fama si ni siquiera aparecía por el valle, donde estaba seguro que se escondía el gigante?

—No. Yo sigo con algunos hombres, los más valientes. Vuelve tú a la hacienda si quieres, continúa el trabajo aquí. Trata de encontrar a Nestor, a Claudionor, al viejo. Ése no puede estar lejos. Sabe mucho, estoy seguro...

El delegado indicó hacia la montaña próxima:

—No es lejos, realmente, pero es imposible encontrar a alguien ahí...

—Eso es cosa tuya, y tienes que intentarlo al menos. Mi tarea es detener a Gonçalo, y es lo que voy a hacer... Volveré por aquí con él dentro de unos días...

—Veremos... —sonrió el delegado.

—¿Lo dudas?

El delegado de Cuiabá constataba el miedo escondido tras los alardes de Miranda. Lo que tenía el policía de São Paulo era miedo, miedo de aquel mundo desconocido, de aquella gente campesina tan extraña para un hombre de la ciudad. Miedo que era aún más transparente en las miradas de los otros dos inspectores llegados de São Paulo. El delegado se reía entre dientes: sería él quien acabara por echarle la mano encima al famoso Gonçalo, cuando aquellos entrometidos de São Paulo se hubieran desmoralizado por completo. Y el valle se encargaría de desmoralizarles:

—No lo dudo. En absoluto. Y te deseo mucha suerte. Pero tienes que ir con mucho cuidado. Comparados con los caboclos del valle, esta gente de aquí es un coro de ángeles. El valle es una cueva de bandidos. Quien decide vivir allí, es que ya no espera nada de la vida. Ándate con cuidado...

Protegido por los jagunços silenciosos de Venancio Florival, acompañado por los dos inspectores llegados de São Paulo y por otros dos de Cuiabá, Miranda empezó a atravesar las montañas. El capataz del hacendado les había proporcionado excelentes caballos.

En su primer contacto, el valle le pareció mucho menos temible que el poblado. Habían desembocado en la orilla del río, en un punto donde se alzaba el campamento de la Empresa del Valle del Rio Salgado: casitas de madera para los técnicos norteamericanos, verdadero escándalo de confort en aquel fin del mundo, decenas de barracas para los trabajadores reclutados en las ciudades próximas. De las radios de

pilas se alzaba la música de los foxs recordando las calles de las grandes metrópolis, y brillaban al sol complicados aparatos de ingeniería. Aparatos traídos de los Estados Unidos para el estudio del suelo y del subsuelo, para la localización del manganeso existente en aquellas tierras: todo aquello tenía un aire de civilización muy distinto del poblado miserable enterrado en el barro. Las obras del campo de aterrizaje estaban bastante adelantadas. Decenas de obreros derribaban árboles, aplanaban el terreno. Un equipo de médicos, dirigidos por el profesor Alcebíades de Morais, de la Facultad de Medicina de São Paulo, dirigía los trabajos de saneamiento de aquella parte del valle, especie de isla de construcciones en medio de la selva virgen. Un almacén de madera, surtido de los objetos más variados, abastecía a los trabajadores. Otro edificio de madera servía de oficina de la empresa. Una placa, al lado de la puerta, anunciaba: Empresa del Valle de Rio Salgado. Todo aquello, y especialmente los rubios técnicos norteamericanos en *short* y camisa abierta sobre el pecho, algunos dejándose crecer pintorescas barbas, daban a aquel rincón de la selva un aire provisional de escenario montado en un estudio cinematográfico, como si el paisaje hubiera sido falsificado, desnaturalizado con la presencia de los gringos y de sus máquinas.

En las oficinas de la empresa, Miranda conversó con el ingeniero-jefe, un yanqui delgado, picado por los mosquitos, hombre de pocas palabras. Miranda le explicó a qué venía, le habló de Gonçalo, de la amenaza que la peligrosa presencia de aquel comunista suponía para las obras de la empresa. Un ingeniero brasileño, ayudante del norteamericano, servía de traductor.

El ingeniero-jefe se dispuso a ayudar a Miranda en lo que pudiera: le daría una canoa con motor a popa (innovación introducida en el valle por los norteamericanos) para que fuera río abajo en busca del hombre. Porque si aquel Gonçalo se encontraba aún en el valle, estaría desde luego entre los caboclos, río abajo. Sin embargo, la opinión de los dos ingenieros —del norteamericano y del brasileño— era que Gonçalo debía de haber huido con la llegada de la segunda expedición. La prueba es que su plantación estaba abandonada, la selva cubría los planteles de mandioca y de maíz.

El ingeniero-jefe había llegado hacía poco tiempo al valle; no había formado parte de la expedición precedente, cuando fue incendiado el campamento. Pero tanto él como el brasileño habían oído hablar del «gigante del valle» y de su desaparición. No era posible que un criminal tan buscado por la policía, condenado a tantos años de prisión, que había buscado asilo en aquellas selvas ignotas, hubiera permanecido allí cuando el misterio de aquellas tierras empezaba a ser desbravado. En todo caso, y por descargo de conciencia, Miranda podía ir río abajo en busca de aquel hombre. Aparte de la canoa, el ingeniero-jefe se proponía cederle dos soldados del destacamento de la policía militar que protegía el campamento. Los caboclos habitantes de la orilla del río eran figuras malencaradas y no parecían simpatizar con los hombres de la empresa. Por eso mismo, teniendo en cuenta los acontecimientos anteriores y el

fracaso de la primera expedición, los norteamericanos no habían reclutado jornaleros entre los cultivadores caboclos, y los técnicos no se aventuraban río abajo. Tenían mucho trabajo allí mismo. Apenas habían empezado la exploración del valle tras la expulsión de los mestizos.

El ingeniero brasileño añadió que, de vez en cuando, aparecía algún caboclo en el campamento, trayendo en su canoa el cuerpo de un animal cazado en la selva para venderlo a cambio de algunas monedas. Con estos cultivadores mestizos se planteaba siempre una discusión: ellos deseaban comprar cualquier cosa en el almacén de la empresa, y estaba terminantemente prohibido vender a extraños. Esto había hecho aún más difíciles las relaciones entre ellos y los caboclos. La opinión del ingeniero brasileño era terminante: Gonçalo había huido. Andaría por otras zonas de la selva, perdido en el interior desconocido de Mato Grosso y Góias. Pero algo estaba claro: No estaba entre los trabajadores de la empresa. Habían sido reclutados en Cuiabá y en las ciudades próximas, y hasta ahora el trabajo no había sido perturbado por ninguna agitación. Y no existía allí nadie cuya descripción coincidiera con las fotografías que enseñaba Miranda. Si aún estaba en el valle, sería entre los caboclos, pero era muy dudoso...

Más de una semana duró el viaje de Miranda por el valle. La canoa subió y bajó el río varias veces y en ella viajó de nuevo el miedo. Principalmente por la noche, cuando tenían que acampar en la orilla, junto a la selva. Los policías se miraban recelosos. Sus vidas estaban a la merced de los caboclos del valle.

Aquellos caboclos malencarados que huían cuando se acercaba la canoa con su ruidoso motor. Miranda invadía casas vacías, planteles abandonados. Interrogar a uno de aquellos mestizos era un verdadero infierno. ¿Gonçalo? Nunca había habido allí nadie de tal nombre. ¿Un gigante parecido a aquel del retrato? Sí, anduvo por allí un hombre muy alto, un hombre bueno, pero se había ido ya hacía tiempo, cuando aparecieron los gringos. ¿El incendio del campamento? Ellos no sabían nada, debía de haber sido un descuido de los gringos, que no entendían nada de las cosas de la selva y del río. Miraban la fotografía, reconocían el rostro sonriente del Amigo, pero movían la cabeza en una obstinada negativa: no, no se parecía al gigante del valle.

Era difícil arrancarles más que algunos monosílabos. Parecían intimidados ante aquellos jóvenes que exhibían sus pistolas, ante aquellos soldados armados de fusiles. Miraban a Miranda y a sus hombres de soslayo, nunca de frente. Y, siempre que podían, desaparecían en la selva antes de la llegada de la canoa. Cabañas y plantaciones vacías.

Miranda estuvo en la plantación de Gonçalo: la selva lo dominaba todo, había invadido la cabaña, donde no quedaba nada que pudiera indicar una pista. Desde luego, hacía meses que nadie había aparecido por allí. «Lo más seguro es que el hombre se haya largado».

Pero Miranda no estaba completamente convencido. Notaba en los gestos de los caboclos, en sus medias palabras, algo como una amenaza. No decían la verdad, por

lo menos la verdad completa. Miranda estaba seguro. Y le espiaban. Seguían las idas y venidas de la canoa emboscados en la selva. Más de una vez habían vislumbrado la silueta de un caboclo huyendo entre los árboles y, en el silencio de las noches, oían rumores de pasos sobre las hojas secas, sonido de ramas partidas al abrirse el camino. El miedo fue creciendo, aumentando. Ellos eran hombres acostumbrados a interrogar a los presos en los despachos de la policía, a detenerles en las fábricas y en las casas de la ciudad. Allí era muy diferente. Todo estaba contra ellos. Los mosquitos les acosaban. Estaban hinchados de picaduras. Uno de los policías temblaba de fiebre en la canoa y pedía por el amor de Dios que le devolvieran a São Paulo. Durante la noche no podían conciliar el sueño con el temor de una emboscada en la selva. Sentían a los caboclos a su alrededor, invisibles en la selva, acompañando a la canoa durante el día, acercándose por la noche. A veces veían a un caboclo que se escondía. ¿Pero cómo perseguirle, cómo atreverse a penetrar en aquella selva de espanto donde cada árbol escondía una serpiente venenosa, donde no había caminos, donde un hombre podía perderse para siempre?

A pesar de todo, a pesar del miedo que le dominaba a él y dominaba a sus hombres, Miranda no se decidía a abandonar la persecución. ¿Qué diría Barros si llegaba sin Gonçalo? ¿Sería verdad que el gigante había huido del valle? ¿Por qué, entonces, había sorprendido en los caboclos, por momentos, un cierto aire de burla? ¡Ah, si pudiera tenerlos en su despacho de São Paulo! Allí les obligaría a hablar, a decirle toda la verdad... Pero en aquella selva, entre serpientes, mosquitos y jaguares cuyo rugido por las noches daba escalofríos, allí nada era posible...

Fue su encuentro con Nhó Vicente lo que le decidió a volver. La situación se iba poniendo difícil: los otros policías estaban completamente desmoralizados, aterrorizados ante la fiebre que había abatido a uno, y sólo la vanidad mantenía a Miranda en la canoa (donde ahora pasaban incluso la noche por temor a una emboscada) cruzando el río. El encuentro con Nhó Vicente y su conversación con el moro Chafik, recién llegado de uno de sus viajes.

El viejo caboclo había venido él mismo a buscar a Miranda, y fue bastante más explícito que los otros. Había venido a vivir en el valle antes que los otros, y le conocía perfectamente. Podía asegurar que el gigante se había ido. Él le había visto preparar sus cosas y marchar. Nhó Vicente confió a los policías que siempre había pensado que aquel hombre era un forajido. Cuando los gringos llegaron, el gigante se fue. Dijo que allí ya no estaba seguro. Pero no sabía adónde había ido, aunque, por frases sueltas, por conversaciones oídas, pensaba que andaría por la Amazonia.

Todo aquello fue confirmado por Chafik: y el moro dio quinina al policía enfermo y aguardiente a todos. Sí, el gigante se había ido. Nadie podía imaginar que fuera un comunista. Pensaban que era un asesino cualquiera, un fugitivo. Cuando los gringos llegaron y el campamento ardió, el hombre decidió marcharse. Y Chafik podía decir incluso hacia dónde: a Bolivia. En un viaje anterior, el gigante le había pedido un extraño favor: cambiar dinero brasileño por divisa boliviana, cosa que el moro hizo

en Cuiabá. Aquella petición le había parecido curiosa y ante sus preguntas, el gigante acabó por decirle que veía su seguridad amenazada por la llegada de los norteamericanos y que tenía intención de emigrar a Bolivia.

La canoa a motor tomó otra vez el rumbo del campamento de los ingenieros. Un caboclo fue a avisar a Gonçalo, oculto en la selva, de que la persecución había finalizado. Y, en el campamento, entre los trabajadores de las obras del campo de aterrizaje, el negro Doroteu vio la canoa venir de vuelta. Había sido difícil convencer a los caboclos para que no atacaran a la caravana policial durante sus idas y venidas por el río. La célula de los trabajadores de la empresa se mantenía en relación con Gonçalo por medio de Nestor, ahora también oculto en la selva.

En el campamento, mientras los médicos cuidaban del policía enfermo de paludismo, Miranda escribió su informe a Barros demostrando cumplidamente la huida de Gonçalo a Bolivia, y cargando la responsabilidad de aquella fuga, con las de Claudionor y Nestor, a cuenta del delegado de Cuiabá, «un incompetente». Desde el mismo campamento se enviaron cables a la policía de La Paz describiendo a Gonçalo y pidiendo su captura. Los norteamericanos habían traído transmisores modernísimos, y se comunicaban directamente con Nueva York.

El encuentro con João, en Cuiabá, modificó sustancialmente los planes de Gonçalo. Era imposible evitar que la empresa se instalara en el valle. En consecuencia, había que sentar las bases de una labor de partido entre los obreros contratados para el inicio de las obras. Doroteu se enroló como obrero. En Campo Grande, otros obreros de Mato Grosso hicieron lo mismo. Fue el negro quien llevó la noticia de la sentencia en el proceso por la posesión de las tierras iniciado por la compañía contra los caboclos. Gonçalo había establecido una ligazón entre los tres frentes de trabajo: los caboclos del valle, junto a los que él mismo se encontraba, los obreros del campamento, dirigidos por Doroteu, y los campesinos de las haciendas de Venancio Florival, controlados por Nestor y Claudionor. Así, cuando llegara el momento de la resistencia de los caboclos, podrían intervenir tanto los obreros como los campesinos.

Las detenciones en São Paulo y en Cuiabá introdujeron nuevas modificaciones: Nestor, buscado por la policía, se internó también en la selva y era ahora el contacto con Gonçalo y Doroteu. Claudionor se había quedado en las haciendas, oculto por los aparceros y los trabajadores a jornal.

Crecía la célula de la empresa, y había obtenido ya su primera victoria con la formación y el reconocimiento de un sindicato que reunía a los trabajadores de la orilla del río. En cambio, había decaído el trabajo en las haciendas. Las sucesivas caravanas habían debilitado la combatividad aún incipiente de los campesinos. Muchos no querían ni oír hablar de aquellos asuntos, y Claudionor no tenía experiencia suficiente. También algunos caboclos habían abandonado las márgenes del río al enterarse de la sentencia del tribunal. No habían sido muchos, sin embargo. La mayoría había decidido, de acuerdo con Nhó Vicente, continuar labrando sus tierras y defenderlas como pudieran.

Cuando llegó Miranda con los inspectores, los caboclos pensaron que traía la orden de expulsión. Por eso siguieron a la canoa durante todo el viaje. Gonçalo tuvo que explicarle demoradamente a Nhó Vicente la importancia de que los policías quedaran convencidos de que él ya no andaba por allí. El viejo no quería de ningún modo ir a hablar con los policías. Fue entonces cuando Gonçalo, concedor del regreso de Chafik, le pidió su intervención. Gonçalo se lo pensó mucho antes de pedirle tal cosa. Hasta entonces jamás le había revelado al moro su verdadera identidad. Pero necesitaba que los policías abandonaran el valle con la certeza de que se había marchado definitivamente. De no ser así, seguirían en su búsqueda y sería imposible cualquier trabajo. Citó en un lugar de la selva a Chafik. Vino el moro, acompañado de un caboclo, y Gonçalo mantuvo con él una larga conversación. Había caído la noche, y en algún lugar del río estaba detenida la canoa con los policías.

Gonçalo se había dejado crecer una larga barba negra que le cubría el pecho y le daba un aire de santón, como uno de esos «beatos», predicadores del fin del mundo

en la inmensidad del sertón. Le contó a Chafik parte de su historia: estaba condenado a muchos años de prisión. Le perseguían acusándole de comunista. Ya estaban más o menos convencidos de su fuga, y para convencerles del todo era preciso que alguien hiciera afirmaciones más concretas. Chafik, por ejemplo. El moro oía en silencio, inclinado hacia delante, tratando de ver en la oscuridad que les rodeaba el rostro del gigante. Gonçalo acabó diciéndole que dejaba en sus manos su libertad y su vida. Si los policías le atrapaban, su muerte era segura.

Chafik le tendió la mano: que no se preocupara; haría lo que le pedía. Y quien luego se iría de allí era él, Chafik. Al Paraguay. Hacía tiempo que lo tenía pensado, desde que los norteamericanos aparecieron por allí con sus aparatos y sus obreros. Si seguía en el valle, acabaría en la cárcel y devuelto a Cayena. Principalmente ahora, cuando sentía que se acercaban acontecimientos... Gonçalo no le había contado nada, y él tampoco preguntaba. Respetaba los secretos de los demás. Pero adivinaba que iban a ocurrir cosas serias. Y él, Chafik, no se quedaba allí. Si no, iba a ser él quien pagara el pato.

Realmente, unos días después desapareció, sin despedirse de nadie. No tenía nada que ver con lo que se estaba preparando en el valle, era un lobo solitario, el único bien que deseaba conservar era la libertad, aunque para eso tuviera que vivir lejos de todo y de todos.

Gonçalo continuó oculto, esperando la expulsión de los caboclos de sus tierras.

Pese a todo, Costa Vale no demostraba prisa. En posesión de la sentencia del juez de Mato Grosso, había mantenido una discusión con Venancio Florival. Éste, deseoso de extender los límites de sus haciendas hasta la orilla del río, proponía la expulsión inmediata de los caboclos: un destacamento de la policía militar, reforzada por unos cuantos de sus jagunços mercenarios, echaría a todos aquellos malditos mestizos del valle, y el problema estaría resuelto. Costa Vale disentía. ¿Por qué tanta prisa? Expulsar a los caboclos, ¿y luego? Las tierras quedarían abandonadas hasta la llegada de los colonos japoneses que ya estaban en viaje. Era mejor dejar allí a los caboclos durante un tiempo, cultivando la tierra, plantando su mandioca y su maíz; así, cuando llegara el momento de instalar a los colonos japoneses, habría por lo menos tierra roturada y algunos planteles. Y trazaba sus planes al hacendado: había que desarrollar allí grandes plantaciones de arroz, haciendas-modelo al lado de las grandes obras de la empresa, en aquellas tierras fertilísimas.

Venancio Florival, fiel a las tradiciones de una agricultura feudal, movía desconfiado la cabeza ante aquellos planes. ¿No era mejor dividir entre ellos —Costa Vale, Venancio Florival, la comendadora da Torre, mister Carlton— aquellas tierras, cultivando cada uno para sí, dejando sólo a la empresa algunas reservas de manganeso? Al fin y al cabo, el valle era inmenso, y la empresa no iba a explotar toda su extensión. Costa Vale se echó a reír:

—Usted, Venancio, es un retrógrado incorregible... No ve el futuro. Aprendió a ganar dinero plantando café y criando ganado, utilizando la tierra para plantar hierba...

—Sí señor, y gracias a Dios he ganado muchísimo dinero...

—Y ha dejado de ganar mucho más. No, Venancio, no. No vamos a dividir esas tierras, vamos a dejarlas vinculadas a la empresa. Estableceremos colonias de japoneses, haremos grandes plantaciones. Eso por ahora... Porque después...

—Después, ¿qué?

—No hay sólo manganeso en esas tierras. Los últimos estudios revelan que hay también reservas enormes de petróleo...

—¿Petróleo? ¿Y de qué nos sirve? Los norteamericanos no van a permitir que nadie explote el petróleo de Brasil para hacerles la competencia... Eso es algo que se le ocurre a cualquiera.

—Por ahora... ¿Pero quién le dice que va a ser siempre así? Mañana puede ser distinto, ¿comprende?

No era fácil convencer a Venancio Florival. Costa Vale acabó por admitir que el hacendado se apropiara de las tierras que se extendían entre la montaña y el río. Eran unas tierras de nadie, que ni siquiera estaban englobadas en la concesión hecha a la empresa por el Gobierno Federal.

—Aproveche la oportunidad, y aprópieselas. Y déjeme en paz para realizar mis

planes. Estoy llenándole el saco de dinero y me viene encima poniendo dificultades...

Se echó a reír.

—¿Y los caboclos? —dijo Venancio—. ¿Sabe que los comunistas andan trabajándoles? Hubo que llamar incluso a la policía...

—Cuando llegue la hora de echar a los caboclos, ya le avisaré. Y va a ser usted quien se encargue...

Costa Vale andaba cargado de trabajo en aquellos meses finales del año. La asociación con mister Carlton y su grupo de Wall Street había ampliado considerablemente sus negocios. Ahora, la empresa del Valle del Rio Salgado era el centro de toda una serie de otros negocios: movía capitales enormes, hacía venir levas de emigrantes del Japón, poseía compañías de seguros, se interesaba por la exportación de algunos productos, como el cuero, el caucho o el algodón, controlaba periódicos como *A Noticia*, empresas de publicidad y de difusión de artículos como la Transamérica, editoriales... La pequeña editorial de Shopel, especializada en libros brasileños de corta tirada, se había convertido en una gran editorial y empezaba a publicar traducciones de *best-sellers* norteamericanos y de libros sobre los Estados Unidos, difundiendo las ideas norteamericanas sobre la vida; editaba también libros anticomunistas. Y Costa Vale era el centro de toda aquella actividad. Su principal asociado brasileño era la comendadora da Torre, pero él no podía esperar de la vieja señora una gran ayuda en la dirección de tantos y tan diversos negocios. La vieja vivía absorbida con sus fábricas de tejidos y su actividad social. Últimamente, los preparativos para la boda de su sobrina con Paulo Carneiro da Rocha ocupaban buena parte de su tiempo. En cuanto a Shopel, era un buen hombre de paja, y nada más... Útil, porque por ganar dinero era capaz de todo, pero dejar en sus manos la dirección real de cualquier negocio era exponerse a las peores consecuencias. Hombres como el poeta Shopel o como Artur Carneiro Macedo da Rocha eran absolutamente necesarios para el éxito de las empresas, pero a condición de no implicarles directamente en las decisiones. Él, Costa Vale, tenía que cargar con lo más duro del trabajo, era en él en quien los norteamericanos confiaban, era él quien tenía sentido de los negocios. No era como aquel idiota de Venancio Florival, incapaz de ver a un palmo de sus narices.

Incapaz de ver, por ejemplo, la sorda competencia alemana. Y, sin embargo, los alemanes estaban cada vez más infiltrados en el Gobierno, incluso en el Ministerio de la Guerra, sin hablar ya de la Policía Federal, controlada por ellos, y del Departamento de Prensa y Propaganda. Vargas parecía inclinarse cada vez más hacia ellos, como si viera en los nazis sus mejores amigos en el plano internacional. Costa Vale no había perdido aún la esperanza de una alianza entre las grandes potencias capitalistas contra la Unión Soviética. Mister Carlton le había hablado largamente de la próxima guerra entre la Alemania hitleriana y la Rusia comunista, una guerra que debía liquidar al comunismo y debilitar a Hitler hasta tal punto que éste ya no podría hacer sombra a los Estados Unidos. Pero hasta ahora lo que los alemanes estaban

haciendo era fortalecerse, como demostraba el acuerdo de Munich. Y eso repercutía en Brasil, en el seno del gobierno, donde Artur Carneiro Macedo da Rocha empezaba a encontrar serias dificultades para imponer ciertos negocios de Costa Vale y de los norteamericanos. La concesión de la nueva línea aérea a Europa, por ejemplo: proyecto estudiado por Carlton y Costa Vale, pero cuya concesión fue otorgada a Italia por presión de los alemanes. ¿Y el negocio del algodón?

¡Ah! Ése era un asunto turbio, en el que estaban implicados algunos colaboradores íntimos del dictador. Un golpe para los norteamericanos... Aquel Lucas Puccini, que aún ayer era un modesto funcionario del Ministerio de Trabajo, había ganado una fortuna colosal con la operación del algodón. Una indecencia sólo posible gracias al régimen dictatorial y al apoyo de los bancos alemanes. Aquel algodón que los norteamericanos esperaban comprar a bajo precio, como todos los años, había ido a parar a manos de los alemanes, y el precio había subido temiblemente. Los alemanes trataban de torpedear algunas de las empresas de Costa Vale, y había una lucha sorda en el seno mismo del gobierno. Esa lucha que Costa Vale habría deseado evitar en aquel momento, cuando era necesario unir todas las fuerzas, nacional e internacionalmente, para acabar con los comunistas en Brasil y en todo el mundo.

No era, sin embargo, hombre que temiera la lucha. Los norteamericanos le parecían sólidos y definitivos: había en la avidez de los alemanes algo de aventura, de ligereza, y por eso Costa Vale no había aceptado las propuestas de Berlín. Y contaban también las razones geográficas aunque el mundo terminara dividido entre norteamericanos y alemanes, la América Latina, y con ella Brasil, estaba en la zona de influencia de los Estados Unidos. Shopel, cuyas simpatías por los alemanes persistían, pese a trabajar para los norteamericanos, creía en la posibilidad de un Brasil ligado económicamente a la Alemania nazi, orientado desde Berlín por Hitler. Pero Costa Vale se negaba a aceptar esta posibilidad cuando el poeta, extendiendo sus manos gordezuelas, describía el mundo futuro como una propiedad privada de Hitler, Goering y Goebbels.

La verdad es que, a pesar de todo, los negocios marchaban bien. Las obras de la empresa no habían empezado todavía el trabajo fundamental con el manganeso, pero el dinero venía de las empresas asociadas. Dinero que se multiplicaría mañana con la guerra, esa guerra que se aproximaba rápidamente. Cuando la guerra estallara, Costa Vale estaría extrayendo manganeso del valle y los alemanes irían a pagar por él un buen precio en los mercados norteamericanos...

En medio de todas estas complicaciones, ¿qué eran aquellos mestizos, aquellos caboclos cultivadores a la orilla del río, sino un insignificante detalle? Costa Vale había leído días atrás un reciente libro de Hermes Resende cuyo lanzamiento hacía furor en los círculos intelectuales: un estudio sobre el campo brasileño, basado en las observaciones realizadas por el ensayista durante la primera expedición al valle. El banquero estaba enteramente de acuerdo con las observaciones de Hermes: la pereza

era la característica esencial de aquellas poblaciones campesinas. Sólo la importación de emigrantes podría permitir cualquier empresa seria en la región. Hermes envolvía sus razonamientos en una palabrería progresista, derramaba abundantes lágrimas sobre la situación del hombre del campo, pero le atribuía la responsabilidad fundamental de su miseria. Y daba un duro golpe a las ideas de la necesidad de una reforma agraria, que empezaban a hacerse populares en los medios intelectuales.

Y el libro de Hermes Resende no había encantado sólo a Costa Vale. Su éxito era grande. Saquila había escrito un larguísimo artículo en el que analizaba el trabajo del escritor desde diversos ángulos, calificándolo como la más seria realización de la cultura democrática brasileña. También Shopel había vertido abundantes elogios en las columnas de un periódico. En cuanto al crítico Armando Rolim, su entusiasmo resultaba delirante: «Hermes, con su memorable libro, ha elevado la cultura brasileña a cumbres hasta ahora no alcanzadas. Un libro digno de haber aparecido en inglés para admiración de todo el mundo civilizado».

Sólo la nueva revista de cultura, *Perspectivas*, dirigida por el arquitecto Marcos de Sousa, cuyos primeros números acababan de aparecer, se había atrevido a atacar, en un artículo firmado con un nombre desconocido, el libro de Hermes. Lo tachaba de trabajo poco científico, de pretendido estudio sociológico, y terminaba declarando que el libro era una defensa del feudalismo imperante en el campo y de la penetración de los capitales norteamericanos en Brasil. Este artículo provocó un escándalo igual al éxito del libro. Muchos lo atribuyeron a Cícero d'Almeida, otros consideraron el artículo como una ruptura de los comunistas con Hermes Resende. Un grupo de intelectuales, a cuyo frente se encontraban Saquila y Shopel, organizó un banquete en honor de Hermes Resende.

La aparición de la revista de Marcos de Sousa, editada en São Paulo, pero que circulaba ampliamente en Río, había despertado mucha curiosidad en los medios intelectuales. Era una revista distinta de las existentes: abría sus páginas no sólo a los problemas puramente intelectuales, sino también a ciertos problemas de inmediato interés nacional e internacional. El primer número había publicado un extenso reportaje sobre los acuerdos de Munich, considerándolos, a diferencia del resto de la prensa, como un paso hacia la guerra. En el segundo número, diversas personalidades, algunas de indudable proyección en la vida del país, hablaban sobre el problema de la industria nacional. Y con la encuesta, artículos literarios, poemas, debates en torno a la cuestión de la novela brasileña, etc. algunas materias publicadas en los dos primeros números habían originado polémicas. El artículo sobre el libro de Hermes, en el tercer número, provocó el escándalo: la tirada de aquellos ejemplares se agotó en pocos días.

Marcos de Sousa estaba contento. Le parecía que estaba realmente haciendo algo útil. Había tomado la dirección de la revista con pasión, y sostenía largas discusiones con Cícero sobre las materias que habían de tratarse en cada número. Se mantenía en contacto con João y se emocionó cuando recibió de la dirección del Partido una nota

felicitándole por los primeros números aparecidos. Los dirigentes colaboraban de manera activa. De ellos había salido el artículo dedicado al libro de Hermes. La revista por un lado, y el acabarse el bloque de rascacielos para el Banco Lusitano por otro, hacían que sus viajes a Río fueran ahora menos frecuentes. En los últimos meses apenas había visto a Manuela. Le extrañó recibir así una carta de la muchacha comunicándole su nueva dirección, en una pensión de Flamengo. ¿Qué le había ocurrido a Manuela? ¿Qué era lo que le había obligado a dejar su pequeño apartamento en Copacabana? Cuando terminó las obras de Río y dejó de ir forzosamente y con frecuencia a la capital, Marcos había pensado que tal vez así fuera mejor. Le era cada vez más difícil mantenerse ante Manuela en actitud de simple amigo, esconderle su amor. A veces se sentía tan enternecido ante su presencia que apenas podía contener su deseo de decirle todo lo que llevaba en el corazón. Sólo un pensamiento le sostenía. Manuela había sufrido mucho, él no tenía derecho a turbarle ahora, cuando la muchacha empezaba a reponerse de toda aquella crisis. Hablarle de amor sería casi ofenderla. ¿No le consideraba ella como un amigo, un amigo para quien no tenía secretos? Era mejor así, lejos de ella, sabiendo de su vida sólo por las cartas. Tal vez así pudiera vencer aquel amor, transformarlo en la amistad reclamada por ella, único sentimiento para el que Manuela estaba abierta tras todo lo que había pasado.

Pero al recibir la noticia de aquel inesperado cambio de residencia, Marcos no se contuvo: fue a Río. Dejó las maletas en su hotel habitual y corrió a la nueva dirección de Manuela. La muchacha le tendió las manos:

—¡Creí que te habías olvidado de mí!

¿Qué pasaba? ¿Por qué se había trasladado? ¿Pero es que no sabía él que se había disuelto la compañía de teatro? No habían querido seguir los consejos de Marcos, ir a los cines de los suburbios con obras capaces de interesar a aquel público, y el resultado había sido el fracaso total. El último mes había trabajado sin cobrar nada. Era triste. Principalmente ahora, cuando Los Ángeles, la compañía de Bertinho Soares triunfaba en el Teatro Municipal con una pieza de Eugene O’Neil. Ella se veía sin más dinero que su modesto sueldo de corista del cuerpo de baile del Teatro Municipal, y con él no podía pagar el apartamento de Copacabana. Había tenido que trasladarse a aquella pensión: eso era todo. Todo, realmente, no: había recibido una invitación para integrarse en el elenco de Los Ángeles, que había decidido convertirse en compañía profesional ante el éxito obtenido. Pero había rechazado la invitación, hecha por boca de Shopel, que, encima, se había creído con derecho para echarle un sermón sobre sus amistades...

—¿Sobre tus amistades?

—Sí. Dijo que ahora yo andaba metida entre comunistas. Todo eso, ya sabes...

Cerró su hermoso rostro en un gesto de repugnancia, y continuó:

—Lo eché de aquí, prácticamente. Le dije lo que jamás él había esperado oír. Salió echando chispas. Creo que no volverá por aquí jamás.

—Estás en la miseria... —Marcos quiso tomarlo a broma para olvidar lo de Shopel, Los Ángeles, la insinuación malévola, toda aquella basura que aún intentaba rodear a Manuela.

—Pobre, pero honrada... —se rió también Manuela—. No fue sólo Shopel quien me ofreció ayuda. También vino Lucas... —dijo bajando la voz.

—¿Tu hermano?

—Sí, él. Parece que está muy rico. Eso me dijo, al menos. Yo le dije que iba a cambiar de residencia y él apareció por Copacabana. Cuando le di las razones del cambio, me prohibió dejar el apartamento. Me dijo que él mismo pagaría el alquiler, que podía hacerlo perfectamente, y que no había razón para que no lo hiciese. Lucas me quiere mucho...

—¿Y por qué no aceptaste? Es tu hermano.

—Sí, pero tú sabes, Marcos... Me han ocurrido tantas cosas que creo que no soy ya la misma persona. No quiero ayuda de nadie, quiero ganarme la vida yo misma. Al fin y al cabo, tengo un sueldo. Pequeño, es verdad, pero que me da para vivir. ¿Por qué vivir en Copacabana, en un apartamento, y no aquí, en un cuarto de pensión? ¿No me entiendes? Lucas empezó a hacer proyectos sobre mi carrera: una temporada de ballet por cuenta suya... No quiero nada de eso. Puedo arreglármelas sola. Una compañía que va a estrenar a principios de año, me ha prometido un papel. Una buena compañía...

Citó el nombre de una actriz y de un empresario conocido. Jamás Marcos la había amado como aquel día. Tenía ganas de ofrecerle dinero para que pudiera montar la soñada compañía de ballet, aquel dinero que no había aceptado de Lucas, como no había aceptado de Shopel un lugar en la compañía Los Ángeles. Pero no le ofreció nada. Ella no iba a aceptárselo y él no quería ni por un momento que le confundiera con aquellos que le buscaban llevados por inconfesables intereses.

—Te has quedado callado, ¿por qué?

Le cogió las manos:

—¡Ah, Manuela! Mariana se va a poner contenta cuando lo sepa. Siempre tuvo confianza eh ti...

—Mariana —sonrió Manuela—. Sí, a ella y a ti os debo no haberme perdido, no haberme transformado en una prostituta. Eso era lo que querían hacer de mí, Marcos. Una prostituta o una suicida. Mariana me salvó... ¿Sabes algo de ella?

—Sí. Una buena noticia: ha tenido un hijo.

—¿Un chico?

—Sí. Se llama Luis Carlos, como Prestes, en homenaje a Prestes. Le vi. Está tan contenta, tan contenta...

—Tengo que mandarle un regalo para el niño... Mira, Marcos, yo también estoy tan contenta como si fuera mi hijo el que hubiera nacido. ¡Quién sabe! Tal vez algún día también yo tenga un hijo... Mariana me enseñó a no desesperar.

Marcos se sobresaltó:

—¿Tienes... novio?

—¡No, por Dios! Vivo como una monja. Tú lo sabes. —Pero un cierto temblor en la voz del arquitecto, le hizo preguntar—: ¿Por qué piensas eso?

—No pienso nada... —Se rió con una risa tímida, desconcertada, distinta de su risa franca de siempre. Manuela se quedó pensativa.

Salieron juntos, fueron a cenar a un restaurante. Entraron en un cine. La película era mala y se marcharon a la mitad. Fueron paseando hasta Flamengo. Marcos estaba silencioso y Manuela parecía sorprendida. ¿Qué le pasaría?

—A ti te pasa algo, ocultas algo. ¿Somos, o no somos amigos? Nunca te oculto nada, te cuento todo lo que me pasa. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿O es que no puedes contármelo? ¿Es un secreto político?

—No me pasa nada. Y no es nada de secretos políticos. ¿Has visto la revista? ¿Qué te parece?

Hablaron de la revista, de la repercusión del artículo sobre el libro de Hermes Resende, de las novedades de los círculos literarios y artísticos. Era una noche cálida, de verano. Pasaban parejas del brazo. Cerca de ellos, en la amurada, dos novios se besaban. Manuela sonrió al verles tan entregados a su beso como si no existieran ni los transeúntes ni la luz eléctrica. Marcos, no obstante, estaba otra vez silencioso. Llegaron así a la puerta de la pensión.

—No sé lo que te pasa hoy. Nunca te he visto así... —comentó otra vez Manuela.

—No tengo nada; es la revista que me preocupa. Estamos preparando el número cuatro. Tenemos un reportaje sensacional: sobre los caboclos que viven a orillas del Rio Salgado. Van a ser expulsados de sus tierras, tierras que ellos roturaron y que vienen cultivando desde hace años y años. La justicia de Mato Grosso ha fallado en un proceso sobre la propiedad de estas tierras, y dice que pertenecen a la empresa de Costa Vale. Van a expulsar a los caboclos. Un periodista que estuvo allá, Josino Ramos, tú no lo conoces, anduvo haciendo fotografías y recogiendo información. Es un reportaje que le va a escocer a Costa Vale y a los norteamericanos... No sé si van a dejar que siga la revista después de esto... Es algo terrible la vida de esos caboclos. No puedes ni imaginártelo...

—Hay tantas cosas tristes en el mundo... —comentó Manuela—. No sé por qué es así, todo es tan difícil...

—Todo es tan difícil... —repitió Marcos.

Manuela le cogió la mano:

—Estamos melancólicos hoy... Mañana estaremos mejor...

—Mañana me vuelvo a São Paulo, en el avión de las siete...

—¿Que te vuelves mañana por la mañana? ¡Pero si apenas has llegado! Creí que pasarías la Navidad conmigo...

—Sólo he venido para... —iba a decir «para verte», pero se contuvo— para un negocio rápido, y lo he resuelto ya... Tengo mucho trabajo en São Paulo.

Ella le miraba con una interrogación en la mirada, casi ansiosa. Marcos desvió los

ojos, conteniéndose apenas. Aquel paseo a la orilla del mar, bajo la luna, había sido una difícil prueba: ¿Cómo contenerse y no hablarle de su amor? Desvió los ojos, y por eso no vio toda la ternura que se derramaba en los ojos azules de Manuela. El arquitecto tendía la mano:

—Hasta otra, Manuela.

—¿Hasta cuándo?

—No sé... Un día de éstos... Te escribiré.

Se fue con paso lento. Ella estuvo a punto de llamarle. La gran noche de Río, tibia y estrellada, cómplice de amores, parecía querer lanzarles uno a los brazos del otro. Desde la esquina, Marcos se volvió. Manuela le lanzó un prolongado adiós. Él estuvo un instante parado. Luego siguió andando. Manuela bajó la cabeza y sus ojos se humedecieron. ¿Qué le pasaría a Marcos? ¿Por qué estaba así, tan extraño, esta noche? Tan extraño que, en cierto momento, ella había llegado a pensar... ¡Pero, no! ¡No era posible! De él no podía esperar nada más que aquella sincera amistad, aquel cariño fraternal. Era una mujer con un pasado triste, ¿cómo esperar que él pudiera amarla algún día? La ayudaba, tenía un corazón de oro, era la bondad personificada... Pero esperar que la amase, ¡ah! era un sueño más irrealizable aún que el de montar un día una compañía de ballet. Todo se frustraba para ella, así había sido siempre hasta entonces: frustrado aquel loco amor delirante por Paulo que había terminado en el cieno y en el dolor, frustrado aquel hijo tan esperado, frustrada su carrera en el teatro, y ahora, cuando el verdadero amor, nacido de una comprensión total, volvía a animarle, era un amor imposible, un sueño irrealizable. Pasaría solitaria aquellas Navidades, la noche de Año Nuevo. No le tendría a su lado como había pensado. Sola, abandonada a sí misma...

Y, sobre todo, debía evitar de todas maneras que Marcos descubriera el carácter y la intensidad de sus verdaderos sentimientos por él, aquel amor ardiente que le llenaba el corazón. Él la quería como un amigo, y ella debía aparecer ante él como la mejor de las amigas. ¿Cuándo había empezado a amarle? Ella misma no lo sabía, pero esta noche, cuando venía hacia Flamengo, cogida de su brazo, sintiéndole silencioso a su lado, sufriendo sin que ella supiera la causa, había comprendido todo cuanto Marcos significaba para ella. Era su amor definitivo. No la loca pasión sentida por Paulo, hecha de ilusiones y de engaños. Era un amor nacido del sufrimiento, dulce como un bálsamo, como ciertas viejas canciones de cuna... Pero debía esconderlo dentro del pecho, sofocando los gritos de su corazón pleno y ávido de amor.

La comendadora da Torre se levantó ágilmente de la silla, extendió sus flacas manos de anciana hacia Marcos, mirándole con sus ojitos bulliciosos:

—Quien está vivo, acaba siempre por aparecer... Yo estaba ya dispuesta a pedirle a la policía que se pusiera a buscarte. Hace quince días que no hago más que llamar a

tu despacho.

Estaba cada vez más vieja y, no obstante, conservaba aquel aire juvenil en los ojos y en los gestos. Parecía un macaco: pequeña, llena de arrugas y de joyas, con su aire entre mandón y jovial. Marcos se disculpaba: cuando le llamó por primera vez, estaba en Río; luego anduvo cargado de trabajo, nunca se había visto con tanto trabajo acumulado, proyectos y planos por entregar antes de Navidad y Año Nuevo. Por eso no había podido venir. Le había sido imposible.

La verdad es que había hecho todo lo posible para no ir a aquella entrevista. Sabía el motivo por el que le llamaba la comendadora: estaba señalada para finales de enero la boda de Paulo y Rosinha, y la vieja quería que se encargara de la decoración de su palacete para la gran fiesta. Marcos había trabajado mucho para la comendadora. Para ella había construido calles enteras de casas, pero no quería, de ningún modo, mezclarse con nada que sonara a Paulo Carneiro da Rocha: le parecía una ofensa a Manuela. Ya antes se había negado a participar en la «fiestecita íntima», una cena de amigos, ofrecida por Paulo a sus amigos, organizada por Bertinho Soares y Shopel, y que terminó en un ruidoso escándalo en un cabaret: Paulo, borracho como una cuba, empezó a romper botellas, mesas y sillas como de costumbre. El escándalo no había tenido repercusión en los periódicos, naturalmente, pero se comentaba en todas las conversaciones. Con aquel escándalo, Paulo había inaugurado lo que el poeta Shopel llamaba «el mes de alegre despedida de soltero», una serie de cenas, juergas, bacanales, en las que participaban políticos, escritores y artistas. En la alta sociedad no se hablaba de otra cosa. Consideraban aquello como una ocurrencia graciosísima.

Había intentado no ver a la comendadora, pero le había sido imposible. La vieja había insistido tanto que acabó por aceptar aquella cena, a la que iría también Costa Vale, pues también el banquero quería discutir con él sobre unos planes de construcción. Ahora Marcos le veía, en el fondo de la sala, mientras la comendadora hablaba:

—No acepto disculpas... ¿O es que quieres que aplace la boda de Rosinha?

—¿Aplazar la boda? ¿Por qué? ¿En qué puedo yo dificultar la boda de Rosinha?

—No te hagas el tonto. ¿Y la decoración de la casa?

Costa Vale se adelantó hacia el arquitecto:

—¿Cómo va eso, Marcos? Nadie le ve últimamente...

Pasaron al salón, donde les esperaban Rosinha y su hermana. Ante las muchachas, la conversación se centró en temas sin interés, y así continuó durante la cena, tras la que las dos hermanas salieron para asistir al espectáculo de Los Ángeles. La compañía de Bertinho Soares triunfaba en São Paulo. De nuevo en la sala, empezaron a hablar de arquitectura. La vieja quería que Marcos hiciera un proyecto de decoración del palacete y de los jardines para las fiestas del casamiento: entre Bertinho Soares, Shopel, Marieta y Paulo habían pensado transformar aquello en una especie de escenario de Las Mil y Una Noches, y Marcos debía encargarse de la realización del proyecto.

—Rosinha está encantada con la idea, y todos confiamos en ti.

La vieja daba detalles sobre los preparativos de la fiesta. Nunca se había visto cosa igual en Brasil: el jefe de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores vendría personalmente a dirigir la ceremonia nupcial y el gran baile. Todos los invitados recibirían un espléndido regalo, habían sido contratados los mejores cocineros, las grandes casas de modas de París trabajaban día y noche para vestir a la novia, a su hermana y a las invitadas. Vendrían invitados de Europa, gente de la aristocracia italiana; estarían presentes los herederos de la corona imperial de Brasil, sin hablar ya de la presencia de conocidas figuras de la gran sociedad de Argentina y Uruguay y de la prometida asistencia del presidente de la República con todo su gabinete. Esta fiesta iba a demostrar el poderío de la industria paulista, era un símbolo de la alianza de los nuevos industriales con las viejas familias del Imperio, dueñas de la tierra donde crecían los cafetales. La comendadora iba contando todo aquello con una voz un poco irónica, como diciéndole al arquitecto: «Ríete si quieres, pero somos realmente fuertes y poderosos». Pero Marcos no se reía: escuchaba en silencio la enumeración de los vinos llegados de Francia, de España, de Italia, de Portugal, en cantidades y calidades increíbles. La comendadora resumía la opulencia de la fiesta:

—Es como si el mundo entero viniera a ver la felicidad de esos dos pequeños.

Costa Vale sonrió:

—Va a gastar usted muchos millones en esa fiesta. Yo no tengo nada en contra de las fiestas, pero...

—¡Vaya! —interrumpió la comendadora—. Pues mira tú: hubo un tiempo en que yo no tenía nada; era pobre como Job. Y a veces me entran ganas de vengarme del tiempo en que era pobre. ¿No te pasa a ti? Quiero una fiesta como jamás se haya visto aquí...

Marcos se disculpaba una vez más: no era decorador, no tenía gracia para esas cosas. Era un arquitecto, constructor de rascacielos, de grandes bloques de cemento armado. Eso sí lo sabía hacer, había construido más de un edificio para la comendadora. Pero transformar una casa y unos jardines en un paisaje de cuento de hadas, de eso no podía encargarse. Para el brillo de la fiesta, realmente la comendadora debía buscar a otra persona, había especialistas muy competentes: y citaba nombres. La vieja respondió con voz dominadora:

—Quiero que en esta fiesta todo sea de lo mejor que existe. Que trabajen para ella los profesionales más competentes: los mejores modistas, los mejores cocineros, el arquitecto más célebre. Y el más célebre eres tú. Manda a quien quieras para hacer la decoración, a condición de que figure tu nombre como responsable... Por otra parte, he dicho ya en los periódicos, y lo van a publicar un día de éstos, que la decoración estaba a tu cargo.

Marcos se sentía irritado. ¿Con qué derecho la vieja millonaria le trataba como si fuera su patrón, como trataba a sus costureras, a sus cocineros?

—Pues no debió haberlo hecho, comendadora, porque le repito que no soy

decorador y no voy a encargarme del trabajo. En cuanto a prestar mi nombre a un trabajo realizado por otro, eso tampoco lo hago... Perdona, pero es mi última palabra: no puedo aceptar este encargo.

Vio la cólera dibujarse en la cara rugosa de la vieja. También Costa Vale la vio, e intervino:

—Es una tontería. Es una cosa sin importancia —con un gesto imperioso contuvo a la comendadora, a punto de estallar—. La comendadora es caprichosa, quiere que la fiesta de la boda de su sobrina sea el máximo posible de elegancia, y tiene razón. Su insistencia para que usted se encargue del trabajo, es incluso un elogio, Marcos. Pero por otro lado, comprendo sus razones. Usted no es un decorador, es un arquitecto. Tiene razón, comendadora —hablaba ahora para la millonaria, como exigiéndole que conservara la calma, que no rompiera con Marcos—. Usted, queriendo elogiarle, acabó por ofenderle. Y nosotros tenemos que tratar con Marcos asuntos más serios que la decoración de la fiesta de Rosinha. Deje eso a Bertinho Soares y a Marieta. Que decidan ellos...

La comendadora se controlaba. Logró incluso sonreír:

—Bueno, si tú no quieres encargarte, paciencia.

Costa Vale iba en busca de la cartera, sacó papeles y mapas, los colocó encima de una mesa, se sentó, extendió las piernas, se pasó la mano por la calva, dijo con voz tranquila:

—Vamos ahora a las cosas serias... He visto su revista. Es interesante. Incluso muy interesante.

Principalmente el último número, con ese reportaje sobre los caboclos del Valle de Rio Salgado. Lo hizo un redactor de *A Noticia*, ¿no?

—Exredactor. Le echaron del periódico por hacer ese reportaje. ¿No lo sabía?

—¿Yo? ¿Y por qué había de saberlo? ¿Qué tengo que ver yo con *A Noticia*?

Se quedó un momento callado, como esperando una respuesta a sus preguntas. Miró largamente a Marcos. Después, como si tomara una resolución:

—Bueno, ¿y si realmente lo supiera? Al fin y al cabo ese muchacho fue al Valle enviado por el periódico para acompañar a los técnicos. Tenía una misión muy concreta. Luego, abusó de la confianza depositada en él y escribió contra quienes pagaron su viaje...

—Para escribir la verdad.

—Marcos, vamos a hablar en serio. Para eso le he mandado llamar. Usted ha trabajado para mí y yo estimo, admiro su talento. Lo que usted piense, las ideas que tenga, es algo que no me interesa. Es asunto suyo. Usted ha publicado un reportaje sobre los caboclos diciendo sapos y culebras contra la empresa. Si yo quisiera, su revista estaría ya cerrada. Y le digo más: si no la cerraron fue porque yo lo impedí. En vez de cerrar la revista, prefiero convencerle de que soy yo quien tiene razón. Sí, desde luego, hay media docena de caboclos en el valle, media docena de fugitivos de la policía que ocupan tierras que legalmente no son suyas —con un gesto evitó la

interrupción de Marcos—. Espere. ¿Pueden hacer esos mestizos algo útil para el país? No. ¿Qué es lo que vamos nosotros a hacer allí? Vamos a establecer colonos japoneses, vamos a transformar unas tierras incultas en grandes plantaciones de arroz. Donde hoy existen chozas de adobe, quiero levantar casas-modelo para los colonos. Lo que yo quiero es el progreso, la civilización. Usted va a decir que con eso yo gano dinero, que la comendadora gana dinero. Es verdad: ganamos dinero. ¿Y no es justo que lo ganemos, si nosotros empleamos nuestro capital para civilizar aquel pedazo de selva?

—A costa de las plantaciones de los caboclos...

—No me venga con sentimentalismos... Mire aquí... —abrió un mapa de la región, señaló con el dedo. Lo que quiero de usted es un estudio sobre las construcciones necesarias en el valle: casas para los colonos en toda esta faja del río, y aquí, donde se encuentra el centro de trabajo de la compañía, los edificios que la empresa necesita. Es un trabajo de millones, un contrato muy superior a cualquier otro que usted haya tenido.

«Me han llamado para comprarme», pensó Marcos. Costa Vale detallaba ahora sus proyectos: número de casas para los colonos, número de pisos para los edificios de la empresa, viviendas para los obreros.

—Aquí va a nacer una ciudad... ¿No vale esto más que sus caboclos? Yo podía haber hecho cerrar su revista, pero en vez de eso prefiero convencerle para que colabore en mi obra, en nuestra obra... —señalaba a la comendadora—. Sé que es un trabajo que va a apasionarle...

«Si acepta la propuesta de Costa Vale —y cómo no va aceptarla, si representa una fortuna; sólo un loco la rechazaría— aceptará también el encargo de decorar la casa y los jardines para la fiesta», pensaba la comendadora. «Les molesta la revista. Quieren comprarme», pensaba Marcos. Y ahora ya ni siquiera se sentía irritado.

Una vez, cuando la huelga de Santos, se había sentido presa de una crisis: por un lado sus ideas, sus simpatías, sus sueños de un mundo sin miserias y sin injusticias; por el otro, todas sus relaciones con los enemigos de esas ideas, su trabajo profesional para ellos. Pero hoy, cuando el banquero y la industrial le ofrecían un gran contrato, se sentía más fuerte que ellos: la revista era algo concreto y útil. Ahora él comprendía toda la significación de la frase del camarada João cuando le habló de las fuerzas en aumento que ellos representaban.

—No, nada de eso vale para mí lo que los caboclos del valle. Y le voy a decir una cosa que tal vez le parezca increíble: soy tan incapaz de realizar esos planos para esas casas de colonos y esos edificios de la empresa, como de hacer la decoración para la fiesta de la boda de Rosinha. Y por la misma razón: ambas cosas reposan sobre la miseria de millares de personas. Yo haría con gusto los planos de las casas donde fueran a vivir los caboclos del valle, casas que sustituyeran a sus chozas actuales, si tuviéramos un gobierno que se preocupara por ellos. Pero para su empresa, que ni siquiera es sólo suya, que es más de los norteamericanos que suya... no, no

construyo, aunque me den todo el dinero del mundo.

—¡Es increíble! —vociferó la comendadora—. Tiene el valor de venir a hacer propaganda comunista a mi casa...

—Yo no le pedí que me hiciera venir... —Y Marcos se levantó.

—Calma —dijo Costa Vale con voz fría—. Calma, comendadora. Marcos, por favor, no se vaya aún. Si usted quiere ponerse al lado de los caboclos contra nosotros, no se lo puedo impedir. Lo siento, porque es usted un gran arquitecto. Pero, cuidado. Puede arrepentirse...

—No suelo arrepentirme.

Costa Vale le tendió la mano:

—No somos enemigos, somos sólo adversarios. Veremos con el tiempo quién tenía razón.

La llegada de Marieta Vale, entregada por entero a los preparativos de la fiesta, facilitó los momentos finales de la entrevista. Marcos aprovechó la oportunidad para marcharse. La comendadora le dijo aún:

—¿Es realmente su última palabra?

La mirada fría de Costa Vale le acompañó. Cuando el arquitecto desapareció en la puerta de la calle, el banquero dijo:

—Voy a organizar un boicot contra su despacho. Cuando empiece a perder contratos ya bajará la cabeza y mandará al infierno a los caboclos y a los comunistas. Hay que empezar a enseñar a esta gente.

La comendadora asentía:

—Ganan nuestro dinero y se vuelven contra nosotros. Es el fin del mundo... ¿A quién voy a encargar ahora la decoración?

Los periódicos fueron unánimes en afirmar que la decoración del palacete de la comendadora, transformado en un paisaje de cuento de hadas, era algo que sólo viéndolo podía uno hacerse la idea. Fiesta como aquélla no había habido jamás en Brasil: los reportajes llenaban las revistas ilustradas, que eran leídas ávidamente en las casas pequeño-burguesas. Como regalo, habían ofrecido una joya a cada señora, y un caro recuerdo a cada caballero. El retrato de la novia, con su vestido parisién, aparecía en las primeras páginas de revistas y diarios, y las muchachas románticas suspiraban ante las fotografías de Paulo Carneiro da Rocha, vestido de frac, el rostro pálido, ante el altar. El propio cardenal había oficiado el casamiento. Centenares de invitados, la más alta sociedad de Río, de São Paulo, de Buenos Aires, la familia imperial, un exmonarca europeo de paso por Brasil. Una revista publicaba la lista y fotografías de los regalos recibidos por los recién casados: la casa de Gávea, ofrecida por la comendadora, un automóvil, recuerdo de los Costa Vale, joyas, servicios de plata y de cristal, una relación infinita.

Marieta Vale aparecía en muchas de aquellas fotos, incluso en aquéllas en las que se veía a los recién casados en el momento de tomar el avión para Buenos Aires. Los periódicos se referían a su vestido, a su gracia, a su belleza cada vez más juvenil.

Cuando, tras el acto religioso, ella abrazaba a Paulo, le murmuró al oído:

—Si tuviera veinte años menos, sería yo quien me casaba contigo...

—Tú eres la más joven de todas... —respondió él, al mismo tiempo que comprobaba los primeros síntomas de vejez en los ojos de la amante.

—No estés mucho tiempo en Buenos Aires. Te espero.

Marieta estaba contenta. Paulo había dejado de hablar de su nombramiento para París, la boda iba a obligarle a hacer una vida más normal, a ser aún más suyo que antes.

También Artur Carneiro Macedo da Rocha estaba contento: aquella boda le liberaba de cualquier preocupación en cuanto al futuro del hijo. Ya ninguna barrera podía oponerse a que Paulo ocupara los más altos cargos en la diplomacia, sin hablar de los millones de la dote de Rosinha. La comendadora estaba contenta: había comprado para su sobrina un marido de la mejor familia de la aristocracia paulista, y cualquier día casaría a la otra en las mismas condiciones. Ésa era su ambición, y la estaba realizando. Aquel casamiento, en torno al cual tanto se había escrito, tantas crónicas que transformaban a los novios en personajes de novela sentimental o de película norteamericana, parecían haber conseguido desviar la atención del país de las dificultades internacionales y de los problemas internos. De creer las noticias de la prensa, todo el mundo se interesaba sólo por aquel muchacho y aquella chica que se casaban. Una revista de gran tirada publicaba en folletón la historia del «amor romántico» de Paulo y Rosinha como ejemplo para todos los jóvenes. Empezaba así: «Se conocieron en un atardecer de luz rosada, y ya al mirarse comprendieron que

habían nacido el uno para el otro. Fue un auténtico flechazo...».

Sólo Eusebio Lima, sentado en su gabinete del Ministerio del Trabajo, no parecía satisfecho con las resonancias de la boda, y afirmaba, señalando a Lucas Puccini y a Shopel las páginas del folletín:

—Os lo aseguro. Es un escándalo, un verdadero escándalo.

—Pero ¿por qué? —preguntaba el poeta, que pensaba que era sólo un enfado pasajero de Lima por no haber sido invitado a la fiesta.

—¿Por qué? Lo digo porque lo sé, Shopel, y tú, que eres un hombre inteligente, vas a darme la razón: ¿Por qué esa publicidad inmensa, ese tirar dinero a manos llenas en una boda, y encima proclamarlo a gritos, para que se entere todo el mundo? No se habla de otra cosa. Es como si ya no hubiera guerra en España, como si Hitler nunca hubiera existido, como si la guerra no estuviera ahí a la puerta. Y no es sólo eso... —bajaba la voz. Con el país en la situación en que está, con la gente muriéndose de hambre en los arrabales... ¿Por qué azuzar el odio de esta manera?

—Tienes razón —apoyó Lucas—. He oído comentarios terribles en la calle...

—¿Comentarios? Eso no es nada... —Abrió el cajón de su mesa de trabajo, sacó unas octavillas impresas—. Leed eso. Material de los comunistas sobre la boda. Hay montones en todas las fábricas, en los suburbios...

Extendió las hojas sobre la mesa. Panfletos terribles de cólera y de acusación. Shopel y Lucas se inclinaron a leerlos. Eusebio cogió uno de los papeles y se lo tendió a Shopel:

—Lee, Shopel, también hablan de ti. Hace días estuve en una reunión del sindicato, del nuestro desde luego, del controlado por nosotros, el secretario es un chico de la policía. Pues bien: allí mismo un obrero habló de la boda, de la fiesta, de las noticias de la prensa. Había hecho un cálculo: con lo que la comendadora se gastó en esa fiesta, podría haber alimentado a los obreros de sus fábricas no sé cuántos meses, podría haber vestido a no sé cuántas personas... En fin, cálculos bien hechos, algo impresionante. No puedes ni imaginarte la impresión que causó allí...

Shopel encontró en la hojita el párrafo dedicado a él: «Gordo como un cerdo, alimentado con los restos de las mesas ricas, enriquecido con la sangre del pueblo, comía como cuatro y bebía como ocho en la bacanal...». Los colores desaparecieron de su rostro mulato, pálido de miedo, casi tembloroso, tartamudeaba:

—Yo... pero si hasta estaba enfermo... casi no pude probar bocado...

Aquellas octavillas ilegales tenían el poder de aterrorizarle: un día aquellos comunistas podían llegar al poder...

Eusebio completó:

—Hizo muy bien el Dr. Getúlio en no ir allá. La comendadora movió Roma con Santiago para que fuera, pero él sabe muy bien lo que hace...

Lucas Puccini cruzó las piernas, habló con autoridad:

—Esa gente vive fuera del tiempo. Son unos retrógrados, creen que están aún en la época de los esclavos negros. No ven que el mundo es otro, que hay que tener en

cuenta a los obreros. Si no se les da algo, lo cogerán todo. Mirad lo que yo hago: en mi fábrica yo soy como un trabajador. Me mezclo con ellos, los trato como si fuera uno de ellos, atiando siempre algo de lo que me piden. Ahora mismo voy a montar un restaurante junto a la fábrica. Comidas baratas. En vez de poner a los obreros contra mí, los convierto en mis admiradores... Y no por eso dejo de ganar dinero...

Hablaba de su dinero con cierto orgullo: la fortuna le sonreía, sus negocios se multiplicaban. Eusebio, ahora en segundo plano ante su antiguo protegido, apoyaba:

—Así es como hay que hacer. Ésa es la política del Dr. Getúlio: ahí están las leyes del trabajo. Esa gente como la comendadora, hay que ver la que armaron cuando se promulgaron las leyes laborales. Ni que el mundo se viniera abajo. No sabían ver que de esta manera defendíamos su propio dinero. No son sólo unos retrógrados, Lucas, son unos ingratos...

En el fondo no perdonaba que no le hubieran invitado a la boda.

Y continuaba, volviéndose hacia Shopel:

—Ya nos cuesta bastante trabajo, aquí, en el Ministerio, impedir que los comunistas controlen los sindicatos, que armen huelgas en las fábricas. Aquí y en la policía. Y ahora viene esa gente pasándonos por los morros el dinero que se gasta en una fiesta. Es dárselo todo hecho a los comunistas...

—Por mi parte, no ando exhibiendo mi riqueza a la cara de los obreros —dijo Lucas—. Al contrario. Creen que me estoy llenando de deudas para no tener que cerrar la fábrica y no dejarles en la calle... —se rió—. Ésa es mi táctica: soy una víctima como ellos, también yo deseo el socialismo. Y os digo una cosa: si aún existieran partidos políticos, yo iba a fundar un partido socialista...

Se levantó, las manos en los bolsillos del elegante pantalón; se detuvo ante Shopel:

—Mira, poeta, esa aristocracia paulista ya no tiene nada que hacer, está acabada. Lo mejor que podrían hacer es cedernos su sitio. A nosotros, a la gente nueva, a los hombres de nuestro tiempo, el tiempo de Hitler y del nacionalsocialismo. Ellos no entienden nada de nada, lo único que saben es echarlo todo a perder. Están «carcomidos» como dice el Dr. Getúlio. Ésa es la verdad.

Shopel había empezado por tomarse la cosa a broma. Mientras Eusebio Lima clamaba contra la publicidad de la fiesta, el poeta pensaba: «Está furioso porque no le invitaron a la boda, porque no le admiten ante la alta sociedad». Y cuando Lucas Puccini protestaba de los métodos de los industriales paulistas, Shopel se decía a sí mismo: «No traga lo de que Paulo se haya acostado con su hermana. Es sólo eso lo que le hace hablar así».

Pero cuando Eusebio le puso en la mano la octavilla comunista y leyó su nombre mezclado con los de Costa Vale, la comendadora, Paulo, mister Carlton, señalado como enemigo del pueblo, motejado de «cerdo preñado», Shopel empezó a considerar los hechos de otro modo: «No dejan de tener razón. Todo eso despierta la cólera del pueblo. Y los comunistas se aprovechan».

Su voz salía amedrentada, en una queja llena de amargura:

—¡Y yo que creía que esos comunistas estaban liquidados para siempre...! ¿Pero es que no hay manera de acabar con ellos?

«ES NECESARIO ACABAR CON LOS COMUNISTAS», éstos eran los titulares de un periódico de la tarde, relatando los incidentes ocurridos en la fábrica de tejidos de la comendadora da Torre en los días siguientes a la boda de Paulo y Rosinha. La comendadora, deseosa, según había anunciado a sus amistades, de que todos participaran en la alegría del suceso, había adquirido una partida de macarrones para distribuirla entre sus obreros.

Habían pasado ya quince días desde el casamiento, y en las fábricas de la comendadora no se hablaba más que de la fiesta, del dineral gastado, de las joyas ofrecidas a los invitados, de los whiskies y el champán corriendo como agua. Entre los obreros circulaban panfletos comunistas. Uno de ellos estaba ilustrado con dos fotografías: en una la casa miserable de un obrero; en la puerta, unos niños subalimentados, vestidos de andrajos; en la otra, el palacete de la comendadora engalanado para la fiesta, los invitados de gala, las mujeres cubiertas de joyas. Un contraste que despertaba agrios comentarios entre los obreros. La mujeres —y una gran parte de los trabajadores eran mujeres— se sentían aún más indignadas: en casa estaban los hijos llorando de hambre. «No es champán lo que beben, es sangre de los obreros», decían los panfletos y, junto a las máquinas, los trabajadores asentían en silencio con un movimiento de cabeza.

Fue entonces cuando Shopel, alarmado con los argumentos de Lucas y Eusebio, y de vuelta ya en São Paulo, aconsejó a la comendadora que hiciera algo por los obreros, algo que les diera la ilusión de haber participado también en la fiesta de la boda. Repitió algunas frases de Lucas y de Eusebio Lima como si fueran suyas, y habló de las octavillas comunistas. Costa Vale, en cuyo despacho conversaban, aprobó la argumentación de Shopel:

—Shopel tiene razón. Se ha armado demasiado barullo en torno de esa fiesta.

Fue el propio Shopel quien dio la idea de los paquetes con medio kilo de macarrones. El poeta quería estar a bien con todo el mundo, y hacía ya tiempo que pensaba en la manera de hacerle un favor a Lucas Puccini: el muchacho iba para arriba, tenía ya prestigio, ganaba dinero, era de los íntimos del palacio presidencial ¿quién sabe si mañana no podría serle útil? Aquel mismo día, cuando había hablado despectivamente de la «aristocracia paulista», Lucas le había dicho que acababa de comprar la mayoría de las acciones de una gran fábrica de macarrones y otras pastas alimenticias en São Paulo. Shopel le llevó el encargo de la comendadora y Lucas se lo agradeció, prometiendo entregar toda la partida en saquitos de papel donde figuraría, impreso con letras de color rosa: «A NUESTROS BUENOS OPERARIOS, RECUERDO DE LA BODA DE PAULO Y ROSA DA TORRE CARNEIRO MACEDO DA ROCHA».

Días después, el poeta entró triunfante en casa de la comendadora. Marieta Vale, que leía a la vieja una carta de Paulo llegada aquella misma mañana, en la que el

muchacho le contaba las recepciones sin fin que en Buenos Aires habían ofrecido a la pareja, saludó a Shopel, llena de cordialidad:

—Una semana más, Shopel, y los tendremos aquí de vuelta...

Shopel exhibía un paquetito de macarrones, con su inscripción en letras color rosa:

—... y serán recibidos en triunfo por los obreros, saludados como benefactores...

El paquetito pasó de mano en mano. Susana Vieira aplaudió mientras daba unos grititos con su acento gangoso:

—Pero qué monada... Una cosa así hasta emociona, ya ves...

—Fue una idea de Shopel —elogió la comendadora—. Una buena idea. Nuestro poeta está resultando un político.

—Pero vaya gasto, ¿eh? Medio kilo, ¿no? ¿Y cuántos paquetitos de éstos vais a repartir?

Shopel dijo la cantidad —varios miles— y Susana estaba cada vez más impresionada:

—Un dineral ¿eh, comendadora? Eso sólo lo puede hacer usted, que es como una madre para ellos...

—Y qué quieres, hija mía... Una tiene que pensar también en los obreros. Al fin dependen de nosotros...

—Un dineral... Pero es un gesto bonito, desde luego —se admiraba Susana.

Shopel dijo que ya había hecho fotografiar para la prensa las montañas de paquetes de macarrones apilados en la fábrica de Lucas, y había organizado todo, con la Transamérica y los periódicos, para que fueran reporteros y fotógrafos a las fábricas de la comendadora para dar fe de la distribución al día siguiente. En el fondo, decía, ante la publicidad que representaba, el dinero gastado en macarrones resultaba una buena inversión. El poeta era feliz con su idea. De esta manera se mostraba indispensable a aquella gente, sin hablar ya de la gratitud de Lucas Puccini (traducida en una comisión del diez por ciento sobre el precio de venta, «para los puros del poeta», había dicho Lucas al darle el cheque).

—Lloverán bendiciones sobre la venerable cabeza de la comendadora —concluyó Shopel, untuoso.

No llovieron bendiciones. Los periodistas convocados por Shopel contaban luego, y las fotografías lo probaban, la reacción inesperada y violenta de los obreros cuando empezaron a ser distribuidos los paquetitos de medio kilo de macarrones, al finalizar la jornada. La distribución la hacían los empleados y empleadas de las oficinas; los fotógrafos habían tomado posiciones para tirar sus placas, los periodistas se disponían a recoger los testimonios de gratitud de los obreros y principalmente de las obreras, las palabras de alabanza a la comendadora. Fueron entregados los primeros paquetes. Primera fotografía, una rubia y bonita mecanógrafa tendiéndole el paquetito a una obrera avejentada, mulata, cuando se oyó una voz que gritaba:

—Esto es una tomadura de pelo...

Las empleadas que hacían la distribución se pararon sorprendidas. Pero el gerente les ordenó que continuaran. Un obrero se había subido a una mesita, y desde allí dominaba todo el taller:

—Después de haberse gastado millones en comida y bebida para llenarles la panza a los potentados, nos dan esa porquería. Están chupándonos la sangre y quieren...

Los fotógrafos aprestaban las máquinas. El obrero alzó la mano con un paquetito y se lo tiró a los periodistas y fotógrafos:

—¡Que se coman sus macarrones, y que nos paguen salarios suficientes para vivir! ¡No queremos limosnas!

Y, de súbito, los saquitos de macarrones empezaron a volar de un lado y otro, lanzados sobre las empleadas que los distribuían, sobre los periodistas, sobre el gerente. Los macarrones se desparramaban por el suelo y sobre las máquinas. El gerente se llevaba las manos a la cabeza.

La revuelta se propagó a los otros talleres donde también se había iniciado la distribución: los paquetes de macarrones se cruzaban en el aire y, en el almacén de tejidos, un retrato de la comendadora se convirtió en blanco predilecto. El gerente había conseguido huir a las oficinas y desde allí llamaba a la policía. Un obrero salió corriendo a gritos:

—¡Está llamando a la policía!

Como había terminado ya la jornada, todos huyeron a la carrera. En poco tiempo la fábrica quedó casi vacía, el suelo alfombrado de macarrones. Quedaban sólo los periodistas, los fotógrafos, los empleados de la oficina. Uno de los fotógrafos recogía paquetes intactos:

—Para hacer una macarronada el domingo...

El gerente les explicaba a los periodistas:

—Son ustedes testigos. Ya ven qué gente: unos desagradecidos. Con esa gente, sólo a palos. De nada sirve tratarles como a seres humanos...

Llegó la policía. Tres coches con inspectores bajo el mando de Miranda. Interrogó a los presentes.

—Las mujeres eran las peores —decía un periodista—. Aunque, la verdad, aquí entre nosotros, venirles ahora con medio kilo de macarrones a los obreros, después de haberse gastado tantos millones en la fiesta...

—Y sin avisarnos... —se quejó Miranda—. ¿Pero cómo se les ocurre hacer una cosa así sin avisar a la policía? Hubiéramos puesto aquí unos cuantos hombres y todo hubiera ido como una seda...

Miranda quería saber cómo había empezado el escándalo. Un fotógrafo tenía un cliché del obrero que había incitado a la masa. ¿Quién era el fotógrafo? Se presentó el hombre, un viejo reportero gráfico de un periódico. Había intentado hacer una foto, pero el obrero le tiró un saco de macarrones y se le cayó la máquina. No era verdad. Lo que quería era evitar el tener que darle la foto a la policía. El gerente, sin embargo,

identificó al agitador: un obrero de hilados. Hacía tiempo ya que le tenía el ojo encima por sus ideas extremistas. Se llamaba Maurílio. Había otros también, hombres y mujeres, bastante sospechosos. El gerente daba nombres.

—Mañana —dijo Miranda—, haremos una limpieza en la fábrica.

El poeta Shopel, al saber la noticia por un reportero de la Transamérica, en el despacho de Saquila, donde estaba discutiendo de poesía con el periodista, se quedó pálido:

—¡Qué horror! La comendadora se va a poner como una fiera. Hoy mismo me vuelvo a Río, antes de que me mande llamar...

Saquila se divertía:

—¿Y el artículo que ibas a hacer sobre «El gesto de la comendadora»? Shopel, tú eres un gran poeta, nuestro mayor poeta contemporáneo: pero de obreros y de la cuestión social no tienes ni idea. Vete a escribir un buen poema y deja a los stalinistas de mi cuenta...

Saquila estaba publicando, a través de la red de la Transamérica, una serie de artículos contra la Unión Soviética, en los que intentaba demostrar cómo «la revolución de los obreros había sido traicionada por los burócratas soviéticos». Aquellos artículos, en tono extremadamente izquierdista, aparecían en los grandes periódicos burgueses y obtenían sin dificultad el visto bueno de la censura del Departamento de Prensa y Propaganda.

En cuanto a César Guilherme Shopel, aquellos acontecimientos le inspiraron realmente un poema, publicado en grandes caracteres en una nueva revista luso-brasileña, lujosísima, editada en colaboración por el Ministerio de Propaganda de Portugal y el Departamento de Prensa de Brasil. Un poema donde Shopel se mostraba desesperado ante el egoísmo de los hombres, ante su frío materialismo:

*Dios mío, quiero renunciar al fausto,
a las mujeres, al sueño; no poseer nada,
ser sólo tu poeta humilde y solitario.*

El profesor Alcebíades de Moraes, de la Facultad de Medicina de Sao Paulo y director de las obras de saneamiento de Valle de Rio Salgado, no estaba satisfecho, y así se lo confesaba a Venancio Florival, en el avión en que iban de Cuiabá a São Paulo, en vísperas de Carnaval. En la soledad del valle, le decía al hacendado, había reflexionado largamente sobre los problemas brasileños, sobre la responsabilidad que pesaba sobre los hombres de la élite, los dirigentes de la vida política y económica del país. Y sus solitarias elucubraciones le llevaban a conclusiones melancólicas: más que nunca, el país se encontraba a la orilla del abismo, amenazado por terribles catástrofes.

—Pero, doctor... no sea exagerado... Eso de decir que Brasil está al borde del abismo es algo que vengo oyendo desde niño, y hasta hoy no hemos caído en él... Cuanto más, ahora, cuando tenemos un régimen fuerte, cuando las luchas políticas, que tanto daño nos causaban, han acabado...

El Dr. Alcebíades de Moraes movía la cabeza:

—¿Que han acabado? Nunca han sido tan violentas...

¿Es que no veía el peligro? Para el profesor era palpable: la arrogancia de los obreros jamás había sido tan grande. ¿Qué le decía de lo de los macarrones de la comendadora? Era suficientemente ilustrativo. Y hasta en el valle, en aquellas breñas, ¿no continuaban los caboclos ocupando las tierras que según decisión de la justicia pertenecían a la empresa?. ¿Cuándo se vio tal obstinación en unos caboclos que aún ayer eran esclavos? Y los trabajadores de las obras del valle habían constituido ya un sindicato y empezaban con exigencias, reclamando salarios doblados por las horas extra de servicio, ahora que la empresa había decidido apresurar los trabajos...

—Sí, esa historia de los caboclos es absurda. Ya se lo dije a Costa Vale: hay que echarles cuanto antes. Pero él tiene sus ideas...

—Ideas muy discutibles, señor Florival.

Y el profesor le abrió su alma, violentamente crítico, con unas críticas que jamás había tenido el valor de hacer al propio Costa Vale: se moría de miedo ante el banquero. Costa Vale era un gran hombre, le iba diciendo al exsenador; él, Alcebíades, era uno de sus más incondicionales admiradores. Pero su política actual podía causar serios perjuicios al país y, sin la menor duda, estaba reforzando a los comunistas. El hacendado se llevaba las manos a la cabeza:

—Pero cómo, doctor, cómo...

Claro que sí. Era la política de los norteamericanos, la política de Roosevelt, tal vez buena para los Estados Unidos, una nación grande y poderosa, no sería él quien negara ahora los méritos del gobierno y del Estado norteamericanos, pero peligrosa para Brasil. Bastaba ver cómo Costa Vale iba quedando rodeado de hombres sospechosos, y algunos de ellos más que sospechosos, como Hermes Resende y el tal Saquila, un comunista empedernido, que dirigía ahora la Transamérica en São Paulo.

En el fondo, estos hombres eran enemigos del Estado Novo, enemigos de la línea de la política internacional del gobierno, todos ellos eran conspiradores encubiertos.

El terrateniente defendió a Hermes Resende. Comunista, no era desde luego. Tenía sus ideas, socialistas, avanzadas. Pero se trataba de un buen chico, amigo de la buena mesa, inofensivo...

—¿Inofensivo? ¿No fue él quien calificó a Hitler de «fiera sangrienta»?

El profesor se exaltaba: si había un hombre capaz de salvar a la humanidad del peligro rojo, ese hombre era Hitler. ¿Y qué pasaba? Hombres responsables como Costa Vale financiaban editoriales, periódicos y agencias periodísticas para divulgar conceptos e ideas democráticas, en realidad comunistizantes. La editorial fundada por Shopel, y ahora en manos del banquero, que había empezado tan bien, publicando libros de Plinio Salgado, editaba ahora a filósofos norteamericanos e ingleses, cuyas ideas extremistas, subversivas, no podían escapar a quien leyera algunas páginas de sus libros. Él, el profesor Alcebíades, había leído algunos de aquellos libros durante su estancia en el valle: Wells, Bertrand Russell, Van Loon, Huxley, la pandilla de enemigos de los regímenes fuertes... Eso era trabajar contra ellos mismos, era poner el fusil en el pecho de los únicos hombres capaces de enfrentarse con los comunistas: los fascistas, los alemanes de Hitler y los italianos de Mussolini.

El profesor abría los brazos, trágico: los norteamericanos estaban causando un mal muy grande en Brasil, su influencia era terriblemente peligrosa.

—Pero, profesor... Son ellos los que tienen el dinero. Nosotros estamos atados por su dinero...

No, no era así. Dinero también tenían los alemanes, e intentaban emplear sus capitales en Brasil. Era un hecho absurdo, cuyas razones él no comprendía, continuar dependiendo de los Estados Unidos, cuando los alemanes estaban dispuestos a financiar la industrialización de Brasil, a transformarlo en una gran potencia. Los alemanes necesitaban un Brasil poderoso, rico, industrial, que pudiera hacer frente en el continente americano a los Estados Unidos. Cualquier patriota podía darse cuenta fácilmente de las ventajas de colaborar con los alemanes. Aparte de la garantía de rápida exterminación de los comunistas... ¡Ah! Él no comprendía cómo Costa Vale, que tenía en el bolsillo la concesión de las tierras de Valle de Rio Salgado, se la había ido a entregar a los yanquis, cuando tenía la posibilidad de tratar con los alemanes... El resultado estaba a la vista: una lucha sorda que favorecía a los comunistas, al dividir el gobierno, y que incluso llegaba a amenazarlo...

El hacendado Venancio Florival se rascaba la cabeza, de pelo canoso y revuelto: todo aquello era complicado. Desde luego, el profesor tenía parte de razón, pero Costa Vale no era ningún chiquillo, sabía lo que hacía... Si él prefería los norteamericanos a los alemanes, no lo haría sin haber sopesado antes todas las posibilidades, de eso sí que el Dr. Alcebíades podía estar seguro. Y en cuanto a aquella idea de que pudiera contribuir al fortalecimiento de los comunistas, era absurda. Venancio podía asegurarle que si los comunistas tenían un enemigo en

Brasil, ese enemigo era Costa Vale. ¿Quería una prueba? ¿Quién había intervenido ante el gobierno para impedir la persecución de Plinio Salgado y de los demás integralistas en ocasión del golpe de mayo de 1938? Había sido Costa Vale, preocupado por las ventajas que los comunistas podían obtener de la situación. En cuanto a él, Venancio Florival, estaba convencido de que tarde o temprano iba a llegar el momento en que todos se unirían, americanos y alemanes, Getúlio y Plinio Salgado, el jefe de la policía y el ministro de Educación, Hermes Resende y el profesor Alcebíades, en el momento en que Hitler ordenara a sus ejércitos la marcha contra Moscú... En aquel momento, ya vería el profesor cómo todos se darían la mano para contribuir a aplastar al comunismo. Y esa hora no iba a tardar, así Dios quisiera...

El avión estaba aterrizando, un taxi les dejó en la puerta del hotel donde Venancio se hospedaba. Era sábado de carnaval y pasaban las primeras máscaras; un aire de fiesta dominaba las calles; en las esquinas aparecían grupos con lanzaperfumes y serpentinas. El hacendado abrió la boca en una sonrisa:

—Olvide sus preocupaciones, doctor. Trate de desfogarse en estos días de carnaval, sáquese la espina del tiempo que pasó allá, hundido en el valle...

Desde dentro del taxi que iba a llevarle a su residencia, el profesor respondió casi ofendido:

—Condeno esta orgía colectiva que llaman carnaval. No participo en ella. Tengo mis principios, señor Florival...

Venancio transformó su sonrisa en una estrepitosa e insolente carcajada:

—Pues hace mal, doctor. Echar una cana al aire de vez en cuando, no hace daño a nadie. Por mi parte, voy a acabar la noche en el Bola Azul con Mercedes, una española que vale su peso en oro... Voy a sacar el cuerpo del mal año, doctor...

Casi a la misma hora, José y Marieta Costa Vale descendían de otro avión en Río de Janeiro. Los Costa Vale pasaban siempre el carnaval en Río. No había comparación posible entre el carnaval de la capital federal y el carnaval de São Paulo. El carnaval era, ante todo, una fiesta carioca, de Río, y para Marieta significaba pasar aquellos cuatro días con Paulo, en los salones más elegantes, bailando con él, bebiendo champán, haciendo todas las locuras, embriagándose con éter... estaba nerviosa, a la expectativa de aquellos días, y daba prisa a los maleteros que llevaban el equipaje al automóvil.

Apenas había visto a Paulo desde su regreso de Buenos Aires. Los recién casados habían pasado unos días en Sao Paulo, con la comendadora, y Marieta sólo pudo ver a solas a Paulo una vez, en una tarde terriblemente calurosa, tras una larga y bien regada comida. Ella estaba ansiosa de caricias, él fatigado, pesado por el almuerzo y por el vino, somnoliento. Muy gentil, desde luego, repitiéndole juramentos de amor, hablándole de su añoranza, pero dando cabezadas de sueño, evitando los bostezos con dificultad. Había querido hacerle hablar de sus planes para el futuro, pero el muchacho se había mostrado reticente, trataba de evitar la conversación, y al fin se quedó dormido. Marieta le abandonó furiosa en el cuarto del hotel, y se encerró a llorar en casa. Paulo apareció por la noche, para pedirle disculpas. La casa estaba llena de gente y apenas pudieron hablar unos minutos, en el jardín, cuando él se disculpó y ella fue feliz al perdonarle. Después, Paulo y Rosinha se fueron a Río, acompañados de la comendadora, incapaz de soportar en São Paulo los comentarios sobre «el caso de los macarrones». Desde Río, Paulo le había escrito una carta, donde explicaba una vez más su fatiga en aquel desdichado día y le renovaba sus juramentos de amor. Una carta muy tierna, apasionada, llena de palabras cariñosas, diferente a sus cartas normales, limitadas casi siempre a ácidos comentarios sobre la vida de los otros, irónicas y poco sentimentales. Marieta lo atribuyó al enfado anterior, y le llamó para decirle que ya le había perdonado y que jamás le había amado tanto. Tuvo la impresión de que él la escuchaba nervioso, pero pronto olvidó aquel detalle, preocupada con los vestidos que se estaba haciendo para el carnaval.

Ahora iba a verse compensada de aquella larga ausencia de Paulo. En Río, sin las obligaciones de una casa tan frecuentada como la de Costa Vale, se iban a multiplicar las oportunidades de encontrarse a solas con Paulo. Marieta tenía sus planes perfectamente madurados: convencer al muchacho —y en este sentido ya había sondeado a la comendadora— para que abandonara el Ministerio de Asuntos Exteriores y se dedicara por entero a las fábricas de la suegra. Esperaba convencerle, esperaba encontrar en la comendadora y en Rosinha dos buenas aliadas. Le preguntaría: ¿qué era más seguro para él, continuar en la diplomacia, dependiendo de los vaivenes de la vida política, o ir sustituyendo poco a poco a la comendadora al frente de sus empresas?

Se encontraron por la noche, en el baile del Casino. Marieta llevaba un disfraz de María Antonieta que realzaba su perfil de gran dama. Pero la pobre Rosinha jamás aprendería a vestirse: hasta los vestidos más caros le sentaban mal, y ella, sentada al lado de Paulo, callada y torpe, parecía una muchachita del suburbio caída allí por casualidad más que la esposa multimillonaria de aquel joven elegantísimo. Marieta sonrió ante aquel contraste. Rosinha no contaba siquiera en sus cálculos. La utilizaba. Nada más.

Grupos de disfrazados separaban a las dos parejas. Costa Vale se abrió paso hacia la mesa donde estaba Paulo con su esposa, en compañía de Shopel. Marieta sonreía. La falta de elegancia de Rosinha era un espectáculo que valía la pena. Shopel fue el primero en verles. Se levantó y se adelantó hacia Marieta:

—Majestad, permita que el más humilde de sus súbditos bese su mano...

Paulo y Rosinha se volvieron al oír las palabras del poeta. Y, antes incluso que cualquier saludo, Rosinha palmoteando de contenta, le contó a Marieta:

—¿Sabes ya la noticia? No, no la debes de saber aún. Sale mañana en el *Boletín Oficial*. Aún es un secreto...

—¿Qué noticia? —preguntó Marieta palideciendo.

—Paulo ha sido nombrado para París... Saldremos dentro de quince días...

—Enhorabuena, bribón... —dijo Costa Vale—. París vale la pena...

—Fue el mejor regalo de boda... —comentó Rosinha.

La orquesta tocaba una samba. Marieta articuló con dificultad:

—¿Vamos a bailar, Shopel?

Salió en los brazos gordos del poeta, en cuya frente brillaba el sudor. Estuvo en silencio unos momentos. Marieta danzaba maquinalmente, sin responder siquiera a los saludos de innumerables conocidos y amigos. Después, dijo:

—¿Sabías tú algo de ese viaje?

—¿Y por qué diablos voy a estar siempre metido en el desenlace de los amores de Paulo? Él se divierte, y soy yo quien tiene que cargar con las escenas de lágrimas...

—Yo acabo de enterarme...

Hubo de nuevo un prolongado silencio. De pronto, Marieta dijo:

—Creo que yo también voy a ir a París. Hace ya casi dos años que no voy a Europa.

—Ah, si yo pudiera ir también! —dijo el poeta—. Tomar un baño de civilización en las orillas ilustres del Sena...

—Lo difícil para mí —explicó Marieta, con voz ahora casi normal, una pequeña sonrisa brincándole en los finos labios— son las ocupaciones de José. Él no puede viajar. Pero aprovecharé la ida de Paulo y Rosinha, y me voy con ellos...

«De ésta no se va a librar Paulo con la facilidad con que se libró de Manuela... Ésta tiene dinero y, además, ha perdido por completo la vergüenza», pensaba Shopel mientras respondía:

—Haces muy bien. No hay quien pueda soportar dos años seguidos este país.

Brasil asfixia; asfixia y embrutece.

Desde la mesa, solo —Costa Vale bailaba con Rosinha—, Paulo seguía con los ojos las reacciones de Marieta. Iba a ser una explicación difícil, con acusaciones, palabras exaltadas, tendría que enfrentarse con una Marieta desesperada. Pero París bien valía una escena desagradable.

Fue el martes de carnaval, mientras más animado era el movimiento en las calles, mientras toda la ciudad cantaba y bailaba, olvidada de todo, cuando João vio por primera vez a su hijo.

El Tribunal de Seguridad acabada de juzgar a Zé Pedro, a Carlos y a los demás compañeros detenidos el año pasado. Había impuesto largas penas de prisión, de seis a ocho años, y los condenados habían salido hacia la distante isla de Fernando de Noronha, aislada en medio del Atlántico, entre Brasil y África. Sólo el portugués Ramiro, enfermo, se había quedado en São Paulo, internado en el hospital de la policía. Las brutales torturas a las que había sido sometido le habían dejado casi paralizado, y ahora le iban a operar. Después le enviarían a él también, en la bodega tenebrosa de un carguero, a la isla desierta y árida.

Josefa había salido del manicomio. No tenía cura. Vivía ahora con sus padres y no reconocía siquiera a su hijo: loca mansa, repitiendo infatigablemente palabras oídas en la policía en las noches infames de tortura. Tampoco el Rubio andaba bien de salud: había perdido rápidamente aquella gordura artificial del sanatorio, estaba reducido a piel y huesos, tosía sin parar, tenía fiebre todas las tardes. Pero no se quejaba, no dejaba el trabajo, y había sido necesario imponerle muy seriamente la decisión de que acudiera más o menos regularmente al consultorio del Dr. Sabino. Por otra parte, en las duras condiciones de ilegalidad en que se encontraban, era imposible un tratamiento sistemático.

La policía no les había proporcionado un momento de tranquilidad desde la detención de Carlos y Zé Pedro. Durante aquellos meses había ido registrando sistemáticamente todas las direcciones conocidas, deteniendo a gente a diestro y siniestro, amenazando, apaleando, poniendo precio a la captura del Rubio y de João. Los poderes de la policía, ahora sin el menor control parlamentario, eran enormes: se había triplicado el número de inspectores, y en todas las fábricas funcionaba un servicio de espionaje y denuncia. En las viviendas privadas —donde a veces los porteros eran confidentes de la policía—, en las facultades universitarias, en todas partes había policías introducidos. En aquel tiempo era un problema concertar una cita. Las reuniones se hacían cada vez más difíciles. Las casas de los simpatizantes estaban bajo control. La policía acosaba a la gente del Partido, dificultaba sus movimientos, buscaba ansiosamente a los responsables de la regional.

Se sucedían las caídas de compañeros con las constantes redadas de la policía. Hacer una pintada era empresa temeraria, que terminaba casi siempre en los calabozos de la policía militar, especialmente después de la innovación que significaron los radio-patrulla, los coches con inspectores recorriendo de noche las calles sin parar. En muchas fábricas habían colocado agentes de la policía como obreros, y varias células habían caído antes de que se dieran cuenta de la infiltración.

Era una tarea agotadora y difícil cubrir los repetidos claros en la organización. A

veces era todo un comité de zona el que desaparecía en manos de la policía, desorganizando el trabajo en parte de la ciudad. Y reclutar gente en aquellas condiciones, exigía una vigilancia particular: precisamente los policías disfrazados de obreros no deseaban más que ser invitados a integrarse en el Partido. Meses de trabajo silencioso y tenaz, defendiendo al Partido contra la policía, meses sin grandes acciones en la calle, cuando los pequeños éxitos costaban la libertad de los cuadros, la existencia de los organismos de base. Tres veces hubo que trasladar la imprenta porque la policía husmeaba en la vecindad. Las dos primeras fue posible salvar la máquina y los tipos, pero a la tercera tuvieron que abandonar los tipos, el papel y el material impreso. Sólo lograron salvar la máquina casi ante las narices de la policía, cuando ya los investigadores habían localizado la casa. Había sido un período de angustia, sin poder imprimir y distribuir material. Los tipógrafos traían en los bolsillos tipos retirados de los talleres donde trabajaban, y así se fue reconstruyendo la imprenta poco a poco, en un lento y cotidiano sacrificio. Sin hablar ya de las dificultades de encontrar casas donde se escondieran los elementos de la dirección. Especialmente el Rubio y João no debían permanecer mucho tiempo en la misma residencia, donde podía localizarles la policía. En aquella época los militantes demostraron su valía, su abnegación. Hubo algunos, naturalmente, que se apartaron del Partido por temor a ser detenidos, y hubo también quien, sometido a tortura, no pudo contenerse y habló. Pero fueron muy pocos. El Partido, en masa, resistió y seguía trabajando.

La persecución policíaca se redobló después de los acontecimientos en la fábrica de la comendadora.

Habían detenido a muchos obreros, habían llenado la fábrica de inspectores de la social. Una manifestación estudiantil, en la Plaza de San Francisco, protestando por las amenazas alemanas contra Checoslovaquia, había sido disuelta a porrazos por los guardias. La policía empleaba a los elementos de la antigua Acción Integralista para su red de espionaje, y los periódicos reclamaban «más energía en la represión del comunismo».

Los policías llevaban consigo retratos del Rubio, fotografías que le habían hecho cuando le habían detenido, tiempo atrás, y las mostraban a los porteros de los bloques de pisos, a las criadas de las casas residenciales, a los dependientes de las tiendas que llevaban encargos a las casas particulares, añadiendo que el Rubio se había teñido últimamente de negro, de João no tenían fotografías, pero Heitor Magalhães les había hecho una descripción más o menos exacta del tipo. Por eso João había tenido que esperar, con impaciencia creciente, una ocasión propicia para encontrarse con Mariana y ver a su hijo. Habían aprovechado el carnaval, aquel último día, cuando toda la ciudad parecía entregada al baile y a las canciones.

Tuvo que disfrazarse, colocarse una máscara y atravesar así las calles donde se divertía la multitud, siendo constantemente interrumpido, invitado a participar en una rueda de samba, a integrarse en un *cordón*. Se libraba de los grupos, ansioso de ver de

nuevo a Mariana, de estrecharla contra su corazón, de ver la soñada carita de su hijo.

Llegó al fin a la casa donde ella le esperaba. Era en un barrio tranquilo, que parecía enteramente desierto, como si todos sus moradores se hubieran citado en el centro. Fue Marcos de Sousa quien consiguió la casa, residencia de otro arquitecto simpatizante también. Marcos le había contado una parte de la historia, el otro no sabía quién era João. Mariana llegó por la mañana con el niño. Luego, tras la llegada de João, el dueño de la casa se despidió:

—Voy al centro. La casa es vuestra...

Sólo entonces se abrazaron, en un abrazo prolongado, fuerte, incapaces ambos de pronunciar palabra. Los ojos de Mariana estaban húmedos. Su mano buscó el rostro de João, su cara enflaquecida, y subió por los cabellos. João la besaba en los ojos, en la cara, en la boca.

Ella le miró, sus manos presas en él:

—Qué delgado estás...

João sonrió:

—Y tú, qué hermosa...

Era verdad. Jamás Mariana le había parecido tan bonita, como si la maternidad hubiera dado rasgos nuevos a su belleza trigueña y simple, como si la hubiera completado.

—Ven... —dijo ella arrastrándole por la mano.

El niño estaba en el cuarto, acostado en la cama del arquitecto, dormido. João se quedó parado, una niebla ante los ojos le impedía ver:

—Mi hijo...

Contempló una vez más a Mariana:

—Se parece a ti. Afortunadamente salió a la madre.

—Son tus ojos... —dijo ella—. Cuando la nostalgia aprieta, me basta mirar esos ojos y pienso que estás conmigo. Él me ayuda mucho, João, me paso horas enteras hablando con él, contándole todo. Él balbucea en su lengua, es como si me diera ánimos... Es hermoso, João.

Al ruido de las voces, el pequeño se despertó, agitó los brazos, abrió los ojos.

—Tus ojos ¿ves? Iguales.

El barullo de un grupo de disfrazados que pasaba por la calle camino del centro, asustó al pequeño. Mariana le cogió en sus brazos para acallar el llanto ya iniciado. João miraba a la madre y al hijo. Su corazón latía rápidamente. Recordaba a la Mariana de años atrás, la Mariana que vio por primera vez aquella noche del funeral, cuando él le fue a encargar una tarea del Partido. ¡Cuántas cosas habían ocurrido en aquellos años...! Mariana ya no era aquella mocita inexperta que se dejaba llevar por sus impulsos, yendo a pintar consignas en las paredes, arriesgándose a que la detuvieran. Era una mujer, con su hijo en brazos, mejor militante que nunca, llena de sentido de la responsabilidad, capaz de soportar sin protestas aquella larga separación. Él sabía detalles de la marcha del trabajo de Mariana, de su comité de

zona, el más activo de la ciudad. Mariana había conseguido defenderlo de la policía, y ni siquiera la maternidad le había apartado de su labor. Dejaba al niño con su madre, su día era para el Partido. Cuántas veces João había oído a compañeros que estaban muy lejos de imaginar los lazos que le unían a Mariana los elogios más entusiastas a la camarada Isabel (ése era su nombre de guerra ahora), ejemplo de dedicación, de inteligencia, de vigilancia revolucionaria y de serenidad. Se contaba la historia de un camarada, un estudiante recién ingresado en el Partido, que se había enamorado de ella y le propuso que se casaran. João supo del caso, de la aflicción de Mariana que no sabía cómo aclararle su situación al muchacho sin decirle que estaba casada y sin herirle. Pero el caso se decidió por sí mismo. La gravidez de Mariana se iba haciendo patente. El muchacho un día se dio cuenta y fue él mismo a pedirle disculpas. El estudiante era un buen camarada. La policía le molió a palos en la manifestación de los universitarios.

Por la calle pasaba otro grupo ruidoso de máscaras. El pequeño, con sus ojos curiosos, intentaba localizar aquel barullo insólito. Mariana tendió los brazos ofreciendo el hijo a João:

—Mamá, que carga todo el día con él, dice que tú debes de ser muy torpe con los chiquillos...

Él cogió a su hijo. Por él, por los otros niños, por el hijo de Josefa, estaban luchando, intentando transformar el mundo. Era como si tuviera en sus brazos la razón misma de su lucha, de su vida perseguida y dura. Estrechó de nuevo a su hijo contra el pecho. Mariana pasó el brazo por la cintura de João, abrazando al marido y al hijo, y descansó la cabeza en el hombro de su compañero. Vio que los ojos de João se desviaban del rostro del niño y se clavaban ahora en ella:

—¿En qué piensas?

—¿Sabes? Desde que nació, todos los días quise verle. Y a ti también, no es necesario que te lo diga...

Mariana inclinó la cabeza, besó a su marido, le tomó, a él y al niño, entre sus brazos:

—Un día estaremos juntos para siempre... Y ese día será una fiesta mayor que el carnaval...

Así, abrazados los tres, fueron hacia la sala. El niño sonreía a João, con ojos bulliciosos. Él le apretaba levemente contra su pecho, ¡su hijo!

Por esa misma época, en febrero, dos hombres se encontraron y se reconocieron en medio de la multitud de soldados y paisanos, en la frontera de Francia con España. Una dramática procesión de fugitivos cruzaba los Pirineos aquel invierno.

Los aviones alemanes, los nazis de la Legión Cóndor, volaban sobre la multitud en retirada, ametrallando al azar, dejando en el rastro de su ruido asesino cadáveres de viejos, mujeres y niños. Carros tirados por jumentos y por bueyes, empujados por hombres, cunas transformadas en carretillas, los más variados y primitivos medios de locomoción llevaban las parcas pertenencias de los fugitivos: colchones, cacerolas, trapos, arcas y baúles antiguos, cuadros de santos católicos, y también abuelos paralíticos, niños recién nacidos. Los soldados italianos, de las legiones fascistas de Mussolini, y los moros de Franco, marchaban ávidos tras los pasos de los fugitivos. A veces, algunos de éstos se quedaban atrás, cortados por una columna de soldados enemigos, y para ellos terminaba toda esperanza. La sangre empapaba la blancura de la nieve, los cadáveres yacían junto a los árboles deshojados. Una madre, aún joven, marchaba llevando en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo. A su lado, apoyado en un bastón, un viejo, abuelo quizá del niño, no podía contener las lágrimas. Apolinário, con el uniforme de comandante del Ejército Republicano Español, mantenía el orden entre sus soldados:

—No estamos huyendo. Nos estamos retirando como soldados de la República, con disciplina y orden.

Y su autoridad se imponía. Una leyenda de gloria rodeaba a aquel joven oficial brasileño. Sus hechos se cantaban en los romanceros de la guerra.

Y en torno a la nieve y el frío, las escarpadas montañas. El trágico invierno de la derrota, la fúnebre procesión de fugitivos. Apolinário recordaba las descripciones de las retiradas en el Nordeste brasileño, en los años de sequía. Pero aquí aún era más terrible: toda aquella población, millares y millares de familias, abandonaba su patria vendida, dejaba tras sí todo lo que había amado, lo que hasta entonces había constituido su vida. Partían para tierras que no eran las suyas, iban a empezar su vida de nuevo en un país extraño, de lengua diferente, de diversas costumbres. Los ojos se volvían hacia el camino recorrido como despidiéndose de los paisajes maternos, del suelo de la patria.

Tres batallones de soldados republicanos, los últimos en cruzar los Pirineos, marchaban difícilmente entre la masa confusa de los fugitivos. Apolinário mandaba uno de los batallones y había recibido la orden de cubrir la retaguardia de los otros dos y de la columna de civiles. Los soldados franquistas se aproximaban. Dijo a sus oficiales:

—Vamos a tener el honor de retirarnos combatiendo. Vamos a demostrar a los falangistas lo que valen los soldados antifascistas...

Vigilaron la montaña mientras los otros dos batallones partían, protegiendo a la

multitud de civiles en su retirada. Los soldados de Franco y de Mussolini avanzaban con ansia de matar. Fueron recibidos por el fuego cerrado del batallón de Apolinário. Así, combatiendo, defendiendo cada palmo de la montaña, retrocedían hacia la frontera dando tiempo a que la atravesaran los civiles. Fueron los últimos soldados en cruzarla, y Apolinário sólo la atravesó cuando el último de sus hombres había pasado ya. Campesinos franceses traían alimentos y vino para los españoles.

Allí estaban ya los otros dos batallones y una enorme masa de exiliados. Era de noche, y el viento gélido, el frío y el hambre les abrumaban. Los soldados derribaron unos árboles para encender hogueras en torno de las cuales se tumbaban los fugitivos, incapaces de resistir la fatiga. Fue aquella noche cuando Apolinário se encontró con el sargento Franta Tyburec, ahora teniente. El checo, dirigiendo a un grupo de soldados en la preparación de las hogueras, identificó en seguida a su antiguo conocido:

—¡Pero, si es el brasileño...!

Durante aquellos años de guerra, Apolinário había visto tanta gente, había tratado con hombres de tantas nacionalidades que, de inmediato, se quedó sin saber quién era aquel teniente y dónde le había conocido.

—¿No te acuerdas ya de mí? Franta Tyburec, sargento checo de la brigada Dimitrov, cuando aún había brigadas internacionales... Nos encontramos ¿te acuerdas? en...

De repente, toda la escena volvió a la memoria de Apolinário: veía al entonces sargento arrastrándose por el campo; habían creído que era un nazi, responsable del asesinato de una familia de campesinos. Después, el sargento le había dejado un periódico con noticias de la huelga de Santos, habían bebido juntos a la salud de Prestes y de Gottwald. Se abrazaron entonces, y el checo dijo:

—Se ha acabado nuestra guerra... Pero si ellos creen que se acabó para siempre, están muy equivocados. Un día volverá a sus casas el pueblo español, y en ese día quiero de nuevo estar con él.

Volvía sus ojos hacia la frontera española. En cualquier parte, muy lejos, estaba la tumba de Consolación, la muchacha madrileña, el amor de su vida. Cuando fueron disueltas las brigadas internacionales, Franta, como Apolinário, había continuado en España. Arrancó los ojos de la dirección de la frontera, y se alejó andando con el oficial brasileño:

—Mañana tenemos que acercarnos a un pueblo próximo. Creo que se llama Prats de Molló. Ahí tenemos que entregar las armas a las autoridades francesas...

Apolinário asintió:

—Sí. Lo sabía ya.

El viento helado penetraba a través de los capotes, cortando como agujas afiladas. Franta Tyburec se detuvo y preguntó inesperadamente:

—¿Y cómo van las cosas por tu país?

—Mal. Un gobierno fascista, el terror policíaco. Están matando a los camaradas.

El rostro del checo, rostro franco de obrero, reflejaba sus emociones:

—Pues ya sabrás lo que pasa en Checoslovaquia. Ahora que la cosa ha acabado en España, Hitler se lanza contra mi patria. Desde los acuerdos de Munich, me encuentro como tú estabas entonces. Mi cabeza está en Praga. Esos bandidos de Londres y de París —se refería a los gobiernos de Chamberlain y de Daladier— han vendido a España y a Checoslovaquia.

—Son tan miserables como Hitler... —comentó Apolinário.

—Entre los chacales y el tigre, es difícil elegir.

Volvieron a caminar en silencio. Se estaban encendiendo las hogueras y en torno a ellas se apretaban soldados, mujeres y ancianos. Más allá, una voz femenina cantaba una canción de cuna. Franta Tyburec dijo:

—De todos modos, me vuelvo a Praga. El Partido debe de necesitar a todo el mundo allá. Vuelvo como sea. Es un momento difícil para mi país.

Encendió la colilla:

—¿Sabes lo que pasa aquí? Están metiendo a todo el mundo en campos de concentración...

—Lo sé.

La voz del teniente llegaba en la noche, decidida:

—Los primeros días aún hay ciertas facilidades. Pero luego es un régimen carcelario. Como si fuéramos criminales, como si los enemigos de Francia fuéramos nosotros, y no Franco... Yo cumpliré mi deber de soldado hasta el último momento, pero cuando hayamos entregado las armas, huiré. Llegaré a Praga como sea...

Al día siguiente, efectivamente, los gendarmes franceses dieron órdenes a soldados y civiles para que se dirigieran hacia Prats de Molló. Allí les estaban esperando las autoridades. Fue una triste ceremonia aquella entrega de armas. Los soldados se iban hacia un lado, algunos lloraban. Cerca del pueblo, estaban rodeando un terreno de alambre de espinos. Era el campo donde iban a ser internados.

Fue Apolinário quien concertó todos los detalles de la fuga. Como comandante de uno de los batallones tenía ciertos pequeños privilegios: podía salir del campo para ir a hablar con las autoridades. La impaciencia de Franta Tyburec crecía. Y se transformó casi en desesperación cuando, a mediados de marzo se enteraron de la entrada de Hitler en Praga y de la desmembración de Checoslovaquia. Apolinário había logrado de los campesinos ropas para él y para Franta. Unos camaradas franceses les habían dado dinero y direcciones. Huyeron por la noche.

En París se despidieron: Franta iba a intentar llegar a Praga. Apolinário no sabía cuál sería su destino. Los periódicos hablaban de la guerra próxima, de la guerra de Hitler contra la Unión Soviética. Los nazis amenazaban a Polonia. La primavera se anunciaba con malos augurios.

—Adiós, amigo... —dijo el checo abrazando al brasileño—. Quizás un día volvamos a vernos de nuevo. El mundo es pequeño...

—Pequeños son sólo algunos hombres... —dijo Apolinário—. Ya ves: amenazas

por todas partes, los nazis avanzan. Y, sin embargo, jamás he tenido tanta confianza en nuestra victoria. Hemos perdido Madrid, hemos perdido Praga, pero cuando te veo a punto de salir, sé que españoles y checos no están vencidos.

—Lo sé... Stalin quería defender Checoslovaquia. Fue Benes quien no aceptó su ofrecimiento. Prefieren la esclavitud con Hitler antes que ver al pueblo en el poder. Pero eso no va a impedir nuestro avance... Lo sé.

—Estamos atravesando un camino sombrío. Marchamos sobre un pantano. Pero al fin de este camino está la claridad del día. Estoy seguro. En la frontera vi a un viejo campesino. En el momento de pisar el suelo francés, se volvió a mirar las tierras de España: «Volveremos, Madre», dijo. Yo estaba desalentado, pero aquella frase del viejo campesino levantó mi moral.

Franta Tyburec sonrió:

—Sí, venceremos, porque lo que nosotros tenemos no es un fusil: es una idea. Y, amigo, no hay ni fusil ni ametralladora ni cañón que pueda destruir una idea. Sé que jamás podrán destruir la Unión Soviética porque está edificada sobre la idea de la felicidad del hombre. Un día te veré en Praga, en una Praga liberada, cuando estemos construyendo el socialismo en Checoslovaquia... —Le abrazó de nuevo y le besó en ambas mejillas, según la vieja costumbre eslava.

—Iré. Puedes estar seguro.

El tren se puso en marcha en la estación llena de niebla. La luz de la locomotora perforó la oscuridad. Apolinário extendió su mano en un adiós. Su voz repetía:

—Hasta pronto, amigo. Hasta pronto...

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Marcos de Sousa cruzó una vez más la sala con paso rápido y agitado, arrugas de preocupación cortándole la frente, mientras el otro arquitecto, agitando nerviosamente las manos, repetía aquellas palabras oídas ya de tantas bocas:

—No puedo comprenderlo...

Se trataba de aquel arquitecto que, en carnaval, había dejado su casa para el encuentro de João y Mariana. Un buen simpatizante del Partido, tan entusiasta que llegaba a ser imprudente en sus charlas y discusiones: no admitía que, ante él, nadie atacara a la Unión Soviética o a los comunistas. Estuviera donde estuviera, inmediatamente salía en su defensa sin sopesar las consecuencias. Marcos ya lo había encontrado alguna vez, en plena calle, gritando a pleno pulmón su entusiasmo por Stalin ante cualquier reaccionario. Poco después de la caída de Madrid, en la firma del contrato para la construcción de la residencia de un rico comerciante español, había armado un verdadero escándalo al descubrir que su cliente era un franquista por los cuatro costados. Rompió el contrato, lo tiró a la cara aturdida del ricachón, propietario de una de las grandes confiterías de la ciudad.

—Yo no hago casas para fascistas...

Y luego le explicó a Marcos:

—Imagínate: el muy cretino propuso que bebiéramos una copa de Málaga a la salud de Franco... Y yo que tenía aún la caída de Madrid atravesada en la garganta...

Marcos le había contado el incidente a João y vio una sonrisa de satisfacción en los labios del dirigente:

—¿Ves? Hay con nosotros mucha más gente de la que creemos. Gente buena, valerosa, de carácter, capaz de despreciar el dinero y los buenos contratos... Ésos son la mayoría, Marcos. Los Saquila y los Hermes Resende son excepciones... Hay que agrupar a toda esa gente en torno a la revista, ayudarles...

Buena gente, sin duda, pensaba Marcos atravesando la sala con paso agitado. Buena gente, honesta, de carácter: por eso mismo era necesario arrancar a cada uno de ellos de aquella duda, de aquella inquietud desesperada. Era necesario explicarles, hacerles comprender. ¿Pero podría hacerlo él, Marcos? Si él mismo no comprendía, si él mismo estaba perdido en conjeturas, si su propio corazón estaba oprimido por la amargura, si sólo aquella confianza, jamás traicionada, en la Unión Soviética, acallaba sus dudas, las encerraba en lo más hondo de su pecho... Le faltaban los argumentos, precisamente ahora, cuando los que venían a buscarle lo hacían desconcertados, habiendo oído horrores de boca de los trotskistas, de los intelectuales llamados de izquierda, y todos pedían una explicación, una palabra aclaradora. Todos, no: algunos no querían ni oírle, se apartaban de él y de la revista. Había recibido tres o cuatro cartas con la misma petición: «... le ruego, pues, que retire mi nombre de la lista de colaboradores de su revista...».

Allí estaba, ante él, aquel joven arquitecto, su amigo. Frotándose las manos

nerviosamente, cubriéndose con ellas el rostro, en el que se reflejaba la angustia que le dominaba. Las palabras salían de su boca, atropelladas:

—Te lo aseguro, es como si cayera sobre mi cabeza una casa que acabara de construir...

En aquella misma sala, sentado en aquel mismo sillón, dos días antes, otro amigo casi había llegado a sollozar:

—Es tan terrible para mí como si llegara a casa y encontrase a mi mujer, a Magda, en brazos de otro...

Solía decir de Marcos de Sousa que era «el maestro de la moderna escuela arquitectónica brasileña». Realmente, sobre su huella innovadora habían trabajado las últimas generaciones surgidas de las Facultades de Arquitectura de Río y São Paulo. Y, sin duda, su ardiente simpatía por la causa comunista había contribuido a crear aquel ambiente de izquierda, antifascista y antiimperialista, que dominaba entre los arquitectos. El Colegio de Arquitectos era considerado como un reducto antiestadonovista, y el jefe de policía se refería siempre a él como a «ese nido de comunistas». Trotskistas y otros elementos antisoviéticos intentaban perturbar este ambiente, preguntando cómo podían los arquitectos modernos conciliar sus simpatías políticas con la arquitectura soviética, tan distante, e incluso opuesta a la suya. Pero esa intriga no hallaba eco, los arquitectos poco sabían, realmente, de la arquitectura soviética, y por otro lado, consideraban aquello como un detalle que quizá hubiera que discutir más tarde. Muchos de ellos, y eso le ocurría al mismo Marcos de Sousa, estaban convencidos de que su arquitectura era de vanguardia como ellos decían, expresión de un arte revolucionario. Atribuían las características realistas de la arquitectura soviética a los más diversos motivos: al clima, a ciertas necesidades inmediatas, etcétera. De todos modos, cuando volvían los ojos a la Unión Soviética era para admirar el conjunto de la obra allí realizada en función del hombre, para admirarla y solidarizarse con ella. Sus divergencias en materia de arquitectura les parecían un detalle secundario, sin ninguna importancia. Lo importante era el hombre liberado del hambre, de la explotación milenaria, de la noche, de la ignorancia. Lo importante era la política de paz del gigante soviético, erguido en el camino de Hitler y de la barbarie nazi.

—No, no puedo comprenderlo. Es como si todo se derrumbara de repente a mi alrededor... —decía el arquitecto.

Marcos de Sousa se detuvo ante la ventana, la abrió, una brisa fría penetró en la sala. En el cielo centelleaban las estrellas, y la luna se derramaba sobre los árboles en la calle silenciosa. Marcos respiró el aire puro, contempló la noche espléndida y se volvió hacia su amigo:

—¿Qué quieres que te diga? —su voz era grave, su rostro estaba serio, casi solemne. ¿Que yo sí lo entiendo? Pues, no. No te voy a decir que lo he comprendido perfectamente... Muy al contrario. Intento también explicarme ese inesperado acuerdo germano-soviético, y no sé cómo. La verdad es que tampoco he hablado aún

con algún responsable...

El otro le interrumpió:

—¿Pero cómo vamos a entenderlo? No le veo explicación posible. Lo que sí veo, y la tengo ante mis ojos, día y noche, es la foto aquella: Molotov al lado de Ribbentrop... No lo entiendo. No puedo creerlo, y a veces pienso si todo eso no será una invención de los periódicos, como tantas otras veces. Pero, desgraciadamente, es verdad. Esta vez no se trata de una mentira más...

Marcos se quedó mirando nuevamente la noche, el brillo distante de las estrellas. Una vez, hacía mucho tiempo ya, le había enseñado a Mariana el nombre de las estrellas entrevistas desde la ventana de la sala. La muchacha estaba esperando que finalizara una reunión del secretariado, y aquella noche João le pidió que se casara con él. ¿Dónde estaría Mariana en estos días de guerra, de pacto germano-soviético, de invasión de Polonia? ¿Dónde estaría? ¿Por qué no venía a verle, a explicarle el significado de todo aquello? ¿Por dónde andaría João? ¿Por qué no le mandaba llamar, por qué no le proporcionaba argumentos con qué responder tanto a las insinuaciones insidiosas de los enemigos como a las ansiosas preguntas de los amigos? ¿Por dónde andaría el Rubio, por qué no respondía siquiera a la carta que Marcos le había hecho llegar? ¿Cuánto daría por ver a uno de ellos, por hablarle...! Porque, Marcos estaba seguro, ellos podrían responder a todas sus dudas, a las dudas de todos:

—Sí. No es fácil de entender. Por lo menos para nosotros, que vivimos en las fronteras del Partido, que somos sólo unos intelectuales simpatizantes... Dejó la ventana. Se acercó al amigo: —Pero hay algo que sí es cierto: si lo han hecho, es porque era lo mejor que se podía hacer. Sí, tienen razón, toda la razón, estoy convencido. Clavó los ojos en el joven arquitecto—: Ni por un momento he dejado de confiar en ellos, en los soviéticos. Ellos saben lo que hacen, lo saben mejor que nosotros. Con ese pacto, estoy seguro, están cavando la sepultura de Hitler, por más que por aquí digan que le han dado la razón al nazismo. Si lo han hecho, bien hecho está. No puedo comprenderlo, pero tengo confianza. Absoluta confianza. Y sé también que, en el momento en que me lo expliquen, lo comprenderé...

Su voz, extrañamente grave, se había ido enriqueciendo de emoción a medida que hablaba; era como si estuviera exponiendo su corazón ante el otro:

—Sí. Cuando leí la noticia, fue como un impacto. Tampoco lo quería creer. Dejé el despacho, anduve por las calles medio aturdido, pero luego reflexioné: ¿Es que soy yo quién para juzgar y decidir la mejor política para el proletariado, para el pueblo soviético, para los pueblos del mundo? ¿Soy yo, o son los soviéticos quien está al frente de la lucha contra el nazismo? ¿Quién tiene más cabeza para pensar, yo o ellos?

El otro escuchaba, dominado por la sinceridad de las palabras de Marcos:

—Recordé toda la actuación internacional de la Unión Soviética. Siempre han tenido razón en todo lo que han hecho. ¿Por qué no han de tenerla ahora? ¿Sólo

porque yo no puedo entender completamente sus razones? Si yo no las entiendo, la culpa es mía y no de ellos. No es la primera vez que esto sucede...

Se sentó al lado del amigo:

—Eso me recuerda una historia de cuando yo era niño. Mi padre nos llevó a Europa a toda la familia. Era médico, yo tenía por él una admiración sin límites, me parecía que era dueño de todos los conocimientos del mundo. Era invierno, y en Alemania pasamos un frío terrible. Un día íbamos por la calle y noté que mis manos se helaban. Se lo dije a mi padre, y él me aconsejó que las frotera con nieve. Me pareció absurdo, ¿cómo frotarse las manos con nieve para que entraran en calor? Tuve la impresión de que mi padre se burlaba de mí. Pero él me lo decía en serio y pensé para mí que si él lo decía era porque eso era bueno. Yo confiaba en él. Me incliné, cogí un puñado de nieve y me froté las manos. Y cuando noté que mis manos entraban en calor me dominó una enorme alegría porque yo no había dudado de mi padre. Lo mismo me pasa ahora. Exactamente igual. Confío en la Unión Soviética, sé que sus dirigentes saben lo que hacen, saben más que tú y que yo, y que toda esa gente que anda hablando por ahí...

No era fácil vivir aquellos días: un inmenso clamor se alzaba en contra de la Unión Soviética en la prensa, en la radio, en los medios intelectuales llamados «democráticos». Los periódicos estaban llenos de comentarios contra el pacto germano-soviético. Saquila escribía, en un largo artículo distribuido por la Transamérica y publicado en primera página por el periódico más importante de São Paulo, sobre «la monstruosa alianza entre Stalin v Hitler» y la «sangrienta división de la Polonia mártir entre la Alemania hitleriana y la Rusia traidora de la causa del socialismo». Los mismos hombres que se habían callado cuando el acuerdo de Munich y la entrega de Checoslovaquia a Hitler, se mostraban ahora dominados por una profunda indignación. El coronel Beck aparecía transformado en un héroe y un santo. En aquellos días, ciertos intelectuales, cómodamente asentados en sus empleos en el Departamento de Prensa y Propaganda, trataban a los elementos simpatizantes de la Unión Soviética de «nazi-comunistas». Pero había también gente honesta que no entendía las razones y el significado del pacto germano-soviético y se alejaba de los comunistas; gente ganada por la propaganda de Saquila, de Hermes Resende, de los que se llamaban «demócratas puros» o «socialistas honrados».

El propio Marcos había oído de Hermes Resende amargas palabras. Fue al día siguiente de la noticia del pacto. Estaba cenando en un restaurante con Cícero d'Almeida cuando casualmente entró Hermes, que se sentó a su mesa. El sociólogo había llegado a São Paulo aquel mismo día, según había explicado, para acompañar a Valle de Rio Salgado a la primera leva de inmigrantes japoneses. Quería observar, con vistas a un libro futuro, las reacciones iniciales de los colonos japoneses ante las tierras bárbaras del Mato Grosso. Hermes se mostraba indignadísimo, como si la Unión Soviética le hubiera engañado o traicionado, como si él hubiera estado siempre a su lado y de súbito se encontrara abandonado por ella:

—Es un crimen que la humanidad no perdonará jamás. Rusia ha traicionado a la democracia, se ha aliado con el nazismo para dividirse el mundo. Ya no existe ninguna diferencia entre nazis y comunistas.

Marcos se ofendió. Se disponía a responder violentamente cuando Cícero, sonriente, le contuvo:

—Mira, Hermes, no te pongas dramático. La Unión Soviética anduvo de puerta en puerta, ante Francia, ante Inglaterra, ante los Estados Unidos, proponiendo un acuerdo para contener a Alemania. ¿Recuerdas la actuación de Litvinov ante la Sociedad de Naciones? ¿Y qué ocurrió? En vez de aceptar las propuestas de la URSS, las democracias entregaron Checoslovaquia y España a Hitler. ¿Qué es lo que tú querrías? ¿Que la URSS esperara a que Hitler firmara un acuerdo con los Estados Unidos y con Inglaterra y luego la atacara?

—No me vengas con esas historias. Si Rusia no hubiera tendido su mano a Hitler, éste no habría tenido valor para atacar a Polonia. Este pacto de ayuda mutua...

—De ayuda mutua, no: de no-agresión.

—Palabras que los hechos destruyen. Ahí está la división de Polonia entre los dos compinches...

—¿Qué división de Polonia? Lo que hubo fue una invasión de Polonia por los alemanes. Lo que la URSS hizo fue defender las tierras ucranianas incorporadas a Polonia al final de la pasada guerra mundial. Y con eso, salvar la vida de miles y miles de personas...

Pero Hermes no quería saber nada. Acabó por decir:

—Me gustaría hoy ser jefe de la policía para meter en la cárcel a todos los comunistas...

En las librerías, en los cafés donde se reunían los literatos, los trotskistas, con Saquila al frente, daban verdaderos mítines antisoviéticos. En los medios intelectuales empezaba a dominar una gran confusión que afectaba especialmente a los simpatizantes comunistas, alguno de los cuales no sabían qué pensar en aquel momento.

El propio Marcos andaba inquieto. Como le había dicho a su amigo, ni por un momento dudó del acierto de aquel pacto de no-agresión y de la entrada del Ejército Rojo en Polonia. Pero se sentía sin argumentos para responder a las ansiosas preguntas que le hacían. Cícero había salido de viaje, prometiendo enviarle para el próximo número de la revista un artículo analizando el pacto y explicando su verdadero sentido. Pero el artículo aún no había llegado y Marcos no conseguía establecer contacto ni con João ni con el Rubio. La guerra se había iniciado. Los titulares con las victorias alemanas se sucedían en los periódicos, y el número de la revista tenía que aparecer dentro de pocos días. ¿Qué hacer?

Era el primer número después de la suspensión de tres meses impuesta por la censura. Desde el reportaje sobre los caboclos de Valle de Rio Salgado, habían designado un censor especialmente para la revista. Antes, con los primeros números,

la censura se había mostrado simplemente formalista: las pruebas de los artículos se enviaban a la censura, y volvían el mismo día con el permiso de publicación. Pero después había empezado a ser más difícil. El censor había recibido, sin duda, órdenes especiales. Era un abogadito sin clientela, tan desconfiado como poco inteligente. Veía intenciones ocultas en las frases más simples, cortaba párrafos y párrafos sin piedad, prohibía la publicación de cualquier cosa que le pareciera vagamente sospechosa. Era un infierno hacer la revista. Para publicar un solo número se necesitaba material para lanzar cinco o seis: sólo así se podía disponer de algún artículo tras el paso por las manos del censor. A pesar de todo, sin embargo, la revista había sido cerrada: en un ensayo sobre teatro, un colaborador —el exdirector de la compañía donde había trabajado Manuela— se refería a los éxitos del teatro soviético. Como el ensayo se iniciaba con un estudio de las condiciones del teatro norteamericano y del francés, el censor había creído que se trataba de algo sin importancia, y no había leído todo el artículo. Resultado: la revista había sido suspendida por tres meses, y el censor había sido depuesto. Ahora habían nombrado a otro, un individuo lleno de palabras amables, pero aún más desconfiado que su predecesor. Lo leía todo atentamente, intentando descubrir un doble sentido en las frases, tachando palabras y frases con lápiz rojo. Había que hacer y rehacer el material dispuesto para cada número, andar detrás de la gente para que colaborara, trabajar todos los días para ver si se lograba mantener el ritmo mensual de salida de la revista.

Sin embargo, a pesar de las dificultades y fatigas, la revista era aún la alegría más permanente de Marcos de Sousa. No le había afectado demasiado la campaña emprendida contra él por Costa Vale: Marcos se había limitado a encogerse de hombros cuando le fueron retirados algunos contratos importantes. La cosa, en realidad, se había limitado a un grupo de industriales vinculados al banquero. Marcos había ganado mucho dinero en los últimos años, tenía para vivir, la perspectiva de perder clientela no le alarmaba. Pero ni siquiera eso aconteció: la «gente bien» de São Paulo y de Río continuaba buscándole para encargarle los planos de sus residencias y casas de pisos. La fama de Marcos era grande, a aquella gente le parecía chic decir que su casa había sido construida por el arquitecto Marcos de Sousa. Aquello aumentaba incluso el valor de la propiedad.

Lo que entristecía a Marcos, cubriendo con una niebla de melancolía su rostro bonachón, era la ausencia de Manuela. La muchacha estaba en Buenos Aires, formando parte de una compañía extranjera de ballet. Marcos coleccionaba en su mesa de despacho las tarjetas postales que ella le enviaba desde los puntos de recalada en su excursión. Él la había dejado salir sin decirle nada. Tal vez la hubiera perdido para siempre. Esa idea le producía una sensación de angustia, y más de una vez tuvo que resistir la tentación de dejarlo todo, coger un avión e ir a verla a Argentina para confesarle su amor... Pero de qué servía hacerlo si ella le quería sólo como a un amigo, e incluso esa intimidad se había transformado un poco en los

últimos tiempos. No es que la quisiera menos, al contrario, cada día la deseaba más, la amaba más. No es que ella le tratara con menos cariño, que se mostrara menos alegre al verle. Nada de eso. Cuando se encontraban, él podía comprobar que le acogía radiante. Pero la verdad es que desde aquella noche en que le había acompañado por Flamengo hasta la puerta de su pensión, una noche de silencios reticentes, ella había cambiado. Como si hubiera adivinado los sentimientos del arquitecto —ésa era al menos la explicación que se daba Marcos— se había vuelto más reservada. Parecía que una sombra extraña se hubiera reflejado sobre aquella clara amistad. Marcos se dio cuenta de eso las dos o tres veces que la vio en Río, y decidió ir a ver con menos frecuencia. Seguro que ella había adivinado su amor y se sentía turbada —y tal vez ofendida, o, al menos, entristecida— por no poder corresponderle. Se escribían regularmente, ella le contaba sus cosas, él le hablaba de su vida. Pero se veían mucho menos, Marcos ocupado en São Paulo con la revista y con sus obras, Manuela continuando sus estudios en el Teatro Municipal y esperando un contrato para una compañía dramática.

Fue en abril el inesperado acontecimiento: un importante conjunto europeo de ballet, dirigido por un famoso bailarín, había llegado a Río para una serie de recitales. El director de la compañía pensaba utilizar el cuerpo de baile del Teatro Municipal para completar su elenco en los ballets de gran masa de figurantes. En los ensayos descubrió inmediatamente a Manuela: era un maestro en su profesión, sabía reconocer a un verdadero bailarín cuando le hallaba. Dio el ensayo por finalizado y le pidió a Manuela que le esperara en el escenario, y le pidió que bailara. El director movió la cabeza, con ojos admirados:

—¡*Mon Dieu!*

Por segunda vez los periódicos hablaron de Manuela. Algunos recordaron incluso su estreno, dos años atrás. Pero ahora las noticias de los periódicos no tenían aquel tono sensacionalista de entonces, eran mucho más sobrias, y también más válidas. En una entrevista, el famoso bailarín y director de escena hacía el elogio de las cualidades de Manuela, de su inestimable vocación. Era, como escribió un cronista de teatro comentando las palabras del célebre bailarín, «una joya perdida en la basura que llena los sótanos del Municipal». Manuela obtuvo un contrato por toda la duración de la *tournee* de la compañía por América del Sur. Su presentación en Río, en uno de los grandes espectáculos del conjunto, fue un verdadero triunfo. Toda aquella gente que la había tratado de «bailarina de cabaret» en los tiempos de su caso con Paulo, se vanagloriaba ahora de haber reconocido siempre su talento, y el poeta Shopel —que le había enviado un inmenso ramo de rosas—, recordaba a los periodistas que había sido él quien descubriera aquel «talento fulgurante».

Cuando supo del contrato, Marcos le envió un telegrama caluroso de felicitación. Manuela le había respondido con una larga carta en la que le explicaba todo, le decía cuán feliz se sentía, y le exponía al mismo tiempo sus dudas ante aquella larga *tournee*. Si la aceptaba, tendría que acompañar a la compañía a Montevideo, Buenos

Aires, Santiago de Chile, tal vez La Habana y México. Meses y meses lejos de Brasil.

Pero nada la retenía allí, le había respondido Marcos, que había acudido al estreno en Río. Cuando el telón cayó sobre el escenario, y ella pudo al fin abandonarlo, tras una salva interminable de aplausos, una pequeña multitud la esperaba entre bastidores: literatos, gente a quien ella había conocido en sus tiempos con Paulo y luego en el casino, gente de *smoking* dispuesta a «protegerla», periodistas, cronistas teatrales, Lucas Puccini, reventando de orgullo y de dinero, el poeta Shopel, en una exaltación de entusiasmo.

—¡Quiero depositar mi ósculo a tus divinos pies, oh renacida Pavlova!

Pero ella se liberó rápidamente de todos, hasta de Lucas, y se lanzó llorando en brazos de Marcos, que le aguardaba un poco apartado para felicitarle.

—¿Me esperas para salir conmigo? —le preguntó con voz entrecortada por los sollozos.

—Claro que sí...

Mientras la esperaba, Lucas Puccini, llegado del camerino, se acercó a Marcos y le expuso confidencialmente sus planes para con Manuela:

—Cuando vuelva de la *tournee* voy a conseguir del Dr. Getúlio un teatro para ella. Organizaremos una compañía de ballet para que ella la dirija, y Manuela será la gran estrella. El Dr. Getúlio no me niega nada, y yo tengo dinero suficiente para financiar la compañía, aparte de que —y guiñaba el ojo en un gesto de quien domina los entresijos de la situación— se puede conseguir una subvención del Servicio Nacional de Teatro. Con mis relaciones, nada más fácil...

El cronista Pascoal de Thormes, «apasionado del ballet», como él mismo decía, aprobaba con entusiasmo estos planes. Ponía su influencia de periodista al servicio de Lucas para «exigir al Servicio Nacional de Teatro la ayuda financiera necesaria». Marcos, que le conocía vagamente, le miraba con asombro: ¿sería verdad lo que veía? ¿No llevaba aquel tipo los labios pintados como una mujer? Y, de repente, todo aquel ambiente le pareció sórdido e indigno de Manuela, como tiempo atrás, cuando en el gran hotel de Santos, ante Bertinho Soares, había sentido la sordidez del ambiente que le rodeaba. Como si aquella gente, aquella podrida burguesía, cubriera de cieno todo trabajo de creación, todo arte y todo talento. Manuela volvió, se despidió de Pascoal y de Lucas («sobre tus proyectos hablaremos luego»), dio el brazo a Marcos:

—Sácame de aquí...

En la puerta de salida de artistas le esperaban otros admiradores: estudiantes, gente pobre que no podía ir a saludarla entre bastidores. La aplaudieron cuando apareció, y aquello fue un soplo de aire puro para Marcos de Sousa. Allí estaba el verdadero público.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él cuando quedaron solos, en la Avenida Rio Branco—. ¿Vamos a cenar?

—Prefiero andar, si no estás cansado. Hablar contigo.

Fueron hacia Flamengo, como la otra vez. Manuela anduvo en silencio un trecho,

hasta entrar en los jardines de la Gloria. Después habló, con palabras que eran casi un murmullo, y le dijo lo que aquella noche suponía para su vida:

—Es curioso cómo cambian las cosas en la vida de una...

Marcos esperó a que ella continuara.

—Éste fue mi verdadero estreno. El otro fue sólo una comedia, una sucia comedia. Yo entonces era una chiquilla estúpida, y estaba loca de alegría. Pensaba que todo iba a ser en adelante risueño y florido. Estaba muy lejos de imaginar que se estaban divirtiendo a costa mía. Aquella noche dancé para dos personas: para Lucas y para... Paulo... —el nombre de su antiguo amante le había brotado con dificultad. Hoy todo ha sido diferente... bailaba para todos ellos... ¿comprendes?

—Comprendo...

—No puedes imaginar mi sorpresa cuando vi a esa gente, todos esos... esperándome en el escenario... ¿Es que no voy a poder librarme de ellos jamás, que hasta despreciándoles tenga que bailar para ellos?

—Son unos *snoobs*, no entienden nada de nada. Y como un gran bailarín extranjero te ha elogiado...

—Lo sé, y eso es precisamente lo que me inquieta. Como si yo estuviera echando margaritas a los puercos...

—Pero no existe sólo esa gente... Ya viste, en la puerta...

—Sí, y ha sido mi verdadera alegría esta noche: aquella gente que me esperaba a la salida, tan sencilla, tan franca, ¿sabes? Dándoles la mano tenía la impresión de que estaba dándole la mano a Mariana...

Sonrieron los dos. Era como si la figura de la joven obrera surgiera entre los árboles y siguiera con ellos, haciendo más fácil su conversación.

—Porque la verdad, esta noche bailé para Mariana. Antes de salir al escenario, pensé: a ella le debo el estar aquí, dispuesta a salir al escenario... A ella, y a ti, Marcos. Jamás te he dicho todo lo que te debo —y tomó la mano de él y la apretó contra su corazón.

—No me debes nada... —Marcos estaba dominado por los más contradictorios pensamientos—. Si alguien entre nosotros debe algo al otro, soy yo el deudor...

—Amigo mío... Hoy sé el valor de la palabra amistad, vosotros me lo enseñasteis... Y no sólo la amistad, también otros sentimientos —dijo y miró tímidamente a Marcos, pero el arquitecto miraba al cielo como si su pensamiento estuviera distante—. Y quiero decirte una cosa, Marcos: pase lo que pase, jamás traicionaré vuestra confianza, la tuya y la de Mariana. Jamás esa gente me podrá utilizar contra vosotros.

—Los planes de Lucas... —sonrió Marcos.

Le hizo sentar en un banco del jardín, abrió el bolso, sacó un sobre lleno de dinero:

—Lucas me ha dado esto, en el camerino. Me dijo que es su regalo. Dinero para que me haga vestidos para la *tourné*. Una artista, según Lucas, debe vestir con lujo.

Al principio pensé en no aceptar nada... Tú sabes... —se calló, miró al suelo—... desde que Lucas me hizo perder el niño ya no es lo mismo para mí...

Marcos tomó su mano, como si le levantara la cabeza inclinada; ella le miró:

—Pero luego lo pensé mejor, y decidí aceptarlo. No sé cuánto es, ni lo conté. Quiero que se lo des a Mariana, para el Partido. El otro día me enteré de que la hija de Prestes está en México, con el abuelo. ¿No sería posible, con este dinero, mandar algo a la niña? En fin, haced con el dinero lo que os parezca mejor. Ojalá pudiera ayudar más, más y mejor.

Marcos se guardó el sobre en el bolsillo:

—Se lo daré a Mariana... —Tomó las dos manos de Manuela—. ¿Cuándo te volveré a ver?

—¿Cuándo? —preguntó ella también, con ansiedad.

—¡Ah, Manuela! Si tú supieras...

—¿Qué?

Y había casi una súplica en su voz. Pero él le soltó las manos; se levantó.

—Nada... nada...

Ella le miraba, ¿no entendía, o sería que no la amaba, que era sólo un buen amigo? Acabó por levantarse también. Fueron andando, en silencio.

—Debes de estar cansada... —dijo Marcos—. Tienes que dormir. Mañana iré a decirte adiós...

Manuela asintió con la cabeza. ¿Por qué no se lanzaba a sus brazos, por qué no le decía que le amaba? Pero su pasado se interponía entre los dos, pensaba ella. Bajó de nuevo la cabeza. Todo lo que le quedaba era la danza.

Al día siguiente, antes de coger el avión, Marcos fue a verle al teatro, en una pausa entre los ensayos. Ella le tendió un periódico donde Pascoal de Thormes, con su estilo alambicado, entonaba su elogio y alababa al mismo tiempo a César Guilherme Shopel «ese Colón de los nuevos talentos, esa figura impar de nuestro medio intelectual».

—Qué asco... —comentó Manuela.

Allí mismo Marcos le dijo adiós. La compañía tenía que marchar dentro de pocos días y él no quería estar presente en el momento del embarque. Le abrazó, le dijo palabras gentiles, deseos de éxito, nada de lo que deseaba decirle. Ella estaba también sin palabras, la voz estrangulada en la garganta. Se fue de repente, salió corriendo hacia su camerino, sollozando. Marcos se quedó un momento parado en el escenario, indeciso como un niño perdido; después abandonó el teatro lentamente, como un viejo.

Ahora sufría ya su ausencia. Leía ávidamente los periódicos argentinos que relataban el éxito de la compañía y, especialmente, el éxito de Manuela. El éxito de la joven bailarina superaba lo esperado. Los críticos musicales y los de teatro escribían maravillas. Sus fotografías ilustraban las portadas de las revistas porteñas. Marcos consideraba que la había perdido para siempre. Ella seguiría su camino, estarían cada

vez más distantes...

Sólo la revista centraba su interés aquellos meses, y la suspensión no menguó su entusiasmo. La aprovechó para hacer traducir una serie de artículos extranjeros, para adaptar muchos de ellos a las condiciones de Brasil, para conseguir material nacional. Quería publicar un número sensacional de reaparición, en septiembre. Jamás había vivido tan intensamente para la revista como en aquellos tres meses, cuando no podía circular. Como si ninguna otra cosa pudiera levantar su ánimo, apartar su pensamiento de Manuela. Ni siquiera la arquitectura, los planos de nuevas obras, el movimiento de su despacho.

Sólo años después Marcos de Sousa entraría en crisis con su concepto de la arquitectura, tras someterla a un profundo análisis crítico. Pero ya entonces los planos para rascacielos de bancos y de grandes empresas, para residencias de potentados, empezaban a dejarle frío, como si al concebirlos y realizarlos pusiera en ellos sólo sus conocimientos y no su alma: «Estoy envejeciendo», y pensaba en sus cuarenta años, casi veinte más que Manuela.

Había enviado a la imprenta los primeros materiales para el número de reaparición de la revista (los carteles en los muros de la ciudad la anunciaban para septiembre), cuando empezó la guerra, precedida del pacto germano-soviético. Y surgió aquella confusión en los medios intelectuales, aquel desconcierto de los comunistas y de sus simpatizantes, las acusaciones brutales, el ambiente tenso y desagradable.

Marcos intentaba comprender. «Los camaradas soviéticos tienen razón, sin duda», murmuraba para sí, y había momentos en los que todo le parecía claro y fácil de entender. Pero cuando llegaba un amigo desesperado, Marcos sentía que no estaba aún en posesión de las explicaciones políticas justas, que no era capaz de convencer a los otros. Y le dominaba un pensamiento de afligida inquietud: «Nos vamos a quedar solos, aislados». Inquietud creciente porque pasaba el tiempo, dormían las pruebas de la revista en los talleres y él no lograba establecer contacto con el Partido. Hasta que al fin un día recibió a un enlace y se concertó la cita.

El Rubio le esperaba en una casa distante, a medianoche. Bajo la luz eléctrica, el rostro del dirigente parecía aún más cadavérico. Sus ojos brillaban de fiebre, y la mano que Marcos estrechó era la de un esqueleto. Su voz ronca llegaba plena de afecto:

—Bueno, amigo Marcos, ¿cómo van las cosas?

Y al ver los ojos del arquitecto nublados por sombras fugaces de inquietud, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿O es que lo del pacto te ha dejado desconcertado?

—La verdad... más que desconcertado...

El Rubio se echó a reír. La risa terminó en un ataque de tos:

—Hay muchos como tú por ahí. Imagino lo que estará pasando en los medios

intelectuales.

Marcos inició con un reproche:

—Si lo imaginas, ¿por qué no nos has ayudado? No, no puedes imaginártelo... Estamos completamente aislados, abandonados por todos, en plena confusión. Y vosotros lleváis casi un mes sin proponer un encuentro...

Estaban sentados uno ante el otro. El Rubio le dio un golpecito con la mano en la rodilla:

—Me gusta eso... la crítica... Pero piensa una cosa. ¿A quién debíamos atender primero, a vosotros o al cuerpo del Partido, a los obreros? ¿O es que crees que el enemigo trabaja sólo en vuestro medio, que no procura sembrar la confusión en la clase obrera? Si supieras sólo la mitad del trabajo que tuvimos en estos últimos tiempos...

Marcos miró al camarada, y aquel rostro demacrado de tuberculoso, aquel pelo teñido, aquel pecho jadeante, le conmovieron. Sintió que desaparecía toda su irritación. ¿De qué podía quejarse él, que vivía en una buena casa, que comía de lo mejor, que tenía un confortable automóvil, cuando otros se mataban trabajando para construir el mundo de sus sueños? Habló:

—Tienes razón. Olvida mi protesta.

El Rubio movió la cabeza:

—No. Ni siquiera todo el trabajo puede explicar el que te tuviéramos un poco olvidado. Tendríamos que haberte hablado antes. Pero ocurre que João no está aquí, y yo, que tenía que verte, pasé una semana en cama. Imagínate qué momento para ponerme malo. Tienes que comprenderlo, y disculparme.

Marcos movió las manos, ¿por qué le pedía disculpas?

—Soy yo quien tendría que pedir disculpas. Debía haber comprendido que si vosotros no me habíais llamado, es porque no podíais. Pero es que llevo ya tiempo que estoy como aturdido...

—Cuéntame todo —pidió el Rubio—. Todo lo que pasa en ese mundillo intelectual.

Marcos empezó el relato, puntuado de preguntas del Rubio con cortos comentarios:

—¡Ese Saquila es un miserable!

Al terminar Marcos, el Rubio se levantó y se quedó un momento callado. Como si en su memoria repasara todo lo que el arquitecto le había contado:

—Marcos, ¡qué maravilla!

—¿Qué? —dijo Marcos sorprendido.

—¿Qué fue lo que dijo uno? «Como si se me hundiera una casa que acabara de construir...» ¿no? Y el otro: «Como si encontrara a mi mujer en brazos de un amante...». ¡Qué maravilla! ¡Cómo aman a la Unión Soviética! Fíjate, Marcos: como a su obra o a su mujer... No importa que no hayan comprendido así, de buenas a primeras. Son pequeño-burgueses, con la cabeza llena de telarañas, pensando que

existe una diferencia esencial entre Hitler y Churchill, entre Pétain y Mussolini. Y Churchill y Hitler son, los dos, unos perros de primera categoría, aunque uno sea un *bulldog* inglés y el otro un *boxer* alemán. ¿Qué deseaban nuestros amigos intelectuales? ¿Que la Unión Soviética, después de que el gobierno francés traicionó el acuerdo sobre la defensa de Checoslovaquia, después de que las llamadas democracias entregaron España, después de que nuestros camaradas intentaron por todas las vías posibles un acuerdo con Francia y con Inglaterra para impedir la guerra y contener a Hitler, que la Unión Soviética, repito, esperara hasta que Francia e Inglaterra firmaran un acuerdo con Hitler para la invasión de la URSS? No, amigo, no. Eso no lo podían hacer nuestros camaradas soviéticos. Y no lo podían hacer, Marcos, porque sería un crimen contra los pueblos soviéticos y contra todos los pueblos. Eso sería entregar a los enemigos de la Revolución el arma con que asesinarla.

Jadeaba. Respiraba con dificultad, los ojos febriles estaban iluminados, sus manos exangües, húmedas de sudor. Sus palabras quemaban como el fuego. «Es una llama», pensaba Marcos.

—Nuestros amigos no lo comprenden aún. Pero lo comprenderán, Marcos. Los propios hechos les demostrarán la realidad, les demostrarán el acierto de la Unión Soviética. Y entonces tendrán remordimientos por haber dudado de la Unión Soviética. No te preocupes por esa incomprensión inicial. Los hechos se encargarán de darnos la razón, de dejarlo todo perfectamente claro, al menos para las personas honradas. Comprenderán la importancia del tiempo que hemos ganado con este pacto, y lo comprenderán en el momento en que comprendan también el verdadero significado de esta guerra de falsedades. Entonces verán qué sabia es la política soviética. Una prueba la tienes ya ante ti: si no fuera así, la parte de Ucrania que está hoy incorporada a la Unión Soviética estaría en manos de los alemanes, y no habría sido liberada para el socialismo. ¿No te parece?

Pasó a argumentar, a explicar, a llevar a Marcos a razonar políticamente. Las horas pasaban, y el Rubio, recién salido de su lecho de enfermo, con los pulmones corroídos, parecía insensible a la fatiga.

—Ahora comprendo —dijo Marcos cuando ya la madrugada despuntaba—. Sabía que iba a comprender cuando me lo explicaran. Ahora sí, puedo hablar con los otros, discutir en las tertulias de las librerías.

Se sentía entusiasmado:

—Vamos a hacer un editorial para la revista. Algo incontestable. Y creo que ni siquiera debemos pasarlo por la censura porque, desde luego, no nos lo dejarían publicar. El golpe va a consistir en publicarlo sin pasar por la censura, poner la revista en la calle y dejar que luego nos la cierren. De todos modos, la cerrarán un día u otro...

El Rubio disentía:

—No. Nada de eso. Al contrario, tenemos que defender la revista mientras

podamos, la necesitamos mucho. En vez de escribir sobre el pacto germano-soviético, el editorial debe ser sobre la guerra, sustentando la necesidad de la paz, mostrando el peligro de que la guerra se extienda. En cuanto al pacto...

—Sí, ¿cómo vamos a hacer? ¿No vamos a hablar de él? Será como si este asunto nos avergonzara... —se exaltaba el arquitecto.

El Rubio se levantó, fue en busca de un paquete de impresos:

—Sí, hablaremos del pacto, explicaremos su significado. Pero ésa es tarea del Partido. Aquí tienes un manifiesto del Partido sobre ese tema. Distribúyelo entre tus amigos. Y sigue adelante con la revista, trata de defenderla, porque ahora vamos a atravesar momentos duros, amigo Marcos. Se nos va a echar encima tanta gente como nunca vimos antes, ni en las peores épocas. Mira cómo están preparando el ambiente, tratando de aislarnos, de calumniarnos, para que nadie nos defienda. Van a ser tiempos duros. Ellos quieren preparar el camino para el dominio mundial de Hitler. Y la revista nos es más necesaria que nunca.

Marcos pasaba los ojos por aquellas hojas. Allí estaban los hechos y los argumentos que el Rubio le había expuesto durante la conversación. El dirigente continuó:

—Pero estos tiempos duros, serán cortos. Pronto llegará, amigo Marcos, la hora en que brille el sol... Entonces todo el mundo verá claro, y tus amigos entonarán himnos a la URSS...

—¿Y cuándo será eso? Porque mira que llevamos tiempo recibiendo... ¿eh? España, Checoslovaquia... Ya ves, se lanzan sobre el Partido como fieras... ¿Veremos nosotros ese tiempo de que hablas, o lo verán nuestros nietos?

El Rubio sonrió:

—Vamos a ver... ¿Es que no te das cuenta de la marcha de los acontecimientos? ¿No puedes ya prever el curso de esta guerra? Mira, señor arquitecto Marcos de Sousa: tengo la seguridad de que dentro de pocos años nuestro Partido será legal aquí, en Brasil... Legal del todo...

—¿Realmente lo crees?

—No es que lo crea, es que estoy seguro. ¿O crees que Hitler va a dominar el mundo entero? ¿Crees que van a ser Francia, Inglaterra, los Estados Unidos quienes acaben con Hitler y su pandilla de asesinos? Mira, Marcos, basta mirar hacia Moscú para ver el futuro del mundo...

2

En aquellos meses iniciales de la guerra, cuando todos los titulares de las primeras páginas de los periódicos parecían dedicados exclusivamente al aplastamiento de Polonia, a la posibilidad de la entrada de Mussolini en el conflicto, a los artículos sobre la debilidad militar de la Unión Soviética, ocurrió un hecho al que la prensa dio también gran relieve: la fuga del portugués Ramiro del hospital de la policía militar, donde convalecía. COMUNISTA PELIGROSO CONSIGUE EVADIRSE, anunciaban en grandes titulares los vespertinos, con la fotografía de Ramiro reproducida a dos o tres columnas. Durante días y días, los policías registraron la ciudad de São Paulo y sus suburbios, las ciudades próximas, a la caza del comunista evadido.

Buscaban también a la mujer joven y hermosa (los guardias que la habían visto se mostraban unánimes en resaltar su belleza morena) que había visitado dos o tres veces al prisionero y que era sin duda su cómplice en la huida, la que le había proporcionado el uniforme de soldado. Ramiro estaba internado en un hospital de la policía militar donde se encontraban soldados y suboficiales. En los días de visita, los viernes, el caserón se llenaba de soldados que venían a charlar con sus compañeros enfermos. A base de aquellas visitas se tramó el plan de fuga de Ramiro. Mariana, haciéndose pasar por su hermana, hablando a la manera portuguesa, había logrado permiso para visitarle. Allí mismo, en el hospital, uno de los responsables de la administración se lo había dado, impresionado ante el atractivo y el aire abatido de Mariana. En tres visitas sucesivas, la muchacha llevó el uniforme, las polainas, el gorro, las botas. Al viernes siguiente, Ramiro se puso el uniforme y, llegada la hora en que todos los visitantes tenían que abandonar el hospital, se mezcló entre los que salían como un soldado más. Pasó junto a los guardias de la puerta, atravesó el puesto de centinela, saludó y desapareció.

Aquella idea de la fuga había ido madurando desde la condena. Cuando se cursó la causa ante el Tribunal de Seguridad, Ramiro estaba aún en jefatura, casi imposibilitado para moverse, esperando una operación que era consecuencia de las torturas sufridas. Un médico de la policía vino a reconocerle y comprobó que en aquel estado era imposible enviarle a la isla de Fernando de Noronha. Lo que había que hacer era operarle antes. Mascarenhas, su compañero de calabozo, se sentó al borde de su camastro apenas hubo salido el médico. El joven Ramiro se sentía triste, le dolía separarse de sus compañeros condenados al mismo tiempo que él. A la llegada del médico había intentado levantar la cabeza, pero no lo consiguió. Mascarenhas le preguntó:

—Parece que te mueres de ganas de ir a Fernando de Noronha, ¿por qué?

—Es mejor ir con vosotros que quedarme aquí solo.

Mascarenhas, que había sido como un padre para el portugués durante su

detención, sonrió:

—Sí. Esto es horrible. Estos muros me asfixian...

—Y en el hospital va a ser aún peor... —se quejó Ramiro—. Sin poder siquiera salir de la celda.

—Sí, la isla, con lo mala que es, resultará bastante mejor que esto. Al menos hay espacios libres, se ve el mar. También yo la prefiero. Pero no te quejes...

—¿Por qué?

—Del hospital quizá puedas huir... —le dijo, bajando la voz.

Quería a aquel pequeño portugués como si fuera un hijo. Había sido él, Mascarenhas, quien había propuesto su ingreso en el Partido, y había comprobado su valeroso comportamiento en la cárcel durante los días de tortura: aquel muchacho, con sólo seis meses de vida en el Partido, se había comportado como un viejo militante revolucionario. Era una esperanza para el Partido. En libertad, después de aquella prueba en la policía, Ramiro podía convertirse en un militante responsable. Y en aquellos tiempos de persecución tenaz, de sucesivas caídas de cuadros, un elemento como aquél resultaba precioso. Así, al descubrir las dudas de la policía sobre el viaje de Ramiro, se lo comunicó inmediatamente a Zé Pedro y a Carlos, y les sugirió la idea de la huida del muchacho. Y avisó al Partido, con el que mantenía relación. Pero el pequeño portugués no sabía nada. Mascarenhas esperó hasta la víspera de la partida para avisarle.

—¿Huir? ¿Crees que es posible?

—Es probable. Se trata de un hospital de la policía militar. La vigilancia no es tan rigurosa como aquí.

—¿Qué debo hacer?

—Primero, ir al hospital. Y esperar allí. Cuando te anuncien la visita de un pariente, no te sorprendas. Será algún camarada del Partido. Él se pondrá en contacto contigo.

Aquella misma noche, Mascarenhas, Zé Pedro, Carlos, el maestro Valdemar, el ferroviario de Mato Grosso y varios otros fueron conducidos al edificio central de la policía, para seguir luego a Fernando de Noronha. Ramiro les vio marchar, pero ya no sentía la tristeza de no ir con ellos. Estaba entregado por entero a la idea de la fuga, de la vuelta al trabajo. Mascarenhas le había dicho al despedirse, mientras le abrazaba:

—Si la cosa sale bien, trabaja y lucha por nosotros.

Esperaba impaciente el traslado al hospital, y más impaciente aún la visita del camarada. Pero esta visita no se realizó hasta después de la operación, cuando iniciaba la convalecencia. Y no era un camarada, sino una camarada.

La tarea había sido encomendada al comité de zona de Mariana. El responsable le había dicho:

—Cuanta menos gente ande metida en esto, mejor.

Mariana había pensado mucho sobre el asunto, y decidió tomar sobre sí la parte

más peligrosa del caso: establecer contacto con Ramiro. Fue al hospital, se presentó como hermana del preso, conmovió al hombre que le había atendido, logró el permiso. Se sentó al lado de la cama del portugués. Ramiro acababa de levantarse por primera vez. Durante unos minutos se comportó como si realmente fuera una hermana: le habló de cosas familiares, le dio noticias inventadas, hasta estar segura de que nadie les observaba. Entonces le comunicó el plan de fuga.

A la semana siguiente le llevó, bajo la falda, la ropa necesaria. Le dio dinero, le hizo aprender de memoria algunas direcciones, hasta le entregó una pequeña pistola.

Un viernes, tras entregarle el gorro de soldado, le dijo:

—Puedes intentarlo la semana que viene. Un coche te esperará en la segunda esquina, a la derecha... Antes de irse, le dio la mano:

—¡Suerte!

Él la retuvo:

—Si me agarran, puedes estar tranquila. No hablaré.

Mariana sonrió:

—Estoy segura. Hasta otra vez. Algún día nos veremos.

Para Ramiro fue una semana de nerviosismo. Especialmente cuando el médico, tras examinarle el lunes, le dijo:

—Tú, muchacho, ya estás bien. Te daré el alta y volverás al cuartel... Mañana mismo saldrás. Hay que dejar sitio para otro.

Ramiro se puso pálido. Todos sus planes parecían irse abajo. Su abatimiento fue tal, que el médico le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No quieres volver al cuartel?

—Doctor, no soy un soldado, soy un preso... Preso político, condenado. Cuando salga de aquí, me llevan a Fernando de Noronha. Tengo una condena de ocho años.

—¡Hum! —hizo el médico, mirando el rostro adolescente de Ramiro. ¿Y qué diablos has hecho para que te carguen ocho años?

—Estuve en una huelga. Me condenaron por comunista —miraba al médico, intentando ganárselo—. Doctor, sea bueno, hágame un favor: déjeme quedar hasta el viernes. El viernes viene mi hermana a verme. Si me sacan de aquí, no la veré. Y usted sabe que vuelven muy pocos de Fernando de Noronha...

El médico movía la cabeza. Ramiro pensaba que se estaba negando, juntó sus manos en una súplica:

—Doctor, usted es médico, un hombre de carrera. Yo soy sólo un obrero. Estoy condenado porque pedí un aumento de jornal. Voy a pasar ocho años sin ver a mi familia. Déjeme tres días más y podré ver a mi hermana...

El médico continuaba moviendo la cabeza. Murmuró:

—Es un chiquillo... Ocho años. ¡Dios santo!

Un enfermero que se había retrasado haciendo las curas a un soldado, entró en el cuarto. El médico dijo:

—Éste tiene aún para una semana o diez días aquí. La cicatrización es lenta.

Saludó con la cabeza y se fue. Ramiro respiró. El viernes huyó del hospital. «Tengo que luchar por mí y por los camaradas presos, por Zé Pedro y por Carlos, por Valdemar y por Mascarenhas».

3

Costa Vale saltó del coche, atravesó con paso rápido el jardín del palacete, entró por la puerta abierta, se dirigió a la sala donde ya le esperaba la comendadora da Torre:

—¡Viene, viene! —anunció a la millonaria estrechándole la mano—. Artur acaba de telefonarme...

—Vamos a tomar algo —dijo la comendadora—. ¿Qué prefieres como aperitivo, un whisky o un coctel?

—Whisky...

Un criado recibió las órdenes. La comendadora hizo un gesto a la sobrina soltera para que se retirara. Allí, a solas ya con el banquero, dio rienda suelta a su alegría:

—Muy bien, muy bien... Así que se ha decidido ¿eh? Este Arturzinho, con todas esas manías idiotas de hidalguía, sigue siendo único para ciertas cosas... Sólo él podía convencer a Gegé. Hablando con franqueza, ya no contaba con eso. Getúlio está enteramente en manos de los alemanes. Y se siente tan alemán que cualquier día nos sorprende con la noticia de que ha entrado en guerra a favor de Hitler.

—La llegada de mister Carlton ayudó mucho. Los norteamericanos andan bastante alarmados con las tendencias de Getúlio. Si sigue así, amiga mía, vamos a tener que poner a otro en su lugar. Según me dijo Artur, la embajada ha presionado. Me lo dijo veladamente, por teléfono. Y las noticias de la llegada de Armando Sales a Buenos Aires y la repercusión de su manifiesto en la prensa norteamericana, deben de haber contribuido también...

—¿Qué manifiesto?

—Armando lanzó un manifiesto. Se lo escribió nuestro amigo Tónico Alves Neto. Llegaron juntos los dos a Argentina, desde Portugal. Acusa a Getúlio de estar haciendo una política proalemana, de traicionar la política de buena vecindad. En fin, Armando se presenta ante los norteamericanos como el hombre capaz de hacer que Brasil se alinee con los Aliados. Los periódicos de Nueva York recibieron el manifiesto como agua de rosas. Y aprovecharon la oportunidad para pegarle algún palo que otro a Getúlio. Creo que se ha asustado, y que por eso ha decidido venir a nuestra fiesta.

—Muy bien, muy bien. Por mi parte, lo que quisiera es que esa guerra durase lo más posible. Es una verdadera mina de oro, Costa. Estoy exportando textiles hasta a África del Sur. Tanto que he tenido que poner al personal a hacer horas extraordinarias. Y acabaré por tener las fábricas trabajando día y noche...

Sus ojitos maliciosos centellearon:

—También, para aguantar los gastos de Paulo y de Rosinha en París, necesito un dineral. No puedes imaginarte qué cuentas me llegan... Ese caballerito me está costando un ojo de la cara. No tiene el menor juicio ese muchacho. ¿Te has enterado de la última?

—¿Cuál? —preguntó el banquero, poco interesado en la charla.

—Lo del cabaret de Montmartre, que puso patas arriba... Pensé que lo sabrías. Marieta estaba allí.

—Creo que me dijo algo en una carta. No me acuerdo.

—¡Un horror! Parece que Paulo se encharcó de champán y cuando le dijeron que era la hora de cierre, no se conformó. Y luego, lo de siempre... Empezó a romper todo lo que encontraba delante. Y la cuenta, para mí. Una cuenta increíble. Afortunadamente, con esto de la guerra, los negocios marchan. Si no, iba a tener que escribirle unas líneas a ese pollo...

—Cosas de muchacho... —Costa Vale quería acabar aquella conversación, deseoso de volver a los asuntos que le interesaban.

Pero la comendadora, contenta con las noticias que le traía el banquero, pedía noticias de Marieta:

—¿Y Marieta? ¿Cuándo llega?

—Al fin ha conseguido pasaje en un barco español. Saldrá de Lisboa un día de éstos.

—Estoy ansiosa de que llegue. Me traerá noticias de Rosinha. ¿Está contenta?

Costa Vale hizo un gesto brusco:

—Creo que sí. Pero, comendadora, vamos a hablar de cosas serias. Mandé llamar a Venancio Florival. Tenemos que llevar a los japoneses al valle cuanto antes. Quiero explicarle lo que estamos haciendo, porque mañana tenemos que discutir con mister Carlton. Él llegará en el primer avión. Artur vendrá con él. Tenemos mucho de que hablar —cogió la cartera, sacó unos papeles. La comendadora acercó una silla.

Iban al fin a inaugurar las instalaciones de la Empresa de Valle de Rio Salgado, y el Presidente de la República asistiría a la ceremonia. Ya una vez habían pensado en llevarle a las orillas del río, en ocasión de la primera piedra en la obra. Aquella vez no fue posible porque la policía había aconsejado que se aplazara la visita ante las revelaciones de Heitor Magalhães. Pero luego fue pasando el tiempo, todo en el valle estaba tranquilo y su fisonomía había cambiado: estaba terminado el aeródromo, se iba directamente desde Cuiabá a las márgenes del río, se alzaban edificios, había luz eléctrica, habían tendido raíles desde las minas de manganeso hasta la sede de la empresa. Los yacimientos estaban perfectamente localizados, listos para iniciar la extracción. Una pequeña ciudad de casas de madera había surgido en el lugar del antiguo campamento, y centenares y centenares de obreros trabajaban allí. Es verdad que las fiebres no habían sido eliminadas. El trabajo de saneamiento realizado bajo la dirección del profesor Alcebíades de Morais se había limitado a procurar unas buenas condiciones de vida para los ingenieros y los altos empleados de la empresa. Es verdad también que los caboclos continuaban ocupando las tierras como antes, pese a que se les había enviado una notificación con la sentencia del tribunal. Pero eso preocupaba muy poco a Costa Vale: que las fiebres malignas, que la malaria y el tifus diezmaran a los obreros (los cuerpos ya no se tiraban al río. Una de las atracciones

del lugar era el pequeño cementerio), no importaba mucho. Había una verdadera inmigración de campesinos que se ofrecían para trabajar en las obras de la empresa, intentando huir de las condiciones aún más miserables de las haciendas. La mano de obra era barata y abundante. Mientras hubiera confort y salubridad en la pequeña colina donde se alzaban los graciosos chalets de los ingenieros y los empleados — para éstos, el profesor Alcebíades de Morais había hecho abrir fosas, excavar pozos de buena agua, había saneado realmente la parte en que vivían— el resto no importaba. En el almacén había quinina en cantidad. ¿Qué más podían desear los obreros?

Tampoco le asustaban los caboclos del valle. Nunca había pensado que se retiraran con la simple notificación de la sentencia del tribunal, reconociendo los derechos de la empresa sobre todas aquellas tierras de las orillas del río. Pero cuando vieran llegar a la policía militar para ocupar las tierras e instalar a los japoneses, entonces se marcharían rápidamente. No tendrían otra opción más que trabajar de colonos en las nuevas haciendas de Venancio Florival. El terrateniente había extendido sus cercas hasta casi las orillas del río, había mucha tierra por roturar, los caboclos eran hábiles en este trabajo. Y había llegado la hora de poner en marcha aquella operación de limpieza.

Realmente, los japoneses estaban ya en São Paulo, dispuestos a seguir el viaje al Mato Grosso. Urgía, en consecuencia, expulsar a los caboclos, levantar rápidamente barracones de madera donde ahora había chozas de barro, llevar hasta allá a los inmigrantes. Las fiestas inaugurales de las obras de la empresa de Valle de Rio Salgado estaban marcadas para diciembre. Habían invitado a una multitud.

Mister Carlton acababa de llegar de los Estados Unidos, y el presidente, al fin, había decidido asistir. Costa Vale le iba exponiendo a la comendadora todo el trabajo que había aún por realizar en el tiempo que faltaba para la inauguración:

—Venancio Florival se encargará de los caboclos. En diez o quince días de trabajo se levantan los barracones de madera para los inmigrantes. Le he encargado a Shopel que organice la caravana para la fiesta. Creo que llevaremos unos diez aviones llenos de gente. Y cuando nuestro valle empiece a producir, Paulo puede poner patas arriba todos los cabarets que quiera... Con esa gente no hay límites al dinero que vamos a ganar, comendadora...

La comendadora volvía al asunto de la política del presidente:

—¿No crees que Getúlio acabará entrando en guerra al lado de los alemanes? Dicen que los generales le están presionando en este sentido...

—Sí, un grupo de generales. Están convencidos de la victoria de Hitler. Y no sólo ellos: también el jefe de la policía, la gente del Departamento de Prensa y Propaganda, del Ministerio del Trabajo. Artur me ha dicho que su posición es cada vez más difícil en el gabinete. Pero toda esa gente es incapaz de ver más allá de sus narices. Ésa es nuestra ventaja...

—Tú crees que Hitler va a perder la guerra... —la comendadora movía la cabeza

en un gesto de duda. Yo creo que no.

—Claro que no. Claro que va a ganar. Pero hay una diferencia de detalle que es muy importante. Hitler va a dominar Europa, a liquidar Francia e Inglaterra, a acabar luego con la Rusia comunista. Y con eso ya tiene trabajo para rato. Entonces los Estados Unidos llegarán a un acuerdo con él: Europa para Hitler y América y Asia para los norteamericanos. Eso es lo que va a ocurrir. Nosotros, aquí, amiga mía, estamos en la zona de influencia de los listados Unidos. Y es esto lo que cierta gente no sabe ver. Creen que Hitler se va a quedar con todo, y se equivocan. Y si Getúlio se equivoca también, ya nos cuidaremos de él.

Hablaba con voz inflexible de dueño y señor. Se bebió el resto del vaso. Concluyó:

—Getúlio baila, pero quien dirige la orquesta, soy yo. Y, o baila al son de nuestra música, o no faltará quien lo sustituya en el gobierno del país...

En la rápida piragua, leve y frágil, un hombre rema río arriba con esfuerzo. La madrugada despunta sobre los árboles y los animales, una luz azulada lucha contra las sombras de la noche en la selva, los pájaros despiertan, sus gorjeos irrumpen, y el hombre sonrío al reconocer los cantos diversos, del sabiá, de la patativa, del curió, del cardenal. Conoce todos aquellos gorjeos y puede imitarlos. Su abuelo le había enseñado a imitar la voz de los pájaros en los días de su infancia en las haciendas de Venancio Florival. Pobre abuelo, toda su vida inclinado sobre la tierra, para acabar muriendo en un calabozo de São Paulo, sin entender nada de lo que le ocurría. Nestor redobla los esfuerzos al remo, la mañana no tardará en llegar, y tiene prisa. El negro Doroteu le ha comunicado una noticia importante. Van a venir los soldados para expulsar a los caboclos. Dentro de poco, los gorjeos de los pájaros, los agudos silbidos de las serpientes, el ronco rugido del jaguar, los chillidos estridentes de los monos, se mezclarán con el ruido de las balas.

Su misión es advertir a Gonçalo de la próxima llegada de los soldados, y volver lo más rápido posible. Su lugar está junto a Claudionor, entre los aparceros de la hacienda. Nestor siente que un estremecimiento le recorre el cuerpo ante la proximidad de la acción. ¡Hace tanto tiempo que esperaban la llegada de los soldados...! Pero no ha sido tiempo perdido, ni para él ni para Doroteu, ni tampoco para Gonçalo. Desde el paseo que se dio Miranda por aquellos parajes, hace más de un año, la policía no ha vuelto por allí. Algunos caboclos —pocos— se habían marchado al recibir la notificación de la sentencia del tribunal disponiendo de las tierras en beneficio de la empresa. Pero la mayoría había permanecido en las plantaciones como si nada ocurriera. También se había ido el moro Chafik, temeroso de verse complicado en los acontecimientos, detenido otra vez y entregado a las autoridades francesas de Cayena. La piragua en la que Nestor recorre el río era de Chafik. Se la dio a Gonçalo antes de desaparecer para siempre. Un gaucho vino a establecerse en la tienda del moro. Compraba habichuelas y maíz a los caboclos, iba a Cuiabá con su carga. Era un compañero. En sus idas y venidas establecía el contacto entre Claudionor, en el poblado de Tatuacú, Doroteu en el campamento, y Gonçalo y Nestor en la selva. Se llamaba Emilio y procedía de Rio Grande. Amigo de la buena charla, casi tan grande como Gonçalo.

Nestor dirige su piragua hacia la tienda del gaucho, esforzándose con los remos. Tiene que llegar lo antes posible. Doroteu le había recomendado prisa, el negro parecía excitado. Por primera vez había visto Nestor una sonrisa en el rostro casi siempre triste del obrero. Negro feo, pero bueno, aquel Doroteu, pensaba Nestor. Los obreros del campamento le adoraban. Se reunían por la noche, bajo las estrellas, para oírle tocar la armónica, y qué bien tocaba. Sólo que nunca sonreía y, cuando tocaba, se ponía aún más melancólico. Algo muy triste debía de haberle ocurrido en el pasado. Nestor le apreciaba. Con el negro había aprendido mucho. Vio crecer entre

los obreros de la empresa la organización del Partido, asistió a la formación del sindicato, y comprendió, en el contacto con Doroteu, que aquella concentración obrera a orillas del río vendría a dar un impulso nuevo al trabajo entre los campesinos. A medida que pasaba el tiempo bajo las pesquisas judiciales, el trabajo se iba haciendo más amplio y profundo. Hacían reuniones de aparceros y asalariados en la aldea de Tatuacú, en los días de fiesta. Nestor volvía a recorrer la hacienda, obreros del campamento aparecían también en los días de descanso. El mismo Gonçalo salía también a veces de sus escondrijos de la selva para ir a las reuniones y colaborar, bien en la organización de los obreros, bien en el trabajo del campo. Sí, habían aprovechado bien aquel año, y los soldados iban a tener una sorpresa...

Mucho había cambiado el valle en aquellos meses. Pero no en aquella parte del río por donde boga la canoa de Nestor: allí estaban las mismas plantaciones de los caboclos, las chozas de barro. Pero, al pie de las montañas, donde se habían establecido los ingenieros norteamericanos, latía una vida intensa. Cada día llegaban nuevos obreros, nuevas remesas de máquinas, y ahora el ronquido de los aviones sobre la selva asustaba incluso a los feroces jaguares. En los últimos días la actividad era febril. Doroteu le había contado a Nestor que los gringos preparaban la gran fiesta de la inauguración de las obras de la empresa. Pero antes querían echar a los caboclos de sus tierras y llenar aquello de japoneses. La hora que tanto habían esperado se acercaba. Nestor se esfuerza con los remos, los músculos de sus brazos delgados parecen querer saltar bajo la piel. Manchas de claridad rompen la noche de la selva. Un sabiá gorjea su canto matinal. Nestor ve a lo lejos la cabaña de Emilio.

Dos canoas pasaron primero. Hombres con prismáticos estudiaban las márgenes del río, las huertas de los caboclos. Bajaron a tierra en algunas de ellas, hablaron con los campesinos, examinando el terreno, tomando notas. Eran los ingenieros y capataces encargados de construir los barracones para los colonos japoneses. Después, las canoas regresaron, y durante dos días no sucedió nada.

Una madrugada, no obstante, Emilio, vigilante desde el aviso de Nestor, vio con sus prismáticos una gran cantidad de canoas a motor que llegaban río arriba. Eran ellos que venían, los soldados de la policía militar y las primeras levas de japoneses. El gaucho lanzó su canoa al río. Gonçalo estaba escondido más arriba, en casa de Nhó Vicente.

Grandes canoas a motor, algunas llenas de soldados, otras con soldados y colonos japoneses. Por ahora venían sólo algunos colonos escogidos. Las familias habían quedado en un campamento improvisado, al lado de las obras de la empresa. La orden que los soldados traían era expulsar a los caboclos, ofreciendo transporte a los que acataran la orden, llevándose a la fuerza a los recalcitrantes. Hombres de Venancio Florival esperaban en el campamento a las levas de caboclos para transportarlas, por las buenas o por las malas, a las nuevas tierras del hacendado.

Al aproximarse a la primera choza de caboclos, los soldados aprestaron las armas, dispuestos a todo. Pero no había señal de vida ni en la plantación ni en la choza. Las canoas se acercaron a la orilla. Desembarcaron algunos soldados al mando de un sargento. La choza estaba desierta, las huertas también. El sargento volvió para recibir órdenes del teniente que estaba al frente de la expedición. El teniente se rascó la cabeza; era una situación inesperada. Con aquello no contaban. Desembarcó también. Otros soldados le siguieron a una orden suya. Examinó la huerta, la cabaña abandonada. El sargento informó:

—La casa estaba habitada aún ayer. Vea los restos de comida. El fuego está todavía encendido. Deben de andar cerca.

Organizaron una batida por las proximidades, pero no encontraron ni rastro. Junto a las cercas empezaba ya la selva. El teniente estaba cada vez más desconcertado. Volvió a las canoas, conversó con un joven ingeniero norteamericano que fumaba en pipa, hablaba muy mal portugués y tenía prisa. Habló también con el jefe de los japoneses, un hombrecillo de gafas que se hacía entender por medio de un intérprete, otro japonés emigrado muchos años antes a Brasil. De la conferencia resultó la decisión de tomar posesión oficialmente de la tierra, de dejar allí a uno de los japoneses, a dos números de la policía militar, y a uno de los capataces encargados de estudiar la construcción de los barracones. Les dejaron también algunas vituallas. A la vuelta, según decidió el ingeniero, volverían a embarcar al capataz. Los soldados, por lo que pudiera pasar, se quedarían hasta que llegara la familia del colono que debía establecerse en aquella plantación. De este modo empezó la lucha por el Valle

de Rio Salgado.

A medida que iban dejando colonos, soldados y vituallas en las chozas y plantaciones abandonadas por los caboclos, un sentimiento de inquietud iba dominando al teniente. En cambio, el joven ingeniero norteamericano se mostraba satisfecho; los caboclos habían decidido marcharse y aquello le parecía lo mejor: evitaba complicaciones en la sede de la empresa, escenas tal vez desagradables. El ingeniero temía —y también el ingeniero-jefe, con quien había hablado antes de ponerse en marcha— que la llegada de los caboclos presos, llevados a la fuerza, provocara alguna agitación entre los obreros. O mejor: que aumentara la agitación provocada por la llegada de los hombres de la policía militar con la misión de expulsar a los caboclos.

Entre lentas pipadas, en su mal portugués, le dijo al teniente:

—Mi estar contento. Caboclo tener miedo. Escapar. *Very good!*

—Pues mire, yo no estoy nada contento. No hay quien me saque de la cabeza que esos muertos de hambre están preparando una emboscada.

El teniente propuso que todos pasaran la noche en el río, en las canoas, a la espera de lo que pudiera ocurrir, pero el ingeniero se opuso: las canoas debían volver para traer al día siguiente nuevos colonos y los obreros que tenían que construir los barracones. Ésas eran las órdenes que había recibido. Que se quedaran los soldados, si el teniente lo quería así, pero él se volvía con las canoas.

—Entonces, yo me quedo con mis hombres —dijo el teniente.

Ocupó la tienda de Emilio. Con él se aposentaron el sargento y unos cuantos soldados. El jefe de los colonos japoneses miraba todo aquello con espanto. Hablaba rápido y largamente con el compatriota que sabía portugués.

Fue llegando la noche. Marcharon las canoas. Quedó sólo una, a disposición del teniente. En las cabañas de los caboclos, ahora ocupadas por japoneses y soldados, empezaron a encenderse las hogueras. Con la noche llegó una brisa fría y una nube infinita de mosquitos. Los soldados, alrededor de las hogueras, se contaban historias de Cuiabá, cosas ocurridas en las calles de los burdeles. El teniente fumaba pitillo tras pitillo, con la esperanza de espantar a los mosquitos. De repente, muy lejos, donde habían dejado a los últimos japoneses con algunos soldados, empezó el tiroteo.

Aquella primera salida fue todo un éxito para los caboclos. Habían atacado cuatro plantaciones, las más distantes, y de las cuatro habían expulsado a los moradores y a los vigilantes. La canoa enviada por el teniente sólo pudo recoger a soldados despavoridos, tres de ellos heridos, y a japoneses, presa del pánico. Uno de los nuevos colonos había muerto ahogado al intentar huir. Las aguas del río se habían llevado el cuerpo, cardúmenes de pirañas aparecían en su rastro sanguinolento.

El teniente concentró a sus hombres en una de las plantaciones. Pasaron el resto de la noche sin dormir, esperando. Pero los caboclos no volvieron aquella noche. Al amanecer murió uno de los soldados heridos.

Gonçalo había estudiado durante meses la táctica más conveniente para cuando llegara el momento de la lucha. Por otra parte, no hacía mucho, sólo dos meses, había pasado por allí el camarada João y aprobó sus planes. El gigante le había dicho:

—No vamos a poder mantenernos en las zonas cultivadas. Aunque contemos, como espero, con la solidaridad de los obreros y tal vez la de los jornaleros de Florival. Va a ser imposible. Si nos quedamos en las chozas, nos aplastan en pocos días.

—¿Y qué piensas hacer, pues? —le había preguntado João.

—Lo importante es el escarmiento, ¿no? Y hacer difícil la vida de los gringos, mostrarles que esta tierra es nuestra, que sus riquezas nos pertenecen, ¿no? Y crear en los campesinos una conciencia de sus derechos sobre las tierras que trabajan, ¿no? Pues eso es lo que vamos a hacer. No serán los caboclos los que expulsen a los norteamericanos de aquí. Eso lo harán los obreros de la empresa cuando llegue nuestro gran día. Pero los caboclos despertarán en todo el valle un movimiento de solidaridad contra los gringos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Sacrificar la menos gente posible. Ya lo tengo todo combinado con Nhó Vicente: se quedarán con nosotros sólo los solteros o los que, como él, tienen otra persona que pueda ocuparse de la familia. Estamos alejando a las mujeres y a los niños, poco a poco, hacia el interior de la selva, a las zonas de los buscadores de diamantes, de los garimpos, para que inicien su nueva vida por allá. Hemos amontonado munición en estos meses. Emilio vuelve cargado de cada viaje. Lucharemos mientras nos dure la munición. Durante algunos meses, tal vez, lograremos impedir que la empresa tome posesión efectiva de estas tierras. Y si la solidaridad marcha como pensamos, no sólo lograremos paralizar los trabajos de la empresa, sino que daremos también una lección a Venancio Florival.

—¿Y cómo piensas llevar la lucha?

—Dejaremos que ocupen las plantaciones, y por la noche, atacaremos, un día una, otro otra, expulsando a los japoneses. Lucha de guerrilla, ¿comprendes? Durante el día estaremos en la selva, donde no nos pueden agarrar. Por la noche nos acercamos a

la orilla y atacamos. ¿Sabes quién me dio esa idea? El viejo Vicente. Al principio yo creía que lo mejor era que nos quedáramos en las plantaciones y que muriéramos en ellas, pero el viejo me dijo: «Amigazo, lo que aquí se necesita es hacer lo que los bandidos...». Y tenía razón. En vez de dejarnos aplastar en una matanza de un día, vamos a sostener una lucha de meses.

João se mostró conforme. Se había reunido con Gonçalo, Emilio, el negro Doroteu y Nestor. Había oído los informes, discutió cada detalle del trabajo en el campamento, en las haciendas, en la aldea de Tatuacú. Cuando se iba, Gonçalo le pidió:

—Camarada, es posible que esta vez se me lleve el diablo. Ya he salido de muchas y puede que ésta sea la última. Si es así, se acabó... Se acabó José Gonçalo para siempre... Pero antes quisiera pedirte un favor...

—Dime.

—Cuando encuentres al camarada Vitor, dile que he cumplido lo prometido. Él me mandó, en nombre del Partido, que viniera a estas tierras a esperar aquí a los gringos para mostrarles que esta tierra es nuestra. Si muero, dile que cumplí la tarea hasta el fin.

—Quédate tranquilo. Lo haré.

En aquellos tiempos de espera, la mayor parte de las familias fue conducida al interior. Por las plantaciones de la orilla del río quedaban caboclos decididos a defender sus tierras como fuera. Cuando Nestor llegó con el aviso, Gonçalo tomó las últimas disposiciones. Habían abierto un claro en el bosque y allí se reunieron al abandonar sus chozas y sus campos. Y por la noche lanzaron el primer ataque. Fue un éxito total. Soldados y japoneses, sorprendidos, sólo pensaron en la huida ante aquellas descargas que salían de la noche. Ninguno de los caboclos cayó ni fue herido. Pero Gonçalo sabía que, en el futuro, todo iba a ser más difícil.

El teniente esperaba impaciente la vuelta de las canoas. Al fin, cuando la mañana iba ya alta, aparecieron, cargadas de japoneses, de obreros, de capataces, bajo el mando del mismo ingeniero norteamericano de la víspera. El teniente abrió los brazos, con un gesto de dramatismo espectacular:

—Lo que necesito son soldados, no a esta gente...

El ingeniero norteamericano casi dejó caer la pipa cuando vio a los heridos y se enteró de los acontecimientos de la noche.

—¡Ya se lo dije! ¡Ya se lo dije! —repetía el teniente, furioso—. Yo ya lo sabía...

El jefe de los colonos japoneses, llegado también con las canoas, exigía la vuelta inmediata de todos los colonos a la sede de la empresa. Ahora era el norteamericano quien se rascaba la cabeza, sin saber qué hacer. Al fin, después de largos conciliábulos, se decidió que las canoas regresarían con los obreros y los japoneses, y que volverían el mismo día con nuevos soldados. No podían pensar, efectivamente, en construir nuevos barracones hasta haber eliminado a los caboclos.

Cuando, al caer de la tarde, volvieron una vez más las canoas de la sede de la

empresa, los soldados fueron atacados con fuego cerrado desde la selva. Respondieron, pero era difícil disparar desde las canoas. El ingeniero norteamericano, armado con un *colt*, ordenó el ataque de las canoas a la orilla para lanzar a los soldados contra los caboclos, aprovechando aquella ocasión en que se aventuraban durante el día. Pero no llegó siquiera a acabar las explicaciones: una bala le alcanzó en plena frente y rodó sobre los soldados. Luego, cuando cesaron las descargas, las canoas pudieron continuar su viaje hasta la cabaña de Emilio, donde el teniente había reunido a los soldados.

Sólo allí encendieron hogueras. Las plantaciones estaban abandonadas. Una canoa volvió a la sede de la empresa con el cadáver del ingeniero. En los periódicos de Río y de Sao Paulo empezaron a aparecer las primeras noticias de lo que ocurría en el valle. Aquella noche, los caboclos no atacaron.

A pesar de que la guerra ruso-finlandesa había empezado y de que las noticias internacionales llenaban las primeras páginas de todos los periódicos, algunos dedicaron varias columnas al joven ingeniero muerto en el valle. Le saludaban como a un héroe, desbravador de la selva, como a un misionero de la civilización, «técnico competente que había puesto sus conocimientos al servicio de Brasil». El cuerpo fue llevado en avión a São Paulo, y el entierro salió del consulado norteamericano. Una bandera de los Estados Unidos cubría el féretro. El embajador yanqui, un representante del presidente de la República, secretarios de Estado e industriales acompañaron el féretro hasta el cementerio anglicano. La prensa exigía una acción enérgica y violenta contra los «bandidos» que infestaban el valle.

En la Delegación de Orden Político y Social, Barros echaba pestes contra Miranda:

—Y tú me aseguraste que el tipo ese había huido a Bolivia... Que no había ni rastro de comunistas por allá. ¿Quién ha levantado ahora a los caboclos, sino Gonçalo? ¡Claro que es él...! Sois todos una pandilla de inútiles...

Barros se preparaba para la entrevista con Costa Vale. Él mismo la había solicitado. Quería ponerse a disposición del banquero. Tal vez le encargaran de la represión contra los caboclos. Pensaba decirle: «Todo consiste en agarrar a ese Gonçalo». Y para agarrar a Gonçalo, sólo él, Barros, con sus muchos años de experiencia en la lucha contra el comunismo.

Pero antes de salir tuvo que atender al profesor Alcebíades de Morais, de la Facultad de Medicina de São Paulo. El profesor venía a verle en nombre de numerosas personalidades paulistas para invitarle a formar parte de un comité de apoyo a Finlandia. Le explicó sus objetivos: aprovechar la guerra entre Rusia y Finlandia para intensificar la campaña contra el comunismo, al tiempo que recogían dinero para enviar material médico para los soldados finlandeses. Era una idea patriótica y simpática, afirmaba el profesor, que había contado inmediatamente con la adhesión de notables figuras de la vida brasileña. El presidente de honor era el encargado de negocios de Finlandia, y en la directiva figuraban nombres como el del ministro Artur Carneiro Macedo da Rocha y Costa Vale. Habían recibido también la adhesión de numerosos industriales, de poetas conocidos, como César Guilherme Shopel, de la mejor gente, como podía ver el señor delegado —y le tendía una hoja de papel con las adhesiones.

Barros paseó la vista por los nombres allí alineados, mientras el profesor repetía:

—Su nombre, señor delegado, es indispensable...

—Tesorero: Doctor Heitor Magalhães, médico —leyó Barros en voz alta.

—¿Le conoce? —preguntó el profesor—. Es un joven de mucho talento. Fue a él a quien se le ocurrió la idea inicial, una brillante idea. Ese muchacho fue comunista durante un tiempo, pero renegó de ese pasado y escribió un interesante libro sobre los

métodos de los rojos. Es un joven de futuro.

—De futuro, sin duda —respondió Barros firmando la lista—. Bien, profesor, le estoy muy agradecido de que se haya acordado de mí.

—Nadie más digno que usted de figurar en una sociedad como ésta. No tiene nada que agradecerme. Es la justicia la que habla por mi boca...

—¿Y qué me dice de los sucesos de Valle de Rio Salgado?

—¡Qué le voy a decir! Pues, muchas cosas: hace tiempo ya que yo había previsto algo así. Hace casi un año se lo dije a don Venancio Florival: hay que echar del valle a esos caboclos cuanto antes... Pero no me hizo caso...

—Están dirigidos por uno de los comunistas más peligrosos del país, un bandido llamado José Gonçalo, especialista en este tipo de acciones. ¿No ha oído usted hablar de la lucha de los indios de Ilheus?

El profesor tenía una vaga idea.

—Pues la dirigió él. Este amigo nuestro, Heitor Magalhães, en sus tiempos de comunista, se encontró con él en el valle.

El profesor tendía los brazos, suplicante:

—¡Ah, señor delegado! ¿Cuándo permitirá Dios que nos veamos libres de esta plaga comunista?

—Muy pronto, profesor. Hemos llevado ya al Partido hasta un punto en que le va a ser difícil recuperarse. Son sólo un puñado miserable de gente. Lo hemos logrado, al menos aquí, en Sao Paulo, y en Río, donde tenemos gente capacitada. Pero en Mato Grosso... ya ve. Iba ahora a ver al señor Costa Vale. Tal vez me encarguen la responsabilidad de acabar con esos comunistas de Mato Grosso. Si es así, puede estar seguro de que no va a quedar ni rastro de ellos...

Pero no fue así. La cosa era más complicada de lo que Barros pensaba. Costa Vale oyó sus revelaciones sobre Gonçalo sin aparentar demasiado interés:

—Sí, ya lo sabemos. ¿Y por qué no le detuvo usted entonces? ¿Por qué le dejó suelto en el valle para que nos preparara una encerrona así? ¡Y ahora, cuando el Dr. Getúlio estaba dispuesto a ir a inaugurar las nuevas instalaciones!

Hablaba con voz fría. El delegado bajó la cabeza:

—Mandé algunos hombres al valle, pero la policía de Mato Grosso dificultó nuestra acción.

—No son ésas las informaciones que tengo. Lo que sí sé es que los hombres que usted mandó andaban muertos de miedo por el valle y «descubrieron» que el tal Gonçalo había huido a Bolivia. ¿No fue exactamente así?

Ante el desconcierto del delegado, continuó:

—Y lo mejor es que usted trate de cumplir su deber aquí. Los comunistas asoman las narices de nuevo.

—¿Dónde? —su pregunta era casi una réplica al banquero.

—¿Dónde? ¡Aquí mismo! ¡En São Paulo! ¿O es que usted no anda por las calles? Vea las paredes de mi banco, pintadas noche tras noche. ¿O es que no sabe leer? Hoy

mismo he recibido por correo un papel de los comunistas en el que con su desvergüenza habitual dicen que somos nosotros y los norteamericanos quienes queremos arrebatarles sus tierras a los caboclos... ¿No compra usted la revista *Perspectivas*? Pues yo sí, la compro. Usted, señor Barros, tiene bastante trabajo aquí, si es que quiere realizarlo. Deje lo del valle en mis manos. Yo acabaré con los caboclos y con el Gonçalo ese antes de lo que ellos piensan. No va a quedar ni uno para contarlo.

Se levantó, tendió la mano al delegado, finalizando la entrevista.

El comandante de la policía militar de Mato Grosso, un capitán del Ejército con grado de coronel de la policía, Costa Vale, un secretario de la embajada del Japón, el terrateniente Venancio Florival, el sociólogo Hermes Resende y el ingeniero-jefe de las obras de la empresa, trataron largamente de la situación. Hermes Resende tomaba notas entusiasmado ante aquella oportunidad. Se sentía un nuevo Euclides da Cunha, y trazaba ya las líneas maestras de un libro que superara con mucho la importancia de *Os Sertões*.

Costa Vale dictaba medidas: los soldados de la policía militar, reforzados por los jagunços, los mercenarios semibandidos de Venancio Florival, mantendrían ocupadas las plantaciones de los caboclos y durante el día harían entradas en la selva para localizar a los rebeldes. Había que exterminarles uno a uno. Tratarles sin piedad, para escarmentar a los otros. Cortar la osadía de raíz, como exigía Venancio Florival.

Todos estuvieron de acuerdo con estas medidas. Con los japoneses fue, no obstante, más difícil. Costa Vale, apoyado por la argumentación del ingeniero-jefe norteamericano, exigía la instalación inmediata de los colonos japoneses en las márgenes del río, antes incluso de haber alzado los barracones. Los capataces y algunos obreros irían con los colonos, y entre todos levantarían las casas de madera. Al fin y al cabo, los colonos habían venido del Japón para roturar aquellas tierras, para desbravarlas. No para quedarse paseando por el campamento, junto a la sede de la empresa. El ingeniero-jefe explicaba, reforzando las palabras del banquero, el peligro que suponía la permanencia allí de los japoneses: los obreros andaban inquietos, miraban con malos ojos a los nuevos colonos, y él temía una agitación perjudicial para la marcha de los trabajos. Un conflicto, tal vez, entre obreros y japoneses. Pero el jefe de los colonos se oponía: no quería instalar a sus hombres en el valle hasta que el terreno estuviera libre de caboclos. Costa Vale acabó por irritarse, y atajó con voz cortante: «¿Qué se creían, que habían venido allí para dar órdenes? Eran colonos, sólo colonos, y tenían que obedecer». Entonces intervino el secretario de la embajada japonesa, con su voz blanda, hablando un inglés perfecto: pidió que le dejaran hablar a solas con los responsables de los colonos, y de aquella conferencia salió la solución. Los japoneses se disponían a salir para las plantaciones. Sólo un pequeño grupo de dirigentes quedaría en el campamento.

Y proseguían los combates. Los caboclos no se contentaban ahora con expulsar de las chozas a los japoneses y a los soldados. Las ocupaban durante la noche, destruían el trabajo realizado durante el día. Las llamaradas lamían los barracones en construcción. Entre los soldados empezaron a manifestarse síntomas de desmoralización: se pasaban la noche sin dormir, a la espera del ataque. Durante el día tenían que proteger a los colonos y a los obreros, mientras éstos trabajaban. Los obreros lo hacían de mala gana, mascullaban protestas contra los japoneses. Los soldados preguntaban también qué habían venido a hacer allí aquellos hombres de

lengua complicada, con qué derecho expulsaban a los caboclos de sus tierras. Hubo incluso un caso de deserción: un soldado se pasó a los caboclos. El jefe de los colonos y el comandante de la policía militar aparecían en una canoa a motor durante el día, inspeccionaban los trabajos, recogían a los heridos, ordenaban salidas a la selva. El teniente daba cuenta de los últimos acontecimientos.

A veces pasaban días y días sin que los caboclos atacaran. Y, de pronto, una noche, atacaban al mismo tiempo tres o cuatro plantaciones distintas, cayendo sobre los hombres en la oscuridad, mostrándose lo menos posible, asaltando las canoas, hundiéndolas, incendiando los barracones, destruyendo los planteles. Y las noticias circulaban por todo el valle y por las haciendas de los alrededores, aumentadas de boca en boca. «El diablo andaba suelto por el valle», decían los viejos campesinos. En la sede de la empresa, los obreros esperaban ávidos la llegada vespertina de las canoas con los heridos. Por el campamento se difundían los detalles de la lucha. El tiempo pasaba, y continuaba aquel combate obscuro y sin fin. Se habían aplazado hasta enero las fiestas de la inauguración. Costa Vale echaba espumarajos de rabia, exigía a Venancio Florival el envío inmediato de los jagunços, hombres capaces de ir a cazar a los caboclos por la selva. Su única satisfacción aquellos días fue la captura de tres comunistas cuando estaban pintando la fachada de su banco, en São Paulo. Cuando Barros le dio por teléfono la buena noticia, Costa Vale recomendó:

—Déles una buena lección a esos bandidos.

—Déjelo de mi cuenta.

Los jagunços de Venancio Florival reforzaron a las tropas de la policía militar. Un avión, llegado desde São Paulo, efectuó varios vuelos sobre la selva, intentando localizar el campamento de los caboclos. Los jagunços empezaron a hacer penetraciones en la selva, a abrirse camino, a buscar el rastro de los atacantes nocturnos.

Las incursiones de los caboclos encontraban ahora una defensa mejor organizada. Los soldados habían alzado empalizadas en torno de las plantaciones. Los jagunços eran hombres de puntería certera.

Y era evidente que los caboclos empezaban a economizar la munición.

Una noche, por primera vez, los caboclos tuvieron que retroceder en un ataque, dejando tras sí muertos y heridos. El teniente envió al día siguiente las cabezas de los caboclos muertos (los cuerpos habían sido arrojados al río) y los dos heridos a la sede de la empresa, fuertemente amarrados, tirados en el fondo de la canoa.

La noticia se extendió rápidamente. Los obreros, cuya jornada había terminado, se apretaban en el pequeño muelle para asistir a la llegada de la canoa. Los policías mostraron las cabezas: las largas cabelleras empapadas en sangre. Los heridos gemían. Venancio Florival mandó atar a los dos caboclos a un árbol, entre las protestas del ingeniero jefe, que prefería interrogarles en el edificio ocupado por la policía militar.

—Hay que hacer un escarmiento en público —dijo el hacendado—. Para que

aprendan los otros, para acabar para siempre con los deseos de revuelta. ¡Para siempre!

Los soldados de la policía militar mantenían a los obreros a distancia. El ingeniero jefe fue en busca de Hermes Resende para ver si lograba convencer al exsenador. Armado de una tralla de vaquero, Venancio empezó a interrogar a los caboclos. Pero éstos se limitaban a gemir. Ni una palabra salió de sus bocas. El ingeniero jefe le dijo a Hermes:

—Esas cosas no se hacen en público...

El escritor llegó casi corriendo, exactamente cuando el hacendado hacía vibrar una vez más la tralla sobre los heridos. Un murmullo se alzó de la masa de operarios.

—¡Pero Venancio! ¿Qué es eso? ¿Es que se ha vuelto usted loco?

Entre él y el ingeniero se llevaron al hacendado, que se debatía furioso. Sangraban los rostros de los caboclos. Los soldados apuntaban con sus armas a los obreros. El silencio se extendió por todo el campamento como para dejar espacio libre a los lamentos de los presos. Unos soldados desataron a los caboclos, les llevaron a la casa de la policía militar.

A la mañana siguiente se supo que los dos caboclos habían muerto. Según algunos, habían sido muertos a palos; otros decían que Venancio Florival les había hecho apuñalar. Un avión levantó el vuelo hacia São Paulo aquella mañana, llevándose a Hermes Resende horrorizado. Iba a discutir con Costa Vale. Pero fue el primero y único avión que salió aquel día: cuando se difundió la noticia de la muerte de los caboclos, los obreros dejaron el trabajo y comenzó la huelga.

—Ese Venancio Florival es un imbécil —dijo el ministro Artur Carneiro Macedo da Rocha mirándose las uñas, a la hora del té, en casa de Costa Vale.

—¡Qué bruto! —exclamó Marieta, llegada de Europa, exhibiendo un peinado nuevo «a la moda de la guerra» como explicó a las amigas, el rostro enflaquecido, los ojos melancólicos.

—¡Una acémila! —completó Shopel, cuyos ojos bovinos medían el esbelto perfil de Marieta. «Ha adelgazado, y esa palidez le da un aire romántico... Aún resulta interesantísima...».

Hermes Resende, cuya narración arrancaba aquellas exclamaciones, se sentía triunfal:

—El hacendado tiene una mentalidad de señor de esclavos. No comprende que vivimos en otra época, incluso allí, en los confines del Mato Grosso.

No sé lo que hubiera ocurrido de no ser por mí, si yo no hubiera intervenido tan rápidamente. Un minuto más, y los obreros se habrían lanzado sobre los soldados. Lo iban a destruir todo, a acabar con nosotros. Incluso a la carrera, como salí yo para contener a Venancio, me pude dar cuenta de las reacciones de la masa. Era apasionante como estudio de psicología colectiva... —Y sonreía él también, como si su narración fuera dirigida sólo a Marieta.

Hermes no había parado de beber desde su llegada, pero el alcohol no le bastaba para borrar de sus ojos la escena del día anterior: los rostros de los hombres cortados a latigazos y aquellas cabezas cortadas, con las largas cabelleras chorreando sangre. Marieta le recordaba sus amores con Antonieta Alves Neto. ¡Y cuánto necesitaba él hoy de un cálido pecho de mujer elegante! Vació su vaso de ginebra y se sirvió otra vez.

—Y ahora, la huelga... —suspiró Artur—. Una huelga en el fin del mundo, sin policía para reaccionar con rapidez...

—¿No han enviado policías de aquí? —preguntó Shopel al ministro.

—En cuanto se supo la noticia, Barros envió un grupito, gente especializada. Pero por la huelga el avión no pudo aterrizar en el campamento. Lo hicieron en Cuiabá y desde allí seguirán por tierra. Y eso representa unos cuantos días. Tal como están las cosas ni se puede pensar en llevar al presidente a la inauguración...

—Si es que hay inauguración... —concluyó Hermes.

—¿Cree usted que la situación es realmente tan grave?

El escritor se disponía a desarrollar sus consideraciones sobre el asunto cuando apareció en la puerta un criado anunciando a la comendadora da Torre. La vieja apareció en seguida, en compañía de Susana Vieira y de un joven extranjero, muy rubio y correcto, que fue presentado como mister Teodor Grant, agregado cultural al consulado norteamericano. Hermes ya le conocía, Shopel también. Y mientras el yanqui se inclinaba ante Marieta, el poeta le preguntó a Hermes:

—¿Le conoces?

—Sí. Es el agregado cultural...

—Lo que realmente es... luego te contaré... —y tendía la mano, sonriente, al joven que se acercaba a él.

Susana Vieira se deshacía en una gesticulación apasionada:

—¡Un héroe! ¡Un verdadero héroe!

—¿Quién, Susanita? —quiso saber el poeta.

—¿Quién? ¡Teo! —e indicaba al joven. Mañana va al valle, dice que se va a quedar allá hasta que acabe la lucha. ¡Imagina qué valor! ¡Con todos esos bandidos sueltos por allá...!

—¿Realmente va al valle? —preguntó Marieta.

El joven diplomático hablaba un fluido portugués. Un ligero acento daba aún más gracia a su voz melodiosa como la de un cantante.

—Sí. Esos incidentes me interesan muy profundamente. En la universidad me especialicé en esos asuntos. Escribí incluso un trabajo sobre las rebeliones campesinas en Brasil, sobre los Canudos.

—Y excelente, excelente... —confirmó Hermes.

—Gracias. Su opinión me honra inmensamente. Me interesan particularmente las reacciones de esa gente primitiva. Y el Sr. Costa Vale ha tenido la bondad de poner un avión a mi disposición.

—Es realmente apasionante —dijo Hermes—. La misma curiosidad intelectual me llevó a mí al valle: quería estudiar la reacción de los japoneses ante el nuevo habitat.

—¿Por qué no vuelve mañana conmigo?

—No. Después de las escenas de ayer, tengo los nervios deshechos. Necesito un baño de civilización.

—¡Oh, Hermes! Cuénteme todito lo que ocurrió. Sólo sé lo que me han contado... —suplicó Susana Vieira sentada al lado del joven norteamericano, riendo para él, tocándole a cada momento como para mostrar claramente que era su propiedad privada.

—Todos vosotros sois unos caguetas —dijo la comendadora removiéndose en la silla, forzando la voz para pronunciar la palabra—. ¿Qué es lo que ha pasado, en definitiva? ¿Que Venancio apaleó a dos caboclos? ¿Y qué? —miraba a los presentes con aire crítico. ¿Hay que acabar con esos caboclos, o no? Venancio sí que sabe tratar a esa gente, no ha hecho otra cosa en su vida. Y vosotros, ahí, horrorizados...

—Pero, comendadora, mire los resultados —Artur Carneiro Macedo da Rocha elevaba su voz ministerial. Vea los resultados: la huelga en las obras de la empresa. Y cuando falta menos de un mes para las fiestas de la inauguración.

—Pues yo creo que esta huelga estaba preparada desde hace mucho tiempo. Aquello debe de estar lleno de comunistas. Y lo mismo piensa Barros: hoy me lo dijo. Me dijo: los comunistas, controlados en las grandes ciudades, están huyendo al

campo, a los lugares donde no hay vigilancia. Y creo que hasta es bueno que la huelga haya estallado ahora. Peor sería que empezara durante las fiestas, con el presidente allí. Barros cree que la tenían dispuesta para entonces. Y eso creo también yo. Lo que Venancio nos hizo fue un gran favor.

Mister Grant hablaba animadamente en inglés con Hermes. Le preguntaba al sociólogo sobre los japoneses con una curiosidad minuciosa por todos los detalles. ¿No le parecía a Hermes que algunos de aquellos japoneses eran hombres bastante más cultos que la mayoría de los inmigrantes? Grant los había visto en Sao Paulo, con el ingeniero jefe de las obras de la empresa, y había quedado impresionado ante algunos, que más parecían intelectuales que campesinos. Decía esto con voz neutra, como comentando una observación sin importancia, pero esperaba con interés la respuesta de Hermes. Realmente, mister Grant tenía informaciones seguras sobre la llegada de competentes ingenieros y peritos japoneses entre aquellos inmigrantes. El manganeso del valle interesaba a mucha gente en el extranjero.

Susana elogiaba el vestido de Marieta, parisién, de corte militar. Se lo pidió prestado para sacar un patrón y hacerse uno igual. Y, dueña de los grandes secretos de los amores de la esposa del banquero, intentaba adivinar en la palidez de Marieta lo que había ocurrido en Europa. Una carta de Antonieta Alves Neto, meses antes, la última que había escrito desde Francia, comentaba «el triste espectáculo que está dando Marieta, siempre detrás de Paulo por los cabarets de París, como una perra, mientras él la trata casi a puntapiés».

Una discusión entre la comendadora y Hermes sobre si «los caboclos eran o no seres humanos» se iba haciendo cada vez más agria, para regocijo de Shopel. Mister Grant la seguía con interés de alumno aplicado que escucha la lección de un profesor.

Marieta y Artur se habían retirado a un extremo de la sala y hablaban en voz baja:

—Has vuelto de Europa cambiadísima. No se habla más que de tu tristeza, de tu abatimiento.

Ella le miró. Eran los mismos ojos de Paulo, la misma mueca leve de hastío en su boca, pero Artur conservaba todavía algo de juventud mientras que Paulo, con menos de treinta años todavía, era un alma envejecida, cansada y harta de todo...

—Triste por Paulo. Su ida a París ha sido un verdadero desastre. No sé cómo va a acabar... Rosinha anda por un lado, liada con un conde polaco escapado de la guerra; y él por otro, con cuantas francesas encuentra... Y bebiendo cada vez más. Y ahora, con mi vuelta, puedes imaginarte...

Artur bajó la cabeza, se miró las uñas, preguntó:

—¿Ha terminado todo entre vosotros?

Marieta se estremeció:

—¿Lo sabías?

Artur parecía estudiar detenidamente un detalle de la uña del pulgar:

—¿Quién no? Mejor si ha terminado.

Ella se levantó, abandonó la sala, mortalmente pálida. Artur se acercó a los

demás, intervino en la discusión:

—La comendadora tiene razón, Hermes —sonreía con su sonrisa antipática de político profesional—. Yo, por más que me esfuerce, no puedo considerarme «semejante» de esos caboclos analfabetos e inmundos.

Y como el poeta Shopel, a quien divertía la discusión, citara con voz untuosa el Nuevo Testamento, Artur se echó a reír:

—En los tiempos que vivimos, Shopel, los de la victoria mundial del fascismo, Cristo ya no es autoridad que pueda ser citada. Por lo menos, el Departamento de Prensa y Propaganda lo considera un extremista peligroso...

—¿A Jesús? ¿Al dulce Jesús?

El ministro de Justicia del Estado Novo contó:

—Una revista iba a publicar el Sermón de la Montaña. El censor cortó unos párrafos y escribió al margen: «Conceptos subversivos contra el orden establecido...» —y se echó a reír, en venganza contra la gente del departamento, vinculada a los alemanes—. Es absolutamente auténtico...

—Muy buena... muy buena... ¡Formidable! —aplaudió Shopel.

En el fondo pensaba que Artur tenía sus días contados en el ministerio.

Costa Vale apareció en la puerta de la sala. Llegaba del banco, con rostro preocupado:

—Artur ¿puedes venir un momento? Tengo que hablar contigo.

En la calle, horas después, Shopel le explicaba a Hermes:

—Ese Grant es un hombre del FBI. Dicen que fue enviado aquí para controlar la actividad de los alemanes. Y también de los comunistas. Ahora viven todos espíandose unos a otros: alemanes, ingleses, norteamericanos, japoneses... —tomó del brazo a Hermes. Y la lucha en el gobierno, amigo Hermes, es cada vez más dura. Va a haber una remodelación del gabinete. Y Artur salta.

—¿Por qué?

—Proamericano. Y el gobierno es cada vez más proalemán. Dicen que Getúlio está esperando sólo la ocasión...

—¿Para qué?

—Para entrar en guerra al lado de los alemanes.

Hermes hizo un gesto, como si no lo creyera:

—Ni los norteamericanos lo van a permitir, ni Getúlio está loco. Lo que anda haciendo es maniobrar hasta poder ver las cosas más claras. Por ahora, Shopel, se contenta con la guerra contra los caboclos. Y en esta guerra estamos al lado de los norteamericanos. Y, si entran en la otra, iremos con ellos, no te quepa la menor duda.

Arma en mano, los hombres de la policía militar vigilaban las residencias de los ingenieros y de los empleados de la empresa, alegres chalets esparcidos por la colina. Otros patrullaban, fusil al hombro, entre los toscos barracones de los obreros en huelga, en el descampado, a orillas del río. Un gran almacén, recién construido y aún sin utilizar, había sido ocupado por los inspectores de la policía política llegados de São Paulo y de Cuiabá bajo el mando de Miranda. Habían detenido a varios obreros. El sábado, la dirección de la empresa había dado un ultimátum a los huelguistas: o volvían al trabajo el lunes, o serían despedidos en masa. Agentes de Venancio Florival reclutaban a campesinos en las haciendas para ocupar el lugar de los obreros si éstos persistían en la huelga. Los obreros exigían la retirada de los japoneses y la devolución de las tierras a los caboclos.

Los inspectores iban buscando de casa en casa al negro Doroteu. Miranda, al oír hablar del negro, señalado por la dirección de la empresa como cabecilla de la huelga, no había tardado en identificarle como el mismo Doroteu de la huelga de Santos, tan buscado entonces. Los obreros detenidos habían sido interrogados ante mister Grant. El norteamericano llegó incluso a hacerles unas preguntas con su voz gentil. Pero nada se podía sacar de ellos, aparte de que el trabajo en el valle era muy duro, los salarios bajos, y que un brasileño no podía ver sin alterarse que expulsaran a otros brasileños de sus tierras para entregárselas a los japoneses. Miranda, al oírles, sentía deseos de partirles la boca a puñetazos. Pero allí, en el campamento, no se atrevía a hacerlo. La situación era tensa, los ingenieros recomendaban prudencia.

En el valle continuaba la lucha. De vez en cuando, un ataque de los caboclos durante la noche, el fuego destruyendo barracones y planteles. Pero los soldados y los jagunços empezaban a perseguirles por los caminos abiertos de la selva. Los caboclos heridos ya no eran conducidos al campamento. Los mataban allí mismo. Un avión había localizado en la espesura el refugio de los caboclos, y el teniente preparaba el cerco.

Emilio había salido días atrás en busca de munición. Gonçalo economizaba balas y hombres, quería prolongar la lucha lo más posible, dar tiempo a que la noticia se extendiera por los alrededores, haciendo que los campesinos se manifestaran. Nestor andaba por las haciendas comunicando a asalariados y aparceros lo que ocurría en el valle. La huelga de los obreros de la empresa dio nuevos ánimos a los caboclos. La misma noche en que les llegó la noticia de la huelga, Gonçalo reunió a todos sus hombres —dieciocho— y atacó la tienda de Emilio, convertida por el teniente en su cuartel general. El tiroteo duró horas, tres caboclos cayeron en el asalto, pero el teniente y sus hombres tuvieron que huir en la canoa a motor. La casa fue incendiada. Los japoneses, en sus barracones recién alzados, temblaban de miedo. Algunos habían intentado volver a la sede de la empresa, desobedeciendo todas las órdenes, en una canoa robada. Los soldados les detuvieron y les obligaron a quedarse junto al río,

bajo la amenaza de las armas.

La fecha señalada para la inauguración de las obras de la empresa se acercaba. En Sao Paulo, Venancio Florival le decía a Costa Vale, en su despacho del banco:

—Si os creéis que vais a acabar con todos los comunistas del valle empleando los métodos de aquí, de la ciudad, estáis muy equivocados. Si queréis acabar con ellos, dejadlo de mi cuenta, que yo sé cómo tratar a esos hijos de perra. O se les da una lección bien dada, o vamos a estar así, mano sobre mano, durante meses...

—Espere unos días más. Si la huelga no termina, le daré carta blanca.

La huelga no finalizaba. El lunes los obreros no volvieron al trabajo. Miranda efectuó nuevas detenciones. Llegaban levas de campesinos para sustituir a los huelguistas. Éstos eran expulsados de sus barracones de madera por los soldados y los inspectores. En las casetas desalojadas albergaban a los nuevos trabajadores.

Eran campesinos que lo miraban todo con desconfianza: algunos habían venido sin estar enterados siquiera de la huelga, deseosos de cambiar su vida de jornalero por otra menos miserable. Otros habían sido reclutados a la fuerza en las haciendas de Florival. Durante la noche, los obreros se mezclaron con los campesinos recién llegados. De las sombras surgió el negro Doroteu con su palabra convincente. Aquella noche lograron que buena parte de los campesinos huyera del campamento. Los que quedaron eran tan pocos que el ingeniero jefe dijo:

—Esto es igual que nada...

Una tarde, en vísperas de Navidad, con las calles llenas de gente comprando, el centro comercial como un hormiguero, en la hora de mayor movimiento, dos automóviles se detuvieron frente al edificio del banco de Costa Vale. Algunos hombres, pobremente vestidos, saltaron y rodearon los coches, mientras otro, de pie sobre el estribo de uno de los autos, empezó su discurso:

«En el Valle de Rio Salgado, los campesinos pobres están siendo asesinados por Costa Vale y sus compinches yanquis... Está derramándose sangre de brasileños para llenar las cajas fuertes de este banco...».

Algunos hombres empezaron a lanzar bombas de pintura contra la fachada del banco, otros lanzaban paquetes de octavillas a la calle. Los transeúntes se aglomeraban, la pintura negra se extendía por las paredes del edificio. Volaban en el aire papeles impresos. El orador saltó dentro del automóvil, los del equipo de seguridad saltaron también, los coches marcharon abriendo un surco entre la multitud. Un guarda jurado del banco tocaba el silbato llamando a la policía. De todas partes acudía gente a la carrera con el deseo de saber qué pasaba. La pintura dejaba regueros pastosos en los muros. Alguna gente escondía las octavillas en los bolsillos.

Costa Vale, ante aquel ruido insólito, apareció en la galería del último piso, donde tenía el despacho. Vio a los hombres tirando bombas de pintura negra y volantes, los coches saliendo a toda velocidad, la multitud hostil ante su banco. Retrocedió hacia el gabinete, con las manos heladas, gotas de sudor en la frente, y en el corazón aquel miedo que a veces le asaltaba. Se sentó en una silla. Durante unos minutos no pudo controlarse, todo su cuerpo temblaba. Le fue necesario un esfuerzo inmenso para responder con voz normal a un empleado que llamaba a la puerta:

—¡Señor Costa Vale! ¡Señor Costa Vale!

—¿Qué pasa?

—Un barullo inmenso a la puerta del banco. Los comunistas...

—Ya lo sé. Llame a la policía... Y déjeme trabajar en paz.

«Hay que acabar con ellos. No me gusta tener miedo de nadie».

Mister Teodor Grant se mostró de acuerdo con el coronel: había que acabar con aquello. Venancio Florival había vuelto de Sao Paulo con carta blanca, con órdenes de Costa Vale para liquidar la huelga y la lucha de los caboclos como fuera y lo antes posible. En opinión del teniente, que había llegado para hablar con el hacendado, los caboclos eran ya muy pocos y casi no tenían munición. Al principio habían conseguido apoderarse de armas y de balas dejadas por los soldados en su huida, pero ahora ya no podían siquiera continuar los ataques nocturnos y se contentaban con alguna salida de vez en cuando. El teniente afirmaba que acabaría con los caboclos en unos días. Estaba preparando una expedición para cercar su refugio en la selva, y liquidar a los últimos elementos de la guerrilla.

También mister Grant se mostraba de acuerdo con él. La huelga era ahora algo más grave que la misma revuelta de los caboclos. Ésta estaba tocando a su fin, no podía seguir durante mucho tiempo. Pero los trabajos en la sede de la empresa continuaban prácticamente paralizados, y el número de campesinos que había sustituido a los huelguistas disminuía en vez de aumentar. Cada noche huían algunos. Y los huelguistas se mostraban cada vez más atrevidos. Habían ocupado de nuevo los barracones, se negaban a abandonarlos, surgían incidentes entre los obreros y la policía, aumentaba el número de detenidos, pero hasta entonces había sido imposible detener al negro Doroteu.

En los últimos días había aumentado la agitación. El almacén de la empresa, único puesto de abastecimiento de los obreros, había sido cerrado por orden de la administración. Sólo una hora al día, tras el trabajo, se abría una puerta y el dependiente vendía exclusivamente a los esquiroles.

La tarde del mismo día de la llegada de Venancio Florival, a la hora de apertura de la puerta del almacén, un grupo de obreros intentó asaltarlo para hacerse con víveres. A los gritos del dependiente acudieron los policías bajo el mando de Miranda. Venancio Florival llegó también con unos cuantos jagunços. Corría gritándole a Miranda:

—¡Fuego contra ellos!

Fue una carnicería. Murieron incluso algunos esquiroles que se hallaban en el almacén. Los demás huelguistas eran contenidos por los soldados. Los cuerpos fueron apilados a la orilla del río.

—Mañana echaremos a todo el mundo de aquí —explicó Florival a Miranda y al oficial de la policía militar—. Cogemos a todos los huelguistas, les ponemos una patrulla de vigilancia, y les largamos lejos. No nos van a faltar trabajadores. En una semana reclutamos gente de sobra.

Pero aquella misma noche empezaron los incendios en las haciendas de Venancio. Por la mañana, un jagunço, enviado a toda prisa por el capataz del hacendado, trajo la noticia: en la aldea de Tatuacú habían sido incendiados los cafetales. La gente

hablaba de dividir las tierras de Venancio. Claudionor había sido abatido a balazos cuando hablaba a los campesinos en el poblado.

Venancio Florival abandonó a huelguistas y caboclos y volvió a sus tierras. Junto a sus jagunços sembró el terror en las haciendas. No quedó un habitante en la aldea de Tatuacú: campesinos, mendigos y prostitutas fueron expulsados a tiros por la caballería. El coronel mandó derramar gasolina en las casas y prender fuego. Claudionor fue ahorcado en un árbol, a la entrada de la aldea. Su cuerpo sirvió de pasto a los buitres.

Las noticias de la lucha de los caboclos en el Valle de Rio Salgado llegaban a París, a Paulo y a Rosinha, por las cartas de la comendadora y de Marieta Vale. A las primeras, Rosinha respondía inmediatamente, a las segundas, llenas de quejas y de ruegos, Paulo ni siquiera respondía. Shopel le había contado, en una larga carta, en la que hablaba también de los sucesos del valle, lo de la fiesta de inauguración dos veces aplazada, lo de las bombas de pintura contra el banco de Costa Vale: «La patrona está cada vez más triste, cada vez más desmejorada. Es de una fidelidad absurda... Siempre, cuando me ve, me pregunta si he recibido carta tuya, lo que me lleva a pensar que has roto con ella hasta las relaciones epistolares...».

Paulo se encogía de hombros. Marieta era cosa del pasado. Le había sido agradable y útil, pero se había acabado. Se había vuelto pesada en los meses de París: siguiéndole por todas partes, preparando ella misma los programas nocturnos, como si él no fuera nada, sólo un objeto manejado por ella. Y cuando él reaccionaba, se sucedían las escenas, algunas casi a la vista de Rosinha a quien, por otra parte, parecía que le importaban muy poco, especialmente después de conocer al conde Saslawski, un piloto polaco, fugitivo de la guerra, y que deseaba un visado para Brasil. El conde le hacía la corte a Rosinha, y ella, que no había perdido su aire de alumna sumisa de colegio de monjas, se dejaba cortejar, feliz de tener a su lado, acompañándole al cine y a los cafés, a aquel mocetón rubio y de grandes ojos azules. Paulo, una noche, cuando la esposa volvió de una cena con el conde (era Rosinha quien pagaba, pero lo hacía a gusto), le advirtió:

—Cuidado con ese conde... Tiene toda la pinta de un gigoló...

—¿Tienes celos? —se rió Rosinha.

—Motivos no faltarían. Te pasas con él el día y la noche...

—¿Y tú, cariño? A ti y a Marieta sólo os falta acostaros juntos ante mis narices. Cuando os ponéis a beber es como si yo no existiera. No tengo nada con el conde Eugenius, pero si algo tuviera, no eres tú quién para reclamar.

—No estoy reclamando nada —explicó Paulo—. Sólo te lo advierto: ese conde parece un aventurero.

—No lo creo. Además, fuiste tú mismo quien me lo presentó.

—Bueno. No vamos a pelearnos.

En realidad, poco le interesaba Rosinha. El simple hecho de verla, medio bobalicona y vestida con un mal gusto lamentable, le daba náuseas. Le importaba, eso sí, Marieta, amargándole la vida con sucesivas escenas. Al fin había conseguido convencerle para que volviera a Brasil. A pesar de la guerra, había sido empresa difícil. Marieta se había resistido cuanto pudo, aplazó la salida dos o tres veces, y sólo se decidió al recibir un telegrama enérgico de Costa Vale llamándole. Había abandonado París deshecha en lágrimas. Paulo le había hecho sentir la imposibilidad de continuar aquella relación. Ahora, lo que les quedaba —había dicho Paulo— era

olvidar.

Con la guerra y las amenazas alemanas sobre París, la comendadora les escribió proponiendo su intervención para que Paulo fuera trasladado a Portugal, pero el muchacho no aceptó: hasta en guerra París le resultaba más tentador que Lisboa, y quizá más interesante aún precisamente a causa de la guerra. Paulo fraternizaba con los grupos de intelectuales jóvenes que predicaban en los cafés del Boulevard Saint-Germain una filosofía nihilista de desprecio por la vida y por el hombre. En la embajada tenía poco o casi nada que hacer. Se dedicaba a pasear por París, gastando dinero, comprando cuadros a oscuros pintores que le parecían geniales.

De vez en cuando iba por el consulado para saludar a uno de los cónsules, amigo suyo de Río, hombre introducido en los medios literarios. Allí conoció a Apolinário. El exoficial había ido al consulado para ver si conseguía el pasaporte. Se había atrasado hablando con el cónsul, oyendo noticias de Brasil, rumores sobre la actitud del gobierno ante la guerra, y allí estaba cuando apareció Paulo. El cónsul les presentó:

—El Dr. Paulo Carneiro da Rocha, secretario de la embajada. Don Apolinário Azevedo, un caballero brasileño, residente en París, que ha perdido el pasaporte. ¿En qué me ha dicho que trabaja?

—Representaciones comerciales... —sonrió Apolinário—. Aunque con esto de la guerra...

—¿Y no piensa volver? Estamos repatriando a todo el mundo.

—Por ahora, no. Tengo que poner en orden mis cosas —explicó Apolinário. Si aquel cónsul se enterara de que estaba condenado en Brasil a muchos años de cárcel, seguro que le retiraría el pasaporte que acababa de proporcionarle.

Paulo hojeaba unos periódicos brasileños:

—Casi no dan noticias de lo del valle. Y, sin embargo, por las cartas que recibo, parece que es cosa seria...

—La prensa está controlada... A excepción de los elogios al gobierno, no hay nada que leer... —comentó el cónsul.

Paulo dejó los periódicos:

—Con noticias o sin ellas, parece que la cosa es seria. Iban a inaugurar las instalaciones de la empresa y tuvieron que aplazar la fiesta. Figúrese. Con todo preparado para recibir a Getúlio. Es cosa de los comunistas.

Apolinário empezaba a interesarse:

—¿Qué valle es ése?

—El Valle de Rio Salgado, donde están preparando las instalaciones para la extracción de manganeso. En Mato Grosso. Una empresa en la que está metida mi suegra. ¡Condenada vieja! Y ahora, por no sé qué de las tierras de unos caboclos, ha empezado la lucha armada. Ya llevan dos meses o tres, no sé. Lo que sí sé es que en las cartas que recibo no me hablan de otra cosa.

Se rió, recordando un detalle:

—Y parece que los comunistas le pusieron perdida de pintura la fachada del banco a Costa Vale. Shopel me escribe que armaron un follón de espanto...

El corazón de Apolinário latía rápidamente. El cónsul preguntó cómo había sido la cosa. Paulo contó:

—Bueno. Los comunistas aparecieron por allá con una audacia increíble. Llegaron en dos coches, tiraron bombas de papel llenas de pintura y sembraron la calle de octavillas. Luego se fueron, antes de que la policía tuviera tiempo de aparecer.

El cónsul se volvió hacia Apolinário:

—¡Pero dónde se ha visto una cosa semejante! ¿Se da cuenta? ¡Qué atrevimiento! En pleno corazón de São Paulo... Esos comunistas van a acabar un día haciéndose con todo Brasil. ¿Qué le parece?

Apolinário sonrió:

—Pienso lo mismo que usted: un día se alzan con todo el país...

—¡Bah! —dijo Paulo—. Antes de eso Hitler habrá acabado con ellos en Europa y en todas partes.

—O ellos acaban con Hitler...

—Imposible —dijo Paulo—. Hitler es invencible. Si Francia e Inglaterra no pueden con él, ¿qué va a hacer Rusia cuando le llegue la hora? ¡Si Rusia no puede siquiera con un país tan pequeño como Finlandia! El otro día, un oficial polaco, un aviador que participó en la guerra hasta la caída de Varsovia, me contaba que los rusos no tienen ni zapatos para ponerse... Se envolvían los pies en periódicos...

Apolinário sonrió. En las condiciones en que estaba no tenía siquiera el derecho a discutir. Los camaradas franceses le habían recomendado la máxima prudencia. Paulo estaba empeñado en ilustrarle:

—Y no crea que soy nazi, ¡qué va! Ni fascista. Soy demócrata de toda la vida, y lo que siento es que cualquier día París va a caer en manos de los alemanes. ¿Pero qué se le va a hacer? O ellos, o los comunistas. Y mejor los alemanes que los comunistas, ¿no?

Doroteu discutió con Gonçalo los últimos detalles. El gigante había enflaquecido, la larga barba negra le caía sobre los restos de camisa. Prácticamente, él y los caboclos andaban vestidos de andrajos. Un poco más allá, Nhó Vicente liaba un pitillo delgadísimo. Hasta el tabaco se acababa. Doroteu le había explicado a Gonçalo que era imposible mantener la huelga por más tiempo: obreros muertos, obreros presos, la amenaza de expulsión sobre ellos. Cuando Venancio Florival volviera de las haciendas con los jagunços, aún iba a ser peor: el hambre rondaba el campamento. Vivían sólo de los peces que conseguían pescar, y ahora los inspectores habían prohibido la pesca: las aguas del río también pertenecían a la empresa. Por otro lado, el ingeniero jefe había hecho una propuesta a los huelguistas: debido al retraso de las obras urgentes, provocado por la huelga, la empresa había decidido conceder horas extraordinarias de trabajo y las pagaría sobre una tabla salarial más alta a los obreros que decidieran volver al trabajo. Era una presión doble: ofertas y terror. Y como la lucha en el valle iba decreciendo en intensidad, varios obreros —muchos de ellos sin ninguna formación política— habían creído llegado el momento de acabar la huelga.

Gonçalo pedía unos días más. Lo esencial se había logrado ya: el valle despertaba contra los norteamericanos y contra los grandes propietarios de la tierra. La huelga de los obreros de la empresa había iniciado una tradición que continuaría luego, cuando empezara la extracción del manganeso, cuando el valle se transformara en un centro industrial. Los aparceros y los colonos se habían levantado al fin, aunque de forma desorganizada, es verdad, quemando sólo plantaciones, pero al menos era ya algo de que partir para un trabajo posterior más profundo. Los rumores hablaban de la repercusión de la lucha de los caboclos incluso en zonas muy distantes, como en los garimpos y en las plantaciones de la Mate Laranjeira. Sin contar con que, por dos veces, se había tenido que aplazar la inauguración de las obras de la empresa. Era una hermosa victoria contra los yanquis.

Sin embargo, Gonçalo pedía unos días más. Esperaba la llegada de Emilio con municiones. Las habría recibido de Nestor, en el poblado de Tatuacú, antes de que lo incendiara el latifundista. Desde luego, los acontecimientos y la extremada vigilancia en el río dificultaban su regreso, pero llegaría en cualquier momento. Con aquellas municiones, Gonçalo quería hacer la última salida, hundir canoas, incendiar algunos barracones de japoneses, antes de dar por terminada la lucha. Unos días más, y todo acabaría con una operación en gran estilo. El teniente de la policía militar estaba concentrando a sus hombres en torno a un claro donde creían que tenían cobijo los caboclos. A orillas del río se alzaban los nuevos barracones de los japoneses, casi desguarnecidos. En cuanto recibiera la munición, aprovechando el error del teniente, Gonçalo se proponía atacar las plantaciones, iba a ser fácil incendiarlo todo, hundir las canoas antes de que los demás soldados llegaran de la selva. Doroteu se mostró conforme:

—Cuatro, cinco días. No más...

Estaban los dos sentados en un tronco. Hasta ellos llegaba el rumor de las aguas del río que corría en aquel trecho sobre las piedras. Gonçalo recordaba a Claudionor, atraído por él a la lucha revolucionaria. Contaba su primer encuentro con el mulato, un día de feria, en Tatuacú. Ahora, el cuerpo de Claudionor se pudría colgado de un árbol, y la aldea había desaparecido del mapa. Pero algo había brotado de aquella sangre y de aquellas cenizas: la consciencia de los hombres.

—El valle ha cambiado mucho en estos años... Si consigo salir de aquí con vida, lo voy a añorar...

El negro Doroteu preguntó:

—¿Te irás cuando acabe la lucha?

—Son las órdenes que tengo. Pero no lo haré para siempre. Pienso volver por aquí algún día. Me he acostumbrado a la selva. Cuando empecé a trabajar en el Partido, actué en fábricas, en la ciudad. Pero ahora soy hombre de la selva, y me gusta el trabajo con los campesinos de esta zona. Cuando haya condiciones, quiero volver por aquí. ¿Quién sabe si no tendré que trabajar con estos japoneses? —su mirada cubría con amor los árboles. Buscaba las orillas invisibles del río. ¿Y tú?

—Yo me quedo aquí, en las obras de la empresa, escondido hasta que olviden lo de la huelga, pero en contacto con la gente. Tampoco quiero irme de aquí. Cuando llegué, era un hombre más muerto que vivo. No tenía el menor interés por la vida. El trabajo en el valle me ha levantado el alma...

Gonçalo, que conocía la historia del negro Doroteu y de su negra Inácia, puso su mano enorme en el hombro del negro:

—A ti te corresponde hacerles la vida difícil a los norteamericanos aquí. Nosotros no hemos hecho más que empezar. Un principio de nada. Como una raíz de mandioca que uno planta y empieza a germinar: los caboclos han plantado, tú tienes que cuidar la plantación. Así lograremos vengar a nuestros muertos...

No se había pronunciado el nombre de Inácia, pero ambos pensaban en ella. Y también en Claudionor y en los caboclos caídos en la lucha, y en los obreros muertos en la huelga. El negro Doroteu sacó la armónica y empezó a tocar. Las notas de *La Internacional* se elevaron en la selva. Nhó Vicente y los caboclos se acercaron para oír mejor.

Emilio navegaba en la piragua que había heredado de Chafik. Los dos fardos con balas estaban a sus pies. Le había costado llegar hasta allí, y Emilio sabía que aún no habían cesado los peligros. Las orillas del río estaban vigiladas por soldados y policías. Cuando hubiera pasado la zona del campamento, donde se elevaban las obras de la empresa, todo sería más fácil. La piragua corta silenciosa las aguas. Emilio rema evitando cualquier ruido.

Había pasado dos días oculto en la montaña. A su lado el burro con los fardos de munición a cuestas. Por casualidad no estaba en la aldea cuando Venancio Florival sembró allí la muerte y la destrucción. Él y Nestor habían escapado en el último momento. El joven campesino volvió a las plantaciones y él, con su carga, se escondió en las montañas, esperando que se calmara la agitación inicial. Había conseguido acercarse a las orillas del río, al escondrijo donde había dejado la piragua. Desde lo alto de la montaña había visto cómo el fuego devoraba la aldea de Tatuacú.

Cuando, un año antes, el Partido, en São Paulo, decidió enviarle al valle para ayudar a Gonçalo y a Doroteu, él había aceptado contento. Desde hacía mucho era un profesional del Partido. Había recorrido casi todo Brasil, había trabajado en las salinas de Rio Grande del Norte y en las minas de carbón de Rio Grande del Sur, había usado docenas de nombres y conocía docenas de calabozos. Llevaba varios años en la región de São Paulo, desde 1935, y la policía, tras las denuncias de Heitor Magalhães y la detención de Carlos y Zé Pedro, en las redadas que siguieron, estuvo a punto de echarle la mano encima. No le detuvieron porque no le conocían personalmente. Jamás había caído en São Paulo. Mientras volvía a su casa, vio a la policía en la calle, le habían localizado. Pero continuó imperturbable su camino, como un transeúnte cualquiera. El Partido decidió entonces enviarle al valle.

No sólo porque le buscaban: Emilio era un antiguo soldado del Ejército, había servido bajo las órdenes de Prestes en Santo Angelo, en 1924, cuando el entonces joven capitán de Ingenieros se alzó con su batallón en apoyo al movimiento del 5 de julio, en Sao Paulo. A las órdenes de Prestes había hecho toda la campaña de Rio Grande del Sur, la marcha del Paraná en busca de la junción con las tropas del general Isidoro. Fue uno de los dos mil quinientos hombres que acompañaron a Prestes en la Gran Marcha a través de Brasil, durante tres años. Era un valiente, y había terminado de teniente en la Columna. Luego emigró con Prestes a Bolivia. Al volver a Brasil, entró en el Partido e inició su vida de militante. Durante su marcha con la Columna había atravesado el Valle de Rio Salgado, y conocía la región. Por eso le habían elegido.

En la piragua recuerda este pasado, los combates con la Columna en la travesía de Mato Grosso. Durante la marcha, Prestes estudiaba, leía incluso a caballo, aprendía en los caminos del sertón. Quedaban distantes aquellos años. Muchas cosas habían ocurrido desde entonces en Brasil y en el mundo, pero la lucha en el valle no dejaba

de ser una continuación de aquellos combates de la Columna. Sólo que ahora sabían exactamente por qué combatían: el Partido les dirigía. ¿Habría llegado la noticia de esta lucha a la prisión triangular en el pabellón de tuberculosos de la cárcel donde se encontraba Prestes? Difícilmente... Y, no obstante, a Emilio le gustaría que el general —siempre que pensaba en Prestes le daba su título de militar revolucionario, de comandante de la Columna— supiera de aquella lucha y supiera también que él, Emilio, el antiguo soldado de la Gran Marcha, estaba en su puesto. Idea imposible, sólo Gonçalo y unos pocos camaradas de São Paulo sabían quién era él realmente. Emilio sonrió ante sus propios pensamientos: «¡Qué barbaridad! ¡Cómo va a saber el general que estoy aquí...!» La piragua bogaba silenciosa. Emilio se inclina sobre los remos.

Y, de repente, la luz de un reflector recorre el río. Invención de los yanquis, para mejor controlar las márgenes durante la noche. Aquello es una novedad para Emilio, y se pone en pie, dirige la piragua hacia el centro de la corriente. Pero la luz cae sobre él, ilumina su cuerpo, alto y fuerte. En la orilla, una voz grita, advirtiendo a los demás:

—Es Gonçalo. Mirad... ¡Es Gonçalo!

Emilio piensa rápidamente: sabe que está perdido. Las orillas están vigiladas por soldados y policías. Oye el ruido del motor de una canoa que se pone en marcha. Le han confundido con Gonçalo. Le dan así la oportunidad de morir ayudando al Partido. La luz del reflector sigue buscándole. Él se alza sobre los pies, se pone el sombrero, para parecer aún más alto. El motor de la canoa empieza a funcionar. Alguien, desde ella, le grita:

—Entrégate, Gonçalo, o eres hombre muerto.

Emilio sabe que aquel trecho del río es muy profundo. Lo importante es que la policía no encuentre el cuerpo y no se apodere de las municiones. Piensa y actúa rápidamente. Se ata los dos pesados fardos a la cintura. Así, cuerpo y municiones quedarán en el fondo del río. La voz, desde la canoa, repite:

—¡Entrégate, Gonçalo!

Es la voz de Miranda, reventando de satisfacción. Esta vez Barros va a tener que deshacerse en elogios. Llevará consigo a Gonçalo, vivo o muerto.

—¡José Gonçalo no se entrega! —grita Emilio.

El reflector vuelve a buscarle. Él está de pie, los fardos le pesan en la cintura. La otra canoa se acerca. Emilio la localiza por la luz del reflector. Dispara. Un gemido responde a la detonación. «He acertado», piensa.

La luz envuelve la piragua. Emilio comprende que ha llegado la hora final y grita, con su voz potente resonando en la noche de la selva:

—¡Viva el Partido comunista! ¡Viva Prestes!

Los disparos le alcanzaron en el pecho y en el rostro. Desde la canoa, Miranda y los inspectores le vieron doblarse, caer al río. La piragua continuó sola, arrastrada por la corriente. El reflector iluminaba la sangre sobre las aguas fangosas. Miranda dijo:

—¡Se ha acabado José Gonçalo!

Durante toda la noche buscaron inútilmente el cuerpo. Alguien explicó:

—Las pirañas habrán acabado con él. No pueden ver sangre.

Se llevaron la piragua como trofeo al campamento.

La supuesta muerte de José Gonçalo circuló por las haciendas, por el valle, en la sede de la empresa, entre los obreros. Todos la creyeron, hasta el negro Doroteu, aunque éste no podía comprender por qué el gigante se había acercado al campamento en la piragua. ¿Qué iba a ser ahora de los caboclos?, pensaba preocupado Doroteu. ¿Ahora, cuando ya no estaba Gonçalo para dirigirles? El negro temía que acabaran convirtiéndose en una partida de bandidos, que era la vieja idea de Nhó Vicente. Decidió ir a buscarles a la selva.

La noticia, transmitida aquella misma noche, causó cierta sensación también en las grandes ciudades. La radio y la prensa la divulgaron. Un vespertino de São Paulo publicó una entrevista con el delegado Barros en la que recordaba la biografía de Gonçalo y le calificaba de «bandido sin entrañas», todo entre calurosos elogios a la policía. Algunos hombres, en los más distintos lugares, recordaron aquella noche a José Gonçalo.

El camarada João, en São Paulo, recordaba sus dos encuentros con el gigante: en Cuiabá y en el valle, su voz tranquila, su última petición, su último mensaje para el Partido en caso de que muriera. Le dijo al Rubio:

—Era un tipo formidable. Cuando yo le veía, tenía la impresión de estar viendo al Partido ante mí: fuerte, tranquilo, bueno, inteligente, decidido.

En Fernando de Noronha, oyendo la noticia por la radio, Carlos y el maestro Valdemar hablaron largamente de Gonçalo. Aquellos acontecimientos del valle alimentaban el coraje de los presos en la isla solitaria, donde el régimen carcelario había aún empeorado desde el inicio de la guerra.

Vitor, en Bahia, inclinado sobre el periódico en el que la noticia merecía titulares a toda página, movía la cabeza, sintiendo húmedos los ojos:

—Parece imposible. Gonçalo...

El joven camarada que estaba con él no había conocido a Gonçalo, y Vitor le explicó:

—Era, como te diría yo: todas las cualidades del pueblo reunidas en un solo hombre. No sé, pero no acabo de creer que le hayan matado. Me parece imposible...

Revolvió entre sus papeles, sacó una vieja fotografía donde el gigante sonreía. Era un retrato hecho poco antes de la lucha del Puesto Paraguaçu. El joven militante estudió aquel rostro abierto y sonriente. Vitor repetía:

—Parece imposible...

En la calle, al leer el periódico, Heitor Magalhães, ocupadísimo aquellos días con la Sociedad de Ayuda a Finlandia, soltó una exclamación de alegría tan ruidosa que algunos curiosos se volvieron. El recuerdo del gigante, a quien había engañado de forma ignominiosa, perseguía al antiguo tesorero de la regional de São Paulo. Temía verle aparecer un día para pedirle cuentas. Ahora se sentía ya libre...

También Doroteu pensaba en Gonçalo mientras iba por la selva, aquella misma

noche, en busca de los caboclos. Gonçalo había implantado el Partido en el valle, había empezado de la nada para llegar a la lucha armada de los campesinos, pequeña aún, pero la primera en aquellos campos sometidos a un régimen feudal. Ahora era a él, a Doroteu, a quien correspondía continuar el trabajo; en sus manos quedaban los brotes nacidos entre sangre, la herencia de Gonçalo.

¡Y cuál no fue su sorpresa cuando el caboclo de guardia entre los árboles le llevó a la presencia de Gonçalo!

—Pero ¿cómo lograste escapar...? Todos vieron como te daban... Y el río quedó rojo de sangre...

—No era yo —el rostro de Gonçalo reflejaba su tristeza—. Fue Emilio. Camaradas como él, Doroteu, no se ven todos los días. Si no hubiera sido por él, esta lucha quizá no fuera posible. Fue Emilio quien acumuló munición, quien aseguró los enlaces. Y, hasta en el momento de morir, nos fue útil: se hizo pasar por mí para ayudarnos.

—¿Emilio? Entonces... ¿fue él?

—¿Sabías que fue uno de los de la Columna Prestes? Me contó toda su vida. Con ella se podría escribir la mejor novela del mundo. Un gran tipo, un comunista de verdad.

—De verdad... —murmuró Doroteu.

Discutieron luego la situación: la noticia de la muerte de Gonçalo había acabado prácticamente con la huelga. Los obreros creían liquidada la lucha en el valle. Venancio Florival había acabado a sangre y fuego con la agitación en las haciendas. Nestor se había visto obligado a ocultarse. Sí, asentía Gonçalo, la lucha estaba terminada. No tenían ya munición. Había discutido con los caboclos, los pocos que quedaban, y los convenció para que se fueran cada uno por su lado. Dondequiera que estuvieran, serían propagandistas del Partido. Los caboclos no querían separarse de él. Nhó Vicente había intentado convencer a Gonçalo para constituir una partida y echarse al monte bajo su mando. «Las ideas políticas no significan mucho para ese viejo caboclo», comentó Gonçalo. «Lo que quiere es vengarse de los que le han robado su tierra». Y para eso nada le parecía más adecuado que una partida de jagunços sueltos por las haciendas, saqueando y matando. Pero Gonçalo había logrado convencerles: harían sólo el último ataque para vengar la muerte de Emilio, y luego se separarían. Doroteu preguntó:

—¿Y qué resultados se pueden obtener en este último ataque?

—¿Resultados? No tenemos casi munición. Tal vez consigamos incendiar algunos barracones. Nada más. Lo hago por los caboclos. No quieren irse sin vengar a Emilio.

Doroteu reflexionaba. La luna iluminaba su rostro negro y feo. Se diría un duende de la selva.

—No estoy de acuerdo. Ese ataque es un acto de desesperación. No tienes derecho a hacerlo.

—¿Por qué? —se sorprendió Gonçalo—. Los caboclos quieren vengar a Emilio.

Emilio lo merece.

Y los caboclos merecen también que se les dé este gusto. Yo los he mandado. Sé que tienen ese derecho. No quiero privarles de él.

—Y tú también quieres vengar a Emilio, ¿no?

Y yo también. Pero oye una cosa, Gonçalo: nuestro deseo va en contra del interés del Partido. Los caboclos y tú ya habéis hecho aquí todo lo que teníais que hacer. Habéis despertado el valle, nunca se olvidará esta lucha. El Partido te espera en otra parte, no sé dónde ni quiero saberlo. La policía cree que has muerto. Emilio murió haciéndose pasar por ti. Pensó en el Partido hasta el fin. ¿Por qué crees que hizo eso? Para que tú pudieras continuar siendo útil al Partido. Y ahora quieres estropearlo todo con un nuevo ataque, un ataque completamente inútil. ¿Y si te reconocen? La policía sabrá que aún estás vivo... No tienes derecho a hacerlo...

—Se lo he prometido a los caboclos. Me lo he prometido a mí mismo... Les dije que vengaríamos la muerte de Emilio.

—Sé cómo son esas cosas. Hay un momento en que uno se deja llevar por los sentimientos personales. También me pasó a mí, y fue muy difícil. Por eso no puedo permitir que ahora te pase a ti. Y te hablo como dirigente regional del Partido: ese ataque no debe realizarse. Vamos a discutir los dos con los caboclos. Después, te largas hoy mismo. ¿No son ésas las órdenes que te dieron?

Gonçalo le tendió la mano:

—Tienes razón. Iba a hacer una tontería. No es así como se venga a un camarada.

Discutieron con los caboclos. Algunos aceptaron las explicaciones de Gonçalo y Doroteu. Otros, como Nhó Vicente, se resistían: «Hay que hacérselas pagar». Querían un precio en sangre. Fue preciso que Gonçalo dijera:

—Me conocéis todos. Sabéis que no tengo miedo. Dejadme a mí vengar la muerte de Emilio. Un día cobraremos su sangre. Si os digo que debemos separarnos hoy, es porque es lo mejor que podemos hacer. Nunca os he engañado ¿verdad?

—Si lo quieres así... Bueno —dijo al fin el viejo Vicente.

Los caboclos se acercaron, uno a uno, a abrazar a Gonçalo. Nhó Vicente le dio un diente de conejo que llevaba atado al cuello con un cordón mugriento.

—Llévalo. Te protegerá.

Gonçalo no hablaba. Estrechaba a los caboclos contra su pecho. Era como si se separara de la familia. Algunos caboclos casi lloraban. El gigante hizo un esfuerzo para dominar la emoción. Quería decirles unas palabras de despedida, dejar claro en el espíritu de aquellos hombres el significado de su lucha y el papel del Partido. No fue un discurso, fue la última charla a los caboclos. Después, el negro Doroteu sacó la armónica y empezó a tocar. Los caboclos se fueron marchando, con sus armas, cada uno por su lado. La música les acompañaba. Se quedaron sólo Nhó Vicente y cuatro más.

—Nos iremos los últimos. Vamos a la tierra de los buscadores de diamantes...

Gonçalo les abrazó una vez más, al viejo, a los otros cuatro, luego se fue con

Doroteu. La selva se cubrió de noche, la música se fue perdiendo a lo lejos.

Aquella madrugada, Nhó Vicente y los cuatro caboclos atacaron la sede de la empresa. Llegaron con la luz de la mañana, disparando contra los soldados que guardaban las máquinas, los almacenes, las casas de los ingenieros.

El caos se apoderó del campamento, pero por poco tiempo. Los cinco caboclos se habían atrincherado detrás de una canoa varada a la orilla del río. Fueron cayendo uno a uno. Derribaron también a algunos soldados y a un inspector de la policía.

Cuando Nhó Vicente se quedó solo, alzó el cuerpo que la canoa ocultaba y apuntó a la cabeza de un policía que asomaba al lado del almacén:

—Por Nhó Emilio... —murmuró.

Cayó casi al mismo tiempo que el otro. Su rifle golpeó en la canoa, su cuerpo rodó hacia el río y se hundió en un círculo de aguas revueltas.

Al salir con los cuatro caboclos, Nhó Vicente les había dicho:

—Si atacamos la sede nosotros solos, van a creer que el Amigo murió y no le perseguirán nunca más.

Miranda se acercó a los cadáveres, los empujó con el pie y comentó para mister Grant (cuya certera puntería había entusiasmado a los policías):

—Con la muerte de Gonçalo quedaron desesperados. Ésta es la mejor prueba de que fue realmente Gonçalo el hombre a quien matamos en la piragua.

El cuerpo del viejo Vicente era izado del río. La boca parecía sonreír bajo el bigote ralo y salvaje.

Cuando los invitados se retiraron y Marieta se echó su magnífico chal español en los hombros, preparándose para dejar la sala, Costa Vale le dijo:

—Pasaré por tu cuarto dentro de un rato.

—¿Qué? —dijo ella sorprendida.

No recordaba siquiera cuando Costa Vale había ido por última vez a su cuarto. Hacía ya años. Sin que ninguna discusión les alejara, Costa Vale había dejado de interesarse por ella como mujer. Había ocurrido en una época en que Marieta andaba liada con un amante. Ella al principio ni se había dado cuenta de la ausencia del marido. Después, como él nunca le había explicado aquella actitud y como en todo lo demás la vida matrimonial seguía como antes, sin perturbación, ella decidió no volver a mencionar el asunto. Le quedaba sólo la curiosidad de saber cómo su marido resolvía su vida sexual, curiosidad pronto satisfecha cuando le hablaron del apartamento en la avenida San João y de la vistosa empleada del banco que allí vivía.

¿Habría bebido algo más de lo normal esta noche? Había sido una cena ofrecida a mister Carlton. El joven Grant había estado realmente brillante. Había hablado de sus observaciones en el valle, de los caboclos, de los obreros. Luego, en el salón, había tocado el piano y cantó unas canciones con voz agradable. El joven había estado mariposeando todo el rato en torno a Marieta, hasta poner furiosa a Susana Vieira. Incluso había conseguido arrancar una sonrisa del rostro de la mujer de Costa Vale, y animar por unos instantes su mirada melancólica. Si no fuera por el recuerdo de Paulo que llenaba su corazón, Marieta habría pasado una noche incluso divertida. Habían estado los habituales de la casa, con excepción de Artur, cuya labor ministerial le retenía en Río: la comendadora, el poeta Shopel, con sus teorías cínicas, el profesor Alcebíades de Morais, solemnísimos, Venancio Florival afirmando, con su vozarrón selvático, que «había arrancado del valle hasta las raíces del comunismo; del valle y de las tierras adyacentes». La fecha definitiva para la inauguración de las obras de la empresa había sido fijada ya, y la fiesta próxima, y las incidencias de la lucha, habían sido el tema de conversación durante la cena. O, si se habló de otra cosa, Marieta ni se había dado cuenta, pues apenas había prestado atención a lo que decían. Sólo se animó un poco en la sala, junto al piano donde el joven Grant revelaba sus talentos. Mientras comían, se limitó a responder, casi con monosílabos, a los comentarios de mister Carlton. E incluso en la sala, después, conservaba aquel aire ausente que le caracterizaba desde su regreso de Europa. Sus pensamientos estaban en París, buscaban a Paulo, a aquel Paulo a quien no conseguía olvidar y cuya ausencia le estaba matando. No tenía interés por nada, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, releyendo las escasas cartas del muchacho, mirando su retrato, acariciando sus recuerdos. Aislada de la gente y de lo que ocurría, lejos del mundo que le rodeaba, amargada. No quiso ir a veranear a Santos, rechazaba las invitaciones a fiestas, a recepciones. Cuando Costa Vale daba una cena o una *soirée*

en su casa, no ocultaba su aburrimiento. Los amigos se preguntaban si estaría enferma.

—¿Qué? —repitió Marieta.

—O, si prefieres, ven a mi despacho. Tengo que hablar contigo —y salió.

«Bueno», pensó ella, «tendrá que hablarme de algún nuevo negocio». Incluso después de haber dejado de ir a su cuarto, el marido continuaba hablándole de sus asuntos comerciales, exponiéndole sus planes. Era un hábito que venía de los primeros tiempos de su matrimonio. Marieta se interesaba realmente por los negocios de Costa Vale y al banquero le gustaba encontrar en los ojos de su mujer un reflejo de admiración por su genio comercial.

Marieta se levantó. Su mirada recorrió una vez más el salón donde cada detalle le recordaba a Paulo: los sillones, los floreros, los cuadros, cuya compra había aconsejado... Con aire absorto se dirigió al despacho, donde Costa Vale la estaba ya esperando.

Sentado frente a su mesa de trabajo, el banquero se sirvió un whisky.

—¿Quieres un poco?

—No. Te escucho.

—Quiero decirte que no estoy satisfecho de ti. Era aquella voz de patrón que Marieta admiraba.

—¿No estás contento conmigo? ¿Por qué?

—Desde tu vuelta de París no eres la misma. Estás taciturna, pareces un fantasma.

—Estoy enferma.

—¿Enferma? —la voz crecía en irritación, pero incluso aquella irritación era controlada. Te he llamado para que hablemos en serio, y te ruego que no me hagas perder el tiempo.

Hubo una pausa.

—Tienes la cabeza lejos de aquí.

—¿Y si así fuera? ¿Qué te importa?

—¿Que qué me importa? ¿Y preguntas qué me importa? Te responderé con otra pregunta: ¿Para qué diablos tengo una esposa, para qué pago sus gastos, sus lujos, sus despilfarros, sus viajes a Europa? ¿Por qué te mantengo, si no duermo contigo? ¿Por qué lo hago? ¡Respóndeme!

—Qué sé yo, José... Nunca pienso en eso...

Pero como él continuaba esperando, Marieta añadió:

—Quizá porque te casaste conmigo, quizá porque no te interesa el escándalo de una separación. ¡Qué sé yo!

—¡Qué me importa a mí el escándalo! Si quisiera, me separaría de ti inmediatamente. El juez dictaría la sentencia que yo ordenara. Podría echarte de aquí con un puñado de dinero y convertirte en una miserable. Pero realmente, no me interesa la separación. Y no me interesa por lo que te voy a decir: porque te aprecio, porque eres quizá la persona a quien más aprecio.

—¿Me has llamado para decirme eso? En este caso, te digo gracias, y puedo asegurarte que también yo te aprecio y te admiro. Y ahora, buenas noches. Déjame ir a dormir. Estoy cansada.

Se levantó.

—¡Siéntate! —ordenó él. Y cuando ella se hubo sentado, Costa Vale bajó la voz —: Óyeme, Marieta: esto no puede seguir así.

—¿Pero a qué te refieres, Dios santo?

—A tu manera de vivir últimamente, a esa cara de mártir con que apareces ante los otros, a tu desinterés por la casa, por la vida social. Eso me perjudica. Y no puedo admitir que me perjudiques, y mucho menos ahora.

—¿Que te perjudico? ¿Y cómo?

—No has respondido a mi pregunta: ¿Para qué quiero a una esposa y por qué eras la esposa ideal para mí? Te lo explicaré. Necesito una esposa porque soy un hombre de negocios, y para un hombre de negocios una buena esposa es un capital, un enorme capital. Y cuando digo una buena esposa, espero que me entiendas, quiero decir una mujer elegante, instruida, que sepa recibir a la gente, que sepa cómo portarse en una recepción, capaz de crear un ambiente de interés en torno al marido. ¿Comprendes, pues, cómo puede una buena esposa ayudar a un hombre como yo? Creo que sí, porque hasta ahora lo habías hecho mejor que nadie. Y, de repente, desde que volviste de Europa, has cambiado. Ahora todo el mundo huye de esta casa. La cena de hoy, de no ser por ese Grant, hubiera sido un funeral. ¿Quién tenía que haber animado la mesa? Tú, evidentemente, que eres la señora de la casa. Y estabas allí como muerta. Ni respondías al pobre Carlton.

—Carlton es un idiota que sólo sabe hablar de sus millones, de sus golpes en la bolsa...

—Si hay alguien que no tiene nada de idiota es John B. Carlton. Y, aunque lo fuera, ¿sabes lo que representa para mis negocios? Es el capital norteamericano, querida. Si se larga, me hundo. Especialmente ahora, cuando Getúlio anda coqueteando con los alemanes. No sé si te dije que hice saber a Getúlio que me interesaba el contrato de aprovisionamiento a la fábrica de motores. Artur se movió lo que pudo. Yo creía que el negocio estaba seguro. Pues bien: Getúlio le ha dado el contrato a un tiralevitas ¿sabes a quién? A un tal Lucas Puccini, hermano de la bailarina que vivía con tu Paulo... —La voz descansó levemente en «tu Paulo», pero bastó para que Marieta saltara.

—¿Mi Paulo? ¿Qué insinúas?

Costa Vale volvió a mirarle. Ahora en sus ojos fríos bailaba una punta de ironía:

—¿Acaso tengo la costumbre de insinuar las cosas?

Ella bajó los ojos, inclinó la cabeza. La voz del banquero se hizo menos dura, casi neutra:

—No te pregunto nada. Ni te acuso ni te pido cuentas. Esas historias no me interesan... O, por lo menos, sólo me interesan cuando empiezan a perjudicarme.

Cogió una plegadera de acero, aguda como un puñal, jugaba con ella.

—La primera vez... —Posó los ojos en ella largamente, en silencio—. La primera vez que supe que tenías un amante, lo pensé mucho. Podía haberte echado de aquí, separarme, yo era joven todavía y podría reconstruir fácilmente mi vida sentimental. Además, no tenemos hijos... Pero creí que no valía la pena. Y lo hice, precisamente, porque consideré que eras una esposa perfecta. Me contenté con dejar de ir a tu habitación. Creí que comprenderías mi gesto y lo que quería de ti: la buena esposa que necesito. Y durante todos estos años, ha sido así. Nunca perdiste la cabeza: la casa, mis negocios, contaban para ti. Pero ahora, de repente...

Se secó la calva con el pañuelo, bebió otro trago.

—Y esto no puede seguir así. Tienes que poner de nuevo tu cabeza en su lugar. Inmediatamente.

Hacía calor en el despacho, el sudor brillaba en la frente del banquero. Pero en las manos de Marieta había un sudor helado. Se encogía en la silla, como muerta de frío. Aquellas palabras, dichas por su marido, no parecían siquiera cínicas. Adquirían una realidad tal, que ella se notaba liberada, a cada palabra de su marido, de su desesperada pasión por Paulo. Al fin y al cabo, ¿qué era el amor en la vida de todos ellos, de José, de Artur, de Paulo, de Henriqueta y de Tónico Alves Neto, del poeta Shopel, de Rosinha, de Susana, de ella, Marieta, sino una simple emoción sexual? Costa Vale lo demostraba al sentirse irritado, no porque ella le traicionara, sino porque durante un tiempo había permitido que un sentimiento más profundo dominara una de sus aventuras. Cuando el banquero empezó a hablar, ella se sintió humillada, ofendida en su orgullo, en lo que consideraba el gran amor de su vida. Pero a medida que él había seguido hablando, se sentía vencida por las palabras de su marido hasta darse cuenta de la locura que estaba cometiendo.

—Sí, perdí la cabeza —dijo.

—¡Y por quién...! En fin, no quiero hablar de esto. Lo que quiero, simplemente, es que vuelvas a ser la Marieta de siempre, la primera dama de los salones de São Paulo. Eso, para mí, es importante.

—Comprendo. Tienes razón.

—Vamos a celebrar la fiesta de la inauguración de las obras. Tienes que prepararte para ir allá. Es a ti a quien corresponde recibir a nuestros invitados. Después de lo que ha pasado en el valle, necesitamos más que nunca una fiesta impecable... No creo que Getúlio aparezca por allá; aprovechó la agitación comunista para dar marcha atrás. Pero habrá un montón de gente importante.

—No te preocupes...

Él se levantó, casi sonriente.

—Perdona, querida, si te he dicho algo desagradable. Pero no eres una niña: ya no estás en edad de perder la cabeza. Tú vales más que Paulo ¿qué tontería es ésa de sacrificarte por él? Sabes perfectamente que yo no tengo piedad. Barro de mi camino todo lo que pueda molestarte.

—Ya te dije que tenías razón, ¿por qué sigues?

—Era sólo una advertencia, una vez más. ¿De acuerdo? Saldrás para el valle en vísperas de la fiesta...

—Cuando tú quieras...

—Entonces, buenas noches. Aún tengo trabajo por hacer.

En el cuarto, a solas, Marieta intentó poner en orden sus pensamientos. Se sentó en una butaca, recordando las duras palabras de Costa Vale. Su mirada distraída se posó en el retrato de Paulo: su aire de hastío, aquella expresión enfermiza de fin de raza. Se acercó al retrato, lo cogió, analizó una vez más el rostro displicente del muchacho, guardó la fotografía en un cajón. Empezó a cambiarse de ropa lentamente. José tenía razón... Se tendió en la cama, con una sonrisa en los labios: qué agradable era la voz de Teodor Grant... Empezó a canturrear la melodía de uno de los fox que el joven norteamericano había tocado en la sala.

Ásperos meses, duros meses llenos de dificultades, de privaciones. Algunos días ni siquiera tenía comida para ella y para su madre, gastados los pocos níqueles en alimento para el niño. Pero de los labios de Mariana no había desaparecido la sonrisa animosa, aquella sonrisa llena de confianza que tantas veces había levantado la moral de los camaradas abatidos por la lectura de los periódicos, por las dificultades con que tropezaba la realización de cualquier tarea, por la desaparición de amigos y simpatizantes alarmados por la situación, por los golpes repetidos y violentos de la policía.

Desde que había empezado la guerra y las victorias de Hitler llenaban las primeras páginas de los diarios, cuando, coincidiendo con la guerra ruso-finlandesa, se desencadenó una campaña de odio exacerbado contra la Unión Soviética y los comunistas, las finanzas de la organización habían sufrido un bache considerable. Ciertos «círculos de amigos» habían desaparecido por completo, otros se habían reducido a uno o dos elementos. Jamás había sido tan intensa la campaña anticomunista, los simpatizantes pequeño-burgueses estaban amedrentados y se apartaban del camino de los militantes encargados de recoger su contribución. Los periódicos vomitaban infamias contra la Unión Soviética aprovechando la guerra con Finlandia, los «expertos» que firmaban los comentarios militares en la prensa, eran unánimes en la acerba crítica al Ejército Rojo, presentándolo como incapaz, mal armado, mal abastecido, mal mandado. Finlandia, en cambio, aparecía como un nido de héroes, vivero de valientes, baluarte de la civilización en el camino de las «hordas bárbaras de Oriente». Ningún periódico hablaba de la lucha por la paz que los dirigentes soviéticos continuaban sosteniendo, de los esfuerzos realizados para llegar a una solución pacífica con Finlandia. Hasta en la prensa simpatizante de los franceses y de la Gran Bretaña, los redactores se preocupaban mucho más por atacar a la Unión Soviética y a los comunistas que a Hitler y a los nazis. Una larga serie de artículos de Saquila sostenía la tesis de un «imperialismo soviético, tan peligroso, por lo menos, como el imperialismo alemán». El epíteto «comunista» era la acusación más terrible que se podía lanzar contra cualquiera.

Apoyándose en la menor denuncia, en la más leve sospecha, la policía detenía y procesaba, y el Tribunal de Seguridad imponía la condena. En los medios intelectuales se había impuesto un clima de terror y de abatimiento. Los fascistas, antes insignificantes en la vida intelectual, se vanagloriaban ahora en las tertulias de las librerías, dictaban reglas, amenazaban. La red de espionaje de la policía había crecido de tal modo, no sólo en las fábricas sino también en las calles y en los barrios de las ciudades, que Cícero d'Almeida resumía la situación diciendo:

—Hay tantos provocadores que, cuando alguien se acerca a hablarme, nunca sé si es un simpatizante o un policía...

En las fábricas, la situación era aún peor: los patronos se aprovechaban para

denunciar como «de origen comunista» cualquier tentativa, aun la más leve, de reivindicación de aumento salarial. Treinta obreros fueron detenidos en una fábrica por haber protestado contra el mal olor de las letrinas, cuyo desagüe estaba atascado. El amo llamó a la policía: agitación comunista en la fábrica. Pero, a pesar de que en los medios obreros dominara realmente el terror y no sólo la presión policial, era de ellos, de los obreros, de donde llegaba aún regularmente el dinero con que sustentar el Partido. Dinero para papel y tinta de imprenta para que pudiera seguir saliendo *A Classe Operaria*, para el lanzamiento de octavillas, dinero para el material con que pintar fachadas, dinero para los camaradas presos, dinero para los viajes, y cuando, casualmente, sobraba algo, dinero para pagar una ínfima parte del ínfimo salario de los funcionarios del Partido.

Y si era así en todo el país, en São Paulo era aún peor: la policía no daba tregua, se sucedían las caídas, inclusive mucha gente sin actividad política alguna pasaba días y días en los pasillos y en los despachos de la policía. Barros utilizaba todos los métodos, desde la distribución de dinero entre un inmenso ejército de espías y de provocadores, hasta las acostumbradas palizas. Procesos y más procesos salían de la jefatura de policía para el Tribunal de Seguridad, en Río. Pero Barros no estaba satisfecho: sabía que la cabeza de la regional continuaba funcionando. Quería echarles la mano encima al Rubio y a João.

La supuesta muerte de Gonçalo, el fin de la lucha y de la huelga en el valle, le habían valido elogios públicos, palabras de alabanza en los diarios. Pero, por otro lado, la audaz huida de Ramiro y la espectacular manifestación ante el banco de Costa Vale demostraban claramente que el Partido seguía actuando, pese a la represión. Y los números de la revista *Perspectivas*, a pesar de las limitaciones de todo tipo impuestas por la censura, continuaban agotándose en los quioscos. Más de un lector había sido detenido en la calle por el simple hecho de llevar un número de la revista. Y, sin embargo, el DIP no había logrado prohibir su publicación. Marcos de Sousa y Cícero d'Almeida, que la dirigían, habían adquirido experiencia suficiente para que la censura no tuviera posibilidades para una acción decisiva. Aparte de que el nombre de Marcos seguía defendiendo en parte la existencia de la revista, aunque había sido llamado ya una vez por la policía.

El delegado Barros, mostrándose muy amable, le había dicho:

—Tenemos muchas denuncias contra la revista que usted dirige. La acusan de ser comunista...

—¿Comunista? Usted sabe muy bien que hay censura previa. Todo lo que se publica es leído y aprobado antes por la censura del DIP y de la policía. Acusar a una revista de ser comunista es como acusar al DIP y a la misma policía...

Barros exponía los hechos:

—¿Pero cómo se explica que todos los comunistas que detenemos tengan en sus casas ejemplares de su revista?

—Se trata de una revista de cultura. Puede interesar a todos los que se interesan

por la cultura.

—Ahí está lo raro del caso: una revista de cultura leída por obreros. Detenemos a un obrero, a cualquiera, y en su casa hay ejemplares de *Perspectivas*.

—Aún no existe ninguna ley que prohíba a los obreros leer, creo yo. Y una de las misiones de nuestra revista es, precisamente, llevar la cultura al pueblo.

—¿Y para qué necesita el pueblo de la cultura, señor arquitecto? Ya lo ve: ésa es una idea comunista.

—Pero ¿cree usted realmente —sonrió Marcos— que sólo los comunistas se interesan por el pueblo? Ésa es una afirmación subversiva, y está en contradicción con los discursos del Presidente de la República. Si usted proclamara eso en público, sería procesado por el Tribunal de Seguridad.

Toda la conversación se había mantenido en ese tono. La intención de Barros era amedrentar al arquitecto. Cuando Marcos se fue, el delegado rezongó, dirigiéndose a Miranda, presente en la discusión:

—Cultura para el pueblo... Cuando llegue la hora, señor arquitecto, vamos a hablar de otra manera. —Luego, volviéndose a Miranda. Lo que se necesita ahora es acabar de una vez con todos esos arquitectos, pintores, escritores... No son más que una pandilla de comunistas. Hasta muchos de los que comen del Gobierno. Para mí, basta ver que un tipo escribe, pinta o hace cualquiera de esas gilipolleces para perder toda confianza en él. Si de mí dependiera, acababa con todos de un plumazo.

La represión, ya intensa desde la fuga de Ramiro, se había hecho aún más dura con la acción contra el banco de Costa Vale. Si ya antes la policía efectuaba detenciones al azar, después de la entrevista de Barros con Costa Vale, tras la pintada en el banco, se lanzó contra los barrios obreros con violencia creciente. El millonario no tenía pelos en la lengua, y Barros había recibido un buen rapapolvo: incompetencia, asignaciones mal calculadas, falta de vigilancia, ya era suficiente con que quedaran comunistas en Sao Paulo, cuanto más que se atrevieran incluso a manifestarse. ¿Para qué servía la Delegación de Orden Político y Social?

En aquellos meses, Mariana tuvo que pasar una temporada lejos de São Paulo. La policía buscaba a la mujer que había preparado la fuga de Ramiro y los camaradas temían que le localizaran. Se fue con su hijo a Jundiaí y se alojó en la casa de los obreros donde había celebrado su boda, casa llena de recuerdos gratos. Pero no permaneció inactiva: ayudaba a los compañeros, participó en reuniones, impulsó el trabajo. Durante su ausencia cayó casi todo el comité de Zona a cuya dirección pertenecía; la policía lo había localizado a través de las detenciones realizadas entre los hombres de la base. Los camaradas se portaron bien en la cárcel, la existencia de Mariana seguía siendo desconocida para la policía. Al volver, se dedicó a reconstruir el comité. Sólo entonces pudo darse cuenta de la escasez de cuadros. El Partido había sido acorralado en São Paulo, tras la cadena de detenciones iniciada con la prisión de Carlos y Zé Pedro. Apenas se llenaban los huecos en un grupo cuando caía otro. Y el reclutamiento presentaba dificultades inmensas: más de un policía había logrado

integrarse en el Partido entregando células e incluso comités casi completos.

Al volver de Jundiaí, le dijo el Rubio: —Toda vigilancia es poca. Algunos camaradas han sido poco escrupulosos en el reclutamiento de nuevos cuadros. El resultado, ya lo ves: sigue cayendo gente —y empezó a explicarle la mejor manera de trabajar en aquella difícil ilegalidad. No hay duda sobre la infiltración del enemigo: es casi imposible evitarla en estas circunstancias. Lo importante es apoyarse en los cuadros de fidelidad probada, no abrirse a cualquiera. Ellos quieren llegar a la regional y andan buscándonos de casa en casa. Vigilancia, Mariana, mucho cuidado. Toda precaución es poca.

Habían dejado la casa, ella, la madre y el hijo, aquella casa donde vivía desde la boda. Y no sólo como medida de seguridad, sino también porque el alquiler era excesivo para aquella época de finanzas difíciles. Vivían ahora mucho más lejos, en una casita pequeña, llena de goteras, pero en compensación barata y segura. Aun así el alquiler de la casa se llevaba la mayor parte del poco dinero de que disponían para vivir. La madre no se quejaba nunca, e incluso había propuesto ponerse a trabajar en una fábrica. No lo hizo porque Mariana le preguntó quién iba, entonces, a cuidarse del pequeño.

Al volver a casa, por la noche, muchas veces a pie para ahorrar las monedas del tranvía, fatigada por las tareas de la jornada, Mariana se sentía fortalecida por el ejemplo de la vieja, silenciosa, cuidando del nieto. La otra hija le había invitado más de una vez a quedarse a vivir en su casa, donde el yerno portugués prosperaba, engordaba y hablaba de adquirir otra carnicería en la vecindad. Pero la vieja se había negado. Su lugar estaba al lado de Mariana, como antes había estado al lado de su padre. Algunas noches, para cenar, no había más que un puñado de habichuelas, pero no por eso dejaba la vieja de contar las gracias del chiquillo, que ya empezaba a corretear y a hablar un poco. Mariana sonreía, con su sonrisa confiada. De vez en cuando, una nota de João le decía: «Estoy bien. No te preocupes por mí. Dale un beso al pequeño. Te quiero...». Entonces Mariana se sentía enteramente feliz.

—Soy feliz... muy feliz... —le contó a Marcos de Sousa aquella misma noche en que Costa Vale explicó a Marieta su idea de lo que era «una buena esposa»—. Amo a mi marido, a mi hijo, a mi madre, a mi trabajo.

—No sé cómo puedes soportar todo ese tiempo separada de João. ¿No te resulta difícil vivir lejos de la persona a quien amas? —Y Marcos pensaba en Manuela, ahora en Santiago de Chile, más distante aún.

Mariana había venido a verle para hablar de dinero: la situación era casi desesperada, necesitaban papel y una pieza de recambio para la imprenta. El Rubio había utilizado a Mariana para aquel trabajo porque no podía ir él mismo o mandar a João a hablar con el arquitecto en aquellos días.

—Ya nos ha dado bastante dinero este mes. Es un hombre fiel, no como muchos, que desaparecieron en cuanto empezaron las dificultades. Es un simpatizante que vale más que muchos miembros del Partido a quienes ahora no hay quien les ponga el ojo

encima.

—Prácticamente es como si fuera miembro del Partido.

—Ha avanzado mucho, sí. Es un tipo serio de verdad. Entre él y Cícero están aguantando solos la revista. Y nos está resultando de una utilidad inmensa. Dile que lo sentimos mucho, pero que tenemos que recurrir a él de nuevo...

Marcos de Sousa no llevaba encima la cantidad que le pedían. Mariana prefirió no recibir el cheque: no valía la pena mandar a un camarada al banco. Era mejor que el propio Marcos retirara el dinero y lo llevara al despacho al día siguiente. Alguien iría a buscarlo. El arquitecto se mostró de acuerdo. Se quedaron luego hablando. Hacía tiempo que no se veían y tenían mucho de qué charlar.

Al oír la pregunta de Marcos, Mariana se echó a reír:

—Es difícil, sí... Mira, Marcos, hay días en que daría diez años de vida para estar cinco minutos con él, para oír su voz y mirarle a los ojos. ¿Sabes cuántos meses hace que no veo a João? Ocho meses. Y la última vez que le vi fue en un plenario ampliado, el último que hicimos. Y él no puede tener consigo ni siquiera un retrato de Luisinho...

—¿Por qué?

—Si le detienen, sería una pista para cogerme a mí. Tampoco tenemos en casa ningún retrato de João. A veces me siento, e intento recordar cómo es: la frente, la cara, el rostro delgado, huesudo, aquella sonrisa...

—¿Cómo puedes soportarlo?

—Ya te he dicho que soy feliz, muy feliz... Sé que está trabajando, yo también estoy trabajando. Es como si estuviéramos juntos. Y sólo saber que me ama, es una alegría tan grande... Ya llegará el día en que podamos estar juntos, y esta separación hará que estemos todavía más unidos. No le tengo junto a mí, es verdad. Pero ¿qué es el amor, Marcos? ¿Será sólo la vida en común o, más que eso, los sentimientos comunes, los mismos ideales, la misma lucha? Me sentiría triste y desgraciada si mi amor fuera tan mezquino que exigiera, para existir y durar, la presencia permanente de João. Hay mil cosas más que nos unen cada vez más el uno al otro, ¿comprendes?

Sonrió, miró silenciosa al arquitecto.

—Eso no quiere decir que no esté loca por verle, por abrazarle. Sólo que el simple hecho de amarnos y de luchar juntos, me llena de felicidad. Sin hablar ya del pequeño...

Marcos sonrió también, y comentó:

—Estáis hechos de otro barro, vosotros, los obreros. Por eso me doy cuenta de que no puedo decir «nosotros» cuando hablo del Partido, y tengo que decir «vosotros». Porque yo no sé si tendría fuerzas para eso. En momentos como éste es cuando comprendo por qué el proletariado es la clase dirigente, y noto también que da una nueva grandeza a los sentimientos, a la vida de los hombres. Nosotros, pequeño-burgueses intelectuales, vestimos el amor con palabras hermosas, pero, en el fondo, se reduce a bien poca cosa. Y para la gente de la llamada «buena sociedad», ya

no tiene significación alguna fuera de la cama.

Mariana le azuzó. Adivinaba que algo concreto se ocultaba bajo las palabras del amigo.

—¿Y qué sabes tú del amor, solterón empedernido? ¿Qué ha sido el amor para ti, sino lo mismo que acabas de atribuir a esa gente? En el fondo, eres un inmoral... —y se reía.

—¡Ah, Mariana! El amor no llega cuando uno lo desea, ni se ama siempre a quien nos ama. Es complicado...

—¿Y no quieres contarme tus complicaciones? Yo también suspiré de amor, Marcos. Si el viejo Orestes viviera, te podría decir...

—¿Te acuerdas de Manuela?

—¿Cómo no me voy a acordar? La chica más bonita que vi en mi vida, y la más triste también. Siempre pensé que acabarías casándote con ella y pidiéndome que fuera la madrina de boda.

—Uno sólo puede casarse con quien quiere casarse con él...

—¿Y tú se lo has preguntado?

—No. Pero...

Y le contó, un poco embarullada al principio, toda la historia de sus sentimientos, de sus dudas, de sus escrúpulos. Le explicó aquella caminata de Flamenco, después le habló de la noche del estreno de Manuela con la compañía extranjera, las reticencias de la conversación, la afirmación de la muchacha de que jamás estaría contra ellos, el dinero que había dado para el Partido. Mariana oía en silencio, de vez en cuando miraba a Marcos, con una sonrisa burlona en los labios. Pero se puso seria cuando habló de la negativa de Manuela a los proyectos del hermano, a los nuevos ofrecimientos de los que ya una vez le habían engañado.

—Pero, dime una cosa, Marcos: ¿por qué no le escribes preguntándole si quiere casarse contigo?

—¿Estás loca? Pero si ya te he dicho...

—Sois demasiado complicados... ¿Quieres saber mi opinión? Estáis los dos jugando a la gallina ciega.

—¿Cómo?

—Me atrevería a jurar que si viera a Manuela, ella me contaría una historia igualita a la tuya. Sólo que donde tú dices Marcos, ella diría Manuela, y donde tú dices...

—¡Ojalá! Pero estoy convencido de que no es así... Y, además, ella es una chiquilla, y yo ya voy por los cuarenta...

—¡Ah, terrible pequeño-burgués! —pero luego se quedó seria. No te enfades, estaba bromeando...

—¿Enfadarme? ¿Por qué?

—Hablando en serio, Marcos: quizá ella no te ame. Es posible que, como tú piensas, sea sólo amistad. Pero es idiota que te quedes así, sin saber la verdad. Esto,

por un lado. Por otro, no puedes abandonar a esa muchacha. Si ella te quiere, muy bien. Pero, aunque no te ame, necesita tu amistad. Es una buena chica y, por lo que dicen, con gran talento. Debes ayudarla, evitar que esa gente acabe por ganársela otra vez. Me dijiste que has dejado de escribirle. Muy mal hecho. Es egoísmo por tu parte. Escríbele como quieras, pero escríbele, no la dejes sola por ese mundo... Si no lo hago yo es porque, en mi situación, resulta imposible.

—¿Tú crees? Quizá... Si la amo, es lógico que le ayude, ¿no? Que me interese por ella, aunque realmente no me quiera. Claro. Claro. Hoy mismo le escribiré. — Parecía hablar consigo mismo.

—En el fondo te mueres de ganas por escribirle.

Y siguieron hablando de muchas cosas. Mariana se quedó con él mucho tiempo. Apreciaba a Marcos y le interesaba la conversación del arquitecto. Cuando marchó, Marcos tomó la máquina de escribir y empezó una carta para Manuela. No le hablaba de amor, le contaba sólo sus cosas, cosas de Brasil, le preguntaba por su vida. Pero cada línea rebosaba afecto, en cada palabra se podía adivinar el amor.

Marieta de Vale había llegado la víspera, en compañía de Bertinho Soares, de la sobrina soltera de la comendadora da Torre, del poeta Shopel y de mister Teodor Grant. Todos ellos se habían ofrecido para ayudarla en los preparativos de la fiesta, pero, en efecto, no se necesitaba a nadie, casi ni siquiera a Marieta. Otro avión se había adelantado, llevando a los camareros y a los servidores, a la gente de la cocina y a los mozos de comedor, e inmensas cantidades de comida y bebida. También Venancio Florival estaba ya en el valle, llegado de sus haciendas.

El programa de la fiesta constaba de la recepción a la comitiva, que llegaría por la mañana en diez o doce aviones. Seguirían las diversas inauguraciones: la del campo de aterrizaje (habían construido un hermoso edificio donde se leía: EMPRESA DEL VALLE DE RIO SALGADO — AERÓDROMO PRIVADO), de las diversas construcciones de la colina y del campamento, de la línea de ferrocarril que llevaba a los yacimientos de manganeso, de los primeros trabajos para la extracción de mineral. Almorzarían, y luego parte de la comitiva, los hombres, seguiría en canoas hasta el inicio de la zona de los japoneses, para inaugurar la colonia. Las señoras aprovecharían aquellas horas para descansar y prepararse para el baile de la noche. El almacén que había servido de cárcel durante la huelga, se utilizaría ahora para la comida de gala y, por la noche, para el baile. Con la comitiva llegaría desde São Paulo un famoso conjunto de jazz.

En las casas de los ingenieros y de los empleados, en la colina saneada, se habían preparado camas para los invitados que quisieran dejar la fiesta para dormir. Pero la consigna de Marieta era: «Bailar, comer y beber hasta la hora de volver a los aviones, por la mañana, de regreso a São Paulo». Así lo habían decidido los íntimos de la casa: no dejarían irse a dormir a nadie. Aquella inauguración se había retrasado, habían tenido que aplazarla dos veces: era necesario celebrarla bien.

Además, en aquel baile celebrarían otro acontecimiento sensacional: el noviazgo, recientemente anunciado, entre Susana Vieira y Bertinho Soares. Susana, cansada quizá de esperar otro candidato, y Bertinho, presionado por la familia, interesada en cubrir con el velo de aquella boda sus «hábitos extravagantes», habían decidido que la boda sería en invierno, cuando Los Ángeles, ahora de vacaciones, volvieran a la escena.

Acompañada de sus amigos, Marieta visitó el almacén ya preparado para la comida del día siguiente y adornado para el baile, y las casas de los ingenieros cedidas para el descanso de la comitiva. Dio órdenes, mandó modificar algunos detalles. Comprobó un desastre: habían olvidado las copas de champán. Se comunicaron con Sao Paulo por radio.

Después, Teo Grant le mostró el almacén donde los obreros habían sido ametrallados, el lugar, a orillas del río, donde habían caído Nhó Vicente y los cuatro caboclos. Y como el día era hermoso, fueron, al caer la tarde, a dar un paseo en canoa

para ver el lugar del río donde habían matado a Emilio creyendo matar a José Gonçalo.

—Aquí murió su jefe, Gonçalo —indicó el joven Grant relatando los detalles.

—Son los lugares históricos de nuestro valle —dijo el poeta Shopel—. Signos vivos de la lucha de la civilización contra la barbarie.

Subieron un trecho río arriba. El ruido del motor atraía a los japoneses, curiosos, a las puertas de sus nuevas casas de madera. Teo se quitó el sombrero, exponiendo al sol ardiente su cabello rubio.

—Aquí fue donde asesinaron a un compatriota mío, un ingeniero de la compañía, al iniciarse la lucha.

—¡Qué cobardía! —suspiró Bertinho Soares.

Marieta llevaba consigo un ramillete de flores silvestres cogido por Grant. Cuando él se lo ofreció, en una cómica inclinación a la manera de los antiguos cortesanos, Marieta lo prendió en su pecho con una sonrisa agradecida y tierna. Ahora se lo quitó, guardó sólo una flor, echó las otras al río en memoria del ingeniero yanqui. Grant le besó la mano.

—¡Qué hermoso es todo esto! —aplaudió Bertinho.

Shopel asintió, pero sin entusiasmo: había puesto sus ojos esperanzados en Marieta, y ahora se cruzaba aquel yanqui en su camino. Era el eterno complejo de Shopel: con sus ciento veinte kilos, las mujeres se reían de él, no le tomaban en serio.

Por la noche, en compañía del ingeniero jefe y de altos empleados de la empresa, se sentaron en lo alto de la colina, admirando el panorama del valle. Las luces eléctricas no conseguían ocultar la belleza del cielo estrellado. La luna extendía su luz amarilla sobre las aguas del río. En el campamento de los obreros, alguien tocaba una guitarra. El ingeniero jefe hablaba del valle, de las obras, del manganeso. Susana le pidió a Shopel que tradujera.

—Decididamente, tengo que aprender inglés...

Teo Grant, que había desaparecido, volvió y murmuró al oído de Marieta:

—Hay ahí un pequeño bote, lo ideal para dar un pequeño paseo nocturno por el río. ¿No se siente tentada?

Salieron los dos, seguidos por la mirada envidiosa de Shopel, sobre quien el ingeniero jefe seguía lanzando montones de cifras y datos. Más allá se iban apagando las pobres luces en los barracones de los obreros.

Al día siguiente se reunieron todos —ingenieros, empleados, obreros, japoneses llegados de las plantaciones— en el campo de aviación, a la espera de los invitados. En dos altos mástiles ondeaban las banderas de Brasil y de los Estados Unidos. Los aviones fueron llegando, con diferencias de pocos minutos. A mister Carlton, a Costa Vale, a la comendadora, a Artur Carneiro Macedo da Rocha, a otros dos ministros llegados con él, al interventor del Estado, les fueron ofrecidas flores. Cuando aterrizaron todos los aviones, los invitados se dirigieron al edificio del aeródromo. Allí se pronunciaron los primeros discursos: Artur, en nombre del Gobierno Federal,

el interventor y mister Carlton. La mujer del interventor cortó la cinta simbólica con unas tijeritas de oro.

Se dirigieron luego al campamento, que tenía ahora un aire de poblado, los chalets blancos de los ingenieros en la colina, las casas de madera de los obreros en el descampado, los grandes edificios de la administración, casi lindando con la selva. Nueva ceremonia y nuevos discursos ante el edificio central de la empresa, una construcción pesada y fea. Hablaron Costa Vale, un periodista de Sao Paulo, el ingeniero jefe de las obras. Marieta fue la madrina de aquella inauguración. Y así continuaron, entre discursos, inauguraciones, parabienes y elogios a la capacidad y al patriotismo de Costa Vale y al generoso interés de mister John B. Carlton por Brasil, hasta casi las tres de la tarde, hora en que, al fin, fueron a almorzar.

Shopel se quejó al exsenador Venancio Florival, su vecino de mesa:

—En mi vida he pasado tanta hambre, ni he oído discursos tan malos...

—Hijo mío, no te quejes. Esas cosas son necesarias. Dan lustre al dinero que uno gana.

A la hora de los postres, pidieron silencio.

—Dios mío, ¡otro discurso! ¡Qué horror! —protestaba Shopel, con la pechera de la camisa sucia de sudor y grasa—. ¡Ah! Es Hermes: a ver qué dice...

Era realmente Hermes Resende, sentado entre Saquila y Grant, que deseaba brindar en inglés «a la salud de los técnicos norteamericanos que tan noble y desinteresadamente venían a prestar el concurso de su saber a la obra civilizadora emprendida en aquel pedazo de selva brasileña».

Susana Vieira aplaudía, pese a no entender inglés. Marieta de Vale brindó con mister Carlton, con el cónsul de los Estados Unidos, con el ingeniero jefe, y, al fin, con mister Grant. Costa Vale le veía hacer. Nadie como ella para recibir y cautivar a los invitados...

Sólo un pequeño grupo se mostró dispuesto a ir, tras el almuerzo, hasta las plantaciones de los japoneses. Venancio Florival tartajó unas palabras. El embajador de Japón echó un discurso más. Y se volvieron todos rápidamente para descansar hasta el baile.

A las diez empezó el baile. Los soldados del puesto de la policía militar, ya de guarnición permanente en el valle, alejaban de las cercanías del almacén, convertido en salón de fiestas, a los obreros que venían a contemplar de lejos a los invitados y a oír la música. El salón estaba iluminado por los mismos reflectores que habían cazado a los caboclos a las márgenes del río. La consigna de Marieta: «Bailar, comer y beber hasta la hora de volver a los aviones», corría de boca en boca.

Hacia las dos de la madrugada, el poeta Shopel, sudando a chorros y bastante borracho, se declaraba a Susana Vieira, intentando recitarle poemas de amor:

*¡Oh, virgen pura, quiero hundirte en la ciénaga,
vestir de pecado tu inocencia...!*

Pero Susana, riéndose a carcajadas, rechazaba sus declaraciones y poemas, exigiendo respeto a su condición de novia:

—Mucho respeto, Shopel, que tengo novio formal...

—¿Novio? —Shopel se esforzaba por recordar aquella historia del noviazgo. Algo había oído del asunto—. ¿Novio? ¿Y quién es el novio?

—Aquello... —indicaba Susana, riéndose como una loca.

Y señalaba a Bertinho Soares que, en medio de la sala, en una pausa de la música, con una botella de champán en la mano, haciendo difíciles equilibrios sobre las piernas, cantaba con su voz de falsete una canción francesa en la que se quejaba de no poder usar lindos vestidos de seda *georgette* como las mujeres, felicidad que le estaría reservada si

*... ma famille,
Boulevard de La Bastille,
avait fait une fille
au lieu de faire un garçon...*

Varios invitados no pudieron ir con sus propias piernas hasta el campo de aterrizaje. Tuvieron que llevarles en brazos. En la sala se mezclaban botellas vacías con restos de comida. Clareaba la mañana cuando se reunieron todos camino del aeródromo. La luz de la aurora iluminaba el valle. También los obreros despertaban. No tardarían en salir para el trabajo. Un café negro, muy fuerte, último detalle de las fiestas, levantaría en el campo de aterrizaje el ánimo de los invitados. Hacia allí se dirigieron todos, mientras la tripulación de los aviones cuidaba los últimos detalles de la salida. Se acercaban al edificio cuando la voz del poeta Shopel resonó en un grito llamando la atención:

—¡Mirad! ¡Mirad!

El poeta indicaba los mástiles donde la víspera ondeaban las banderas de Brasil y de los Estados Unidos. La de Brasil seguía allí, agitada por la brisa de la mañana. Pero en el otro mástil no se veía ya la bandera de los Estados Unidos. En su lugar habían izado la desgarrada camisa de un hombre, de color indefinido y extraño. Era la camisa de Nhó Vicente, y aquel color extraño era el de la sangre del caboclo que la empapaba.

—¡Malditos! —murmuró Costa Vale mirando hacia las casas de los obreros.

—¡Oh! —exclamó, lívido, mister Carlton.

En la selva distante se elevó el sonido de una armónica, tan dulce y melodioso que se confundía con el canto matinal de los pájaros.

CAPÍTULO TERCERO

1

Mucha gente hacía rentable profesión del anticomunismo en aquel año de 1940. Nadie vivía de él tan ostentosamente como Heitor Magalhães, médico sin consultorio, periodista sin redacción. Sus tarjetas de visita decían: «Dr. Heitor Magalhães — médico y periodista», pero él solía añadir, de viva voz, al presentarse:

—Tesorero de la Sociedad de Ayuda a Finlandia. Estamos recogiendo fondos para ayudar al noble gobierno finlandés a resistir el asalto de las fieras comunistas.

Llevaba bajo el brazo una cartera de piel repleta de documentos referentes a Finlandia, a la guerra soviético-finlandesa, a la Sociedad de Ayuda. Elegante, buen mozo, hablador, era en general bien recibido en las oficinas de las fábricas, en los bancos, en las casas de modas. Para algunos, su nombre no era desconocido. Heitor avivaba la memoria del interlocutor:

—Aquellos reportajes sobre el Partido Comunista, publicados en *A Noticia*, eran míos. Ahora están reunidos en un volumen donde, además, hay material inédito.

Abría la cartera de piel, sacaba un ejemplar del libro: en la portada, una figura siniestra blandía un puñal del que caían gruesas gotas de sangre que formaban el título del volumen: LA CRIMINAL EXISTENCIA DEL PARTIDO COMUNISTA. En grandes letras azules, el nombre del autor. Una faja envolvía cada ejemplar y en ella se leían, aparte de la palabra SENSACIONAL, dos opiniones críticas. La primera afirmaba: «Lo leí de una sentada, como la más apasionante novela de aventuras. El talento del autor, unido a su espíritu patriótico, se ha colocado al servicio del bien contra el mal, de la verdad contra la baja demagogia comunista. Este libro es un grito de alerta». Firmaba César Guilherme Shopel. La segunda venía a comprobar: «Es un auxiliar precioso en la lucha contra el comunismo. Doy fe de la veracidad de las revelaciones del autor». Lo firmaba el delegado Barros, de Orden Político y Social de São Paulo. Heitor Magalhães llevaba siempre algunos ejemplares en la cartera. En las librerías y quioscos, el volumen, de unas doscientas páginas escasas, costaba diez mil reis y apenas se vendía. Pero aquellos comerciantes, industriales y banqueros adquirían casi siempre el ejemplar mostrado por el autor y pagaban, aparte del precio de cubierta, veinte, treinta, cincuenta mil reis, y a veces hasta le daban un billete de cien. La comendadora da Torre, encantada con los modales del muchacho, le dio un millón de reis «para ayudar a los gastos de edición».

Pero la venta del libro era sólo la primera parte, y la menos importante, de la operación. Heitor Magalhães sacaba de la cartera unos papeles timbrados: una carta de la legación de Finlandia agradeciendo los esfuerzos de la Sociedad de Auxilio, la lista de directivos de la Sociedad (nombres de peso en los medios económicos y financieros), la lista de donativos, abierta con el nombre de José Costa Vale, que había aportado una fuerte cantidad.

Mientras exhibía aquel convincente montón de papeles, Heitor iba hablando de

«los nobles objetivos de aquella Sociedad que le había honrado confiándole el cargo de tesorero». Mezclaba tópicos antisoviéticos con elogios a su propia persona. Últimamente había inventado una nueva versión de sus actividades en el seno del Partido. La había lanzado por primera vez en el prólogo del libro: ya no se trataba de un «excomunista arrepentido». Se trataba de un joven, patriota e impetuoso periodista que, gracias a su habilidad, había conseguido infiltrarse en los medios comunistas para estudiar su vida, sus planes, sus métodos, y denunciarlos al país y al mundo. Esa versión no sólo le parecía mucho más romántica, sino también mucho más lucrativa: con la anterior, en algunos espíritus conservadores podía quedar siempre una cierta reserva («La cabra siempre tira al monte», con ese proverbio, un industrial fascista, de origen italiano, había definido la escasa confianza que le merecía su «arrepentimiento»), y, por otro lado, ciertas personas torcieron el gesto al leer su nombre entre la directiva de la Sociedad. Un médico eminente le había dicho al profesor Alcebíades de Morais: «No soporto a los comunistas, pero soporto aún menos a los traidores...».

A los papeles y los argumentos se unían algunas fotos de media docena de cajas sobre las que se leía en letras estampadas: «MEDICAMENTOS. FRÁGIL». Y en un cartel, al lado de las cajas: «Aportación de la Sociedad de Auxilio a Finlandia, para la guerra del pueblo finlandés contra el comunismo ruso». Heitor exponía:

—Estos días vamos a mandarles por barco una ambulancia. Y ahora estamos recaudando fondos para comprar un avión de bombardeo en los Estados Unidos.

A los partidarios de Francia, de Inglaterra, de Norteamérica, les decía:

—Vean el ejemplo de Francia e Inglaterra. Están en guerra con Alemania, pero eso no es obstáculo para que envíen armas y otro material bélico a Finlandia. Francia envió incluso escuadrillas de bombardeo. ¿Y por qué? Porque si Finlandia fuera vencida, la Rusia comunista, aliada como está con el nazismo... —Y seguía su discurso de adoctrinamiento.

A los admiradores del nazismo, especialmente numerosos entre los millonarios de origen italiano y portugués, les presentaba a Finlandia como el aliado número uno de Hitler:

—Finlandia está dando tiempo a Hitler para vencer a Francia e Inglaterra. Está protegiendo su retaguardia, impidiendo el ataque ruso. ¿No sabía usted que Hitler ha enviado a Finlandia algunos generales como auxiliares? Con decirle esto, basta... Ya ve la importancia que tiene para nosotros la guerra de Finlandia...

Decía «nosotros» tanto si se trataba de aliadófilos como de pronazis. Se consideraba neutral en aquella guerra anglo-franco-alemana, trataba con simpatizantes de uno y otro bando. Su guerra era la ruso-finlandesa, «una guerra que, de no haberla, habría que inventarla», como había dicho a una graciosa morena, sobrina del profesor de Morais y mecanógrafa en la Sociedad de Auxilio. Guerra que había venido a resolver todos sus problemas financieros.

Anduvo algo apurado tiempo atrás, después de haber despilfarrado el dinero que

le diera Barros por la denuncia y por el folletín de sus «memorias». Pensó en una revista anticomunista, publicó dos o tres números, arrancando anuncios a los comerciantes franquistas, pero suponía un montón de trabajo, y el beneficio era muy escaso. Daba para ir viviendo, pero no para la vida que él deseaba: un buen apartamento, hermosas mujeres, trajes elegantes, comidas en restaurantes de lujo. De vez en cuando, Barros le pasaba algún dinero a cambio de información —un comunista visto por Heitor en la calle, cosas así— y le había proporcionado la impresión gratuita del libro en la imprenta oficial. ¿Pero qué era aquella calderilla, comparada con el río de dinero canalizado por la guerra ruso-finlandesa, a través de la Sociedad de Auxilio, hacia los bolsillos de Heitor Magalhães?

Libre de todo control, manejaba a su gusto el dineral recibido día tras día. El nombre del profesor Alcebíades de Morais, presidente de la Sociedad, le proporcionaba la respetabilidad necesaria. Heitor gozaba de la confianza absoluta del catedrático. Frecuentaba su casa, oía con atención y aplausos sus soporíferas disertaciones sobre el mundo y Brasil, sobre moral y religión. El profesor era eterno candidato a varios cargos: el de rector de la Universidad de São Paulo, el de director del Departamento de Cultura, el de secretario de Educación. Se consideraba a sí mismo un portento de saber, de vida virtuosa, de respeto a las ideas conservadoras, a la religión y a la propiedad, y el hecho de seguir relegado a una cátedra en la Facultad y a su consultorio, le parecía la mayor injusticia de todos los tiempos. Antes del golpe del Estado Novo, cuando había ingresado en la Acción Integralista, y se vio inmediatamente promovido a puestos directivos dentro del movimiento fascista, una dulce esperanza acarició su ambicioso corazón. Pero las divergencias entre Getúlio y Plinio Salgado alejaron una vez más su nombre de los cambalaches ministeriales y continuó girando en torno a Costa Vale como un oscuro satélite. Del banquero le venían la mayor parte de sus ingresos mensuales: era, desde hacía mucho tiempo, jefe de los servicios médicos de los ferrocarriles, controlados por Costa Vale, y de diversas empresas. Y el cargo de jefe de saneamiento del Valle de Rio Salgado le valía una pequeña fortuna mensual. No era la falta de dinero lo que le hacía mostrarse prepotente y soberbio con quienes estaban por debajo de él y servicial y reverente con los poderosos. Ganaba bastante dinero, pero ambicionaba posiciones, cargos importantes, títulos, notoriedad.

Heitor Magalhães, con su sutileza habitual, se había dado cuenta inmediatamente de la secreta amargura del profesor. Era exactamente el hombre que necesitaba: presentado como ejemplo de moralidad, asiduo a misas y recepciones de la sociedad paulista, y poco satisfecho con los resultados obtenidos por sus muchos años de hipócrita vida austera. Ni siquiera en el seno de su numerosa familia encontraba el profesor de Morais un oyente tan atento y respetuoso como Heitor. Los hijos e hijas del profesor se arrastraban a trompicones por facultades e institutos, menos interesados por la ciencia que por el fútbol, los bailes o el cine norteamericano.

—Las nuevas generaciones están perdidas, mi querido colega —suspiraba el

profesor—. Nada significan para ellas los valores morales. Sólo quieren perder el tiempo, noche y día con esas indecentes danzas modernas.

La familia le costaba los ojos de la cara. No había dinero que llegase. En su despacho, dominado por un retrato de D. Pedro II, le contaba a Heitor:

—Un hombre de mi posición no es responsable sólo de su familia directa. Están los parientes, y entre los parientes, hay de todo. Algunos no supieron prosperar y creen que uno tiene la obligación de sostenerles. La caridad, mi querido colega, es una hermosa virtud, y yo me esfuerzo en practicarla, como las demás virtudes cristianas. Pero tal como está la vida, resulta difícil ejercer la caridad. Ya ve, hoy mismo ha aparecido por aquí una sobrina de mi mujer. Su madre ha muerto y al padre no se le ha ocurrido nada mejor que mandármela para que nos encarguemos de buscarle un empleo. Una boca más... y si fuera sólo una boca... Pero hay que vestirla, que pagarle el cine...

Heitor sugería una solución para el caso de la sobrina (ya la había visto: una morenaza opulenta, de risa fácil y maliciosa): la Sociedad de Auxilio precisaba una secretaria, una persona que pasara a máquina las cartas, los balances. ¿Por qué no aprovechar a la sobrina del profesor?

—Que nosotros trabajemos gratis, es natural, profesor. Lo hacemos por un ideal. Pero necesitamos coger a una secretaria que se encargue de la correspondencia. Precisamente venía con la intención de hablar de esto con usted. Y encuentro la solución en su propia casa...

—Hum... —hizo el profesor de Morais. ¿Y cuánto podríamos pagarle al mes, sin desequilibrar lo destinado a tan noble causa?

Heitor hizo cálculos:

—Unos ochocientos mil reis, incluso un millón. Es lógico: con una buena secretaria ayudándome, las cotizaciones pueden aumentar mucho. Y para Finlandia es un beneficio... Y así, de paso, yo podría pensar en ejercer de nuevo la medicina, abrir un consultorio. La verdad, profesor, es que he abandonado prácticamente mis intereses personales. Si no fuera por mis rentas...

—En este caso, estoy de acuerdo. Pero no sé si Lillian es buena mecanógrafa... Recibió una educación muy descuidada en casa de sus padres...

—Eso no importa demasiado. Cualquiera puede dominar la máquina de escribir en una semana. Es cuestión de práctica. Y tenemos una buena máquina, donativo de una empresa norteamericana.

La verdad es que Lillian jamás había puesto sus dedos en el teclado de una máquina. Y al cabo de una semana, pocos eran los progresos que había hecho. En cambio, en menos de una semana cubría a Heitor de besos y se reían los dos de la solemne hipocresía del profesor Alcebíades de Morais:

—De ese millón de reis, ya me ha dicho que ochocientos mil son para ayuda de los gastos de la casa, para pagar mi pensión. Para mí quedan sólo doscientos mil, y con eso tengo que pagar el transporte...

—No te preocupes. Queda de mi cuenta. Mientras esta guerra dure, no nos va a faltar dinero. Y luego, ya inventaremos otra cosa...

Empleo para la sobrina y condecoración para el profesor. Fue precisamente esto lo que acabó por confirmar la buena opinión que Alcebíades de Morais tenía de Heitor. Un secretario de la legación de Finlandia, al recibir las cargas de medicinas, en Río (Heitor aprovechó la ocasión para que Lilian pudiera conocer la capital) insinuó algo a Heitor de una condecoración del Gobierno de Finlandia. Aquella dedicación merecía una recompensa honorífica, dijo el secretario. Heitor, muy contento por la noticia, rechazó la condecoración. «No. No era a él a quien el gobierno finlandés debía condecorar. Era al profesor Alcebíades de Morais, presidente de la Sociedad, a quien no había bastado prestar su nombre impoluto para aquella gran campaña, y entregarse a ella en cuerpo y alma, sino que incluso ponía a gente de su familia a trabajar en aquella fatigosa y cotidiana labor. Allí estaba, por ejemplo, aquella muchacha, mecanógrafa de la Sociedad: era sobrina del profesor, y su dedicación era realmente ejemplar. El secretario de embajada sonrió a Lilian, mientras Heitor afirmaba que, por su parte, no quería nada, fuera de la satisfacción del deber cumplido. Verdad era que sus negocios particulares estaban abandonados, sus finanzas a cero. Pero sus convicciones antisoviéticas, su devoción por la causa defendida por Finlandia armas en mano, le importaban mucho más que su consultorio cerrado...».

El secretario comprendía, algo le habían dicho ya sobre Heitor. Fue así como, unos quince días más tarde, el profesor Alcebíades de Morais recibía solemnemente en la legación, de manos del ministro de Finlandia, una condecoración, mientras que al Dr. Heitor Magalhães, sin solemnidad ni ruido, le entregaba el secretario de la legación un cheque por una considerable cantidad. El profesor recibía las felicitaciones, balbuceaba palabras de modestia, se sentía inflado de satisfacción. A la salida, le dijo a Heitor:

—Quiero agradecerle, mi querido colega, su actuación en este asunto —Lilian le había explicado la conversación en la legación finlandesa. Puede contar con mi amistad, poco poderosa, pero sincera.

—Profesor, por el amor de Dios... No hice más que lo que mi conciencia me dictaba, al hacer ver en la legación cuánto le debe la causa de Finlandia.

—En estos tiempos, mi joven colega, reconocer los méritos ajenos, hacer justicia, es una rara cualidad. Usted la posee. Puede contar conmigo.

Heitor contaba con él para sus todavía nebulosos planes cara al futuro. El joven chantajista vivía en general sin preocuparse por el día siguiente. Sus cálculos se reducían a un tiempo concreto. Despilfarraba el dinero, «hoy comemos, mañana veremos», solía repetir. Pero, por poco que normalmente le preocupara el futuro, no podía dejar de inquietarse al ver que la guerra ruso-finlandesa se acercaba a su fin. Los periódicos continuaban inventando victorias de Finlandia, pero ya no podían esconder el avance de las tropas soviéticas, y Heitor sabía leer entre líneas: era

cuestión de semanas, tal vez de días.

Había vivido unos meses nadando en oro, le quedaba dinero para algunos meses más. Era preciso descubrir otro golpe tan ventajoso como aquel del anticomunismo. Pondría en pie de nuevo la pequeña revista. Había establecido innumerables relaciones con aquel negocio de Finlandia. Podía obtener buenos anuncios más fácilmente que antes. Pero eso no bastaba. Heitor se había acostumbrado a la buena vida. Más aún que los planes del futuro, le preocupaba el problema inmediato de la Sociedad. Mucha gente había dado dinero para aquella pretendida ayuda a Finlandia. Unas cuantas cajas de medicamentos (la mayor parte proporcionados gratuitamente por los laboratorios) fueron enviadas, en dos o tres meses, a la legación. Pero la anunciada ambulancia, el tan explotado avión de bombardeo, se habían quedado en proyectos. La prensa había hablado de aquellos proyectos generosos, y Heitor temía que, acabada la guerra, apareciera algún donante con la intención de saber qué había sido de su dinero. Quería cubrirse, no estropear con un descuido las relaciones que había establecido. Así, cuando se dio cuenta de la inminente derrota de Finlandia, fue a ver al profesor:

—Profesor, desgraciadamente parece cierto que nuestra pequeña y heroica Finlandia se verá obligada a rendirse. Pese a lo que dicen los periódicos, la situación de las tropas finlandesas es desesperada. Acabo de oír en la BBC un comentario...

—Es verdad, lamentablemente, es verdad. Parece, querido colega, que los periódicos hayan exagerado la debilidad militar de los rojos. Nuestra pobre Finlandia...

—Vencida por el número, profesor. Basta ver cuántos rusos hay por cada finlandés. Aunque se trate de rusos hambrientos y andrajosos, la superioridad numérica es absoluta. Por eso he venido a consultarle...

—¿Sobre?

—Ya sabe usted. Nuestra Sociedad de Auxilio. Recogimos cierto número de contribuciones, adquirimos gran cantidad de productos farmacéuticos; ya está informado, claro. Pensamos en una ambulancia, luego en un avión... Estábamos empezando la campaña en este sentido y tenemos algún dinero en caja. Es exactamente ese dinero lo que me preocupa, son veinticinco o veintiséis millones de reis (en realidad eran más de ochenta), no lo sé de memoria, pero tenemos las cuentas de entradas y salidas. El problema que me preocupa es éste: ¿Qué hacer con ese dinero? Tenemos dos soluciones: devolverlo a los contribuyentes, o...

—¿O qué? —preguntó el profesor con la vaga idea de que Heitor le iba a proponer dividirlo, y que él se vería obligado a rechazar la proposición.

—Bueno... Adquirir ahora más medicamentos no sirve de nada. Para completar lo de la ambulancia o el avión, no hay tiempo. Pensé entonces que la mejor manera de emplear el dinero ya recogido, dentro de las loables intenciones con que lo hicimos, sería la organización de un gran acto público de homenaje a Finlandia y de oposición al comunismo. Con el dinero que nos queda, descontando, claro, el alquiler

del local y los tres meses de indemnización que la ley exige a nuestra secretaria, tal vez podamos organizar algo. Una gran manifestación, en la que usted pronunciaría el discurso principal y luego hablarían otros oradores.

—No es mala idea... —aprobó el profesor, entre aliviado y pesaroso por no ser aquélla la propuesta a un tiempo temida y esperada—. Me parece bien.

Invitaremos a las autoridades, personalidades, será una demostración de rechazo al comunismo...

—Y de indignación contra la Unión Soviética. Si usted está de acuerdo, me pongo al trabajo inmediatamente, empleando en eso el dinero que tenemos en caja. Y, hablando de dinero, le ruego que examine y apruebe los balances de la Sociedad. Los voy a preparar y se los llevaré en cuanto tenga un presupuesto de lo que nos puede costar el acto.

—Muy bien. Lo que me preocupa ahora es ver a Lilian otra vez sin empleo.

—Sobre eso quería hablarle también. Pienso lanzar de nuevo mi revista. Con el trabajo que me dio la Sociedad, la he dejado morir. Necesitaré una persona como ella para que me ayude. Si le parece, ahora trabajará para mí.

—¿Y por qué no, mi querido amigo? En cuanto a su revista, cuente conmigo para ayudarle en lo que sea necesario. Puedo hablar con Costa Vale para proporcionarle un buen anuncio permanente. Y con otras personas con quienes tengo relación: la comendadora da Torre, el industrial Lucas Puccini...

—No sé cómo agradecerse. Usaré de la influencia que usted pone a mi disposición, pero no abusaré. En cuanto al acto, déjelo en mis manos. Será un acontecimiento resonante. Vamos a cerrar con llave de oro esta campaña de solidaridad. Usted sólo tiene que cuidarse del discurso, que estoy seguro será una obra maestra.

Se despedía ya, pero desde la puerta se volvió:

—En cuanto a los balances, creo que sería útil publicarlos en la prensa, después de que usted los haya aprobado. Así mostraremos a los donantes cómo hemos empleado su dinero.

—Es una idea sensata. Mándeme los balances.

En el pequeño despacho alquilado para la sede de la Sociedad, tumbado en un diván, Heitor le dictaba a Lilian:

—... embalaje y despacho de medicamentos...

Lilian, con el índice en ristre, buscaba las letras en el teclado de la máquina de escribir.

Mientras Heitor Magalhães conseguía gratis o a precio reducido todo lo necesario para la manifestación antisoviética —el Teatro Municipal de São Paulo, la transmisión radiada de los discursos, la impresión de carteles, las notas en la prensa —, los miembros de la dirección regional del Partido discutían sobre el asunto. Estaban el Rubio, João, el camarada llegado de Río tras la caída de Zé Pedro y Carlos, y Oswaldo, el antiguo secretario de Santos, ahora en el secretariado de la regional.

El Rubio, casi afónico, con una respiración angustiosa, golpeaba con la mano esquelética la pequeña mesa, haciendo saltar las tazas vacías:

—No podemos permitir que se haga esa manifestación así, sin más. Tenemos que mostrar que no pueden insultar impunemente a la Unión Soviética.

El compañero llegado de Río no acababa de convencerse. No le parecía justo arriesgar los cuadros del Partido en una acción cuyos resultados prácticos no veía claros. ¿Qué es lo que iban a ganar perturbando aquella manifestación? Aquello era jugarse la libertad de algunos camaradas en un momento en que los efectivos del Partido en São Paulo estaban reducidos a unas decenas de hombres. El trabajo de reestructuración de las células desaparecidas, de los comités de zona liquidados, era en su opinión lo que debía centrar toda la atención de los militantes en libertad. Aquel trabajo estaba en marcha y empezaban a verse los resultados, pese a que no se había atenuado la acción de la policía: en Santo André, el joven portugués Ramiro había conseguido entrar en contacto con viejos elementos, y no tardaría en reconstruir la presencia del Partido en aquella importante concentración obrera. Era un buen muchacho aquel Ramiro, había sido una buena idea facilitarle la fuga. Valía la pena. También en otras partes, en barrios proletarios y en fábricas, se volvía lentamente a dar forma al Partido. Debían emplear todas sus fuerzas en esta labor, y a ella debían dedicar a los pocos camaradas en actividad. ¿Para qué lanzar a unos cuantos a una acción peligrosa? ¿Qué iban a ganar con aquello?

Los otros tres escuchaban con atención. Apenas terminó de hablar, el Rubio intervino de nuevo:

—Se trata de un problema político, camaradas. Se trata de la Unión Soviética. Desde que comenzó la guerra de Finlandia, y antes incluso: desde el pacto germano-soviético, se viene intensificando una campaña contra la Unión Soviética. Se quiere preparar el espíritu del pueblo para la cruzada antisoviética. Y mientras eso ocurría sólo en los medios burgueses e intelectuales, podíamos contentarnos con responder a través de las escasas posibilidades de que disponemos: manifiestos, octavillas, pintadas. Pero ¿de qué se trata ahora? ¿Qué es lo que pretenden con esa manifestación? A mi parecer, dos cosas: primero, levantar a la masa, incluso a la masa obrera, contra la Unión Soviética, presentando al Ejército Rojo como agresor. Segundo: poder declarar que el pueblo está con ellos contra la Unión Soviética,

incluso el proletariado. ¿Qué informaciones tenemos sobre esa manifestación?

Hizo una pausa, le costaba trabajo respirar. Su voz era tan débil que los camaradas tenían que esforzarse para entender todas sus palabras:

—Están invitando a los obreros de las fábricas. En algunas es obligatoria la asistencia a la manifestación. Quien no vaya, será multado. Habrá autobuses y camiones para llevar y traer a los obreros. Está claro, ¿no? ¿Podemos dejar que la masa obrera participe, incluso contra su voluntad, en un acto contra la Unión Soviética? ¿Somos o no somos la vanguardia del proletariado? Los obreros, en las fábricas, preguntan a nuestros compañeros qué deben hacer. No tenemos posibilidades, de momento, para impedir que los obreros sean llevados al teatro. No ir significa multa, despido, quizá la cárcel. Y no tenemos cuadros suficientes para una labor de agitación en las fábricas. Ésa es la situación. ¿Qué debemos hacer, pues? ¿Dejar que la reacción manipule a la masa obrera, insulte ante ella a la Unión Soviética y haga propaganda anticomunista? Eso es lo que ocurriría, prácticamente, si nos quedáramos en la actitud pasiva, defendida por el camarada Pequeno (se refería al llegado de Río). No, no podemos hacer tal cosa sin que el proletariado, solidario con la Unión Soviética, pierda la confianza en nosotros, en el Partido —y golpeaba una vez más la mesa, entre un nuevo acceso de tos.

—Creo que el Rubio tiene razón —João quería evitar que el otro siguiera hablando. Cada palabra le costaba un enorme esfuerzo, y era doloroso oír aquella voz afónica—. Permitir tranquilamente la realización de ese acto es, en la práctica, traicionar nuestra misión. Especialmente teniendo en cuenta que podemos convertir ese acto en una demostración de solidaridad con la U.R.S.S. Con el teatro abarrotado de obreros, si actuamos con audacia, podemos volver a la masa contra ellos, podemos transformar el significado de la demostración.

—Exactamente... —aprobó el Rubio, repuesto ya del ataque de tos.

Oswaldo se mostraba también de acuerdo:

—Sin ir más lejos: ayer me enteré de que en la fábrica de tejidos de la comendadora da Torre muchos obreros están dispuestos incluso a perder su puesto de trabajo y no ir a la manifestación. Quieren saber qué hay que hacer, piden instrucciones... La opinión de Pequeno es un error. Donde...

Pero el compañero de Río alzó los brazos:

—Basta. Estoy convencido, y de sobras... No veía el aspecto político de la cuestión...

Pasaron a discutir los detalles. João sacó del bolsillo un periódico de la tarde con el programa del acto. Después de los himnos se proyectarían algunos documentales sobre Finlandia. Los discursos ocuparían la última parte de la fiesta.

—¿Por qué los documentales antes que los discursos? —preguntó el profesor Alcebíades de Morais a Heitor Magalhães.

Éste se lo explicó: si fallaba la asistencia de obreros por un motivo u otro («con esa gente nunca se sabe hasta qué punto se puede contar») habría tiempo, mientras

durara la exhibición de los documentales, de reclutar gente entre los policías y la Asociación de Ganaderos, que celebraba aquella misma noche su Asamblea General. Él, Heitor, pensaba en todos los detalles. Aquella demostración tenía que realizarse en un teatro lleno a rebosar.

João decía:

—Documentales cinematográficos antes de los discursos. Ni que lo hicieran a propósito...

Y empezó a explicar su plan.

—¿A quién vamos a encomendar la ejecución de esa tarea? —preguntó Pequeno—. Necesitamos a alguien que conozca al Partido casi hombre por hombre, que sepa elegir a la gente adecuada, que lo prepare todo perfectamente.

—Yo sólo veo una persona en estas condiciones —dijo Oswaldo, mirando a João—. Es Mariana.

—Ya hemos hecho correr demasiados riesgos a la camarada Mariana —intervino el Rubio—. No podemos olvidar que la policía anda tras la pista de una mujer desde la fuga de Ramiro.

Los ojos se volvieron hacia João.

—Hay que encomendar esa tarea a alguien —dijo João—. ¿Por qué no a ella? Vosotros creéis que es la persona indicada. Peligro correrá cualquiera que se encargue de eso. Propongo que le encomendemos la ejecución de esa tarea a la camarada Mariana.

3

Heitor, jubiloso, contemplaba el teatro repleto. No había necesitado recurrir ni a los policías de paisano —Barros le había dicho que podía enviar un centenar si había que hacer número— ni a los ganaderos. Los obreros habían venido, ocupaban gran parte de la platea y los pisos altos del teatro. Las butacas de las primeras filas habían sido reservadas a los invitados, miembros de la directiva de la Sociedad de Auxilio a Finlandia, personalidades sociales, políticas y religiosas. Allí sí que había muchas sillas vacías. Esta gente se solidarizaba con la demostración, pero huía prudentemente de la amenaza de cinco discursos, entre ellos uno, seguramente largo y aburrido, del profesor de Morais. Fue exactamente la palabra «aburrido» la que utilizó César Guilherme Shopel, de paso por São Paulo, cuando Heitor Magalhães fue a invitarle:

—Mira, amigo. Tengo un compromiso para esa noche. Sabes muy bien que estoy dispuesto a ayudar como sea la campaña contra el comunismo, pero no me pidas que le oiga un discurso entero a Alcebíades... Eso es demasiado. Es una exageración, de verdad. Es el tipo más aburrido del mundo, el latoso más completo que haya aparecido sobre la tierra...

Aun así, Heitor no podía quejarse: habían venido algunas personalidades y, para componer la mesa presidencial, en el escenario, junto a los directivos, había un buen grupo: el secretario de la legación de Finlandia, el agregado cultural norteamericano, el joven Teo Grant, uno o dos industriales, el exsenador Venancio Florival, un cura español, y, para presidir, el representante del ministerio de Trabajo, Eusebio Lima, llegado especialmente a Sao Paulo para participar en el acto. Él y el cura franquista harían uso de la palabra, junto con un estudiante de Derecho y un pequeño funcionario de la delegación de Hacienda, convertido, a efectos de la manifestación, en «líder obrero» («así estaremos seguros de un buen discurso obrero», había explicado Heitor al prof. de Morais).

Tras los himnos de rigor, descendió una pantalla sobre la boca del escenario. Se apagaron las luces, el silencio dominó el teatro. Un documental en color mostraba paisajes de Finlandia durante el corto verano nórdico, escenas de deportes de invierno en las montañas nevadas. Se oyeron algunos aplausos en las primeras filas cuando terminó el documental para dar comienzo a otro sobre la guerra ruso-finlandesa. Se veían pasar prisioneros rusos, soldados con la estrella roja y gorros invernales. Luego la película mostró a un grupo de oficiales del Estado Mayor finlandés en una conferencia militar.

Un prolongado silbido saludó aquellas imágenes. Una voz de hombre, fuerte y vibrante como un toque de clarín, restalló en el teatro:

—¡Viva la Unión Soviética!

Inmediatamente empezaron a caer octavillas desde los pisos altos. Gritos de protesta, muera al fascismo, vivas a la U.R.S.S. y a Stalin resonaban en la oscuridad. La masa obrera respondía a los vivas y a los muera. La confusión fue espantosa. Un olor sofocante a gas sulfhídrico empezaba a ahogar a los asistentes haciendo insoportable la atmósfera del teatro, ya antes pesada por el calor. En la pantalla aparecían soldados camuflados en una trinchera. En la platea aumentaban los gritos, vivas y más vivas, muera y más muera. Gran parte de los asistentes buscaba las puertas de salida, los invitados intentaban abrirse camino entre la multitud. Teo Grant protegía el cuerpo de Marieta Vale. La atmósfera apestaba. Todo duró sólo unos minutos. Otro silbido largo cruzó el teatro de lado a lado, la gente de general bajaba las escaleras a todo correr. La multitud se dispersaba por las calles próximas, corrían los transeúntes fuera del teatro, se hablaba de un incendio.

Heitor, en un camerino, al lado del profesor de Morais, gritaba pidiendo que encendieran las luces y se interrumpiera la proyección, pero nadie le oía, y acabó por precipitarse entre bastidores en busca de un teléfono desde donde pedir socorro a Barros. Había mujeres desmayadas en las butacas, la masa abandonaba el teatro. Todo el mundo trataba de irse a casa lo antes posible. Mariana tomó un autobús, se sentó en un extremo del asiento, abrió un diario.

Cuando, al fin, se encendieron las luces, volvió a reinar el silencio pero persistía el olor fétido. La platea estaba casi desierta. Sólo en los camerinos quedaban algunas representaciones oficiales. En la calle, los policías saltaban de los automóviles, invadían el teatro, detenían gente al azar, en su mayoría simples curiosos parados ante el edificio.

De las localidades altas, donde no quedaba nadie, caía hasta la platea la bandera de la hoz y el martillo, la bandera de la estrella de la mañana, la bandera de la Unión Soviética.

Lucas Puccini relejó algunos párrafos del comentario publicado por *A Noticia*. Un fino silbido se escapó de sus labios, seguido por una frase de admiración:

—¡Treinta millones de dólares! ¡Qué dineral!

Sus oficinas en São Paulo ocupaban ahora toda la planta de un rascacielos, varios despachos perfectamente amueblados donde trabajaban empleados y mecanógrafas. Sentado ante su soberbia mesa de trabajo, el «audaz industrial» (como escribían los periódicos) dirigía sus variados negocios, estudiaba nuevos planes. Era su fuerza, aquel instinto que le hacía olfatear los buenos negocios, aquella audacia en el empleo del capital. Cada día aparecía lanzado a una nueva empresa, adquiría fábricas en vísperas de quiebra y las ponía en pie. Se metía en mil negocios y todos le salían bien. Crédito no le faltaba, era un hombre que gozaba de las simpatías del palacio presidencial, todo el mundo sabía que era un devoto incondicional del presidente. Y no sólo se había enriquecido en aquellos años del Estado Novo: había engordado también. Su rostro joven aparecía ahora más serio, como correspondía a un hombre de su condición. Los que le habían conocido antes como simple dependiente en un tenducho de un árabe, abrían la boca al verle pasar en su gran automóvil, fumando puros caros, con aire de superioridad. El propio Eusebio Lima, que le había dado la mano en sus días de pobreza y que había sido su asociado en los primeros «golpes», su amigo de todas las horas, no escondía su sorpresa ante la fulminante ascensión de Lucas en el mundo de los negocios. Él, Eusebio, estaba metido en la vida política desde hacía diez años, desde el movimiento de 1930, era experto y estaba bien relacionado y, sin embargo, en sólo cuatro años, Lucas se había enriquecido de verdad mientras que Eusebio continuaba contentándose con algún «golpe» de vez en cuando. Ahora él era prácticamente el protegido de Lucas. Los papeles se habían invertido. Eusebio explicaba aquella transformación diciendo:

—Lucas tiene olfato para los negocios. Es un genio para eso. Yo, en cambio, he nacido para la vida política...

Pero el propio Lucas no se sentía del todo satisfecho. Aquella ambición revelada en sus confidencias a Manuela en la casa húmeda de los suburbios, sus sueños de poderío, no habían disminuido con el éxito. Más que nunca, sentado a la mesa de su despacho, dejaba correr sin freno su imaginación. Estaba lejos de poseer aún todo lo que deseaba: no era una planta de un rascacielos el colmo de sus aspiraciones. Quería un edificio como el banco de Costa Vale, que dominara la ciudad de São Paulo. No eran las pequeñas fábricas de tintes y de pastas alimenticias, la agencia exportadora de algodón y café lo que podía satisfacerle. Pensaba en las grandes empresas, en las sociedades cuyos títulos se cotizaban en las bolsas extranjeras. Algo semejante a la Empresa del Valle de Rio Salgado, sobre la cual acababa de leer el comentario económico de *A Noticia*:

El papel que Brasil puede representar como proveedor de un mineral como el

manganeso, tan importante para la siderurgia mundial, viene indicado por el desarrollo de la Empresa del Valle de Rio Salgado. Según opinan los expertos, las reservas del Valle de Rio Salgado figuran entre las más importantes del mundo, pese a que no ha sido evaluada aún la totalidad del yacimiento. Apenas se ha iniciado la explotación, y ya se puede calcular su importancia para la balanza económica de nuestro país. Una colaboración más estrecha con los Estados Unidos vino a abrir grandes perspectivas con la fundación de la Empresa del Valle de Rio Salgado. Los norteamericanos iniciaron su participación con un 49% del capital, y los brasileños con el 51%. Se ha conseguido un importante crédito del Ex-Import Bank, de los Estados Unidos, por un total de 30 millones de dólares. Los trabajos de explotación del manganeso del Valle de Rio Salgado están ya bastante avanzados y los técnicos calculan que la exportación de mineral podrá alcanzar rápidamente la cifra de 300 000 toneladas anuales. Cuando estén terminadas las instalaciones secundarias...

Lucas Puccini releía el comentario. Se sentía aún lejos de negocios como éste, negocios que supusieran, no millones de reis, sino millones de dólares. Soñaba con empresas como la del Valle, con alianzas tan poderosas como las de Costa Vale.

Dejó el periódico, pensaba en el banquero. Cuando era un simple funcionario del ministerio de Trabajo, Lucas Puccini solía admirar desde una ventana las oficinas del banquero, la galería de su despacho. Costa Vale simbolizaba todo lo que él deseaba ser y poseer. Después, un día, fue a verle para pedirle un crédito, con ocasión del negocio del algodón, su primer negocio importante. El banquero apenas le recibió, inmediatamente le pasó a un gerente. Había sido algo humillante. Pero Lucas, luego, se había vengado. Había obtenido el contrato para equipar la Fábrica de Motores, contrato al que optaba también Costa Vale. Y ahora, de nuevo competían ambos por las obras de la Baixada Fluminense.

Lucas movía cielo y tierra para obtener el contrato, pero Costa Vale tampoco estaba inactivo: el ministro Artur Carneiro Macedo da Rocha era hábil en estos asuntos, más hábil incluso que Eusebio Lima... Era un enfrentamiento complicado...

Para Costa Vale, aquel contrato representaba sólo incrementar un poco el número de sus millones. Ni siquiera aparecía en el asunto. Los autores de la propuesta eran la comendadora da Torre y César Guilherme Shopel, pero quien decía la comendadora y Shopel, decía Costa Vale. Había una estrecha alianza entre la viuda y el banquero, y en cuanto a Shopel, no pasaba de ser un hombre de paja que se beneficiaba con las migajas. Sin embargo, para Lucas aquel contrato tenía una importancia primordial: sería su mayor negocio.

Piensa en esto, mientras repite de vez en cuando la impresionante cifra:

—¡Treinta millones de dólares... Santo Dios!

«¿Y si fuera a ver a Costa Vale para proponerle una sociedad conjunta para lo de la Baixada...? Quién sabe si...».

La idea le hizo levantarse de la silla, y la maduró yendo y viniendo por el despacho. Acabó por ponerse la chaqueta, calarse el sombrero y salir hacia el banco.

Esta vez Costa Vale no le hizo esperar, no lo recibió diciéndole que tenía sólo unos minutos disponibles. Al contrario, le ofreció una butaca, le tendió la caja de puros y le preguntó amablemente:

—¿En qué puedo servirle, señor Puccini?

—He venido a verle para hablar de las obras de la Baixada Fluminense. Opto al contrato, y me he enterado de que también usted lo hace. Creí que tal vez...

El banquero le interrumpió:

—No, no. Está usted equivocado. Quienes han presentado su opción son dos amigos míos, la comendadora da Torre y el poeta César Guilherme Shopel. Es con ellos con quienes debe usted hablar...

—Bueno, en este caso... Yo había pensado en una propuesta que lograra conciliar mis intereses y los intereses que creía suyos, señor Costa Vale. Por eso he venido a verle. Es una pena, porque creo que mis proyectos son interesantes. En fin, ya veré lo que hago.

—¿Y por qué no va a ver a la comendadora?

—No la conozco. Una vez estuve en su casa, hace años, en un homenaje al Dr. Getúlio. Nunca la he vuelto a ver, seguro que ella ni sabe quién soy...

—Por eso no se preocupe. Yo le presentaré a la comendadora —miró con sus ojos fríos a aquel hombre aún joven, con aire victorioso, sentado ante él—. He ido siguiendo su carrera, señor Puccini. Recuerdo que una vez estuvo aquí para presentarme un proyecto. Necesitaba un crédito. No presté atención a su plan. Me pareció absurdo; creí que era peligroso arriesgar dinero en él. Y usted lo llevó adelante, pese a todo, y lo realizó, y acabó por demostrarme que yo estaba equivocado. Y no me gusta equivocarme dos veces, especialmente con la misma persona. Veamos: ¿cuáles son sus planes?

Lucas sonrió:

—Pero... En fin, el proyecto está en relación con lo de la Baixada Fluminense. Preciso a alguien que esté interesado en este negocio, y veo que no es éste su caso... Me ha dicho usted que la comendadora da Torre...

Costa Vale no se dio por aludido, ni por la sonrisa ni por las palabras de Lucas:

—Conozco la propuesta que usted ha presentado en el ministerio de Obras Públicas sobre la Baixada. Lo que usted promete hacer es sencillamente irrealizable. Es algo que jamás podrá realizar.

—Mi proyecto presenta para el país unas ventajas que ninguno de los otros ofrece. En cuanto a realizarlo, es cosa mía... Lo que sí es cierto es que ninguna otra propuesta, ni siquiera la de la comendadora, puede presentar las ventajas de la mía. Los técnicos la apoyan. Puedo ganar el concurso...

—¿Y de dónde va a sacar el capital inicial?

—Ahí está el problema. Yo había pensado: los dos estamos interesados en la Baixada Fluminense, el Sr. Costa Vale y yo —hizo un gesto como disculpándose—. Pensaba que Shopel presentaba su propuesta en nombre de la comendadora y en el de

usted.

—¿Y entonces?

—He presentado el mejor proyecto. Tengo buenos amigos, tengo buenas posibilidades de ganar. Usted tiene capital —sonrió una vez más—. Y no sólo capital, sino también un proyecto y excelentes amigos... ¿No sería mejor que nos asociáramos en vez de luchar por la misma concesión?

Miró al banquero:

—Hablando francamente: para usted ese contrato no es cosa de vida o muerte, para mí, en cambio, es muy importante. Estoy dispuesto a jugármelo todo para hacerme con él. A no ser que vayamos juntos en un tercer proyecto, del que tengo ya ideas, y que acabaría con la competencia. Un proyecto que no es irrealizable, como el mío, ni tampoco interesante como el de... la comendadora...

Costa Vale le miró un momento, como midiéndole y sopesándole, juzgando su valor real:

—Bien. ¿Por qué no? Si su proyecto es realmente interesante ¿qué nos impide marchar juntos? Exponga sus planes, estoy dispuesto a escuchar.

Lucas Puccini empezó a hablar. Costa Vale había dejado de mirarle. Ahora garabateaba en una cuartilla. Cuando Lucas terminó, dijo:

—Sí, efectivamente, su proyecto es interesante. Hay que estudiarlo mejor, modificar un par de puntos —los mencionó. Lucas estaba admirado de la prontitud con que Costa Vale había captado enteramente su idea e incluso la mejoraba—. En principio, estoy de acuerdo con usted para unirnos y realizarlo. Pero tengo que pensar y, sobre todo, hablar con la comendadora. Si puede esperar ocho días, le haré saber dónde podemos reunirnos para hablar de este asunto.

Realmente, unos días después, Puccini recibió una amable invitación de la comendadora, luego una llamada telefónica del banquero pidiéndole que acudiera con alguna anticipación sobre la hora fijada para la cena: para discutir los tres antes de la llegada de los invitados.

Lucas lo hizo así, y aquella tarde se pusieron en marcha los planes conjuntos para las obras de la Baixada Fluminense. Lucas y la comendadora retirarían las propuestas anteriores, y Shopel, en nombre de todos ellos, presentaría una nueva. Discutirían los detalles sobre la distribución de capital y los puestos directivos de la nueva sociedad. Lucas se había mostrado firme en sus propuestas, quería causar buena impresión al banquero y a la comendadora, y lo consiguió. La vieja comendadora, especialmente, quedó encantada. Le gustaban los jóvenes, y no ocultó su entusiasmo a Costa Vale:

—Te lo aseguro, José, este muchacho vale la pena. Tiene cabeza, no es un maniquí como esos que una encuentra en las fiestas, calaveras e hijos de papá como Paulinho.

Costa Vale se echó a reír:

—¡Y yo que creía que Paulo era tu ideal...! Te empeñaste de tal modo en casarle con Rosinha... Por lo visto has cambiado de gustos...

—No he cambiado nada. ¿O crees que no sabía quién era Paulo? Pero le necesitaba, ya sabes, para...

—... para dar nombre a la familia... —completó el banquero con una risa divertida.

—Exactamente, José. Para darle nombre. También eso es necesario. Paulinho tiene sus fallos, y pagué su precio, como tú sueles decir. Fue un poco caro, pero en fin... La verdad es que necesitamos gente como Artur y como Paulo. Pero de ahí a compararle con un muchacho como ese Lucas... Ése sí que tiene la cabeza en su sitio, José.

El banquero respondió con seriedad:

—Es un chico de futuro, sí. A veces me parece un poco aventurero, pero eso es cosa de la edad. Se le pasará.

—Cada uno tiene sus fallos —concluyó la vieja, como si respondiera, no al banquero sino a un pensamiento íntimo.

La cena fue muy agradable. La comendadora, a la cabecera de la mesa, había colocado a Costa Vale y a Lucas a cada lado, junto a ella, frente a frente. Era una cena íntima: Marieta, Teo Grant, la sobrina de la comendadora, Venancio Florival, Susana Vieira, Bertinho Soares, el profesor Alcebíades de Moraes, aún escocido por los acontecimientos del Teatro Municipal.

Aquellos acontecimientos llenaron gran parte de la conversación. Había terminado la guerra ruso-finlandesa, discutieron sobre el Ejército Rojo y se mostraron de acuerdo en que, pese a haber vencido a los finlandeses, los rusos no tenían un ejército capaz de hacer frente a los alemanes si Hitler se lanzaba al ataque. Marieta examinaba a Lucas Puccini. La presencia del joven industrial hacía revivir en ella recuerdos olvidados: los amores con Paulo, las historias de Manuela, sus celos y sus planes. Todo aquello le parecía ahora distante y sin interés, ya nada le decía; el joven Grant ocupaba por completo sus pensamientos y sus horas libres. Por eso, con voz indiferente, pidió noticias de Manuela:

—¿Y su hermana? ¿Sigue teniendo tanto éxito?

Lucas relató brevemente los progresos de la hermana. Estaba ahora en La Habana, y los elogios de los críticos eran unánimes. Volvería a Brasil en invierno, con la compañía, para pasar una temporada en Río. Luego, con un largo contrato, la compañía saldría de *tournee* por los Estados Unidos. Bertinho Soares se deshacía en elogios a Manuela: le había visto bailar en Río, ¡algo inolvidable! La comendadora sonrió a Lucas:

—Realmente, somos viejos amigos. Fue aquí donde su hermana bailó por primera vez. Cualquier día mandaremos poner una placa en la sala.

Todos eran muy amables con Lucas, y Venancio Florival se empeñaba en recordarle cómo se habían conocido, después del golpe del Estado Novo, con aquel negocio del café...

Pasaron luego a la sala de música, y antes de que Grant se apoderara del piano y

empezara a cantar, la comendadora le dijo a la sobrina soltera, Alina, que «mostrara lo que había aprendido en el colegio». La muchacha obedeció, mientras la vieja le susurraba a Lucas, sentado a su lado:

—Educación esmerada en el mejor colegio de monjas, una perfecta ama de casa, ¿no cree?

—¡Es guapísima! —exageró Lucas.

Entró un criado con las bebidas. Alina asesinaba a los clásicos aporreando el piano. Teo y Marieta se cruzaban sonrisas divertidas. Costa Vale se retiró: tenía todavía un compromiso aquella noche. Alina abandonó al fin el piano, entre unos aplausos protocolarios. Teo se precipitó en una pirueta, la música de un fox llenó la sala. Lucas, que no entendía nada de música, elogiaba cortésmente a Alina, que se había sentado al lado de su tía. Marieta bailaba con Bertinho, experimentando, como una adolescente alocada, nuevos pasos extravagantes de las danzas norteamericanas. Junto a una ventana, el profesor Alcebíades de Morais, resfriado y fúnebre, le echaba un discurso a Venancio Florival. La comendadora miró, con sus ojitos maliciosos, a Lucas y Alina:

—Lucas, ¿por qué no saca a bailar a la pequeña?

Lucas se disculpó, se abrochó la americana, tendió la mano a la sobrina de la millonaria. La vieja millonaria sonreía entre las arrugas haciendo planes.

El día antes de salir para Lisboa, Paulo recibió una carta de Shopel, larga y divertida, contando las últimas novedades de Brasil. Eran los días trágicos de la capitulación del gobierno francés. Las tropas nazis avanzaban hacia París. En la mesa de un café, en el Boulevard Saint Germain, envuelto en el nerviosismo de la ciudad amenazada, observando la aflicción de hombres y mujeres, Paulo se divertía con los comentarios del poeta sobre los acontecimientos de la vida brasileña.

En París había empezado el éxodo, millares y millares de personas se dirigían al sur, huyendo del invasor. Se oía ya el tropel de las botas alemanas marchando hacia la ciudad ilustre y bella. Los nazis aún no habían llegado, pero su presencia se descubría en los rostros cargados de dramatismo, en las caras de amargura, en el paso apresurado de la gente. Un joven delgado, casi un niño, vestido con pantalones de golf, pasó pedaleando en una bicicleta. Su pequeño equipaje, una simple bolsa, debía de pesar en la parte trasera del vehículo. ¿Cuántos centenares de kilómetros tendría que hacer en su fuga?, se preguntaba Paulo. Una muchacha, también en fuga, le había recordado a Manuela.

De Manuela le hablaba Shopel en su carta. Le esperaban en Río, con la compañía de ballet, de regreso de la gira triunfal por la América española. Los carteles del Teatro Municipal anunciaban la próxima temporada de ballet y el nombre de Manuela Puccini figuraba en grandes caracteres entre los nombres de los dos principales bailarines. Shopel se quejaba de la ingratitud de la joven, que jamás le había enviado siquiera una postal.

Hablaba también de Marieta, «al fin se decidió a olvidarte en los brazos deportivos de un norteamericano, un tal Grant, a quien no conoces, y que es el actual niño bonito de la sociedad paulista»; hablaba de Costa Vale y de la política brasileña: «Getúlio está cada vez más alemán, sólidamente alemán. Los amigos norteamericanos andan rabiando. Nuestro patrón, Costa Vale, no oculta su decepción». Y le preguntaba a Paulo: «Tú, que estás ahí, en medio de ese torbellino de la guerra, puedes juzgar mejor los destinos del mundo. ¿Qué piensas de todo eso? ¿Veremos algún día a Costa Vale, con la camisa parda, saludando brazo en alto a nuestro querido y aburridísimo Alcebíades de Moraes?».

Sí, para Paulo no había dudas: Francia había acabado para siempre, se repetía a sí mismo. Hitler era el dueño de Europa. Lo que significaba ser dueño del mundo. El anunciado milenio nazi empezaba ya. Paulo dejó de leer para contemplar el rostro ansioso de los franceses, el paso atropellado de los vehículos conduciendo fugitivos. En la embajada habían leído el llamamiento de Maurice Thorez y de Jacques Duclos al pueblo francés. Para los comunistas, la guerra continuaba. Pero ¿qué podían hacer ellos ante las tropas alemanas? «Entre los nazis alemanes y los comunistas, antes los nazis», repetía días antes en la embajada un industrial francés, deseoso de transferir capitales a Brasil. Y ésta era la opinión generalizada en los círculos frecuentados por

Paulo. Hacía apenas un mes había cenado en casa de una familia importante, y allí oyó, del dueño de la casa, un hombre extrañamente parecido a Costa Vale, un comentario idéntico:

—Nadie más patriota que yo. Por eso puedo afirmar: la salvación de la patria depende de los alemanes. Sólo ellos pueden salvarla de los comunistas.

A Paulo, lo que más le preocupaba era la fisonomía exterior de París, lo que era «su» París: la vida nocturna, un poco los museos, las galerías de arte, los cafés literarios. Era todo lo que conocía de la vida francesa. Del pueblo francés, no sabía nada. «¿La ocupación alemana cambiará la vida de París? ¿Encontraré al volver una ciudad diferente, perdida su alegría de vivir?», se preguntaba.

Porque él se iba. Le habían trasladado a Lisboa, a petición de la comendadora da Torre. Se había retrasado para seguir el dolor de París en vísperas de la ocupación, el afligido pasar de la gente en fuga, el aire de agonía en las calles y en la gente. Aquello era algo capaz de sacudir el hastío cotidiano de su vida. Había enviado a Rosinha a Lisboa, acompañada por el conde Saslawski, provisto ya de visado brasileño. Y él se había quedado allí, exaltado por el espectáculo del éxodo, del luto y del dolor. Jamás las *boites* habían estado tan frecuentadas, jamás había sido mayor la animación. Paulo pensaba en una carta de respuesta a Shopel, contándole sus observaciones: «Se ha acabado Francia, mi querido amigo; el pueblo francés ya no existe. Lo único que queda, son los cabarets». Una observación definitiva.

Volvía a leer la carta de Shopel, las noticias de Brasil, incidentes comerciales y sociales que parecían ridículos e insignificantes leídos allí, en un café de Saint Germain, ante aquella ciudad bajo el peso de la catástrofe. Pasaban monjas en bicicleta. ¿Huirían también ellas? Shopel escribía: «La noticia más sensacional es nuestra alianza con Lucas Puccini, el hermano de Manuela. Somos socios en un gran negocio y ahora el “tiralevitas” es persona grata, no sólo en casa de Costa Vale, sino también en la de la comendadora, en tu casa. Y, por cierto, le ven por todas partes con tu cuñada Alina. No te sorprenda si la cosa acaba en boda... Con el Estado Novo, hijo mío, todo es posible en Brasil».

«Con el Estado Novo y con la comendadora...», pensaba Paulo. La vieja era capaz de todo, hasta de casar a su otra sobrina con aquel don nadie si veía que era hombre capaz de dirigir sus negocios. Sería humillante, desde luego, y se lo había dicho a Rosinha cuando, por una carta de la comendadora, se dio cuenta de su entusiasmo por Lucas. Pero la muchacha se había limitado a responder:

—Si la tía lo decide, no hay nada que hacer. Cuando se empeña en una cosa, no admite consejos. Decide y hace. Así ocurrió con lo nuestro.

Decía y hacía. Era realmente así. Había decidido alejar a Rosinha de Francia en guerra y obtuvo el traslado de Paulo a Lisboa, sin hacer caso de las protestas del muchacho. Y si decidía introducir a Lucas Puccini en la familia, nadie iba a impedirselo. Para Paulo, aquélla era una noticia más desagradable que la inevitable entrada de los alemanes en París. Por un momento olvidó la multitud en torno, el

excitante espectáculo del dolor a la vista de todos. ¿Por qué diablos no se moría de una vez aquella vieja comendadora, dejándole en paz?

Volvió a sonreír al leer la postdata de la carta de Shopel: «Me dejaba en el tintero el mejor chiste del año: Bertinho Soares y Susana Vieira se han casado. Ella apareció vestida de virgen, con velo y guirnalda. La broma del siglo. En cuanto a él...», y seguían unas expresivas palabrotas.

Metió la carta en el bolsillo, intentó interesarse de nuevo por la visión triste de la calle, pero su pensamiento estaba en São Paulo, en aquella amenaza de Lucas Puccini como cuñado. Antes preferiría a Bertinho Soares, con todos sus vicios, que no aquel tipo salido de la nada, aún ayer un simple empleadillo de comercio, sin nombre y sin familia. Paulo veía claramente que si Lucas entraba en la casa, sería él quien mandara, quien dirigiera negocios y vidas. Sería para él, Paulo, lo que Costa Vale era para Artur. Y se acordaba de una teoría de Shopel: «De la misma manera que en el pasado los literatos y artistas pertenecían a la casa noble de los príncipes, hoy pertenecemos a la casa de los industriales y los banqueros». Entonces se habían reído; hoy Paulo no tenía ganas de reír: Lucas Puccini era demasiada humillación...

Entró en el interior del café, indeciso entre pedir otro cóctel o pagar la cuenta e irse. Fue entonces cuando vio, sentado en una mesa, en un rincón, leyendo un periódico, a un hombre de fisonomía conocida. ¿Dónde había visto aquel rostro simpático, aquellos ojos llenos de curiosidad? Hizo un esfuerzo de memoria, el otro desviaba la mirada del periódico y la paseaba por el café como si esperara a alguien. Tropezó con la mirada de Paulo clavada en él. ¿De qué le conocía?

Apolinário, cuando sus ojos tropezaron con Paulo, controló su primera reacción de desagrado. Tenía una cita con un compañero en aquel café y no le gustaba encontrarse allí con el secretario de la embajada, pero ¿qué hacer? El diplomático le había reconocido, le saludaba con la mano, se dirigía a su mesa. Lo mejor era saludarle también, echar una parrafada, librarse de él sin que desconfiara. Por otra parte, la compañía de un hombre con un cargo oficial como Paulo, le beneficiaba más que perjudicaba. Tendió la mano:

—Buenos días, ¿cómo va eso?

—Ahora me acuerdo —dijo Paulo—. Nos encontramos en la embajada, ¿no?

—En el consulado.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Hablamos de Francia y la guerra. Tenía yo razón, ¿lo ve? —con un gesto indicaba la calle, los vehículos de los fugitivos. Francia está acabada.

—¿Acabada? —el joven exoficial hablaba lentamente, como pesando cada palabra. No ha sido el pueblo francés quien se rindió.

—¿El pueblo francés? Mire: todo el mundo tratando de huir. El pueblo francés ya no existe. Jamás se irán de aquí los alemanes. Francia ha quedado reducida a un país agrícola. Jamás se volverá a hablar de la Francia eterna.

—Pues yo tengo confianza en los franceses. No hablo de esta gente superficial

que se encuentra en los cafés. Hablo del verdadero pueblo francés...

—¿El verdadero pueblo francés? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Los comunistas quizá? He leído el llamamiento de Thorez. ¿Qué van a hacer contra los alemanes? Dentro de poco no quedará ni un comunista como recuerdo, ni en Francia, ni en el mundo. Vamos a vivir la era del fascismo universal. Fíjese en Brasil: Getúlio se adelantó y ya tenemos el Estado Novo.

—¿Ha recibido noticias de Brasil? —preguntó Apolinário, interesado en desviar la conversación.

—Sí. Todo igual. Getúlio se inclina hacia los alemanes y se habla incluso de una remodelación del gabinete. Pero siempre se habla de eso. La verdad es que donde se está decidiendo la política brasileña es aquí. Con Hitler dueño de Europa...

—Aún no es dueño de Europa.

—¿Se refiere a Rusia? Será un paseo, un desfile, no una guerra de verdad. Ya verá cuando llegue el momento. Y recuerde que mis profecías se cumplen...

—Pues yo continué dudando de sus profecías.

Paulo se mostraba interesado:

—¿Va a seguir aquí, en París? Casi todos los brasileños se han ido ya a Portugal, o directamente de vuelta a Brasil.

—Continuaré por aquí algún tiempo, no puedo abandonar mis negocios.

Paulo pagó y se despidió:

—Adiós. También yo me voy a Lisboa. Me han trasladado. Cuando acabe la guerra, volveré a París, y si nos encontramos, ya verá como me dará la razón. ¡Hitler será el señor de Europa, emperador del mundo!

—O colgará de una horca —dijo suavemente Apolinário, estrechando la mano tendida de Paulo—. Buen viaje.

Acompañó a Paulo con la mirada, le vio entrar en el automóvil de matrícula diplomática, marchar inmediatamente. Miró él también el espectáculo de la calle, pero con ojos diferentes a los de Paulo. El gobierno había entregado a Francia, vendido a la patria, traicionando al pueblo. Ahora el pueblo tendría que recuperar su patria, su libertad, su independencia. También él había leído el llamamiento de Thorez y de Duclos, el dramático y glorioso llamamiento del Partido. Y lo había leído en la casa de unos compañeros, en un suburbio obrero, donde no había rostros desesperados, sino decididos. Podría él también haberse marchado, alcanzar Lisboa, seguir desde allí a México o al Uruguay, pero se había quedado.

Un día el Partido brasileño le había mandado a una España en guerra, le había encomendado una tarea de honor: combatir al fascismo con las armas en la mano. La guerra de España había terminado, él había huido del campo de concentración, se había unido a los camaradas franceses. El Partido francés llamaba al pueblo a la resistencia. ¿Qué era aquella resistencia contra el invasor nazi sino la continuación de la guerra de España, un nuevo acto de la gran lucha universal por la libertad del hombre? Su lugar estaba allí, ya que no podía estar en Brasil. Como un soldado del

Partido brasileño, solidario con sus camaradas franceses en una hora de angustia y de peligro.

Van a empezar los días de la resistencia. No tardarán en resonar en las calles de París los pasos de los soldados de la ocupación. Pero, al contrario de lo que pensaba Paulo, no iban a ser recibidos por un pueblo vencido, por un humillado rebaño de siervos. El llamamiento del Partido había despertado el corazón de la Patria, erguía el ánimo de todos los patriotas. Apolinário lo había comprobado en la reacción de sus compañeros en las viviendas obreras. Francia no estaba muerta, vivía en cada uno de los que se disponían a resistir al invasor, a hacerle frente en la clandestinidad. Y él, Apolinário, no quería ser un simple espectador de aquella lucha. Participaría en ella. Ésa era su tarea de comunista.

Entró una pareja en el café, hablando en voz alta. Apolinário reconoció al compañero francés a quien estaba esperando. Venía con una joven de aire risueño de estudiante. Se sentaron a su mesa. El compañero dijo en voz baja:

—Raymond, te presento a Germaine. Ella será tu enlace.

Apolinário tendió la mano por encima de la mesa, sonrió a la muchacha, su rostro se iluminó. La lucha contra los nazis iba a comenzar.

6

Las declaraciones sensacionalistas de la policía anunciando la detención de la casi totalidad de dirigentes nacionales y estatales del Partido Comunista y el desmantelamiento total de la «organización subversiva» vinieron a calmar los comentarios provocados por el discurso del presidente de la República y sus consecuencias inmediatas: la renuncia de Artur Carneiro Macedo da Rocha a su cartera de Justicia, y la nota del palacio presidencial diciendo que el discurso había sido «mal interpretado». Mister Carlton había llegado apresuradamente a Río de Janeiro, habló con Costa Vale y con el embajador norteamericano. La ciudad hervía en rumores y Hermes Resende afirmaba en las tertulias de las librerías que Getúlio tenía sus días contados en la presidencia.

Tras la caída de París, Vargas había pronunciado un discurso en un navío de guerra sobre diversos temas de política internacional. Era prácticamente una declaración de amor a Hitler. El escándalo provocado por las afirmaciones del dictador había repercutido no sólo en Brasil sino también, y de manera principal, en el extranjero. Las acciones de la Empresa del Valle de Rio Salgado habían sufrido una caída brusca en la Bolsa de Nueva York, y, en Río, Artur había presentado su dimisión. En unas declaraciones a la prensa, decía que dejaba el ministerio a causa de sus precarias condiciones de salud, agravadas por el exceso de trabajo. Pero todos sabían el verdadero significado de su gesto: amenaza de retirada del apoyo a Getúlio por el grupo de financieros y hacendados vinculados a los intereses norteamericanos. Por otra parte, la presión norteamericana se hizo sentir en seguida en los violentos comentarios de la prensa yanqui, en los contactos con los embajadores en Rio y en Washington, en las críticas al Estado Novo. Dos o tres días después de pronunciado el discurso, la Agencia Nacional había distribuido una nota a la prensa aclarando el «verdadero significado de las palabras del Presidente, cuyo sentido había sido desvirtuado».

—Ha hecho marcha atrás —dijo Costa Vale, mostrando el periódico a mister John B. Carlton.

El millonario norteamericano movía la cabeza:

—No es un hombre seguro. No sé hasta dónde podemos realmente confiar en él.

—Pues esta vez se ha llevado un buen susto. Seguiremos de cerca lo que haga. La lección le va a servir.

Habían sido días de rumores, de comentarios nerviosos, de cierta expectativa tensa. Todo se calmó con el anuncio hecho por la policía de Río de la detención «tras un prolongado y tenaz trabajo», de los componentes de la dirección central del Partido Comunista y de los componentes de las direcciones regionales de São Paulo, de Pernambuco, de Pará, de Rio Grande del Sur. Las fotografías de los detenidos encabezaban los titulares de los periódicos. La policía anunciaba un gran proceso en el que figurarían como acusados, no sólo los elementos ahora detenidos, sino también

Luis Carlos Prestes. Prestes era responsabilizado de toda la actividad ilegal del Partido, pese a encontrarse preso e incomunicado desde comienzos de 1936, condenado a dieciocho años de cárcel. Y la información de la policía no se limitó aquella vez a los periódicos. También las emisoras de radio hablaron largamente sobre las detenciones, y se filmó un documental cinematográfico, mostrando los locales donde habían sido detenidos los comunistas, la imprenta de Río, el material encontrado (entre él muchos números de la revista *Perspectivas*) y los originales de volantes y artículos.

El jefe de la policía federal afirmó, en una declaración a la prensa, reunida en su despacho:

—El Partido Comunista de Brasil ha dejado de existir. De una vez y para siempre. Ha sido enteramente liquidado. El sueño de la familia brasileña no volverá a ser perturbado por los agitadores rojos. Ha sido el golpe definitivo.

A la pregunta del hijo, balbuceada con su voz infantil, Mariana respondió distraídamente. Acarició la carita y el pelo del niño, con el oído atento a los pasos de la calle, esperando ansiosa la llegada de su madre. ¿Qué noticias le traería? ¿Cómo se encontrarían João y los demás camaradas?

Al fin se había acabado la incomunicación de los presos. Les habían llevado de la comisaría a la cárcel, y las familias, aquel miércoles —día de visita en la cárcel— habían intentado ponerse en contacto con los detenidos. Olga les había dado la información.

Al enterarse de la detención del Rubio, Olga había venido de Campos do Jordão (donde había permanecido bajo tratamiento durante todo aquel tiempo; también ella tenía una infiltración, se había contagiado) y se había dirigido directamente a la policía en busca de noticias. Le interrogaron largamente, durante horas, le hicieron volver días después, seguramente para controlar sus afirmaciones. Volvía todos los días, se quedaba esperando en los corredores, hasta que al fin, al cabo de un mes, Barros le dijo que podría ver y hablar con el Rubio al día siguiente. Pero tampoco se lo permitieron entonces. Tuvo que esperar casi una semana, y la fruta que había comprado para él estaba ya casi podrida.

Al fin, un día, le dijeron que esperara en una sala, y minutos después entró el Rubio, acompañado de un policía que se mantuvo presente durante la corta entrevista. Olga no pudo contener las lágrimas al ver el aspecto de su marido: parecía un cadáver sacado del sepulcro. La luz que entraba por las ventanas enrejadas le hacía cerrar los ojos. Había pasado todo aquel tiempo incomunicado, en una celda solitaria, sin luz ni aire, húmeda y con olor a moho. No estaba pálido, estaba lívido. La piel del rostro había adquirido un tono de cera y ya casi no podía hablar. La voz, cavernosa y ronca, surgía arrancada con esfuerzo desde el fondo del pecho. Sólo la sonrisa bondadosa continuaba iluminándole los labios:

—¿Estás mejor? —preguntó a Olga.

—Ya estoy bien.

—Tienes que buscar trabajo para ti. Algo que no sea muy pesado para tu salud. Esta vez me van a caer muchos años. No nos van a soltar tan fácilmente.

Le informó de la marcha del proceso: iba a comenzar la instrucción, ya habían nombrado al juez, pasarían todos a la cárcel, la investigación de la policía ya estaba terminada. Poco más que eso le pudo decir: no sabía siquiera cuántos eran los detenidos, había pasado aquel mes en constante oscuridad y en el silencio de la celda solitaria. Había visto a João y a Oswaldo en un pasillo, la noche de la detención, y ya no había vuelto a verles. Aquella misma mañana le habían dicho que iba a iniciarse la fase de instrucción del proceso.

Olga había reunido fuerzas para preguntar:

—¿Te han maltratado?

En el primer interrogatorio le apalearon. Había asumido la responsabilidad de sus actos como dirigente comunista, reafirmó su condición de líder proletario, su confianza en el Partido y en la Unión Soviética, pero se negó a responder a cualquier otra pregunta. Al darle los primeros golpes, empezó a escupir sangre. Ante el temor de que muriera durante el interrogatorio, cuando ya había sido divulgada la noticia de su detención, le mandaron a la celda. Dos veces fueron a buscarle durante aquel mes de constantes interrogatorios: la primera para un careo con Heitor Magalhães. El extesorero de la regional le había identificado y luego le acusó de una serie de hechos absurdos, acusaciones que fueron rebatidas por él. La otra vez fue para mostrarle las piezas de acusación, fundadas todas en las afirmaciones de Heitor.

En la policía, Olga consiguió la confirmación de la noticia: serían llevados todos a la cárcel, donde eran posibles las visitas. Ésa era la esperanza de Mariana. No podía ir a ver a João, pues ella había sido uno de los raros elementos que se habían librado de la caída de la regional, pero mandó a su madre a casa de Olga y de las familias conocidas para pedirles que preguntaran a los otros noticias de su marido. Primero había pensado enviar a su madre directamente a la cárcel, donde podía presentarse como madre o tía de João. Pero temía un encuentro de la anciana con Barros. Éste le reconocería, y tal vez fuera una pista. Se contentaría, pues, con noticias indirectas.

Al sobrevenir las detenciones, tan inesperadas y repentinas, estuvo a punto de perder la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos habían caído casi todos los compañeros. Si pudo librarse ella, fue sólo por casualidad: tenía que ver a Cícero d'Almeida para recoger dinero. Últimamente le habían encargado las finanzas de la regional, desligándole de su tarea anterior en el comité de zona. El escritor tenía que entregarle una cantidad recogida entre los simpatizantes, y habían fijado el encuentro para la noche, a la puerta de un cine. Entrarían juntos, él le pasaría el dinero y ella se iría. Había llegado a la hora fijada, compró la entrada, y estaba esperando cuando oyó la insistente bocina de un automóvil. Cícero, al volante, con la puerta abierta ya, la llamaba con la mano. Mariana se acercó:

—Entra rápido...

Se dirigió hacia los barrios elegantes, mientras le explicaba:

—La policía está deteniendo a todo el mundo. La gente de Río ha caído. Parece que alguien ha hablado y entregó a la dirección y a las regionales. Es la peor caída de los últimos tiempos.

El propio Cícero no estaba detenido porque su hermano Raymundo, hacendado y gran productor de café, había recibido una información confidencial de Río y llegó a su casa poco antes que la policía. Ni tiempo tuvo para despedirse de su mujer. El hermano le hizo salir a toda prisa:

—Si te cogen, esta vez sí que no voy a poder soltarte.

Había logrado, con muchas dificultades, desembarazarse de su hermano para acudir a la cita con Mariana. Por lo visto, habían efectuado más de cuarenta detenciones: incluido todo el secretariado regional. Aquella última información la

había obtenido Raymundo de la misma policía, al volver a casa de Cícero a petición de Gaby: los policías estaban allí, dirigidos por Miranda, y se vanagloriaban de su éxito.

—Tengo una casa donde puedes esconderte.

—Pero ¿y mamá y el niño?

—Quizá estés a tiempo aún...

Aún había llegado a tiempo. Los policías no llegaron hasta la mañana a la casa habitada por Mariana, y la encontraron cerrada. Habían intentado, ella y Cícero, avisar a algunos otros compañeros. Tenían, sin embargo, pocas direcciones y les fue fácil observar el movimiento de automóviles de la policía en las calles por donde pasaban. Cícero terminó por dejarle en una nueva casa, explicándole:

—Tengo que estar fuera de São Paulo durante un tiempo. Andan detrás de mí y si me cogen no me voy a librar del proceso. Y, hablando de eso, Marcos ha sido detenido también, en Río. Y nos han cerrado la revista.

Su primera impresión, días después, era que sólo ella y Ramiro habían escapado. El portugués, cuidadosamente escondido, le ayudó bastante en aquellos primeros días:

—Estás loca... ¿Ir a la policía a saber de João? ¿Para qué? ¿Crees que te van a dar noticias? Lo que harán será detenerte inmediatamente. Esta vez están bien informados. El que habló en Río, nos la hizo, ¡Vaya si nos la hizo!

Sí: aquella idea se le había pasado por la cabeza: ir a la policía, declarar su condición de esposa de João, pedir noticias. Al fin —le explicaba a Ramiro— no sabían quién era, buscaban a una tal Lidia, militante del Partido, comprometida en la fuga de Ramiro y en el escándalo del Teatro Municipal. Pero el portugués le mostró el peligro de dar semejante paso: estaba fichada desde los tiempos de aquella antigua detención, cuando trabajaba en la fábrica de la comendadora da Torre. Y nadie sabía hasta dónde estaba informada la policía, ni cómo estaban reaccionando los presos ante las torturas. Era una idea absurda, ella no tenía derecho a exponerse, la libertad de cualquier militante era ahora un bien precioso:

—¿Has pensado en el trabajo que nos espera? ¿No has leído la declaración del jefe de la policía? Ha afirmado que el Partido está definitivamente liquidado. Lo que tenemos que hacer es reagrupar a los camaradas que quedan y volver a empezar. Aunque sólo sea para dejarle en ridículo...

Alzó el rostro hacia ella, su rostro adolescente, pero madurado súbitamente por el peso de la responsabilidad:

—¿Cuántos quedaremos? Media docena quizá. Pero aunque fuéramos tú y yo solos, nuestro papel es continuar el trabajo, poner en marcha de nuevo el Partido. Antes de llegar tú, yo estaba destrozado, pensando que era el único que quedaba del Partido aquí en São Paulo. Estaba abrumado por la responsabilidad, pero dispuesto a ponerme en marcha.

—Eso es lo que hay que hacer: ponerse en marcha...

Durante toda aquella conversación con Ramiro, Mariana había recordado constantemente al viejo Orestes, muerto años antes, defendiendo una imprenta ilegal. Orestes era de la vieja guardia, como el padre de Mariana, de los que habían puesto los fundamentos del Partido en Sao Paulo. Había muerto al lado de un joven parecido a Ramiro, había muerto sonriendo, amaba la juventud. No existía mayor placer para el viejo italiano que el de conversar con un cuadro joven del Partido, uno de aquellos jóvenes obreros en cuya capacidad él comprobaba la progresiva madurez política del proletariado y de su Partido. Mariana recordaba su entusiasmo por Jofre. ¡Cómo le gustaría conocer al portugués Ramiro, tan joven en edad y tan joven como militante, pero ya capaz de comprender y asumir las pesadas responsabilidades de aquella hora! ¿Cuánto tiempo llevaba en el Partido? ¿Qué edad tenía? Sin embargo, su rostro de adolescente estaba serio; era un hombre completo, como si hubiera recibido como legado toda la experiencia de los viejos cuadros.

Su voz, con su típico acento lusitano, era afirmativa.

—Aunque hubiera quedado sólo uno de nosotros, él sería el Partido. Nadie tiene derecho a desesperar.

Serían estas palabras, sin duda, las que João le diría si pudiera verle y hablar con él. La detención de los camaradas, la de João sobre todo, había sido un golpe fuerte para Mariana. Su corazón estaba destrozado por el dolor; antes del encuentro con Ramiro ni siquiera podía pensar. A medida que el portugués hablaba, Mariana iba recobrando su equilibrio, las cosas aparecían claras ante ella, y se calmaba su dolor por la detención de su compañero. Ahora veía el trabajo que podía realizar dentro del Partido, y era eso lo que le devolvía la lucidez.

—No sé quién puede haber escapado, aparte de nosotros —continuaba Ramiro—. Tenemos que buscar y reunir a los camaradas. Tú conoces el Partido mucho mejor que yo. Creo que debes asumir la responsabilidad de organizar y elegir una nueva regional. Eres el elemento más responsable de cuantos estamos en libertad. A ti te corresponde la tarea más difícil.

Estrechó su mano, volvió a iniciar el trabajo. De vez en cuando llegaba a sus oídos una noticia referente a los detenidos: torturas brutales, un comportamiento heroico. La imagen de João no dejaba de permanecer siempre ante sus ojos, pero ahora ya no se sentía abandonada y perdida como en los primeros momentos. «Él estará sufriendo», pensaba, «De él no arrancarán nada. Tengo que ser digna de él, de su amor, por eso nos amamos». Trataba de localizar a los escasos camaradas que quedaban en libertad, de reagruparles, de reanudar el trabajo. Había caído la imprenta, pero había una copiadora en casa de un camarada y estaban preparando una octavilla sobre las detenciones. Mariana la había redactado. Eran poquísimos camaradas, un pequeño grupo, algunos estaban amedrentados, la menor tarea costaba un mar de esfuerzo y tiempo. «Somos muy pocos contra un muro de piedra —pensaba Mariana— pero lo fundamental es seguir golpeando, que la lucha no cese ni por un instante».

Así pasó aquel tiempo, aquel mes, sin duda el más duro de su existencia. Algunos días, ella y su madre comían sólo un pedazo de pan. Escondido en cualquier parte de la casa tenían un sobre con dinero, entregado por Cícero antes de salir. Pero era dinero del Partido, y ella retiraba sólo lo necesario para comprar clichés, tinta y papel para la máquina. Era un dinero sagrado. Comía de lo poco que su madre conseguía, prestado por antiguas amistades.

Por fin, Olga les comunicó su conversación con el Rubio, el traslado a la cárcel, las posibilidades de visita. La madre fue a hablar con familias conocidas, a pedir que se informaran sobre João. Fue sólo a las casas más seguras. Todos respondieron que lo harían con mucho gusto, y que volviera al anochecer en busca de noticias.

Mariana espera a su madre con ansia, sabe que las noticias de João le ayudarán a continuar su tarea, a seguir adelante...

La voz del niño, saludando la silenciosa entrada de la abuela, arranca a Mariana de sus pensamientos. La vieja coge al niño en brazos, busca una silla donde sentarse. La mirada de Mariana le acompaña con una pregunta muda.

—Ya está también en la cárcel, pero aún le tienen aislado de los otros. A Oswaldo también. Les maltrataron... —completó, bajando la cabeza para besar los cabellos del niño.

Mariana continuaba esperando, incapaz de hacer cualquier pregunta. La madre se levantó:

—Él es de los que no hablan, es como tu padre... —murmuró la vieja.

Tendió el brazo libre, atrajo a Mariana. Y estrechó a la hija y al nieto en el mismo abrazo. Una lágrima ardiente, más de orgullo que de dolor, brilló en su rostro sufrido.

—Es como tu padre, de los que se quiebran, pero no se doblan.

Mariana apoyó la cabeza sobre el pecho seco de la madre. Le esperaba un trabajo sin fin. Estaba dispuesta a aceptarlo.

El juez era un licenciado con ciertas veleidades intelectuales. En su casa, los sábados, se reunía una tertulia de amigos para «oír música y discutir». Elogiaban su integridad y el brillo de sus sentencias. Aquél era el primer proceso político que tenía que instruir, y les dijo a los amigos que estaba contento. Era una ocasión para estudiar «la inexplicable psicología de los comunistas». Como muchas otras personas, había leído y oído mucho sobre los comunistas, sobre la Unión Soviética. Tenía la cabeza llena de ideas absurdas, pero su curiosidad no era malsana: quería explicarse a sí mismo la abnegación de aquellos hombres por una causa que le parecía tan discutible.

Como la policía había dicho que el traslado de los presos era extremadamente peligroso, había decidido ir a oírles en la propia cárcel. Había estudiado la documentación enviada por la Delegación de Orden Político y Social, una serie de acusaciones monstruosas, basadas casi todas en las declaraciones de los policías. De creer las acusaciones, los procesados eran modelo de depravación moral. La curiosidad del juez había aumentado, y se dirigió a la cárcel con un interés especial para oír al primer acusado. Iba a tener materia para apasionantes discusiones en la tertulia del sábado.

Habían dispuesto un despacho para el juez y sus auxiliares en la administración de la cárcel. El director se acercó a saludarle y se quedaron hablando mientras llegaba el preso. El juez mandó llamar al acusado Aguiñaldo Penha, y el director le ordenó a un policía:

—Traiga a João.

Le explicó al juez:

—Usan siempre nombres de guerra.

—¿Y qué hacen en la cárcel?

—Estudian. Los más ilustrados dan charlas para los otros, organizan un «colectivo»...

—¿Un colectivo? ¿Qué es eso?

El director se rió:

—Un término de su argot. Quiere decir que se organizan colectivamente para todo: el estudio, el trabajo, para repartir la comida que algunos reciben. La verdad es que son gente ordenada y con ánimo solidario...

Entró João, seguido de un guardia del presidio. El juez levantó la cabeza y se estremeció. El rostro flaco del preso estaba aún lleno de cardenales, el labio apenas cicatrizado, un brazo en cabestrillo.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

—La policía me apaleó día tras día durante un mes.

El juez inclinó la cabeza sobre los papeles que tenía delante:

—A ver... Se llama usted Aguiñaldo Penha... —ante una señal de asentimiento de João, le invitó—: Siéntese. Vamos a tomarle declaración.

Los funcionarios estaban dispuestos. João quiso saber:

—¿Es usted el juez?

—Sí.

João empezó por protestar contra las violencias y brutalidades de que habían sido víctimas él y otros detenidos. Su voz martilleaba las palabras. Era una acusación terrible contra la policía, contra el Estado Novo, contra el fascismo. Después de las primeras palabras, el mecanógrafo dejó de teclear. Miraba para el juez como consultando: ¿tengo que escribir esas frases del preso? El juez se quedó un momento indeciso. El director de la cárcel iba a decir algo, pero João se adelantó:

—Señor juez, basta mirarme para comprobar las violencias que hemos sufrido. Si usted no desea ser un cómplice más en la farsa de este proceso, debe ordenar que quede registrada mi protesta. Y, por otra parte, me niego a efectuar cualquier otra declaración. Fui objeto de la violencia de la policía, mis compañeros lo fueron también, y exijo que conste mi protesta y que se abra una investigación sobre el maltrato que hemos recibido.

El juez miró una vez más al comunista: el rostro amarotado, las manchas rojas, aquella actitud severa y firme. Dio una orden al mecanógrafo. João continuó. Durante más de media hora, sonó implacable su voz acusadora. Detalló cada violencia, habló de los interrogatorios nocturnos, de la ferocidad de los guardias. Exhibió la mano libre, hinchada por los pisotones recibidos. Mostró el brazo en cabestrillo, partido a golpes. El juez había perdido aquel aire de agradable excitación con que había atravesado las puertas de la cárcel. Aquella larga y detallada descripción de las torturas le hacía estremecerse. El proceso no le parecía ya tan interesante. João concluyó pidiendo que se abriera una investigación para comprobar la responsabilidad de la policía. Debía convocarse a los médicos para un examen pericial y para comprobar en él y en sus compañeros las señales aún recientes de la violencia. Uno de los presos estaba tuberculoso y había pasado más de un mes en una celda solitaria, húmeda y casi sin alimento: un verdadero asesinato. Responsabilizaba de tales crímenes no sólo a la policía, inspectores y comisarios, sino al gobierno, al dictador personalmente. Más de una vez, en la parte final de la acusación, el mecanógrafo quedó indeciso, sin saber si escribir o no. Pero como nada dijo el juez, continuó, cada vez más inclinado sobre la máquina de escribir, como si quisiera ocultar con su cuerpo aquellas palabras candentes.

—Tomaré providencias... —murmuró el juez cuando João terminó—. Pasemos ahora a la declaración propiamente dicha. ¿Sabe usted de qué está acusado?

—No conozco las causas de la acusación.

El juez resumió el contenido del montón de papeles de la policía. Estaba cada vez más nervioso al comprobar que el detenido no había tenido conocimiento previo del proceso, ni disponía de abogado. João le hacía ver cada una de esas ilegalidades y razonaba su protesta. Refutó las acusaciones de la policía, las denuncias increíbles de Heitor Magalhães. Hizo de nuevo profesión de fe comunista, asumió la

responsabilidad de sus actos como dirigente regional del Partido, pero negó cualquier otra aclaración sobre sus actividades y las de los demás compañeros. Leyó atentamente su declaración antes de firmarla, y exigió dos o tres correcciones en el texto mecanografiado. Cuando todo estuvo terminado, el juez, ya en tono de charla, le preguntó:

—¿Es usted abogado? Si no lo es, podría serlo, y bueno...

—Soy obrero —respondió João con una nota de orgullo en su voz tranquila.

El juez se reponía de la primera impresión que le había causado el acusado y la comprobación de las violencias policiales. De nuevo se apoderaba de él la curiosidad intelectual:

—Pero un obrero instruido. Una excepción en su medio.

—Llegará un día en el que todos los obreros serán instruidos. Serán abogados y jueces.

El juez sonrió complaciente:

—Tiene usted imaginación.

—¿Imaginación? En la U.R.S.S. ya es así. Y un día lo será aquí también.

—¿Me permite usted unas preguntas de carácter personal? —preguntó el juez—. Me interesa la psicología y confieso mi curiosidad por ustedes. ¿Qué es lo que les lleva a dedicar su vida, a sacrificarla incluso, de ese modo? ¿Qué es lo que usted ve en el comunismo?

—No es ningún sacrificio. No hago ningún sacrificio. Estoy cumpliendo mi deber de obrero, de dirigente obrero. Lo que usted llama sacrificio es mi razón de ser. No podría actuar de otra manera sin sentir repugnancia de mí mismo.

—Pero ¿por qué?

—Desde el momento en que me convencí de la verdad de las ideas que defiendo, sería un miserable si no me dedicara a propagarlas, a luchar por su victoria. Me sería imposible vivir en paz conmigo mismo. Ni la cárcel, ni las torturas, pueden hacerme renunciar a mis ideas. Sería como renunciar a mi propia dignidad de hombre. Yo lucho para transformar la vida de millones de brasileños que pasan hambre y viven en la miseria. Y esa causa es tan hermosa, señor juez, tan noble, que por ella un hombre puede soportar la prisión más dura, las torturas más violentas.

—Yo a eso le llamo fanatismo —dijo el juez—. Ya me habían dicho que ustedes son unos fanáticos. Ahora, estoy convencido.

—Lo que usted llama fanatismo, es para mí patriotismo, y coherencia conmigo mismo.

—¿Patriotismo? —la voz del juez era casi una protesta. Pues resulta una extraña forma de ser patriota.

—Lo mismo le dijeron los jueces de la corte portuguesa a Tiradentes. También, para los reyes de Portugal, los hombres que luchaban por la independencia de Brasil eran unos fanáticos. Pero ellos creían en la justicia de su causa y eso les daba fuerza, como a mí la certeza de que mi causa es justa.

—Si fuera aún por otra causa... pero por el comunismo... La liquidación de la personalidad, el hombre reducido a una pieza de la máquina del Estado. Porque no me negará usted que, con el comunismo, el individuo desaparece para dar lugar sólo al Estado, transformado en dueño absoluto. Es eso lo que pasa en Rusia, donde el individuo no cuenta...

João sonrió. No era la primera vez que oía tales palabras:

—Sólo con el socialismo puede el hombre desarrollar íntegramente su personalidad. Veo que usted desconoce todo lo que se refiere al comunismo y a la Unión Soviética. Ustedes se contentan con el desarrollo de la personalidad de eso que llaman élites: las clases dominantes, los ricos. Nosotros hacemos política en función de los millones y millones de explotados, los que no tendrán la posibilidad de desarrollar sus cualidades de hombre hasta que la clase obrera tome el poder. Un hombre con hambre, en una fábrica o en una hacienda, no es libre.

—Por lo visto quiere usted convencerme de que el hombre se hace libre con la dictadura del proletariado...

—No quiero convencerle de nada, señor juez. Para mí es suficiente que lo comprendan los obreros. Sí, la dictadura del proletariado libera al hombre de la miseria, de la ignorancia, de la explotación, del egoísmo, de todas las cadenas con que lo ata la dictadura de la burguesía y de los latifundistas, a la que ustedes llaman democracia y que ahora se transforma en fascismo. Democracia para un grupo, dictadura para las masas. La dictadura del proletariado quiere decir democracia para las grandes masas.

El juez forzó una sonrisa:

—Ya he leído eso en alguna parte: «tipo superior de democracia...». Llega a ser divertido. Ni libertad de expresión, ni libertad de crítica, ni libertad de religión.

—Usted está describiendo el Estado Novo y no el régimen socialista —respondió João—. En un estado socialista, en la U.R.S.S., existe libertad de expresión, libertad de crítica y libertad de religión. Basta leer la Constitución soviética. ¿La conoce? Le recomiendo su lectura, señor juez. Para un jurista es fundamental.

—¿Libertad en Rusia? Será la libertad de ser esclavo del Estado, de trabajar para los demás. Libertad de no poseer nada, de no ser dueño de nada.

—Sí, la libertad de explotar a los demás, de poseer los medios de producción no está reconocida en la Unión Soviética. Ésa existe aquí, señor juez, libertad para los ricos, libertad para unos cuantos. Para los demás, para la inmensa mayoría de los brasileños, lo que existe es la libertad de pasar hambre y de ser analfabeto. Y la cárcel y las palizas, y la celda de castigo si se protesta. Olvida usted que está hablando con un preso, señor juez, con una víctima de sus libertades. Ustedes se contentan con la libertad para su clase; nosotros queremos la verdadera libertad: libertad del hombre con el hambre saciada, del hombre libre de la ignorancia, del hombre con el trabajo garantizado, sin problemas para sostener a sus hijos. Señor juez, no hable de libertad aquí, en esta cárcel. Aquí, nuestra libertad vale bien poco. Es abusar de una palabra

que para nosotros comunistas tiene un significado muy concreto.

—No se puede hablar con ustedes. Quieren imponer sus ideas por la fuerza.

—¿Por la fuerza? —João sonrió nuevamente—. Veo, señor juez, que va a acabar diciendo que fui yo quien les pegué una paliza a los policías...

—Es usted un hombre inteligente —la voz del juez tomó un tono de amable consejo—. Hasta resulta difícil creer que sea realmente un obrero. Si abandonara esas ideas, podría convertirse en un hombre útil al país, quién sabe si incluso no podría...

—No, no podría, señor juez. Soy comunista, y ése es mi honor, mi orgullo. No cambio este título por ningún otro —sus ojos se tendieron más allá de los ventanales del despacho. Se veían, ante los muros, los tejados de las casas en frente—. Mire, señor juez: aquí, como me ve, entre estas rejas, soy más libre que usted. Con todas estas huellas de las palizas, soy más feliz que usted. No me gusta la cárcel, ni celebro haber sido maltratado. Me gusta andar por las calles, respirar el aire libre. Pero, a pesar de todo eso, no me siento desgraciado. Porque sé que el mañana será como deseo. Para mi hijo, el mundo será alegre y hermoso. Y para su hijo también, si lo tiene. Por más que usted trate de impedirlo. No habrá hambre en ninguna casa, todos los hombres sabrán leer y escribir, desaparecerá la tristeza.

Ya no hablaba siquiera para el juez, era como si hablara para algo que estaba más allá de los muros de la cárcel. Hasta el mecanógrafo le escuchaba con interés. Tras un momento de silencio, miró al juez:

—Dentro de poco, señor juez, cuando terminemos esta conversación, usted volverá a la calle, al aire libre, a su familia. Yo vuelvo al silencio de la celda de castigo. Pero puedo asegurarle que soy más libre y más feliz que usted.

El juez movió la cabeza:

—Es inútil discutir con ustedes, es inútil...

Cuando se llevaron a João, el director de la cárcel comentó:

—Ésos, son todos así. No pierden ocasión de hacer propaganda. Parece como si hicieran cursillos de oratoria. Con esa labia deslumbran a la gente. Si uno no anda con ojo, se deja engañar también...

El juez se levantó:

—La verdad es que resulta raro hablar de libertad aquí, defender nuestro concepto de libertad ante un preso. Sin hablar ya de los métodos de la policía. Es un absurdo lo que han hecho con ese hombre. ¿Por qué lo han hecho?

—Sin palizas no hablan. Y hasta con palizas es muy raro. Los comunistas no son gente como la otra, señor juez.

—Sí, sí, no son como los demás... —repitió el juez.

Y, ya en la calle, seguía repitiéndoselo. Todo aquello por lo que el preso luchaba podía ser un sueño pero, era imposible negarlo, tenía grandeza y poder de seducción. ¿Por qué emplear la fuerza bruta contra aquellas ideas, si no era porque ya no podían responder con argumentos? El juez era hombre muy orgulloso de su habilidad dialéctica, sus amigos decían que no tenía rival en el manejo de argumentos. Y, sin

embargo, en aquella conversación, no había encontrado la manera de oponerse a la dignidad del comunista, a sus convicciones. Al salir de la cárcel el juez estaba inquieto. Aquel hombre había sido apaleado, le habían roto un brazo. Su obligación era abrir una encuesta. Pero la policía era todopoderosa en el Estado Novo, cualquier actitud podía costarle cara, podía perder hasta el cargo. Pero si no lo hacía, estaría dándole la razón al preso, demostrando prácticamente sus afirmaciones.

Durante algunos días se debatió en sus dudas, en noches de insomnio. Aplazó la continuación de la instrucción hasta la semana siguiente. Pero poco a poco su conciencia se fue calmando, y el sábado, en la tertulia, contó a los amigos, atraídos por la curiosidad:

—Son unos fanáticos. Es inútil discutir con ellos...

Pero no pudo continuar observando a los comunistas porque aquella misma semana fue sustituido en la preparación del proceso. El director de la cárcel había informado a Barros de la extraña cordialidad con que había tratado a João, de su increíble actitud mandando que se tomara nota de las torturas. En su lugar mandaron a un juez habituado a aquellos procesos políticos... Un hombre de sensibilidad embotada, sin veleidades intelectuales.

A la hora elegante del té, el exministro Artur Carneiro Macedo da Rocha y el escritor Hermes Resende se encontraron en casa de Costa Vale. Realmente, fue Artur quien arrastró a Hermes consigo, y en el automóvil fueron discutiendo sobre política nacional e internacional.

El exministro de Justicia había vuelto a abrir su despacho de abogado en São Paulo. Desde su cese se mantenía en una actitud de discreta oposición al gobierno. Cuando hablaba con ciertas personas, les daba a entender que había dejado el cargo por desacuerdo con los métodos autoritarios del régimen. Siempre había sido un liberal, sus ideas democráticas eran bien conocidas en el país: ahí estaban sus discursos parlamentarios como prueba inmejorable, les decía a los hombres vinculados a Armando Sales, a los partidarios de los Aliados, a los amigos de los Estados Unidos. Si había aceptado el puesto de ministro del Interior y Justicia en un momento difícil, tras el fracasado golpe de mayo de 1938, había sido para evitar mayores persecuciones a sus correligionarios políticos comprometidos en la intentona, y con la esperanza de contribuir «a hallar una solución democrática a la actual situación política que atraviesa el país». Pero cuando comprobó que era imposible modificar la estructura autoritaria del Estado Novo, se había retirado, protestando así contra el endurecimiento de la dictadura y contra la peligrosa política internacional del gobierno «que se estaba apartando de la tradicional alianza con los Estados Unidos en un momento grave, de guerra». Había quien creía sus afirmaciones, había quien sonreía a escondidas, y le tachaba de «viejo zorro oportunista». Artur se deslizaba, gentil y cordial, entre unos y otros. Era figura obligada en toda recepción, citado por los cronistas de sociedad. Cenaba en casa de Costa Vale, comía con la comendadora da Torre, tomaba el aperitivo en el Automóvil Club, proyectaba una visita a las haciendas de Venancio Florival para ir, con el exsenador, a cazar onzas en el Valle de Rio Salgado.

La oposición de Hermes Resende era menos discreta. No habiendo sido nombrado rector de la Universidad del Distrito Federal, aprovechaba las oportunidades que le brindaba la política internacional para hacer propaganda antigetulista en las tertulias de las librerías. Se había convertido en una especie de heraldo oficial de las «doctrinas rooseveltianas», de la llamada política de buena vecindad, y oponía la «democracia rooseveltiana», no sólo al Estado Novo, sino también a las concepciones marxistas. Había recibido una invitación para dar un curso de literatura brasileña en una universidad norteamericana, y se estaba preparando para salir. A sus múltiples admiradores en el medio intelectual, les presentaba ese viaje como una forma de protesta contra el gobierno de Vargas. Una especie de exilio voluntario, explicaba.

En el automóvil, camino de casa de Costa Vale, discutieron sobre política brasileña, sobre las posibilidades del movimiento antigetulista. Mucha gente andaba

conspirando entonces, informaba Artur, tanto políticos como militares. El Ejército, según él, se encontraba dividido: de un lado, los generales simpatizantes del nazismo; del otro los antifascistas dispuestos a lanzarse a la calle en cuanto Vargas diera un paso más en dirección a Hitler. Al llegar a casa del banquero, Hermes estaba trazando, con la voz segura de quien posee los datos verdaderos del problema, el cuadro del desarrollo próximo de la guerra.

Tras las exclamaciones alegres con que fueron recibidos, Artur anunció:

—Aquí, Hermes está bosquejando un panorama muy interesante de la situación internacional. Y me gustaría ver sus conclusiones...

—Empieza desde el principio... —ordenó la comendadora.

Antes de aparecer Hermes y Artur, la conversación giraba en torno a temas teatrales y la comendadora se aburría mortalmente. Bertinho Soares había llegado de Río con su esposa, Susana Vieira Soares, y la compañía Los Ángeles. La temporada en Río había confirmado el éxito anterior, pero habían tenido que dejar el teatro a una compañía europea de ballet que iba a estrenar dentro de pocos días. Los Ángeles ocuparían el Municipal de São Paulo, y Bertinho andaba entusiasmado con la contratación de artistas y directores de escena polacos huidos de la guerra, gente que había llegado a Brasil recomendada por Paulo y Rosinha, amigos del conde Saslawski. El conde continuaba en Lisboa, pero ya se hablaba de él en los medios sociales como de alguien conocido. En opinión de Bertinho, aquellos directores de escena polacos iban a operar una auténtica revolución en el teatro brasileño. Lucas Puccini pedía detalles sobre la fecha de llegada de la compañía de ballet. Estaba sin noticias directas de Manuela.

Ahora Lucas frecuentaba los tes elegantes de Marieta de Vale. Llegaba con la comendadora y con Alina. Al principio algunos torcieron el gesto ante su aparición, algunas frentes se fruncían como preguntando qué hacía allí aquel *entrometido*, pero como Costa Vale le sonreía cordialmente y la comendadora no escondía sus simpatías por el nuevo rico, no tuvieron más remedio que aceptarle.

Aquella tarde la reunión estaba especialmente animada pues acababa de llegar de Buenos Aires, en una visita de un mes a Brasil, Henriqueta Alves Neto. El marido, condenado a un año de prisión, le enviaba para sondear la atmósfera política. La mujer había traído algunas cartas y se revestía de un cómico aire conspiratorio. Varias personas habían acudido a casa de Costa Vale para saludarle y para saber noticias de los políticos armandistas exiliados. También ella, centro de todas las atenciones al principio, se había sentido defraudada por aquella conversación sobre teatro, y por eso recibió alborozada la aparición de Artur. Hermes se sentó a su lado. Para verle había venido de Río a São Paulo. Se hizo un silencio a la espera de sus palabras:

—Le estaba diciendo a Artur que nos estamos acercando al momento culminante de la guerra. El momento culminante en el sentido psicológico quiero decir. Hitler, señor de Europa, se encuentra ante un problema embarazoso. Su verdadero enemigo no es Inglaterra, sino Rusia. Por otra parte, los Estados Unidos no pueden permitir

con los brazos cruzados una invasión de Inglaterra. Los norteamericanos son extremadamente sentimentales, y si ayudaron tanto a Finlandia por el simple hecho de que Finlandia había cumplido sus obligaciones en la guerra anterior, con mayor razón ayudarán a la vieja metrópoli. Hitler lo sabe.

Suspendió por un momento su disertación, contento de la atención del auditorio. Sonrió a Henriqueta:

—En mi opinión, lo que va a ocurrir es lo siguiente: Hitler, tras aterrorizar a los ingleses con sus bombardeos, propondrá la paz a Inglaterra. E invadirá Rusia.

—La invasión de Rusia es sólo cuestión de tiempo —concordó Costa Vale.

—De poco tiempo —añadió Hermes Resende—. ¿Y qué ocurrirá entonces? —preguntó.

—Los rusos aprovecharán la oportunidad para librarse de los comunistas. Harán una revolución —dijo Henriqueta, repitiendo palabras de Tónico Alves Neto, y feliz ante aquella ocasión de mostrar sus conocimientos políticos.

—La campaña de Rusia será un paseo para el ejército alemán —dijo a su vez Artur, con su voz redonda de orador—. En un mes, quizás en tres semanas, conquistarán Moscú...

—Perdonen que discrepe de nuestra encantadora amiga Henriqueta y de nuestro culto amigo Artur. No creo ni en la revolución ni en una derrota tan rápida.

—Los rusos no desean más que librarse del comunismo... Están locos por echarles —dijo Henriqueta.

—Es posible —admitió Hermes—. Pero no olviden que hay muchos rusos fanáticos. Ese problema de la revolución anticomunista no es tan sencillo.

Los hombres que podían realizarla, los trotskistas, han sido fusilados. Eso, en cuanto a la objeción de Henriqueta. Por otra parte, creo que los rusos opondrán a Hitler una resistencia mayor de lo que creemos. Estoy de acuerdo en que Moscú caerá pronto, pero seguirán resistiendo en los Urales. ¿Qué ocurrirá entonces? Hitler saldrá de esta guerra victorioso pero, al mismo tiempo, agotado, incapaz de imponer su voluntad. Es posible incluso que ni siquiera logre mantenerse en el poder, que los generales alemanes le depongan. Quien dictará la paz serán los Estados Unidos. Con Rusia derrotada y con Alemania agotada por una larga guerra, los Estados Unidos, debido a su hábil política, recogerán los frutos de la victoria sin necesidad de haber disparado un tiro. Es así como yo veo el desarrollo de los acontecimientos.

—Es posible —dijo Costa Vale—. Hay mucho de verdad en tu razonamiento...

—Qué pena que Teo no esté aquí —se quejó Marieta. Él sí que podría confirmar las previsiones de Hermes. Aún hace sólo unos días...

Pero el banquero levantó la voz:

—De todos modos, si Hitler liquida a Rusia, se habrá ganado la admiración de todo el mundo. Es una operación de limpieza muy necesaria, y sólo él la puede hacer.

—Lo que es una lástima son sus métodos de gobierno —intervino Artur—. Buenos quizá para Alemania, pero son un mal ejemplo para los otros gobiernos,

empezando por aquí, por Brasil...

—¿Te vas a colocar en la oposición, Arturzinho? —era la voz de la comendadora. ¡Pero si aún no te has quitado el polvo del ministerio...!

—¿Y por qué no? —alzó la voz Henriqueta. Con la salida de Artur, el gobierno ha perdido a su último elemento democrático.

Costa Vale volvió a interrumpir la discusión:

—Getúlio es como Hitler: tiene sus aspectos desagradables, sus aristas, y no siempre es fácil acostumbrarse. Pero hay una cosa cierta: ha acabado con el comunismo en Brasil. Sólo por eso merece ya nuestra admiración. A mi parecer, el hecho más importante de los últimos tiempos no ha sido la caída de París, ni la invasión de Noruega, ni los bombardeos de Londres: fue la liquidación del Partido Comunista por nuestra policía. Y ésa es una obra que debemos a Getúlio, al Estado Novo; no se puede negar. Con otro tipo de régimen habría sido imposible.

Lucas Puccini, a quien las críticas a Vargas habían irritado, aprovechó la ocasión:

—El Dr. Getúlio está por encima de cualquier crítica. Es el mayor presidente que Brasil haya tenido nunca. Y no admito que nadie hable mal de él ante mí.

Henriqueta Alves Neto le lanzó una mirada de desprecio:

—Se ve que no está usted acostumbrado a nuestras tertulias. Entre nosotros no solemos decir «no admito». Son fórmulas que hieren la sensibilidad de la gente educada.

Lucas cerraba los puños, el rostro rojo de humillación. La comendadora saltó en su defensa:

—Henriqueta, te estás poniendo nerviosa. Debe de ser la edad. Cuando se empieza a envejecer, hija mía, hay que cuidar los nervios. Pues mira: creo que Lucas tiene razón, y tampoco admito, «no admito», que nadie hable mal de Getúlio delante de mí.

Henriqueta estaba al borde del soponcio, murmuraba ¡oh! ¡ah!, pero la comendadora continuaba tranquila.

—Quien tiene razón es José: Getúlio acabó con el comunismo, y aunque sólo fuera por eso, merecería una estatua. ¿O es que se atrevería alguien a negar el peligro que los comunistas representan?

Hermes consolaba a Henriqueta, y ésta acabó por confesar que, desde luego, la liquidación del Partido Comunista era una gran cosa. En eso estaban todos de acuerdo. Henriqueta, más tranquila, incluso sonrió hacia Lucas. Marieta se encargó de reconciliarle con la comendadora. La vieja se despedía, arrastrando con ella a su sobrina y a Lucas.

Henriqueta, cuando le vio salir, se desahogó:

—No puede negar que empezó como empezó, en una tenducha, que viene de abajo. Es tan desagradable...

Costa Vale se rió:

—No olvides que la comendadora es hoy pariente de Artur y amiga nuestra.

También tú, Henriqueta, fuiste un poco brusca con ese chico...

—La pasión política... —se rió también Artur—, Henriqueta está hecha todo un talento político. Realmente, empiezo a creer que Getúlio está en peligro: las mujeres bonitas están poniéndose en contra...

Henriqueta volvió a sonreír. Se disponía a marcharse, iba a cenar con Hermes. Bertinho les invitó a asistir al ensayo de la compañía aquella noche. Podrían ver en acción a un director de escena polaco: algo formidable.

Pero, antes de salir, Hermes preguntó:

—¿Sabíais que han detenido también a Marcos de Sousa? Mucha gente anda moviéndose para que le suelten, pero la policía no quiere de ninguna manera ponerle en la calle. Dice que tiene muchas pruebas contra él...

—¿Marcos? Pobre... —se compadecía Marieta.

—¿Pobre? —Costa Vale frunció las cejas—. ¿Por qué? La policía hace muy bien. ¿Quién le mandaba liarse con los comunistas? Que lo tengan un tiempo en la cárcel, a ver si aprende. Y cuando salga, va a andar más manso, y no volverá a negarse a hacer los planos de las casas de los colonos. Querida mía: para los comunistas, cárcel. Sea quien sea. Pensándolo bien: tiene razón Lucas: Getúlio es el mejor presidente que jamás hayamos tenido.

Luego, cuando se quedaron los dos solos con Marieta, iban a cenar en la intimidad, le dijo a Artur:

—¿Sabes lo que significa eso? ¿Estar para siempre libres de comunistas? Significa que puedo dormir tranquilo, significa que ya no volveré a tener insomnio ni pesadillas...

Marcos había sido detenido en la calle, en Río, cuando se dirigía a entrevistarse con los dirigentes de una compañía de seguros interesados en contratarle para construir un bloque de apartamentos. El inspector se acercó a él y le invitó a ir a la jefatura: el Delegado de Orden Político quería hablar con él. Marcos miró al policía con aire ingenuo y respondió:

—Ahora no tengo tiempo. Tengo mucha prisa. Dígale que tal vez vaya luego, cuando haya acabado el trabajo.

El inspector, que no esperaba aquella respuesta, se quedó un momento desconcertado, y Marcos siguió su camino. Pero el otro corrió tras él, le alcanzó, le cogió del brazo:

—No, no... Tiene que ir ahora mismo.

—¿Y si no quiero ir? ¿Y si rechazo la invitación?

El policía se enfadó:

—Bueno, vamos a dejarnos de historias... ¡Está detenido!

Primero le hicieron esperar durante horas en un despacho de la jefatura, solo. Había un periódico viejo, abandonado sobre una silla, y Marcos leyó hasta los anuncios. Empezaba a impacientarse, caía la tarde, empezó a pasear a zancadas de un lado a otro. Nada sabía de las detenciones efectuadas días antes, la policía aún no había dado publicidad a la redada. Al ser detenido, Marcos pensó que se trataba de una citación más, relacionada con la revista, como habían hecho ya en São Paulo: la otra vez no le habían detenido, había recibido una nota con la indicación de la hora en que tenía que comparecer para la entrevista. Quizás en Río empleaban otros métodos, pensó. En el último número de la revista, había conseguido pasar ante las narices del censor un artículo sobre la central eléctrica del Dnieper y otras realizaciones soviéticas. El censor había considerado aquello como un simple artículo técnico, y el número había causado sensación. Marcos atribuía su detención a aquel artículo. Le amenazarían quizá con el cierre de la revista, con suspenderla durante un tiempo. Le interrogarían y le echarían luego a la calle.

Así, cuando apareció en la sala un inspector y le invitó a acompañarle, Marcos pensó que le llevaban a la presencia del delegado. En vez de hacerlo, le llevaron a una sala abarrotada de presos, y le dejaron allí sin más explicaciones. Marcos miró a su alrededor: no conocía a nadie. La verdad es que conocía a muy pocos miembros del Partido, y sólo a dirigentes de la regional: Mariana, Cícero, tres o cuatro más. Toda su relación era con simpatizantes, en su mayoría intelectuales que colaboraban en la revista, gente de los medios literarios y artísticos. En Río no tenía contacto con ningún dirigente del Partido, y tampoco con elementos de la base.

El policía le observaba desde la puerta, antes de cerrarla. Marcos dio unos pasos hacia el fondo de la sala. La cosa parecía más seria de lo que había creído. El policía cerró la puerta.

Uno de los que estaban en la sala, en mangas de camisa y con zapatillas, le dijo:

—Siéntate, compañero.

Marcos le dio las gracias y se sentó a su lado. El otro sonrió y le preguntó, bajando la voz:

—Te han cogido, ¿eh? ¿En qué zona actuabas? ¿Qué cargo tenías?

Marcos iba a responder diciendo que era el director de la revista *Perspectivas* cuando sus ojos, que continuaban recorriendo la sala, descubrieron la leve señal de atención de otro detenido, un hombre bajo, de barba crecida. Reparando en los otros rostros, vio la misma recomendación:

—No tengo nada que ver con eso. No sé por qué estoy preso. Será un error, supongo.

—Estamos entre compañeros —insistió el otro—. Puedes hablar tranquilamente —susurraba.

—No tengo nada que contar. —Marcos se levantó.

El de la barba se acercó a él:

—Mejor será que ocupes una cama. Hay una vacía aún, aquí, junto a la mía —le indicó la cama, se lo llevó consigo—. Ése es un provocador... —le susurró.

Por la noche, el hombre tumbado en la cama de al lado le habló largamente. De vez en cuando la conversación era interrumpida. Aparecían policías en la puerta gritando el nombre de algún detenido que tenía que ir al interrogatorio. El provocador desapareció a la hora del rancho:

—Le pusieron ahí para ver si tú conocías a alguno de nosotros, para ver si te liaba. Hacen siempre eso con los detenidos por primera vez.

Explicó a Marcos lo que pasaba: desde 1935-1936 la policía no había dado un golpe tan certero contra el Partido, no había detenido a tantos elementos al mismo tiempo. Los calabozos de la policía estaban abarrotados y a cada hora llegaban con más gente. Interrogaban a los detenidos entre palizas. Los dirigentes nacionales estaban sufriendo horrores, aislados en los sótanos. El hombre le hacía recomendaciones a Marcos: contra el arquitecto, la policía no podía tener nada, fuera del hecho de ser director de *Perspectivas*. Si negaba toda relación con el Partido, tal vez pudiera librarse del proceso. En cuanto a él mismo, no se hacía ilusiones:

—A mí me van a moler a palos. Llevan ya muchos años buscándome.

—¿Pero cómo pudo la policía localizar a la dirección?

Habían detenido a un compañero, contaba el hombre rascándose la barba. Desobedeciendo las órdenes, fue a visitar a su familia. Le habían torturado y acabó hablando. Había entregado a casi todo el Partido, no sólo en Río sino también en otros Estados. ¡Un compañero que parecía tan duro, tan firme, se había hundido a la hora de la verdad! Y por su culpa ahora estaban torturando a muchos otros, la policía utilizaba todos sus refinamientos en materia de violencia. Ya vería Marcos cuando trajeran a alguien del interrogatorio...

Y Marcos lo vio, con el corazón ardiendo en ira: un camarada, llamado horas

antes a declarar, volvió a cuestras de un guardia. Le tiraron al suelo, medio muerto. Luego, en días sucesivos, aquella escena se repitió tantas veces que Marcos ya no conseguía dormir, en angustiosa expectativa. Una noche llamaron al hombrecillo de la barba. Marcos, durante aquellos días, había aprendido a estimarle. Era un obrero metalúrgico que lo había abandonado todo por el Partido. Durante toda la noche, Marcos esperó su vuelta, con el corazón latiendo apresurado Pero no volvieron a traerle. Marcos no le encontró hasta tiempo después, en la cárcel. Le habían arrancado las uñas con alicates, le habían quemado el pecho con acetileno.

A Marcos no le interrogaron. Durante dieciocho días permaneció en la sala de detenidos. Una tarde le llevaron, con un grupo, a una galería de la cárcel. No tenía ninguna noticia del mundo exterior; desde el día de su detención no leía periódicos, no tenía siquiera ropa para cambiarse.

Al principio, en jefatura, se había sentido solo entre aquellos desconocidos, en general rudos obreros de la base del Partido. Pero pronto desapareció esta sensación: uno le prestó unos pantalones viejos, otros le hablaban de la revista, citaban artículos, uno le estuvo hablando de su mujer y de sus hijos. Le rodearon de solidaridad. Incluso en aquellas trágicas circunstancias no perdían la perspectiva, discutían, y al tercer día de su detención vinieron a pedirle que les diera una conferencia sobre arte. El arquitecto no tardó en sentirse ligado a todos ellos: sentía la presencia del Partido, y no ya a través de una vinculación periódica, sino de una forma precisa y concreta. Aquella atmósfera animosa le daba una cierta sensación de euforia. Al ser trasladado, se fue con pena, y abrazó a todos, uno a uno.

En la cárcel no encontró sólo a gente detenida entonces, sino también a compañeros condenados ya, y a la espera de salir para Fernando de Noronha. Había también allí un exoficial del Ejército, detenido en noviembre de 1935, enfermo de la vista. Por eso le habían traído de la isla. Tenía que ser sometido a una delicada operación. Había entre ellos gente responsable. La vida estaba organizada colectivamente. Cursos, conferencias, horas para juegos, hasta un periódico mural. La llegada de Marcos constituyó un verdadero acontecimiento. Aunque él no conocía a nadie, allí todos le conocían. Los mismos compañeros le ordenaron la celda, al lado de la del oficial, y en la hora de la reunión de estudio, por la mañana, el secretario del colectivo le presentó:

—Éste es el arquitecto Marcos de Sousa, conocido en todo el mundo, un intelectual honesto, amigo del pueblo, antifascista.

La mayoría de los que allí estaban, habían sido brutalmente apaleados. Marcos miraba las manos de un obrero que aplaudía las palabras del secretario: manos deformadas por la tortura. Entonces se sintió ligado para siempre a aquellos hombres, a su causa, al Partido.

Empezó a hacer la vida normal de los presos, las frugales comidas a toque de pito, la participación en los debates políticos; tuvo que dar un curso sobre arquitectura. Cuando le hablaron de esto, él cedió, seguro de que aquella propuesta era más una

gentileza hacia él que una manifestación de verdadero interés. ¡Cuál no sería, pues, su admiración cuando vio a aquellos obreros tomando notas durante la conferencia, haciéndole luego las más diversas preguntas, en el coloquio que siguió! Dio también clases de inglés a unos cuantos. Cada día se sentía más ligado a aquella gente, como si su personalidad se renovara allí, en la cárcel.

Con ayuda de dos compañeros consiguió hacerse con la maleta de ropa que había dejado en el hotel. La mujer del exoficial fue personalmente a pagar la cuenta y a buscar la maleta. La trajo un día de visita, y él la recibió días después, tras el registro. Al fin pudo ponerse un pijama suyo. Supo también que estaban en Río dos de sus colaboradores en el despacho de São Paulo, dos jóvenes arquitectos que hacían lo posible para lograr su libertad, pero ni siquiera habían conseguido permiso para visitarle. Sólo los parientes próximos —esposas, madres, padres, hijos y hermanos— podían ir una vez a la semana al locutorio de la cárcel. Aun así, algunas semanas suspendían las visitas. La policía seguía manteniendo incomunicados a los dirigentes más importantes, detenidos al mismo tiempo que Marcos. Estaban ya organizando el proceso.

Lo que más emocionaba a Marcos durante su estancia en la cárcel era la proximidad de Prestes. Sabía que el gran dirigente estaba en una celda, construida especialmente para él, con paredes medievales, en el pabellón de tuberculosos. Era un edificio circular, próximo al terreno donde, una hora al día, tomaban el sol. Los ojos de Marcos, durante esa corta hora, se clavaban en el pabellón con la esperanza de que un día, por cualquier motivo, apareciera la cara de Prestes. Algunos decían que le habían visto, tiempo atrás, una vez que le llevaron a jefatura. Un ejército de guardias había invadido aquel día la cárcel. Algunos iban incluso armados de metralletas. Los presos fueron retirados a toda prisa, pero algunos consiguieron ver a Prestes.

Por la noche, cuando tocaban silencio, Marcos reflexionaba. Pensaba en los edificios sin acabar, en los planos empezados, en los proyectos por estudiar. Sus ayudantes estarían intentando arreglárselas sin él. Pensaba también en Manuela. La muchacha no tardaría en llegar a Brasil para una temporada de dos meses. No podría verle y quizá ni siquiera era conveniente. No tenía que comprometerle, él era ahora un hombre marcado. Tras la corta temporada, Manuela tenía que salir para los Estados Unidos, con la compañía, para una larga *tournee* por el país. ¿Adónde iría después, cuando él volviera a verla? Pensaba y creía que nada le quedaba por hacer, sino renunciar a Manuela de forma definitiva. Jamás había tenido grandes esperanzas, pero, aun así, había acariciado aquel sueño, esperaba ardientemente su regreso. Tal vez le hablara de su amor, le propusiera que se casasen. Pero sus vidas se distanciaban, sobre todo ahora: ella iba a pasar por Brasil entre críticas elogiosas en los periódicos, las flores y las invitaciones de sus admiradores, triunfando en el escenario, convertida en una de las sensaciones de la temporada. Y él ya no era el famoso arquitecto Marcos de Sousa, se había convertido en un preso político, a punto de verse envuelto en un proceso y condenado a cumplir la condena en Fernando de

Noronha. Sus negocios se hundirían; aunque al fin le soltaran, no iba a tener facilidades para encontrar trabajo: banqueros e industriales se lo pensarían dos veces antes de encargarle rascacielos y residencias. Pero no era eso lo más importante, lo que hacía de Manuela algo inaccesible. Era la decisión que él había tomado en los últimos días y a la que estaba decidido a sacrificarlo todo.

Había decidido solicitar su ingreso en el Partido. Considerando toda su actividad, sus ideas y su vida, había sacado la conclusión de que se hallaba en una situación falsa. Se sentía en todo solidario con los comunistas, pensaba como ellos, quería luchar por su victoria. ¿Por qué mantenerse fuera del Partido, eternamente en sus linderos, como simple simpatizante? No dejaba de ser una forma de oportunismo, una tentativa de conciliar sus ideas, la razón más profunda de su vida, con su posición social, con sus relaciones de negocios con la gran burguesía, con su tranquilidad. Durante aquellos días, Marcos se analizó y concluyó que, si quería ser honesto consigo mismo, tenía que dar el gran paso, pedir su inscripción como miembro del Partido. La noche en que decidió hacerlo, se sintió invadido por una profunda emoción. Y pensó en sus amigos: en Mariana, en João, en el Rubio, en el negro Doroteu y en Inácia, a cuya muerte había asistido. Iba a tener el derecho de llamarles «camarada», a marchar al lado de hombres y mujeres cuya vida y dignidad conocía cumplidamente. Había perdido a Manuela, quizá no volviera a verle nunca, pero peor aún sería perder la estima por sí mismo.

Al día siguiente buscó a un camarada responsable y le pidió que trasladara al Partido su solicitud de ingreso. El camarada le abrazó, y quedó en darle la respuesta en cuanto la obtuviera. Marcos esperaba, con sus días colmados por los cursos, las partidas de ajedrez y los dibujos para el periódico mural. De jefatura llegaban nuevos presos, y el colectivo iba ampliándose.

Una vez por semana casi todos los presos se ponían sus ropas mejores, se calzaban los zapatos y se ponían corbata: aquéllos cuyos familiares vivían en Río y venían a visitarles. Era un día agitado: la espera de la hora de visita, a las diez de la mañana, luego los rumores llevados por las familias. Era, al mismo tiempo, el día más alegre y el más triste para los prisioneros. Alegría de ver durante una hora a los padres y a las esposas, a los hijos y a los hermanos. Tristeza después, al no tenerles consigo. Algunos quedaban completamente deshechos tras las visitas. Marcos solía ir de celda en celda aquellos días en busca de novedades. Como no tenía familia y a sus ayudantes les habían negado el derecho a visitarle, Marcos no se quitaba el pijama. Una casa de frutas y conservas le enviaba, una vez a la semana, en los días de visita, un paquete encargado y pagado por los colaboradores de su taller. Lo dejaban en la administración, él lo recibía por la tarde y entregaba casi todo al colectivo. Aun así, la agitación de los días de visita le resultaba contagiosa, y esperaba el regreso de los camaradas con cierta excitación. ¿Qué estaría pasando en la ciudad, en Brasil, en el mundo entero? Era aquel día cuando se enteraban de la marcha de la guerra, de los rumores políticos, de las novedades.

En uno de aquellos días de visita, Marcos contemplaba, como de costumbre, el descenso de los presos al locutorio, poco antes de las diez. Quedaban sólo en la galería él y tres o cuatro obreros que no tenían familia en Río.

—¿Vamos a jugar una partida para matar el tiempo? —propuso Marcos a uno de ellos, un pernambucano simpático y vivaz, que ganaba siempre a todos.

Apenas había dispuesto el tablero cuando apareció un guardia en la galería gritando su nombre:

—¡Marcos de Sousa!

—Presente.

—Una visita para usted. Su mujer le espera en el locutorio. Vístase.

—¿Mi mujer? —se sorprendió Marcos.

Pero ya el pernambucano le empujaba hacia la celda:

—Rápido, hombre. No pierdas tiempo.

Y luego le murmuró al oído:

—Será algún truco de los compañeros para hablar contigo. Baja rápido. Ya jugaremos la partida luego.

Marcos se quitó el pijama, se puso los pantalones y la chaqueta. Bajó las escaleras abrochándose.

De pie, en la entrada del locutorio, blanco de la curiosidad de las familias y de los presos, Manuela, hermosa como visión de un sueño, le estaba esperando. Se lanzó a sus brazos entre sollozos de alegría:

—¡Marcos!

Los presos abandonaban por un momento los asuntos familiares para sonreír y contar a las visitas que aquél era el célebre arquitecto Marcos de Sousa. La mujer del exoficial reconoció a Manuela por las fotografías de las revistas. También los guardias observaban la escena, haciendo comentarios sobre la belleza de la bailarina.

Cogidos de las manos, como dos enamorados, fueron a sentarse en un banco, en el fondo del locutorio. Marcos le preguntó:

—¿Cuándo has llegado? ¿Cómo hiciste para venir aquí?

—Llegué hace tres días, y no sabía nada. Telefoneé a São Paulo, a tu despacho. Te había mandado un telegrama anunciándote mi llegada. Al ver que no ibas a recibirme, creí que estarías enfermo. Luego me lo explicaron. Quedé como atontada, no puedes imaginártelo... —y estrechaba sus manos, como para convencerse de su presencia, con los ojos húmedos.

Marcos le sonreía, agradecido. Le resultaba muy difícil hablar.

—He estado ya con un abogado para ver qué podía hacer. Pero el pobre hombre, al saber que se trataba de un proceso político, casi se muere de miedo. Poco faltó para que me echara por las escaleras. Decidí ir directamente a la policía.

—¿Sola?

Asintió con la cabeza. Sus cabellos rozaban el rostro de Marcos. Una sonrisa tímida aparecía en los labios de la muchacha.

—Allí me dijeron que sólo los parientes próximos podían visitar a los presos: los padres, los hijos, las mujeres. Me preguntaron si ése era mi caso.

Clavó los ojos azules en Marcos:

—Perdona, Marcos, quería verte...

—¿Que te perdone? ¿Qué tengo que perdonarte...? ¡Si ella supiera lo que aquella visita significaba para él!

—Te voy a contar: Yo quería verte, como fuera, pero verte. El delegado, un tipo antipático, muy gentil aparentemente, pero intentando ofenderme siempre, me dijo: «Él no tiene padres, es huérfano. Tampoco tiene hermanos, y está soltero...». Quería ofenderme, Marcos: «A no ser que usted viva con él como casada y sin serlo. En ese caso, es posible...». Y yo le dije que sí, que era verdad. Perdona, lo que yo quería era sólo verte...

Él la miró, con los labios abiertos como si fuera a hablar y no encontrara palabras. Ella bajó la cabeza:

—Se echó a reír, como burlándose, groseramente, pero dio una orden. Sé que no debía haberlo hecho, pero no podía dejar de verte. Estaba como loca...

—Manuela... ¿Y tu reputación, hija mía?

—Eso no me importa. Tenía miedo de que a ti sí te molestara...

—¿Molestarme? Pero ¿nunca te diste cuenta de que...?

—¿Qué? —Manuela se acercó, ansiosa de la respuesta tan esperada, su rostro frente al de Marcos. —¿... Que te quiero...?

—¿Es verdad? —exclamó ella. ¿Realmente es verdad? ¡Oh, Marcos! ¡Qué suerte que te hayan encerrado en la cárcel! Así, al menos me lo has dicho... ¡Hace tanto tiempo que te quiero, que sólo esperaba una palabra tuya...!

Apoyó su cabeza en el pecho del arquitecto. Algunos presos sonreían ante aquella escena. La voz de Manuela murmuró:

—¡Va a ser tan bonito cuando salgas...!

—¿Aceptas casarte conmigo?

—¿Casarme contigo? Pero Marcos... Tú sabes lo que pasó... Si quieres vivir conmigo como dijo el delegado, eso me basta... Tú conoces mi pasado.

—¡Pero, Manuela! ¡Qué locura! Tu pasado... ¿Qué culpa tienes de que te hayan engañado? ¿Me consideras realmente tan mezquino? Te quiero como esposa, te quiero como compañera. Si nunca te lo dije antes, fue porque temía molestarte, creía que me querías sólo como a un amigo...

—¿Fue por eso? ¡Y yo pensando que era por lo que me había pasado con Paulo...! Por eso tampoco yo te decía nada. Fuimos dos tontos, Marcos... —sonreía entre lágrimas.

—No me has respondido aún. ¿Aceptas?

—¿Y me lo preguntas, mi amor?... Eso es más de todo lo que soñé, más de todo lo que he deseado...

Y le contempló con infinita ternura. Tenía los ojos inundados en lágrimas. No podía ser más feliz. Pero él bajó la voz, preocupado:

—Hay algo más que quiero decirte. Algo que puede cambiarlo todo...

—Entonces, no me lo digas. Nada me importa.

—Te importa, sí. Y quiero decírtelo. Oye, Manuela: he pedido mi inscripción en el Partido. Si te casas conmigo, te casarás con un comunista...

—Soy una estúpida, Marcos. No sé nada de política. Pero ya te dije una vez que para mí es así: los comunistas son los buenos, los otros son los malos. Para mí, al menos, ha sido así. ¿Me enseñarás, verdad? Para que pueda ayudarte...

—Cuando salga, nos casaremos. Pero si me procesan, pueden condenarme a dos o tres años...

—Aunque sean veinte, te esperaré. Hace ya mucho tiempo que te estoy esperando, Marcos.

Los guardias anunciaron el fin de la hora de visita. Los presos se despedían de sus familias. Marcos y Manuela se besaron. Era su primer beso. El amor iluminaba el locutorio de la cárcel.

A fines de aquel invierno de 1940, una ola de frío, llegada del sur, se abatió sobre São Paulo. Los periódicos, sin noticias sensacionales del exterior, donde la guerra, tras la caída de Francia, había entrado en una fase de calma, y agotados los comentarios sobre las detenciones de los comunistas, comentaban ampliamente los estragos causados por aquel frío intempestivo. En Bagé había nevado, en el Paraná y en Santa Caterina, la temperatura había bajado de cero, en São Paulo, los inmigrantes recordaban los inviernos de Europa. Las señoras de la alta sociedad aprovecharon la ocasión para lucir sus abrigos de piel; los hombres llevaban pesados abrigos y bufandas. Un cronista de sociedad escribió: «São Paulo, en este fin del invierno, en pleno mes de agosto, se ha vestido con el encanto de París en vísperas de Navidad». El mismo periódico anunciaba en otra página la muerte en la calle, a consecuencia del frío, de algunos viejos mendigos y de dos niñas, hijas de padres desconocidos.

Vestido con un pantalón y camisa blanca de algodón barato, sin bufanda, sin abrigo, con los zapatos rotos, las manos metidas en los bolsillos para protegerlas del frío, un hombre alto atravesaba tiritando las calles de São Paulo cubiertas de neblina. Era un nordestino, poco habituado a aquellas temperaturas, recién llegado de Bahia.

No tendría siquiera treinta años, pero ya dos grandes entradas aclaraban su pelo, haciéndole parecer más viejo. Un descuidado bigote cubría el labio dando aspereza a su rostro. Sus ojos profundos e interrogadores se posaban sobre los hombres y las cosas como estudiándolas y reteniéndolas en la memoria para siempre. Cuando hablaba, parecía aumentar la aspereza de su expresión. Su voz era brusca, sacudía al interlocutor. Pero cuando sonreían sus ojos, la sonrisa se extendía sobre el bigote, su voz se hacía vibrante y armoniosa, era como si la verdadera humanidad de aquel hombre, oculta bajo sus maneras bruscas, se revelara de pronto. En aquellos momentos, un halo, mezcla de fuerza y de dulzura parecía envolverle, y era difícil resistir a su encanto, como difícil era dejar de obedecerle cuando su voz daba una orden.

Maldecía del frío. Evidentemente, aquellas ropas no eran las adecuadas para São Paulo, la humedad de la neblina las traspasaba, pero el hombre sonreía mientras caminaba: los periódicos anunciaban, indignados, la proclamación del régimen soviético en los tres Estados bálticos y su incorporación a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Las fronteras del mundo socialista se ampliaban, nuevos millones de trabajadores se liberaban de la explotación enfureciendo a sus enemigos: Saquila, en un largo artículo, olvidando a Hitler y los campos de concentración, bramaba contra «el imperialismo soviético, que es una amenaza para el mundo». En cambio, algunos intelectuales honestos, a quienes había confundido el pacto germano-soviético, empezaban a darse cuenta de la verdad de las cosas, y se movían para liberar a Marcos de Sousa. En las fábricas y en los talleres repercutían también aquellas noticias, reavivando el fuego del entusiasmo que pervivía bajo las cenizas de

la última represión policíaca. El hombre alto se repetía a sí mismo: «¡Qué gran Partido podemos construir aquí, donde está centralizada la industria del país!».

Al llegar, hacía menos de un mes, había tomado contacto con Mariana, y la muchacha quedó asombrada ante sus planes. A pesar de que también ella era animosa y optimista, valoraba la cruel realidad: unos pocos cuadros dispersos en algunas fábricas, la mayoría sin poder apenas moverse para no perder la libertad, sólo cuatro o cinco trabajando activamente bajo el control de Mariana y de Ramiro. Un trabajo reducido a casi nada: materiales ciclostilados en tiradas mínimas y que circulaban en grupos limitados, pues seguía dominando el terror. En los medios intelectuales, todo parecía hundido. Había algunos antiguos simpatizantes que trataban de obtener la libertad de Marcos de Sousa, empleando su influencia con los políticos y personalidades del régimen, pero se mantenían completamente desligados del Partido. Cícero d'Almeida, incluido en el proceso, había tenido que huir al Uruguay atravesando la frontera a escondidas. El delegado Barros había sido ascendido por sus «relevantes méritos en la represión de las actividades subversivas y en la extinción del Partido Comunista».

Mariana, con los ojos enrojecidos por las noches sin dormir dándole a la manivela del ciclostil, en el extremo de la fatiga, oía aquellos planes osados y le parecía que el camarada Vitor no tenía los pies bien asentados en el suelo. Llegaba de Bahia, donde prácticamente el Partido no se había visto afectado por la caída de los dirigentes de Río. Le habían enviado a reconstruir las estructuras del Partido en São Paulo. Venía precedido de una cierta autoridad: había sido él quien tras la derrota de 1935 había levantado todo el trabajo en Bahia, Sergipe y Alagoas. A su trabajo organizativo se atribuía que aquellas regiones no hubieran caído, como muchas otras, durante la reciente represión. Todo aquello era cierto, y Mariana, al saber su llegada, se había sentido llena de animación. Ya andaba medio desesperanzada con la marcha de la tarea y el mismo Ramiro, poco experto, no encontraba salida a la situación. Era como si tuvieran que empezar de la nada, y Mariana, cuando oyó a Vitor exponer sus planes tan audaces, los proyectos de un Partido de millares de militantes en São Paulo, y convertido en un factor decisivo en la vida política del Estado, no había podido por menos de decir:

—Camarada, deseo ardientemente que sea así, pero, hablando con franqueza, estamos muy lejos de todo eso. Puedo contar los militantes con los dedos de las manos y aún sobran dedos. Una marca una cita, el compañero dice que sí, que seguro que va, y luego no aparece. Eso cuando se trata de recibir material para distribuirlo. No logramos reunir cuatro camaradas para hacer una pintada. De toda la zona, sólo en Santo André hay algo parecido a una organización, y eso debido a Ramiro. Pensamos una vez en sacarlo de allá para ver si levantaba otros barrios obreros, y Santo André casi se hunde. Tuvo que volver para que no perdiéramos lo poco que ya teníamos. En el interior, sólo quedaron unos brotes del Partido en Santos, en Sorocaba, en Jundiaí. Casi nada...

Vitor cerró los ojos. Era un hábito suyo cuando oía algo desagradable. Su voz brusca se desató sobre Mariana:

—¿Qué es eso, camarada? ¿Es que has perdido la confianza? ¿O es que también tú te has dejado convencer por las declaraciones de la policía de que el Partido estaba liquidado? ¿Comenzar de la nada? ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Ni los camaradas que fundaron el Partido empezaron de nada. Existía la clase obrera, existía el marxismo, existía la revolución de octubre. Une a todo eso la existencia hoy de la U.R.S.S., un estado socialista, y la tradición de nuestro Partido en São Paulo, el prestigio inmenso de Prestes. ¿Quién dirigió las luchas de los obreros paulistas durante todos estos años? Fuimos nosotros. ¿Quién les organizó para estas luchas? Fuimos nosotros. ¿Quién les levantó contra el Estado Novo, quién ha impedido la aplicación de la Constitución Fascista? Nosotros. ¡Y tú le llamas a eso casi nada, compañera!

Aquella voz brusca y dominante hizo que se sintiera menos fatigada. Todo aquello que Vitor decía era verdad. Ella se había limitado a exponer las condiciones inmediatas que le rodeaban, y lo hizo con una estricta objetividad. Vitor le abría nuevas perspectivas, le mostraba los pilares ya asentados sobre los que podía alzarse el edificio del Partido. Pero no se contentaba con la larga discusión, sino que inmediatamente se ponía al trabajo. Para él no contaban las horas, como si tuviera el poder de multiplicarlas. Mariana se preguntaba a sí misma, admirada, cómo Vitor encontraba tiempo para leer y estudiar, para informarse tan exactamente de los acontecimientos internacionales e incluso para seguir la vida intelectual del país. Era exigente con los camaradas, pero ante todo lo era consigo mismo. Menos de un mes después de la llegada de Vitor, Mariana empezaba a comprobar los resultados del trabajo. Algunos camaradas, a quienes había amedrentado la reacción, volvían a su militancia. Otros, desanimados antes, se mostraban de nuevo llenos de entusiasmo. El ciclostil no paraba. Vitor había organizado otro sistema para la distribución de material, más efectivo y seguro. Tenía el sentido de la organización, y Mariana veía nacer en sus manos, día a día, un nuevo organismo, y vivía la misma sensación de encantamiento de cuando vio a su hijo dar vueltas por primera vez en la cama, luego gatear, intentar unos tímidos pasos, en precario equilibrio sobre sus piernas inseguras, y echarse a andar por fin. La organización del Partido estaba aún lejos de empezar a andar, pero ella se daba cuenta de que, sin la menor posibilidad de duda, el Partido iba a ponerse en marcha, a levantarse, fuerte como nunca.

Al mismo tiempo había empezado a descubrir el lado humano de aquel camarada que al principio le había parecido una máquina exclusivamente entregada a su trabajo. Una vez, en una reunión, Vitor, temblando de frío, le había dicho:

—Tengo que darte una noticia: João y los otros han sido trasladados a Río, va a comenzar el proceso.

Mariana no pudo contener una exclamación de dolor. Allí, en São Paulo, tenía al menos posibilidades de saber de João a través de las familias de otros presos, de

enviarle alguna fruta. Y ahora le llevaban a Río, le condenarían, sin duda, y le deportarían a Fernando de Noronha... El rostro de Vitor, de pie ante Mariana, había perdido su aspereza habitual, y aparecía lleno de humana comprensión.

—Me he estado rompiendo la cabeza para dar con una manera de que pudieras verle sin poner en peligro al Partido. No la he encontrado, no ha habido manera. Pero antes del juicio te garantizo que irás a Río y le verás. Por ahora, es imposible. No puedo prescindir de ti ni un solo día.

Le sonreía como un hermano, afectuosamente:

—Pero tengo algo para ti. Toma...

Le tendió un pedazo de papel con muchas dobleces.

Le vio leer la carta de João con avidez, volver a las primeras líneas como si quisiera aprenderla de memoria antes de destruirla. «Querida mía: Me han trasladado a Río. Vamos a ser juzgados allí. Estoy muy triste por no haber podido verte, pero, al mismo tiempo, contento por saber que estás trabajando. Trabaja por mí y por ti. Yo aprovecharé el tiempo para estudiar. Tu recuerdo me ayuda cada mañana y cada noche. Ya me he repuesto, el brazo ha quedado bien: No te preocupes por mí, cuida de nuestro hijo, enséñale mi nombre. Dale un beso a tu madre: es formidable. Trabaja bien, querida, y así el tiempo se nos hará más corto. Te amo. Soy feliz de ser tu compañero».

Las lágrimas fluían por los ojos de Mariana. Ella intentaba sofocarlas. Le esperaba el trabajo con Vitor, el tiempo del camarada era precioso. Se pasó por los ojos el dorso de la mano, se arrancó las palabras de la garganta:

—Vamos a empezar...

Vitor le sonrió. Le puso una mano en el hombro:

—Hay tiempo para todo, Mariana. Yo esperaré. Lloro si tienes ganas. Esto te aliviará. Luego trabajarás mejor.

Así era el camarada Vitor, sobre cuyos hombros descansaba ahora la responsabilidad de poner en marcha de nuevo la organización del Partido en São Paulo. Vitor se entregaba al trabajo de manera despiadada, con un ritmo impetuoso, arrastrando a los demás y sin perder ocasión de educarles y educarse con ellos. Oía atentamente a sus colaboradores, les hacía montones de preguntas, así se iba ambientando en un medio desconocido. Dos cualidades le caracterizaban: su capacidad para descubrir las cualidades de cada hombre, para saber cómo utilizarle mejor, y el espíritu de iniciativa capaz de presentar rápidamente soluciones prácticas y realizables ante cualquier problema. Su manera de ser, franca y directa, hacía que los obreros confiaran inmediatamente en él. Sus conocimientos, su amor al debate, conquistaban a los intelectuales. El Partido empezó a recobrase, como un corazón casi paralizado que volviera a latir con ritmo creciente.

Mariana le había tomado cariño, se había acostumbrado a sus maneras bruscas, le ayudaba cuanto podía. Vitor le había encargado de nuevo de las finanzas y ella iba reconstruyendo los círculos de simpatizantes con la colaboración de los ayudantes de

Marcos en el taller de arquitectura y con la ayuda también de aquel médico simpatizante que había tratado al Rubio. Al mismo tiempo establecía el enlace entre Vitor y los elementos dispersos del Partido, conocidos suyos. En cada encuentro, Vitor dejaba siempre unos minutos para hablar de João, para hacer el elogio del camarada preso, para levantarle el ánimo a Mariana. Una vez fue a comer a casa de ella, jugó con el niño, habló largamente de su mujer, que se había quedado en Bahía. Él quería hacerle venir lo antes posible. Aquel día hasta le hizo unas bromas a la madre de Mariana hablando sobre el frío de São Paulo. La vieja sentía pena al verle:

—Pobrecito. Tienes que pasarte todo el invierno vestido con una camisa de algodón...

Le recomendaba prudencia, cuidado con la gripe, peligrosa en esta época. Pero Vitor no tenía siquiera el tiempo de cuidarse del frío, y se contentaba con refunfuñar contra aquella temperatura. Mariana, sin embargo, se inquietaba. Su instinto maternal hacía que se preocupara por la salud del camarada. Hablando con los arquitectos del taller de Marcos, les preguntó si alguno tenía ropa usada de lana para dársela a un amigo. Y consiguió, no sólo un traje, sino también una gabardina, aún en buen estado. Le llevó el paquete a Vitor y el dirigente, al descubrir aquellos tesoros, soltó una exclamación triunfal:

—¡Ahora sí que voy a reírme del frío! Pero luego reflexionó, volvió a empaquetar el traje:

—Con la gabardina me basta. Vamos a darle el traje a Ramiro. El portugués anda con unos pantalones tan remendados que parece un espantajo...

Mariana concluyó:

—Eso quiere decir que tengo que buscarte otro para ti. Voy a ver si me lo da el doctor Sabino, que es más o menos de tu estatura...

—Eso sería ideal... Y ahora, vamos a trabajar.

Olvidó las ropas, el frío, la fatiga. Se concentraba en su tarea. Había que construir un gran Partido con el proletariado de São Paulo, el centro industrial más importante del país, «un gran Partido de masas, un Partido de nuevo tipo», le explicaba a Mariana.

Manuela inició la temporada bailando *El Lago de los Cisnes*, de Tchaikowski. Por casualidad, el estreno tuvo lugar el mismo día de su segunda visita a Marcos, una semana después de su declaración de amor. Manuela había aparecido en el penitenciario cargada de paquetes. Se había gastado una buena parte de sus ahorros en pasteles, frutas y conservas:

—Para ti y para los otros —le dijo al arquitecto mostrándole el montón de paquetes que los guardias estaban llevando a la administración.

Había traído también un programa del espectáculo de la noche. No obstante, tuvo que dejarlo en la dirección de la cárcel para que la censura lo examinara antes de entregárselo al preso. Pero ella le contaba la distribución de los papeles, le hacía el retrato de cada bailarín, sus cualidades, sus defectos. Ofreció a la mujer del exoficial una entrada para el espectáculo. La semana anterior habían salido juntas de la cárcel y le había ayudado en sus compras. Le había dado también consejos sobre cómo trabajar para la libertad de Marcos. El arquitecto se sentía conmovido ante aquellos detalles, y ahora comprendía qué significaba para los presos el día de visita. Manuela suspiraba:

—¡Cómo me gustaría que pudieras estar hoy en el teatro! Creo que he hecho bastantes progresos, Marcos. Serge es un gran bailarín, he aprendido mucho con él.

Marcos suspiraba también. *El Lago de los Cisnes* era una de sus piezas preferidas ¡qué no daría él por asistir al estreno de Manuela...!

—No creo que pueda verte bailar esta temporada. Y luego te irás a los Estados Unidos...

—¿Que me iré? ¡Ni hablar de eso!

—¿Cómo que no? Eso no lo permito...

—¿Lo ves? Aún no estamos casados y ya quieres mandar en mí... —se reía Manuela. Eres un verdadero señor feudal...

Pero él no se reía:

—No puedo consentir que sacrifiques tu carrera por mi culpa. Si salgo antes de tu marcha, nos casaremos e irás. Yo te esperaré. No puedo ir contigo, lo tengo todo retrasado y además no creo que me den el visado. Si no salgo antes, con más razón aún... Lo que no acepto es que interrumpas tu carrera...

—¿Y quién te dice que para mi carrera hacer esa *tournee* sea lo mejor? Hay dos cosas, Marcos. Primero: que no me voy de aquí dejándote en la cárcel. No habrá fuerza humana que me obligue a hacer eso. Segundo: si nos casamos, quiero que me ayudes a realizar unos planes que tengo...

—¿Qué planes?

—Es una historia muy larga, no podemos discutirla en este pedacito de tiempo que nos dan... Lo dejamos para otra vez. Hoy tengo que contarte lo que estamos haciendo para arrancarte de aquí...

Le explicó los esfuerzos de los dos amigos de Marcos. Había muchas posibilidades de que no le incluyeran en el proceso. Manuela estaba esperanzada, uno de los arquitectos del taller estaba de nuevo en Río moviendo a gente importante. Ella ni podía imaginar que no estuviera en la calle antes de finalizar la temporada...

Aquella noche, al fin del primer acto, inundaron el escenario de flores. El público no se cansaba de aplaudirla. Fue llamada varias veces a saludar desde el escenario, y ella buscaba con los ojos a la mujer del exoficial, sentada en una de las primeras filas. Era como si bailara ante todo para ella y, por medio de ella, para los presos de la Casa de Corrección, para Marcos. Y, en verdad, jamás había bailado como aquella noche, cuando su corazón estaba pleno de amor, de alegría, de angustia, de miedo y de esperanza. Vivió a su heroína desde el primero hasta el último paso. El público estaba arrebatado de entusiasmo. El propio director de la compañía, el famoso bailarín europeo, vino a felicitarla.

También Lucas Puccini estaba presente. Había llegado aquella tarde de São Paulo, y con él se encontraban la comendadora da Torre y la sobrina. Ocupaban un palco, la vieja millonaria armada con unos prismáticos de madreperla. El poeta Shopel había aparecido también por el palco, y se sentó con ellos. Teorizaba sobre música y ballet, comentaba las últimas noticias de Paulo y de Rosinha, los acontecimientos más recientes. Hermes Resende se había ido a los Estados Unidos, pero en vez de ir directamente a Nueva York, había pasado por Buenos Aires. Desde allí cruzaría los Andes y cogería un barco en Valparaíso hacia San Francisco. Y añadía, como por casualidad, que había embarcado en el mismo barco que la «virtuosa» Henriqueta Alves Neto. La comendadora se echó a reír:

—Tienes una lengua de víbora... Deja en paz a esa pobre mujer. ¿No ves que está aprovechando desesperadamente sus últimos años? Pero, la verdad es que el Hermes ese tiene muy mal gusto. Podía haberse fijado en algo mejor...

—Hermes es un exquisito, un esteta, comendadora. Es una flor de civilización extraviada en este país bárbaro...

—¿Y qué tiene que ver eso con Henriqueta?

—Pues que le gustan las comidas *faisandées*...

Rió, él más que nadie, su propio chiste. La carcajada hacía que se le balancearan las grasas. La comendadora le daba golpecitos con el abanico: adoraba aquel tipo de conversaciones...

Pero se alzaba ya el telón para el segundo acto, y la comendadora se calzó los prismáticos.

Al finalizar el espectáculo fueron todos al camerino a felicitar a Manuela. Lucas, al llegar, había telefoneado a su hermana, anunciando su presencia en el teatro aquella noche e invitándole a cenar. Ella había aceptado, realmente quería hablar con él. Pero se sorprendió al verle aparecer arrastrando tras sí a la millonaria.

—Conoces a la comendadora da Torre, ¿no? —la presentó después de darle un beso en la mejilla.

—Bailó en mi casa por primera vez —recordó la vieja tendiéndole su mano repleta de anillos.

Lucas presentó a Alina:

—La señorita Alina da Torre, sobrina de la comendadora...

Shopel observaba la escena, divertido. Manuela saludó fríamente, se volvió hacia otros admiradores, se encontró ante los ciento veinte kilos de Shopel.

—Diosa de la danza, mágicos pies de hada, permite que el más humilde de tus vasallos te bese la mano.

Lucas avisaba:

—Voy a llevar a Alina y a la comendadora al coche. Volveré a buscarte.

Shopel se dobló en una reverencia ante la millonaria, se quedó en el corro que rodeaba a Manuela. La muchacha no le había tendido la mano, había respondido sólo con una inclinación de cabeza, pero él no se dio por enterado, y cuando ella, liberándose de los admiradores, se dirigía al camerino, volvió a la carga:

—¿Qué te he hecho yo, pobre poeta, para que me mires con tanto desprecio, para que me trates tan mal? ¿Has olvidado que fui tu amigo en las horas difíciles?

—¿Mi amigo? ¡Tiene gracia! —Le miró como midiéndole—. Dime una cosa, Shopel. Tú, que eres tan inteligente, ¿no te has dado cuenta de que todos vosotros estáis podridos?

—¿Vosotros? ¿A quién te refieres?

—A todos vosotros, a ti, a esa vieja comendadora, a su sobrina, a la gente toda de tu ambiente... Podridos... Sois unos sacos de pus...

—¿Podridos? ¿Sacos de pus? ¿Qué quieres decir?

—Eso mismo: tan podridos que apestáis... —Y le dejó allí plantado, con una cara tan de idiota, que algunos lechuguinos que se habían acercado a cortejar a las jóvenes bailarinas se echaron a reír.

—¿Te ha mandado a paseo, Shopel? —preguntó uno.

El poeta no respondió, abandonó el teatro refunfuñando: «La han convencido los comunistas... Esos miserables...». En la puerta se encontró con un crítico musical que comentaba entusiasmado el talento de Manuela. Shopel atajó:

—¿Gran bailarina? No exageres, hombre, no exageres, no seas patriotero. Es una aficionada, y jamás dejará de ser una aficionada...

El crítico se indignó, iba a replicar, pero Shopel bajaba ya las escaleras encendiendo un puro.

Lucas volvió a buscar a Manuela. Fueron a un restaurante de lujo. El industrial se sentía orgulloso de las miradas que se volvían al paso de su hermana, del movimiento de sillas y mesas provocado por su entrada. Una mesa, en el centro, le tentaba. Pero Manuela le arrastró hacia otra, en un rincón...

—Tengo que hablar contigo...

—No debes huir de tus admiradores...

Ella le observaba mientras manejaba la carta, eligiendo el vino más caro. Hacía

más de un año que no veía a su hermano. Nada en Lucas recordaba a aquel joven de cinco años atrás, al que una vez un transeúnte había llamado payaso, por su traje raído y los pantalones de perneras cortas. Manuela recordaba la escena: aquella noche, en el parque de atracciones había empezado todo. Para Lucas y para ella. Su hermano se había enriquecido, y era cada vez más rico. Estos días, en Río, ella había oído hablar de su suerte en los negocios, de su asociación con Costa Vale y la comendadora. No tardaría en ver realizados todos sus sueños: los bancos las grandes empresas, el poder. Sin embargo, Manuela recordaba con añoranza a aquel joven ambicioso de la casa húmeda del arrabal. Aquél le amaba, le parecía el mejor de los hermanos. Este de hoy, bien vestido, con las uñas cuidadas, con un anillo de brillantes en el dedo y un automóvil esperando a la puerta del restaurante, le daba cierta pena, sin que ella supiera exactamente por qué. Por él había hecho el mayor de los sacrificios y casi había llegado a odiarle luego. Durante un tiempo ni siquiera había querido verle. Hoy, cuando se siente feliz, vuelve a renacer en ella cierta ternura por el hermano. Le da pena el verle viniendo exclusivamente para su ambición, sacrificándolo todo al deseo de riqueza y de poder.

—Estás más viejo...

Lucas dio con el puño en la palma de la mano, con un gesto triunfal:

—Ahora, Manuela, yo voy hacia donde quiero. ¿Te acuerdas? Aún no hace mucho tiempo... Unos cuatro años, ¿no? Yo te decía que iba a ganar dinero, mucho dinero... Y lo estoy ganando, Manuela.

Y voy a ganar todavía mucho más. He de ganar más que nadie... Ahora ya no son negocios como los de antes, que eran más aventuras que negocios. Estoy ligado a los grandes capitales...

—Sí, ya lo sé...

—¿Te lo han contado? Pues, sí... ya ves... Y tal vez, ¿quién sabe? me ligue también con otros lazos...

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te ha parecido la sobrina de la comendadora? Es feíta, ¿no? Pero tampoco es horrorosa, ¿verdad? Con los millones que tiene, y los que va a heredar, la verdad es que todos la encuentran una belleza. Y hay algo que también hay que tener en cuenta: una educación primorosa. Toca muy bien el piano, y hasta pinta acuarelas...

—¿Y piensas casarte con ella?

—Aún no puedo decirte nada definitivo. Tengo la impresión de que me aprecia, y creo que la comendadora dará su visto bueno. Pero hay un montón de pretendientes, no puedes ni imaginarte. Peor que los buitres sobre la carroña. Son señoritos, hijos de papá, ya sabes, con tres o cuatro apellidos, no hijos de emigrantes como nosotros. Y hacen una guerra tremenda contra mí. La otra está casada con uno de éstos. Pero ¡vaya!, tú le conoces mejor que yo... Es Paulo...

—Y tú vas a ser su cuñado.

—Es posible. Espero contar con el apoyo de la comendadora cuando llegue la

hora H. Ella no vale más que nosotros, como familia quiero decir. Al contrario. Casó a la mayor con un lechuguino de éstos, y lo que necesita ahora es un tipo como yo, capaz de sustituirle al frente de sus negocios.

Y verás, Manuela, como le ponga la mano encima a la fortuna de la comendadora, me voy a convertir en poco tiempo en uno de los hombres más ricos de Brasil. Voy a pasarle la mano por la cara a Costa Vale. En poco tiempo... ¿Qué te parece?

—¿A mí? No me parece nada... son asuntos tuyos...

—Pero tú eres mi hermana. No voy a ir a explicárselo a tía Ernestina. ¿Qué te pareció Alina? ¿Es demasiado fea?

—No. Tan fea no es... —le miró. ¿Sabes lo que le dije a Shopel cuando te fuiste?

—No. ¿Qué le dijiste? Shopel te aprecia mucho.

—Le dije que él, la comendadora, la sobrina, toda esa gente, está podrida y apesta. Y tengo miedo de que esta podredumbre te alcance a ti también.

—¿Pero, por qué lo hiciste? ¿Qué te ha hecho Shopel? ¿Qué te han hecho Alina y la comendadora?

—Después de lo que pasó conmigo, Lucas, me da asco toda esa gente. Cuando pienso que estuve a punto de suicidarme por culpa de ellos (iba a decir «de ti», pero se contuvo para no herirle más), que si no hubiera encontrado otra gente estaría perdida...

Lucas aprovechó la llegada del camarero con los platos para ocultar su turbación. Empezaron a comer en silencio.

—Tienes tus razones —dijo él dejando el tenedor—. No lo niego. Pero generalizas. Echas la culpa, Manuela, a quien no tuvo ninguna. Y además, dramatizas una cosa que, en el fondo, no tiene la menor importancia...

—¿Sabes qué edad tendría mi hijo si hubiera nacido?

Él se calló otra vez. Fue Manuela quien habló de nuevo:

—De todos modos, si te casas, deseo que seas feliz. A pesar de que eso más parece un negocio que un casamiento.

—¡Hombre! No voy a decirte que sea un amor frenético, pero nos entendemos bien. Ella se encuentra cómoda en mi compañía, esos señoritingos le amedrentan un poco. El amor... ¿Pero existe el amor, Manuela? Tú parecías loca de amor, y sin embargo lo has olvidado.

—Estaba loca, es verdad. Pero aquello, Lucas, no era amor, era sólo locura. Hasta más tarde no aprendí qué es el amor. Y es incluso probable que el amor no exista en esos ambientes que frecuentas ahora... Pero, fuera de ellos, sí, existe, puedo asegurártelo. Y me das pena porque no lo conoces, y porque tal vez no logres sentirlo nunca...

Lucas quiso saber:

—¿Qué hay? Cuéntame...

—He venido precisamente para comer contigo y contarte. Pero resulta que me hablaste de tu próxima boda antes de que yo te hablara de la mía...

—¿Te vas a casar?

—Sí, voy a casarme. Y por amor, por verdadero amor...

—¿Con alguien de la compañía? ¿El director? ¿Y cuándo?

—No es nadie de la compañía. El director... Bueno, no le gustan las mujeres...

Me casaré cuando mi novio salga de la cárcel.

—¿Salga de la cárcel? —se sorprendió Lucas—. ¿Quién es?

—El arquitecto Marcos de Sousa. Está preso.

—Lo sé. Por comunista.

Su rostro se crispó. Dejó los cubiertos sobre el plato, Manuela volvió a comer.

—Esa boda no puede hacerse. No estoy de acuerdo.

Manuela alzó los ojos hacia su hermano:

—Yo no te he pedido tu opinión. Sólo te lo he contado, Lucas. Pero como tú escuchaste lo que yo pienso de tu caso, estoy dispuesta también a oír tu opinión. Dime: ¿Por qué no estás de acuerdo?

La calma de la muchacha le ponía furioso. Hacía ya tiempo que notaba que había perdido autoridad ante Manuela. Se arrepentía de la frase gritada en un primer impulso. No era así como podía convencerle. Contuvo su irritación:

—No me parece una buena boda para ti.

—¿Por qué?

—Tú eres una artista cuyo nombre empieza a ser conocido. Tienes una gran carrera por delante. También Marcos es muy conocido. Su nombre va a ahogar el tuyo.

—Busca una razón mejor. Ésa es demasiado absurda.

—Pero lo peor es el hecho de que sea comunista. Con este lío, se ha enterrado como arquitecto... Nadie le va a dar trabajo de ahora en adelante... Va a tener que vivir dando sablazos. Eso si el proceso no le entierra en la cárcel por un montón de años.

—Aunque perdiera toda la clientela, no me importaría. No me voy a casar con su clientela. Pero quiero decirte que no va a perder ningún cliente. Precisamente son sus clientes quienes están haciendo más fuerza para que le suelten. No es tan fácil liquidar a un gran arquitecto, y Marcos es un gran arquitecto. Y si tiene que pasar mucho tiempo en la cárcel, le esperaré. Ya te he dicho que estoy enamorada de él. Agradezco tu interés por mi futuro, pero no acepto tus consejos.

—Vamos a salir... —propuso él—. Hablaremos fuera con más calma...

—Déjame antes tomar el café.

Él esperó, impaciente. Entraron en el automóvil, un coche pequeño que él había adquirido para circular por la ciudad. Fueron hacia Copacabana. Iban en silencio. Manuela aspiraba la brisa marina, pensaba en Marcos. ¡Qué maravilloso habría sido todo si él hubiera podido ir al teatro...! Saldrían juntos, del brazo, irían a besarse en la balastrada de Flamengo, como lo habían visto hacer a aquella pareja de enamorados, en sus tiempos de mutua timidez. Al final de la Avenida Atlántica, cerca

del Fuerte de Sao João, Lucas paró el coche:

—Manuela, esta boda es absurda. ¿Por qué vas a liarte con los comunistas, a complicar tu vida?

—¿A liarme con los comunistas? ¿Es que no sabes que yo soy comunista?

—¿Tú? ¿Desde cuándo? ¿Has ingresado en el Partido?

—No, aún no me he inscrito. ¿Quién soy yo para poder entrar en el Partido? Lo que quiero decir es que pienso como ellos y que me siento solidaria con ellos. Estoy contra vosotros, Lucas.

—¿Desde cuándo piensas así? —preguntó Lucas, aliviado al saber que su hermana no tenía actividad de militante.

—Desde que vosotros me ibais matando moralmente y ellos me salvaron. Me dieron la mano, me levantaron de la ciénaga donde vosotros me habíais enterrado.

—¿Los comunistas? Quieres decir Marcos...

—No. Quiero decir los comunistas. Sólo más tarde conocí a Marcos.

—Cuéntame eso.

—No. No te lo cuento. ¿Para qué contártelo? Basta que sepas que estoy con ellos, que ellos no van a complicarme la vida. Al contrario, si hoy puedo bailar y soy aplaudida, a ellos se lo debo. No a ti, ni a tus amigos.

Se impuso otra vez el silencio. Lucas sentía cierta vergüenza de recurrir a argumentos idénticos a los que había usado un día en un cuarto del Hotel São Benito, en São Paulo. Pero no podía hacer otra cosa:

—Manuela...

—Dime...

La luna se reflejaba en las aguas del océano. Ella pensaba en Marcos. Era necesario sacarle de la cárcel cuanto antes, cada día sin él era un día perdido. Vendrían juntos a contemplar la luna.

—¿Sabes? Tengo mis negocios... Están bien encaminados, desde luego. Tu éxito me ayuda, es algo que hace olvidar el que no procedamos de una familia importante.

—Lucas, no vas a renegar de nuestros padres...

—No se trata de eso, Manuela. Compréndeme, por el amor de Dios... Ese maldito casamiento tuyo puede echar abajo todos mis planes. Ya te he dicho que hacen una guerra terrible contra mí, para impedir mi boda con Alina. Imagina si tú te casas con Marcos: es un argumento más que pueden utilizar contra mí y hacerme polvo. La comendadora no puede ver a Marcos ni en pintura desde la boda de Rosinha. ¿Sabes que se negó a encargarse de la decoración de la casa?...

—Para solidarizarse conmigo. Ya ves...

—Y Costa Vale tampoco le soporta; todos se pondrán contra mí...

—¿Por qué contra ti? Quien se va a casar soy yo, ¿no?

—No te hagas la tonta. Si te casas con Marcos, vas a arruinar mi vida.

—No lo creo —miró con sonrisa melancólica el rostro del hermano a la luz de la luna. Lucas estaba suplicante—. A pesar de todo, te quiero. Eres mi hermano,

crecimos juntos, hubo un tiempo en que lo eras todo para mí. Sin embargo, Lucas, he de decirte la verdad: incluso sabiendo que mi boda con Marcos perjudicaba tu casamiento, yo me casaría igualmente. Una vez te sacrifiqué mi hijo. Yo estaba loca. Aquello fue un crimen, Lucas, y lo pagué caro. Hoy ya no estoy dispuesta a sacrificarte nada.

—Pero Manuela, aplaza por lo menos esa locura hasta que yo me case. Así, al menos, tendrás tiempo para pensarlo...

—Pensé tanto en los últimos años... No, Lucas, voy a casarme en seguida. Aunque me tenga que casar con él preso. Pero no te preocupes, mi boda no va a perjudicar la tuya. No sólo sabes defenderte muy bien, sino que si la comendadora te ha escogido, no corres peligro. Tú crees que estás jugando con ella y es ella quien está jugando contigo.

Le cogió una mano, la apretó entre las suyas:

—Sé feliz, Lucas. Te lo deseo de todo corazón. Muy feliz...

—¿Es tu última palabra?

Movió la cabeza diciendo que sí.

—¡Cómo has cambiado, Manuela!

—Es verdad. He cambiado. Ahora, deséame también tú felicidad y llévame al hotel.

Puso el motor en marcha, con el rostro crispado. Arrancó el automóvil. Hicieron el camino en silencio. Manuela pensaba en Marcos. Si no le ponían pronto en libertad, se casaría con él aunque siguiera preso. Tenía ganas de gritar su nombre, de gritar su alegría sin límites. Había una sonrisa en sus labios, y Lucas se volvió para no verla.

En la puerta del hotel, Lucas le tendió la mano:

—Si algún día me necesitas...

La voz de Manuela era un suave murmullo:

—Gracias, Lucas. Tengo la seguridad de que voy a ser muy feliz.

Estaba prácticamente terminada la recuperación de los cuadros del Partido que habían escapado a la represión policíaca en São Paulo. Vitor se mostraba satisfecho: no eran muchos compañeros, en la capital y en el interior, pero era un punto de partida. Se estaba iniciando el reclutamiento de nuevos miembros. Vitor trabajaba especialmente en las grandes empresas, en los centros ferroviarios, en los barrios obreros. Se había admitido un secretariado provisional, a la espera de la oportunidad y de las posibilidades de establecer un plan de elección de los dirigentes definitivos de la regional. Mariana estaba poniendo en pie las finanzas. Ya funcionaban algunos círculos de amigos, y había conseguido de un grupo de simpatizantes el dinero necesario para la compra de una pequeña máquina impresora y unas cajas de tipos.

La cuestión de la imprenta preocupaba a Vitor. Era esencial para el desarrollo del trabajo, para la agitación de masas. Había pedido a los camaradas del Nordeste el envío de un impresor, y buscaba con Mariana una casa donde alojarle a él y a las máquinas. De Santos llegó el dinero para completar el taller: los estibadores, los ensacadores, los marineros de los barcos y de los remolcadores lo había recaudado en una colecta. Compraron una partida de papel y la escondieron mientras buscaban una casa. Mariana se encargaba de dar con ella.

Otra preocupación de Vitor era el trabajo en el campo: estaba enteramente abandonado. Lo que había existido antes, desapareció con la reacción. El antiguo responsable del trabajo con los campesinos había sido detenido en Campinas, y estaba procesado en Río. Vitor analizaba a los compañeros en actividad. Ninguno de ellos le parecía el hombre indicado para aquella tarea difícil y peligrosa. Necesitaba un camarada conocedor de la mentalidad de los campesinos, de los problemas de los aparceros, de los cultivadores, de los colonos. Alguien que supiera hablar con ellos, que pareciera uno de ellos, alguien capaz de ganarse su confianza y hacerse estimar. El trabajo en una fábrica o el de un barrio obrero era muy diferente. En el campo todo era distinto. Vitor pensaba que incluso la organización debía adaptarse a las condiciones existentes en las grandes haciendas y en las pequeñas plantaciones. Tenía varias ideas sobre el asunto. Ya había experimentado algunas con éxito en Bahía, en Sergipe, en Alagoas, pero en São Paulo le faltaba el hombre capaz de ponerlas en práctica. Vitor tenía esperanzas de encontrarle entre los compañeros del interior, en Sorocaba o en Campinas había algunos a quienes aún no conocía.

Fue por esta época cuando reintegraron al trabajo a un viejo militante, veterano del Partido, llamado Alfredo. Era mecánico y trabajaba en un pequeño taller de reparación de automóviles en un barrio proletario, la Freguesia do O, donde tenía también su casa. Hombre risueño y afable, muy estimado por todos, que había hecho mucho por la popularidad del Partido en el barrio, había logrado escapar de la represión, y pasó una temporada en el interior del país. El dueño del taller, antiguo chófer, le había prometido guardarle el puesto. La célula del barrio, de la que Alfredo

era secretario, había quedado desorganizada con su ausencia, pero no había sido afectada por las detenciones. Cayeron, ciertamente, algunos compañeros, pero eran todos militantes en las células de empresa, cosa que ocurría, por otra parte, con la mayoría de los militantes del barrio. La célula local se componía de trabajadores de pequeños talleres, de artesanos, de un maestro. Con la marcha de Alfredo y las detenciones en la regional, la célula había dejado de reunirse y el trabajo se había estancado.

Alfredo, al volver, trató de ponerse en contacto con Mariana. Pero le era difícil localizarle. Vitor protegía a los compañeros y a la organización aplicando métodos de trabajo adecuados a la situación de rigurosa ilegalidad, con una vigilancia constante. Él mismo usaba veinte nombres diferentes, y a medida que el organismo del Partido iba creciendo, las condiciones de seguridad eran mayores. Alfredo anduvo, pues, de un lado a otro en busca de Mariana, preocupado al no encontrarla. Pasaban cosas raras en la Freguesia do O, y tenía la impresión de que entre los compañeros y los simpatizantes se había infiltrado un hábil provocador.

Fue el maestro quien primero le habló de él y describió al individuo. Durante su ausencia había venido a vivir allí un tipo que supo ganarse en seguida las simpatías generales. Era un hombre enorme, gigantesco, comunicativo, que trabajaba en una cantera distante, en un trabajo duro. Pero, por las tardes, al volver del trabajo, en vez de irse a descansar, se entregaba a un trabajo de agitación entre los moradores del barrio. En opinión del maestro, aquel hombrón, llamado Fernandes, había hecho más por la causa revolucionaria en aquel corto tiempo, que ellos en todos los años anteriores. El propio maestro estaba en relación con él, intentando agrupar a la gente, y ya no para una pequeña célula como antes, sino para una gran célula, ampliada con varios elementos nuevos captados por Fernandes. Alfredo se rascó la cabeza cuando el maestro le contó aquella historia. Luego oyó a otros más, todos deshaciéndose en elogios hacia aquel gigante. Alfredo empezó a desconfiar y no quiso relacionarse con él. En su opinión se trataba de un provocador enviado por la policía.

Y le pareció más urgente que nunca ponerse en contacto con Mariana, vincularse de nuevo al Partido. No obstante, no podía permanecer inactivo mientras esperaba, permitiendo que actuara un provocador en el barrio. Discutió con el maestro y le expuso sus razones:

—¿De dónde ha salido ese tipo? ¿Quién te asegura que trabaja realmente en una cantera? Eso puede ser un truco para que nos descuidemos. Lo que es realmente ese tipo, lo sé yo muy bien: un provocador. Acabará entregándonos a todos a la policía.

El maestro dudaba. Si era un provocador, el tal Fernandes resultaba un actor único. Nada en él indicaba ser espía de la policía. ¿Por qué Alfredo no hablaba con él antes de formar una opinión definitiva?

—No voy a ser tan ingenuo que me meta en la boca del lobo.

Y, junto con otros camaradas, tomó sus precauciones. Con el deseo de despistar al tal Fernandes, aplazó la constitución de la célula, y luego fue de compañero en

compañero para ver qué podía sacar en claro sobre aquel tipo. Algunos ya se habían integrado en la célula del gigante, pero, ante la firme oposición de Alfredo, se apartaron de él. Hasta el maestro empezó a tener sus dudas y dejó de ver a Fernandes. Éste no pareció impresionado ante aquella súbita hostilidad y continuaba buscándoles, haciéndose amigo de todos los obreros. Alfredo repetía a unos y otros: «Es un provocador». Iba pasando el tiempo y Alfredo estaba cada vez más inquieto.

Por fin, un día le vino a ver Mariana. Hasta entonces ella no se había enterado de su vuelta. Concretaron una cita. Alfredo quiso exponerle un informe sobre la situación en el barrio, pero ella no lo consintió:

—Informarás al camarada responsable de la regional. Te pondré en contacto con él. Se llama Joaquim.

Vitor, antes de tomar contacto con un compañero, preguntaba sobre él todo lo que podía, y al verle ya conocía toda su biografía. De Alfredo todos le hablaron diciendo que era un camarada honesto, abnegado, fiel al Partido. Oyéndole hablar, se reafirmaba su opinión: un buen cuadro para el Partido, modesto, activo, vigilante. El secretario de la célula de la Freguesia do O, exponía la situación. Ni siquiera podían ponerse en movimiento contra el provocador, empeñado en localizar al Partido. Lo que, en opinión de Alfredo, andaba buscando el hombre con todas aquellas conversaciones, aquellos contactos, con la tentativa de articular una célula, era introducirse en la organización, en los grupos de militantes. Algunos se habían dejado engañar, pero afortunadamente no habían contado nada. El provocador había aparecido cuando la célula dejó de funcionar. Era un peligro aquel Fernandes, principalmente porque no había en su apariencia nada de policía y daba la impresión de ser un tipo honesto, un revolucionario sincero.

Vitor pidió detalles sobre la actividad de Fernandes. Alfredo le comunicó lo que había oído al maestro y a los demás camaradas. El hombre había incluso recogido dinero para ayudar a las familias de los presos, y él mismo había dado una cantidad relativamente alta. ¿De dónde iba a sacar aquel dinero, a no ser de la policía? Para dar aquella cantidad tendría que haberse apretado el cinturón limitándose a una comida diaria. El salario de un trabajador no da para tanta generosidad. Sin duda intentaba ganarse así la confianza de los compañeros y penetrar en el Partido. Vitor oía interesado. Aquella historia le parecía extraña. Alfredo hacía bien sin duda en mantenerse en actitud vigilante, en proteger la libertad de los camaradas. Pero, por otro lado, no convenía paralizar toda la actividad del Partido, suspender las reuniones de la célula. Además, había algo en la manera de actuar de aquel Fernandes que no encajaba en la figura de un provocador. Cuando Alfredo terminó, Vitor le hizo una pregunta:

—¿Has visto al hombre ese?

—Muchas veces, camarada Joaquim. Intentó también hablar conmigo. Tal vez se haya enterado de algo sobre mí. Pero no acepté la charla...

—¿Cómo es?

—Ya dije: Un tipo disfrazado de comunista...

—No es eso. Quería decir físicamente, ¿cómo es?

—¡Ah! Un tipo enorme. Un gigante. Muy tostado por el sol. La cara alargada. Un tipo así, de media edad. Y simpático. Capaz de meterse en el bolsillo a cualquiera...

Aquella descripción súbitamente le recordó a Vitor a alguien. Pero era imposible. Los muertos no resucitan. Lo más probable es que Alfredo tuviera realmente razón, que se tratara de un provocador. En todo caso, le haría algunas preguntas sobre los detalles físicos de aquel hombre. Y lo curioso era que las respuestas se ajustaban perfectamente a la idea repentina que se le había ocurrido de manera tan absurda. Coincidían de tal modo, que Vitor decidió poner la cosa en claro:

—Mira, compañero, por ahora no hagas nada. Voy a pensar sobre el asunto. Nos encontraremos... espera: mañana no puede ser, pasado mañana... Bien, el viernes. Nos encontraremos el viernes —y fijó el punto de encuentro.

Alfredo se marchó.

El viernes, Vitor esperaba impaciente. Alfredo se había retrasado algunos minutos. Fueron andando por la calle tranquila. Vitor sacó de una cartera un retrato y se lo mostró a Alfredo:

—¿Se parece por casualidad a éste?

Alfredo examinó aquella fotografía de aficionado.

—Es él. Juraría que es el mismo.

Vitor sonrió. Hacía días que vivía entre la esperanza y el temor de haberse engañado, repitiéndose a sí mismo: «Es absurdo. Está muerto».

Alfredo se dio cuenta del cambio en el rostro del dirigente, y preguntó:

—¿Lo conoces? ¿Es o no es un provocador?

Vitor movió la cabeza, negativamente:

—No. Es un camarada. Pero perdió el contacto con el Partido. Oye, Alfredo: vas a verle. Para comprobar si es verdaderamente el que yo creo, empieza diciendo que le traes recuerdos del padre Antonio. Si responde «la tía está bien», entonces es él mismo. No creo que haya olvidado la vieja contraseña. Si no es él, échate atrás, inventas una historia cualquiera. Si lo es, tráelo aquí, que quiero hablar con él.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo. Mañana es sábado. Ven a las cuatro de la tarde.

—¿Aquí mismo?

—Bueno, no. Es mejor en una casa —le dio la dirección—. Apréndete la dirección de memoria, y luego me traes a ese hombre. Después trata de olvidar la dirección y todo lo que se refiere a Fernandes.

—Cuenta con ello.

—Y ahora, vamos a hablar de tu trabajo...

Alfredo, al salir del taller, por la tarde, se dirigió a la parada de autobús en la que Fernandes bajaba todos los días, de vuelta del trabajo. El hombre había alquilado un cuarto en casa de una familia pobre, en aquella misma calle. No tuvo que esperar

mucho. Hacia las siete le vio saltar del autobús. Le acompañó un poco, a distancia, y cuando le vio solo, se acercó.

—Te traigo recuerdos del padre Antonio —murmuró detrás de Fernandes.

El gigante se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Pero no respondió nada; se limitó a detenerse. Alfredo siguió su camino, como si no fuera a Fernandes a quien hubiera dirigido aquella extraña frase. Pero el gigante le alcanzó en dos zancadas y le cogió del brazo:

—Espera. Deja que me acuerde... Hace tanto tiempo ya, que lo he olvidado. Por lo que más quieras, no te vayas... Espera. ¿Qué es lo que va bien? Un pariente... Espera, ya sé... «La tía está bien» —y suspiró aliviado.

—Me vas a partir el brazo, hombre. Mira, esta noche tengo que hacer horas extras en el taller. Vete por allí a eso de las nueve. Hablaremos.

A las nueve apareció el hombre. Alfredo, solo, estaba tratando de arreglar un automóvil, pagando así al propietario del taller las horas que había estado ausente aquella mañana. Sonrió amistosamente a Fernandes. Se sentía un poco culpable de sus sospechas. Sin embargo, no hablaron del asunto. Alfredo se limitó a señalar la cita para el día siguiente:

—Un camarada responsable quiere verte.

El gigante no hizo preguntas, pese a que le dominaba la curiosidad. Se ofreció para ayudar a Alfredo:

—Entiendo un poco de eso...

—No es necesario. Es mejor que te largues. No sea que aparezca alguien...

En la calle, el gigante iba pensando: ¿Cómo le había localizado el Partido? Al venir a São Paulo traía una dirección del camarada João, pero llegó tarde, cuando ya se había efectuado la redada. Quizá Doroteu había vuelto del valle y andaba por São Paulo. Le habría visto por allí, casualmente, y habiéndole reconocido le citaba para el día siguiente. Sí, debía de ser Doroteu. Fuera de él sólo conocía a dos camaradas de São Paulo, y ambos estaban presos: Carlos y João. De todos modos, y fuera quien fuera, aquello significaba el fin de sus padecimientos. Cuando se vio en São Paulo, sin posibilidad de enlace con el Partido, tras la caída de la regional y de la nacional en Río, por primera vez en su vida se había sentido casi desesperado. ¿Cómo era posible vivir sin estar vinculado al Partido, sin trabajo político? Había hecho un largo viaje para llegar. Por el camino había conseguido documentación: ahora se llamaba Miguel Fernandes.

En São Paulo le creían muerto, la policía no le buscaba. ¿Pero de qué le servía eso, si nada más llegar leía las noticias de las detenciones y las declaraciones del jefe de policía sobre la liquidación del Partido? No es que creyera aquellas afirmaciones, pues el Partido había pasado ya por momentos tan duros como aquél, ¿pero cómo iba a hacer para encontrarles, para vincularse de nuevo al trabajo? Debía de haber una

escasez casi absoluta de cuadros, necesitaban a todos los militantes en libertad, como él. Pensó que lo mejor sería ir a Bahía, donde el contacto sería más fácil. Pero Doroteu, en nombre de la dirección, le había enviado a São Paulo: allí estaba su nuevo puesto. Tenía que buscar al Partido hasta encontrarlo.

Eligió como residencia un barrio obrero: si sabía buscar, allí encontraría al Partido un día u otro. Entre tantos trabajadores, el Partido tenía que estar presente. Empezó a buscarlo activamente, tan activamente que despertó las sospechas de Alfredo. Al principio creyó que el Partido había sido liquidado de raíz en la Freguesia do O, pero a medida que iba conociendo a sus vecinos, poniéndose al par de aquella gente, se fue enterando de las detenciones efectuadas en las calles próximas. Pensó entonces en levantar allí al Partido. Por cuenta propia, ya que no conseguía ponerse en contacto con algún camarada responsable. Se hizo amigo del maestro, se aproximó a los otros (dio casi todo su salario de una quincena), la cosa marchaba. Pero un día empezaron unos cuantos a apartarse de él, e imaginó lo que ocurría: desconfiaban. Eso quería decir que el Partido estaba presente, vigilante, que estaba allí. Tenía deseos de confiarse a alguien, al maestro tal vez, pero no estaba seguro de que fuera oportuno. Continuó su trabajo de agitación entre los obreros. De todas formas, estaba trabajando para el Partido. ¿Pero, cuándo lo encontraría al fin? ¿Cuándo volvería a militar en una célula, a tener una tarea trazada y definida?

Ahora salía de su cita con Alfredo totalmente aliviado. Fuera quien fuera, le habían descubierto. Era el fin de aquella amargura de meses. Debía de ser el negro Doroteu, quizá porque su estancia en el valle se había hecho totalmente imposible. Y José Gonçalo sonríe, pensando en el negro: nadie tocaba la armónica como él, un negro bueno y melancólico. Un camarada valeroso y capaz, cómo iba a abrazarle si le encontrara...

Pero fue a Vitor a quien encontró al día siguiente. Al entrar en la habitación donde el dirigente le esperaba, José Gonçalo no pudo contener el grito:

—¡Vitor!

Se abrazaron tres o cuatro veces. Alfredo notó, con cierta sorpresa, una lágrima en los ojos del gigante. Vitor, emocionado también, palmeaba las espaldas de Gonçalo:

—Conque vivo, ¿eh? ¡Parece imposible!

—El que murió fue otro, a quien tomaron por mí. Valía más que yo. ¡Qué gran camarada! Un hombre de verdad...

Alfredo les dejó solos. Vitor le recomendó que no hablara con nadie de aquel Fernandes. Había que seguir adelante con el trabajo en el barrio, aprovechando incluso los contactos establecidos por el gigante.

—Hay gente muy buena. Sólo hay que seguir reclutando... explicaba Gonçalo. Luego le dijo a Vitor:

—Había decidido lanzarme, hacer cualquier cosa, ya que no conseguía contactar con el Partido. Pero me iban aislando...

—Creían que eras un provocador.

—Eso pensé. Y hasta me alegré de que lo creyeran. Era señal de que el Partido no estaba muerto allí, como yo había creído. El caso era dar con la manera de encontrar el contacto. Con todas esas detenciones, creí que jamás iba a encontrar a la familia...

Decía «familia» y lo sentía así al hablar del Partido.

—Yo que te creía muerto... Hasta hice tu elogio fúnebre en una reunión...

—¿Y tú? ¿Cómo has venido a parar aquí?

—Me mandaron para poner de nuevo en marcha esto. Con el golpe de la policía estaba casi todo parado. Fue muy serio, viejo. Muy serio. Pero poco a poco vamos poniendo las cosas en marcha. Y has llegado en el momento exacto, me vas como anillo al dedo. Tengo una tarea para ti.

—¿Qué es?

—Ya hablaremos de eso. Cuéntame antes la historia del valle. Sólo la sé a trozos. Y dentro de poco, cuando por aquí estén las cosas más claras, tengo que ocuparme del valle y de Mato Grosso.

Gonçalo habló de la lucha, de Nhó Vicente, de Claudionor, de Emilio. Los tres habían muerto para implantar el Partido en aquellas tierras. Habló de Nestor:

—Un tipo formidable. Un caboclo que, si le ayudamos, se convertirá en un gran dirigente campesino. Te recomiendo a ese chaval. Es oro puro.

Habló del negro Doroteu, de la huelga de los obreros de la empresa:

—Yo iba a hacer una estupidez, y el negro lo impidió. Tiene de bueno todo lo que tiene de feo. Les va a dar trabajo a los yanquis. En manos de Doroteu, el Partido sólo puede ir hacia adelante...

—No les va a dar trabajo, se lo está dando ya. ¿No sabes lo que ocurrió en las fiestas de la inauguración? El Partido publicó una hoja contándolo...

—Tú hablas como si yo anduviera en medio del Partido. Desde que salí del Valle hasta hoy...

—Es verdad, voy a contarte...

Gonçalo escuchaba con la sonrisa en los labios y el corazón en fiesta.

—¡Ah, Vitor, ese valle...! Un día quiero volver allá, quiero estar presente cuando llegue la hora de echar de allí a los gringos. Para vengar a Nhó Vicente, a Claudionor, a Emilio. Para acabar lo que empezamos...

—¿Por qué no? Un día quizá... Pero ahora te vas a quedar en São Paulo. ¿Sabes qué tarea te reservo?

—A ver, dime...

—La responsabilidad del trabajo en el campo. Está todo por hacer, lo poco que había se ha hundido con la represión... Te voy a dar unos contactos...

—¿No sería posible mandar buscar a Nestor?

—No es mala idea. Tengo que discutirlo con los camaradas del secretariado. También tengo que hablarles de ti. Pero creo que estarán de acuerdo. Andábamos buscando a alguien para esa tarea. Y cuando mandemos gente al valle, llamaremos a

Nestor si la regional de allí está de acuerdo.

Había caído la noche. Se habían encendido los faroles de las calles cuando acabaron de hablar. Antes de abrazarse una vez más, Vitor dijo:

—Cuando corrió la noticia de tu muerte, el negro Balduino hizo un romance que hoy canta todo el mundo en los muelles de Bahia. A ver si me acuerdo... Mira, escucha:

*Los gringos americanos
que son los dueños aquí
explotando al brasileño
robando nuestro dinero
llevándolo al extranjero
esos gringos desgraciados
con los polis conchabados
mataron a Zé Gonçalo.*

—Bueno, pues no podré ir más por Bahia...

—Espera, que aún sigue:

*Tuvieron que armar mil hombres
para acabar con Gonçalo.
Les vio llegar sonriente
aunque iban a matarle.
Y cuando les tuvo cerca
escupió y gritó bien alto:
«¡Viva el pueblo brasileño
libre del yugo extranjero!».
Y sonriendo le mataron.*

Gonçalo tenía los ojos húmedos. Vitor le abrazó:

—¿Ves? Es mucha la responsabilidad que tienes ahora, amigo. Cuando uno se ha convertido en personaje de romance, cuando anda en los cantares salidos del pueblo, sólo se lo puede pagar trabajando por ellos. Para expulsar a los gringos...

Le pusieron en libertad a primeros de septiembre, y Marcos se casó apenas quince días después. Aún pudo asistir a una representación de ballet; aquella noche, Manuela superó todas sus actuaciones anteriores: saltaba de alegría en su danza, en el teatro parecía desarrollarse una fiesta.

Pese a los esfuerzos de la policía, Marcos no fue incluido en el proceso. Sus amigos consiguieron impedirlo, y acabaron por liberarle. Le soltaron de madrugada, bajo una lluvia torrencial. Fue llevado de la cárcel a la jefatura de policía, donde uno de los jefes de la brigada le comunicó que quedaba en libertad. Le advirtió, no obstante, que volvería a la cárcel tan pronto intentara cualquier labor dirigida a «reorganizar el extinguido Partido Comunista o cualquier grupo de índole subversiva». El arquitecto cogió un taxi y se dirigió al hotel donde habitualmente se hospedaba. Desde su cuarto llamó a Manuela.

Media hora después paseaba con ella, bajo la lluvia persistente, tratando de los detalles de la boda. Manuela deseaba que Mariana fuera testigo:

—¿Será posible, Marcos?

—Veremos qué dicen en São Paulo. Saldré mañana para allí. En el primer avión. Volveré dentro de dos o tres días.

—Bailo el domingo. ¿Estarás de vuelta?

Se quedaron charlando hasta la madrugada. Marcos quería convencerla para que renovara el contrato y acompañara a la compañía a los Estados Unidos. Pero Manuela tenía sus planes:

—Escucha, Marcos: en Brasil no tenemos ballet, pese a la riqueza de nuestra danza popular, a la vocación de nuestro pueblo. Sé por propia experiencia las dificultades que encuentra cualquiera que sienta la vocación de la danza. Termina en un casino o en una compañía de revista bailando tangos... Yo puedo hacer dos cosas: seguir con la compañía y volver a Brasil, de paso, cuando haya temporada de ballet. Otra posibilidad, que es la que quiero realizar, es quedarme aquí, abrir una escuela y formar luego una compañía. Y buscar compositores, ver si les convengo para crear un ballet brasileño aprovechando nuestras danzas populares. ¿Te das cuenta de qué gran ballet puede salir del ritual de la *macumba*? Eso es lo que quiero hacer, y cuento contigo para que me ayudes. ¿Sabes qué fue lo que me dio esa idea? No puedes ni imaginártelo... En México asistí a la proyección de unos documentales sobre las compañías de ballet popular de Rusia. ¡Qué maravilla, Marcos! ¡Qué cosa más hermosa!

—No quiero que interrumpas tu carrera por mí...

—Pero ¿llamas a esto interrumpir mi carrera? ¿No te parece que tengo razón, que esto es lo mejor que podría hacer? ¡Tengo tantos proyectos, Marcos...! Voy a utilizarte mucho, ya verás... —le dijo mientras le besaba.

En São Paulo, Marcos se encontró con Vitor. Su primera impresión del nuevo

secretario de la regional no fue buena. Estaba acostumbrado al Rubio y a João, y las bruscas maneras de Vitor le sorprendieron. Los primeros diez minutos de conversación fueron difíciles. Vitor le dijo de entrada:

—Ahora, camarada, eres miembro del Partido, y hay que afrontar las cosas con seriedad. Por lo que sé, tu falta de preparación ideológica es grande. Incluso se podía notar en lo que escribías en la revista. Hay que estudiar, camarada, estudiar mucho. Eso es lo que tienes que hacer.

—Hombre... Al fin y al cabo, no soy un analfabeto... —respondió Marcos, molesto con las maneras del otro.

—Sé que eres un gran arquitecto... —siguió Vitor. El mayor arquitecto de Brasil, ¿no? Pero, amigo mío, esa cultura vuestra no vale nada si no pasa por la criba del marxismo. Tú puedes ser todo lo gran arquitecto que quieras, pero para mí, lo serás sólo el día en que seas un marxista. Sólo entonces darás todo lo que puedes dar de ti.

Pero, a medida que la conversación se prolongaba, fue desapareciendo la irritación de Marcos. También la aspereza de Vitor. Su manera de hablar, como si estuviera enfadado, se fue suavizando. Marcos le habló de la cárcel, de los camaradas, del estado de ánimo de cada uno. Vitor hacía breves comentarios sobre sus conocidos, quería saber cómo habían ido las conferencias, quién las daba y quién dirigía los cursillos. Así volvieron al problema de la cultura, y de repente Marcos se vio empeñado en una discusión. Lo que primero le ganó fue la cultura del dirigente. Parecía informado de todo, como si hubiera leído todos los libros. Hasta de arquitectura hablaron, y Vitor criticó a Le Corbusier. «¿Pero dónde habrá aprendido todo eso?», se preguntaba Marcos. El dirigente sonreía, le puso la mano en el hombro:

—Vamos a ser amigos. Yo tengo mi carácter, ya sabes, un poco brusco. Hay quien dice que soy un maleducado. ¡Qué le vamos a hacer! Uno es del «sertón», medio bruto. La gente se asusta a veces cuando le hablo...

Marcos sonreía también, como asintiendo.

—Es verdad ¿no? Puedes decirlo, y debes decírmelo, pues tengo que corregirme. Es un defecto. Y grave. Estoy lleno de aristas, y a veces hiero a la gente. En un dirigente comunista es una falta grave que dificulta el trabajo. Intento cambiar, y he mejorado un poco, pero esto es algo de carácter. Nací junto al desierto, en la catinga, y tengo espinas, como un cactus. Haré un esfuerzo serio para corregirme, y cuento contigo para que me ayudes.

Fue esa autocrítica de Vitor lo que impulsó a Marcos a hablar de su problema personal:

—Me voy a casar dentro de unos días, y quería hablarte de algo que tiene relación con eso...

—¿Casarte? Me habían dicho que eras un solterón empedernido. Para Mariana éste era tu único defecto...

—Precisamente es de Mariana de quien quiero hablarte, la chica con quien voy a

casarme conoce a Mariana, incluso son amigas.

—¿Es la bailarina? Mi enhorabuena... Dicen que tiene mucho talento. Por lo que me contó Mariana es una mujer que vale la pena. Sé lo del dinero que nos mandó.

—Ya que sabes quién es, te voy a plantear otro asunto antes de pasar a lo de Mariana...

Y le habló de los proyectos de Manuela, de su deseo de dejar la compañía, de fundar una escuela de ballet e intentar crear un ballet nacional.

—Me parece muy bien. Tiene mucha razón —exclamó Vitor cuando Marcos terminó—. Realmente, es una necesidad. Lo que hay que hacer es orientarla para que no caiga en un pintoresquismo sin contenido, en una trivialización del folklore. ¿Sabes lo que debes hacer? Enviarle a Bahia, para que vea y sienta allí los ritmos populares, para que vea las danzas de los negros y asista a los juegos de capoeira. La capoeira, más que lucha, es un ballet, amigo... ¿Por qué no vais a pasar la luna de miel a Bahia?

—No puedo ir de momento. Tengo todos mis asuntos retrasados. En diciembre, tal vez...

—Pues hazlo en cuanto puedas. La idea de la chica me parece estupenda...

—Y, sobre Mariana...

—A ver, ¿de qué se trata?

—Queríamos que fuera testigo de nuestra boda. ¿Crees que puede ir al juzgado y firmar con su nombre sin peligro?

—¿Por qué no? ¿Quieres casarte aquí?

—Sí. Aquí están mis amigos, los abuelos de Manuela, su tía. Iré a Río. Tengo una obra importante allí. Ya hablé de eso con los camaradas, antes de venir.

—¿Cuánto tiempo estarás en Río?

—Seis meses; quizá más. Pero vendré a São Paulo los fines de semana. Al menos, tres veces al mes.

—Bueno, en este caso también yo quiero decirte algo de Mariana. Vais a montar casa, ¿no?

—¿En Río? Pienso alquilar un apartamento esta misma semana.

—¿No podría pasar Mariana una temporada con vosotros? Está fatigada. La gripe no la deja, y ya lleva tiempo así. Está muy delgada. Las cosas aquí van yendo mejor, y pensábamos darle una temporada de descanso. Además, le gustaría ver a João antes de que salga para Fernando de Noronha. Ya hemos hablado de esto en el secretariado y andábamos buscando la manera de arreglarlo. Si pudierais tenerla con vosotros un mes o dos...

—Claro que sí. Y para Manuela será una alegría. Irá también el niño, ¿no?

—Desde luego.

—De acuerdo. Me caso este mismo mes. A partir de primeros de octubre Mariana tiene casa en Río.

—La primera vez que vaya por allá, iré a verte. Discutiremos de arquitectura y

hablaré de ballet con la chica. Pero métete esto en la cabeza: si no te lees de cabo a rabo a Lenin y a Stalin, no vas a poder ayudar a tu mujer... Cuando vuelvas por acá te daré un programa de estudios, ¿conforme?

La boda se realizó con la mayor sencillez. Manuela llegó de Río la víspera y se quedó en la casa de los abuelos. Tía Ernestina le miraba con desconfianza y se pasaba el día murmurando oraciones por los rincones de la casa. Al día siguiente, a la una, fueron al juzgado. Asistieron a la boda algunos colegas de Marcos, el Dr. Sabino, la familia de Manuela, una docena de personas como máximo. Mariana llegó con Marcos, estrenando vestido y con una boina azul. Manuela se acercó a darle un beso y la encontró desmejorada, con señales de fatiga. La ceremonia fue rápida, a pesar de que el juez se empeñó en echar un pequeño discurso hablando de la fama de los cónyuges. A la salida, Manuela le recordó a Mariana:

—Te esperamos la semana que viene con el niño.

Fueron directamente del juzgado al aeropuerto. Cuando salían en el automóvil, apareció Lucas, disculpándose por el retraso:

—Estuve comiendo en casa de Costa Vale. No pude salir antes —traía un anillo de brillantes para Manuela.

—Sabes qué vamos a hacer con él, ¿no?

—¿Para el Partido?

—Para nuestro Partido. ¿Puedo decir «nuestro», verdad? Es el tuyo, el de Mariana...

Marcos le tomó en sus brazos, el coche se detenía en un cruce. Algunos transeúntes alargaban el cuello para verles besándose.

A mediados de octubre, el Tribunal de Seguridad Nacional empezó el examen de los diversos procesos contra los comunistas detenidos meses antes. Algunos miembros de la dirección regional del Partido fueron condenados a más de cincuenta años de cárcel cada uno, en penas acumuladas. En una tentativa de desprestigiar al Partido ante el pueblo, les acusaban de delitos comunes: asesinatos, atentados, pillaje, todo lo que se les pasaba por la imaginación a los delegados y fiscales. Los periódicos publicaban amplios reportajes en los que Prestes era presentado como el supremo responsable de todas aquellas atrocidades inventadas.

En general los juicios se realizaban sin la presencia de los acusados. «Presos de transporte peligroso», notificaba la policía. No se admitía al público en la sala y se conocían las condenas por las noticias publicadas en las primeras páginas de los periódicos. Mientras tanto, se desarrollaba una intensa campaña de prensa y radio: ataques brutales a Prestes, presentado como un monstruo; elogios a la acción enérgica y eficaz de la policía, que «había arrancado del suelo de la Patria la hierba dañina del comunismo», como escribió el poeta Shopel en un artículo. El juicio de Prestes, según los periódicos, iba a cerrar con llave de oro la victoriosa campaña de liquidación de la influencia de las organizaciones comunistas en el país.

Mariana, huésped de Marcos y Manuela en Río, iba todos los miércoles a la cárcel, a visitar a João, y llevaba al hijo con ella. El niño corría alegre por el locutorio, y a la vuelta Mariana traía noticias de los presos. El Rubio había mejorado. Cuando le trasladaron a Río, su estado de debilidad era extremo, hasta el punto de que habían temido por su vida. Ahora empezaba a manifestar una ligera mejoría. Olga le acompañaba en Río, le llevaba medicinas e inyecciones, andaba a vueltas con los abogados intentando obtener que, tras el juicio, cumpliera la pena en un hospital penitenciario en vez de ir a Fernando de Noronha. Marcos recogía dinero entre los simpatizantes, en los medios intelectuales, para contribuir a la defensa de los presos.

El proceso de los acusados de São Paulo se realizó antes de la fecha indicada. El último miércoles, el abogado de João, un muchacho lleno de entusiasmo, les dijo que sería a finales de noviembre: el tribunal estaba muy ocupado preparando el nuevo proceso de Prestes.

Fueron, pues, una sorpresa los titulares en negrilla en las primeras páginas de los periódicos. Mariana se dejó caer sobre el diván, con el diario en la mano. Normalmente saltaba de la cama temprano, antes que el matrimonio, y preparaba el desayuno del niño, leía los periódicos y se quedaba esperando a Marcos y Manuela para desayunar juntos.

Allí estaba: «Aguinaldo Penha, ocho años de prisión». Era la pena más dura, aunque Oswaldo tenía que cumplir en total trece años, siete por la condena actual y seis por una anterior, del proceso por la huelga de Santos. Sobre Pequeno habían recaído también siete años; para el Rubio, cinco: su abogado se había basado en el

hecho de que estaba enfermo y de que había pasado en un sanatorio cierto tiempo, de modo que no podía recaer sobre él responsabilidad alguna por los hechos acaecidos durante aquel tiempo. El juez (el único magistrado que había aceptado formar parte de aquel tribunal de excepción, compuesto por gente ajena a la justicia) se había echado a reír:

—Ése no tiene siquiera seis meses de vida. Con él se puede ser magnánimo...

Las demás condenas variaban entre seis meses y seis años. Nadie fue absuelto. El mismo Cícero d'Almeida fue condenado a diez meses, a pesar de que su hermano contrató para defenderle a dos conocidos abogados y a que movió Roma con Santiago intentando lograr la absolución. Cícero se encontraba en Montevideo. Había escapado a tiempo. En Uruguay y en Argentina participaba en la campaña de solidaridad con Prestes y con los demás presos políticos brasileños.

Cuando Marcos apareció en la sala, silbando una samba de moda, vio a Mariana inclinada sobre el periódico, con los ojos absortos. El niño jugaba con un oso, regalo de Manuela. Mariana ni siquiera respondió a los «buenos días». El arquitecto se acercó a ella:

—¿Algo nuevo, Mariana? Sólo entonces ella le vio:

—Ocho años para João.

—¿Qué?

Le tendió el periódico, se levantó, fue hacia el mirador del apartamento, en el piso doce de un rascacielos, cara al mar. Aquel mar que João atravesaría en la bodega infecta de un barco, rumbo a la isla de Fernando de Noronha. Durante años y años no se verían, raras serían las noticias, raros eran los barcos que atracaban en la isla, un punto perdido entre Brasil y África, solitario en medio del océano. Mariana se sentía de repente vacía, como si le hubieran arrancado el corazón.

Marcos surgió a su lado; silenciosamente, le tomó la mano entre las suyas:

—Valor, Mariana. Nuestra lucha es así...

Ella no respondió. Sus ojos estaban clavados en el mar. Muy lejos quedaba la isla de Fernando de Noronha, desierta y árida. Eran pocos los que volvían. Arrancó los ojos de aquella visión, se volvió hacia Marcos:

—Lo sé. Pero no lo esperaba hoy, así de repente. No es que sea una sorpresa. Nunca creí que fueran a absolverle. En la última visita me dijo que creía que le iban a poner de seis a diez años. Y acertó: fueron ocho. Pero la noticia cayó sobre mí, así de mañana, apenas abrí el periódico. El abogado creía que sería el mes que viene, hacia finales. Quedé como aturdida...

—Esos criminales... —dijo Marcos—. Un día las pagarán esos perros del Tribunal de Seguridad...

Manuela, desde el comedor, les llamaba para el desayuno:

—¿Es que queréis matarme de hambre?

—Vamos, Marcos —dijo Mariana con un esfuerzo en la voz.

Manuela levantaba al niño en brazos, le adoraba. Pasaba buena parte del día

jugando con el pequeño, corriendo los dos por el apartamento. Amenazaba a Mariana con raptarle al hijo, y aún ahora repetía:

—Me lo quedo para mí...

Pero reparó inmediatamente en la tristeza de su amiga, y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Fue Marcos quien respondió, con voz ahogada:

—Han condenado a João a ocho años.

Manuela apretó al niño contra sí. Las lágrimas saltaron de sus ojos azules:

—Mariana, hija mía...

Fue un triste desayuno el de aquella mañana. Manuela cogía la taza, pero no podía llevársela a los labios. Tenía al niño en su regazo, acariciándole. Marcos volvió al cuarto para cambiarse de ropa. Mariana decidió salir con él:

—Voy a ver al abogado. Irá a la cárcel a que le comuniquen oficialmente la sentencia. Iré con él. Tal vez me dejen hablar con João.

Volvió a la hora de comer. Ya no había amargura en su rostro. Había conseguido entrar con el abogado, y habló con João. Ya no se sentía vacía y amargada, había recobrado su equilibrio, se sentía apta para soportar la larga separación. Él le había dicho:

—Volveré mucho antes de que se completen los ocho años de condena...

Apretó su mano, y añadió:

—Tú y los otros camaradas nos sacaréis de la cárcel.

Era lo que Mariana le explicaba a Manuela: él jamás perdía la perspectiva, su ánimo nunca se abatía. Mariana, durante la visita, le habló de su deseo de volver cuanto antes a las tareas del Partido. Ahora que le habían condenado, sólo a través de su trabajo se sentiría ligada a él como si el mar no les separara. Sólo así, construyendo con el Partido las condiciones para liberarle. Quería pedir su vuelta inmediata a la actividad. Pero João no se lo había consentido.

—Estás aún muy débil, no vas a poder aguantar. Espera por lo menos un mes, aliméntate, reposa, recupérate. ¿No ha sido ésa la tarea que los compañeros te han encomendado? ¿Recuerdas cuando el Rubio enfermó en São Paulo? ¿Lo que discutimos entonces? Si no descansas ahora, no aguantarás el trabajo que te espera, vas a enfermar seriamente, y vas a cargar de trabajo a los camaradas en vez de ayudarles.

—Pero es que el trabajo me ayuda a soportar...

—Lo sé. A mí también. Pero tú eres comunista, Mariana, y no tienes derecho a dejarte abatir por mi condena. Estás aquí para reposar y recobrar fuerzas. Trata de hacerlo con la misma conciencia con que realizaste las otras tareas. Aprovecha el tiempo para leer, aprovecha la compañía de Marcos, él puede enseñarte mucho. Y mientras me tengan aquí, ven a verme, y trae a nuestro hijo...

Mariana repetía la conversación a Manuela. La bailarina se sentía conmovida:

—No te dejaré salir de aquí hasta que te vea fuerte y recuperada. Ni a ti ni a

Luisinho.

Llegó Marcos. Para ver a Mariana, para saber cómo se encontraba, no había comido en el centro como hacía habitualmente. Les propuso que fueran los tres al cine, para distraerse. Pero Mariana se negó:

—Gracias, Marcos. No te preocupes. El desaliento ya ha pasado —sonrió melancólica—. Me ha bastado ver a João. Él me curó. Esta tarde la pasaré leyendo. Llevo atrasado mi programa de lecturas.

—Me alegra mucho. Ya sabía que ibas a reaccionar rápidamente, pero no sabes qué alegría me da verte tan serena. En este caso, vuelvo a las obras...

Por la noche dieron los tres un paseo por la playa. Hablaban de las cosas más diversas, pero pensaban los tres en João, en el Rubio, en Oswaldo, en los demás compañeros condenados. Manuela veía de cuando en cuando una sombra de melancolía en los ojos de Mariana, abiertos hacia el oleaje que batía contra la arena. «¿Qué puedo hacer para distraerle?», se preguntaba.

Cuando volvieron, Marcos entró en su despacho. Tenía que terminar un trabajo. Manuela dijo:

—Tú nunca me has visto bailar, Mariana...

—Nunca... —sonrió la obrera—. Y si te digo la verdad, lo único que he visto de ballet ha sido en una película. Así, directo, en el teatro, nunca.

—Pues hoy voy a dar un recital sólo para ti. Vamos a preparar el escenario... —Apartaron sillas y mesas, eligió los discos—. Voy a vestirme. Ahora vuelvo.

Se maquilló y se vistió como si se preparara para actuar en el teatro. Apareció diáfana y bella en la penumbra de la sala. Se elevó la música de *El Lago de los Cisnes*, y Manuela inició la danza. Marcos salió del despacho y se quedó clavado en la puerta.

Sentada en un sillón, con los ojos húmedos, como encantada, Mariana sonreía. Sobre su silencioso dolor, sobre su corazón sufrido, la música se derramaba como un bálsamo. De los audaces pasos de Manuela se alzaba la certeza de un mañana feliz:

«¡Ah! Un día, sin duda, volvería João. Y volverían a trabajar los dos juntos, a construir juntos un universo armonioso y puro como aquella música, como aquella danza. Para conquistarlo, para sentar profundamente sus bases, valía la pena soportarlo todo, hasta la separación más larga y triste. Valía la pena construir ese mundo de paz y de amor, de belleza y de alegría que Manuela expresaba con su danza».

Cuando al bajar de los primeros tranvías, a la luz aún indecisa de la mañana recién nacida, los obreros vieron las banderolas rojas en los cables de la electricidad, una sonrisa pasó de boca en boca. Unos a otros se avisaban con los codos. Hubo incluso algunos que se detuvieron para ver mejor, otros aflojaron el paso. Uno incluso murmuró:

—Ya decía yo que no iban a acabar con ellos...

Eran unas pocas banderitas de papel rojo balanceándose a la brisa de la mañana, colgadas seguramente por los mismos hombres que en la noche habían pintado una inscripción en los muros de un banco, un poco más allá:

AMNISTÍA PARA PRESTES. ABAJO VARGAS

Bien poca cosa, sin duda, pero qué gran cosa para los ojos de los obreros que bajaban de los tranvías en aquella mañana de octubre. No tardaría en llegar la policía para arrancar las banderolas, para intentar borrar la inscripción. Pero ya habría circulado la noticia por las fábricas, por los locales de trabajo, por los talleres. Se habría extendido hasta los suburbios e incluso por el interior del Estado, llevada por los conductores de camiones y autobuses: allí estaba el Partido otra vez. Era mentira que lo hubieran liquidado.

Los grupos de obreros, cada vez más compactos, veían las banderolas al bajar de los tranvías, y más adelante, leían la inscripción aún fresca. Una súbita admiración parecía dominar a los diversos grupos, surgían comentarios, se alegraban los rostros.

Y no era sólo en el Largo da Sé donde se agitaban alegres las banderolas rojas. Frente a las grandes fábricas, en la ciudad de São Paulo y en los suburbios, banderolas e inscripciones se sucedían marcando la presencia activa del Partido. Y, a lo largo de varios días, en varios puntos de la ciudad, fueron lanzadas octavillas denunciando al gobierno, que encarcelaba a los hijos menores de la clase obrera, condenaba al pueblo al hambre y vendía el país a los imperialistas extranjeros, norteamericanos y alemanes. Los volantes estaban firmados por el Comité Regional de São Paulo del Partido Comunista de Brasil, y los obreros y trabajadores de los más diversos ramos, los intelectuales, el pueblo, leían a escondidas aquellas consignas. Las sirenas de la policía volvieron a oírse y los coches cruzaban las calles sin respetar las señales de tráfico. En las fábricas, aparecidos nadie sabía cómo, circulaban los volantes. Y con ellos volvía la alegría, con ellos renacía la confianza.

Al acabar aquel día, cuando ya había cesado el trabajo en las empresas, un viejo obrero de cabeza cana y ojos fatigados empujó la puerta de una casita del suburbio. En el único cuarto, sobre las tablas sin colchón de la dura cama, yacía el cuerpo enflaquecido de una enferma. También ella era vieja, el rostro descarnado, los ojos febriles. De vez en cuando escapaba de sus labios un débil gemido. Al lado de la

cama, sobre el bidón vacío de petróleo, unos pocos frascos de medicamentos.

El obrero entró en el cuarto, se inclinó hacia la enferma, tomó su mano ardiente de fiebre:

—¿Cómo estás?

—Igual... —murmuró ella.

Intentó levantarse apoyándose en el codo, pero el viejo no se lo permitió:

—Deja, ya me arreglo solo...

Ella se esforzó por sonreír:

—La comida está en la alacena. No tienes más que calentarla un poco...

Pero el marido se quedó aún un momento en la habitación. Se sentó al borde del lecho, se metió la mano bajo la camisa, sacó una hoja impresa. La mujer alzó la cabeza para ver mejor:

—¿Qué es?

—Mira: «El Comité Regional de São Paulo del Partido Comunista de Brasil se dirige a obreros y campesinos...».

—Lo sabía... Lo sabía... —murmuró la enferma dejando caer de nuevo la cabeza sobre las tablas—. Sabía que estaban trabajando. Ahora sí. Ahora puedo morir contenta. Lo peor era pensar que estaba todo terminado.

Cerró los ojos, y una dulce expresión cubrió su rostro macilento.

El viejo continuó leyendo. Sus manos temblaban levemente, y se notaba su emoción. Nunca habían sido, ni él ni su mujer, miembros del Partido. Pero desde hacía casi doce años, desde que fue fundado en 1922, ellos lo seguían, obedecían sus directrices, daban dinero para el Socorro Rojo y luchaban bajo su dirección por unas mejores condiciones de vida. A veces incluso habían escondido en su casa a militantes perseguidos. Como muchos otros en fábricas y haciendas, habían leído las declaraciones del jefe de policía de Rio sobre la supuesta aniquilación del Partido, habían sabido de la detención de los dirigentes nacionales, de hombres conocidos del secretariado regional, del Rubio, de João, de Oswaldo. Habían visto cesar toda actividad y pensaron durante un momento que podía ser verdad, que todo había terminado. El viejo acabó de leer y dijo:

—Había banderas rojas en los cables y en los postes. Una maravilla...

La enferma abrió los ojos:

—Quiero curarme. Ahora que ellos han vuelto, sí que vale la pena vivir...

En otras casas, en innumerables casas pobres donde faltaba lo necesario para la cena, renacía la misma luz de esperanza con el relato emocionado de un obrero que hablaba de las inscripciones y de las banderolas, o que leía las ardientes palabras de la octavilla. De nuevo el Partido estaba a su lado. Era como una luz en el fondo del túnel.

El portugués Ramiro alzó los ojos y miró con admiración y afecto el rostro enflaquecido del camarada Vitor. Éste intentaba dispersar a manotazos el humo de los pitillos fumados por los compañeros que acababan de salir. Era un cuarto pequeño, de ventanas cerradas, y Vitor, que no fumaba, echaba pestes contra los fumadores:

—Fuman como chimeneas. No sé qué gusto le pueden encontrar al tabaco...

Ramiro se reía:

—Espero que no deCRETES la abolición del tabaco en el Partido. Perderíamos a mucha gente buena. Vitor se echó a reír también:

—Bueno, ¿cómo va todo?

Ramiro empezó a hablarle de la repercusión de aquella primera actividad pública de la nueva regional: las banderolas, las pintadas, las octavillas.

—Los compañeros de Nitro-Química me han dicho que nunca han visto a la gente tan alegre. Muchos pensaban ya que el Partido había sido realmente liquidado.

La sonrisa se amplió en sus labios:

—Eso es lo que le anima a uno: el amor que los trabajadores sienten por el Partido. Hasta gente que aparentemente no tiene nada que ver con nosotros, que sólo toma contacto en ocasión de una huelga o de una cosa así... Los volantes pasaban de mano en mano, la gente corría tras ellos.

Vitor quería detalles, le gustaba oír hablar de hechos concretos, aunque fueran pequeñas historias consideradas insignificantes por los demás.

—La policía apareció por Santo André y anduvo rondando por las fábricas, pero el personal se portó tan bien que no pudieron coger a nadie. ¿Sabes, Vitor? Ahora empiezo a comprender lo que siempre dijiste: que podemos organizar aquí un gran Partido de masas. La verdad es que yo no lo entendía bien, andaba apartado de la masa, encerrado en el Partido...

—Sí, el Partido estaba encerrado en sí, lejos de la gente. Los camaradas, para defender lo que quedaba de la organización, se habían cerrado, aislándose. Eso fue lo que pasó.

—Tardamos demasiado en salir a la calle —comentó el portugués—. Por eso muchos pensaban que el Partido estaba liquidado.

Vitor movió la cabeza:

—No es eso. Aquello era una etapa necesaria: había que poner en pie un mínimo de organización antes de empezar a actuar de nuevo. ¿De qué servía salir otra vez a la calle sin una dirección formada, sin una organización de bases? Yo comprendo la impaciencia de ciertos camaradas, pero no era justo precipitar los acontecimientos. Obramos como debíamos. Y ahora: nada de exageraciones. No empecemos a pensar que tenemos que pasarnos todo el tiempo colgando banderas en las calles y haciendo pintadas. Hay muchas otras cosas que hacer: organizar el Partido, formar células en las empresas, reclutar cuadros y formarlos, preparar las condiciones para las luchas

que nos esperan.

Ramiro oía atento. En aquellos meses de trabajo silencioso se había vinculado profundamente a Vitor. Sentía por el dirigente una admiración cada vez mayor. Solía recordar cómo se habían encontrado desarbolados hasta que Vitor llegó de Bahía y se inició el trabajo de reorganización y puesta en marcha de la regional.

No hacía aún muchos días se habían reunido para elegir la nueva dirección regional. Durante tres días discutieron las tareas y la manera de realizarlas. Ramiro, elegido para la dirección, no ocultaba su alegría. Apenas unos meses atrás, la situación le parecía desesperada. Recordaba su primer encuentro con Mariana tras la caída del antiguo secretariado, las detenciones de decenas de camaradas, la liquidación casi total de los organismos de base. En aquellos momentos, la declaración del jefe de la policía parecía adquirir una trágica realidad. La misma Mariana, tan animosa siempre, había perdido por un momento la perspectiva, y él mismo, Ramiro, que la había criticado, no estaba muy convencido de que fuera posible levantar otra vez la organización, tan profundamente afectada por los golpes de la policía. Cuando Vitor llegó, él, Mariana y los escasos elementos en actividad estaban desesperanzados, entregados a un trabajo mínimo, recelosos de enfrentarse con la reorganización del sistema, desalentados. Reducidos a un aparato de ciclostil que tiraba unos centenares de hojas distribuidas casi exclusivamente entre los militantes y sus familias. Fue Vitor quien les empujó hacia adelante, en un trabajo de audacia y paciencia, perseverante.

Y Ramiro comprende cuánto ha aprendido con los dirigentes en aquellos meses de trabajo. Habían puesto de nuevo en pie las células más importantes, habían reclutado nuevos cuadros, habían reestructurado los comités en las ciudades más importantes del interior, habían reanudado el trabajo en el campo. El plano donde estaba señalada la implantación mostraba el avance del Partido, y ahora poseían una regional elegida, una dirección que gozaba de la confianza de los camaradas. Había aún mucho trabajo por hacer, sin duda, y además los planes de Vitor eran muy ambiciosos. Pero el Partido había vuelto a aparecer en las calles de São Paulo, los obreros de las fábricas lo habían recobrado, los periódicos hablaban de «la reaparición de los agitadores rojos». Ramiro no puede dominar la alegría mientras le cuenta detalles a Vitor.

El rostro del dirigente, flaco y fatigado, se anima oyendo la narración entusiasta del portugués. Luego da indicaciones concretas para la consecución del trabajo, analiza las condiciones en que éste debe realizarse, traza los rumbos por los que se debe marchar. Su voz, habitualmente brusca, se llena de suaves inflexiones para decir:

—¿Sabes, Ramiro? Hay algo que resulta de vital importancia: tener confianza en la clase obrera, en los trabajadores. Cuando medimos nuestras fuerzas, no tenemos que olvidar que somos el Partido del Proletariado, el Partido de todos los obreros, hasta de aquellos que aún no están activamente con nosotros. No debemos subestimar

nuestras fuerzas. Debemos tener audacia y, al mismo tiempo, equilibrio.

Se calló un momento:

—No es fácil. Lo sé. No debemos dejarnos embriagar por los éxitos, ni aterrorizarnos con los zarpazos de la reacción. No es fácil, pero tenemos que llevar adelante al Partido.

—¿Cuál es la cualidad que crees más importante para un comunista decidido a servir al Partido y a la Revolución?

—Son tantas... —respondió Vitor—. Tantas... Tenemos que formarnos día a día; necesitamos valor, honestidad, lealtad, una inteligencia vivaz y fecunda, tantas cosas...

Miró al portugués; sus ojos fatigados se mostraban soñadores:

—Pero hay algo que es necesario por encima de todo. El camarada Stalin nos enseñó que nuestro capital más precioso es el hombre. Un comunista, Ramiro, necesita tener el corazón lleno de amor a los hombres. He conocido gente que vino al Partido con el corazón lleno de odio a la vida y a los hombres, el odio era el único sentimiento que les acercaba a nosotros. Conocí a varios así. Ninguno de ellos permaneció en el Partido mucho tiempo. Sólo es legítimo el odio de clase. El odio a los explotadores. Pero ese mismo odio implica el amor por los explotados, ¿comprendes? Amar al hombre, tener un corazón capaz de comprender a los demás, capaz de estimarles, de ayudarles. ¿La mayor cualidad de un comunista? Su amor por el hombre, Ramiro. ¿Qué tarea puede ser la nuestra sino la de construir una vida feliz para los hombres? Y el amor por la Unión Soviética, donde esta vida es ya una realidad.

Se levantó; el portugués le contempló: alto, las largas entradas en las sienes, los ojos iluminados como los de un poeta en el momento de la creación, algo que animaba su rostro fatigado, aquella fuerza profunda que llevaba en su corazón.

—Por eso nuestro Partido es inmortal e invencible, Ramiro. No es que seamos unos superhombres... Somos hombres con cualidades y defectos; lo que nos diferencia de los demás es que pertenecemos al Partido. De él viene toda nuestra fuerza. De las ideas que son su razón de ser: la felicidad del hombre sobre la tierra, la creación de un mundo sin hambre y sin dolor. Por eso jamás nadie, ni un jefe de policía, ni Hitler, nadie, nadie puede vencernos. Porque nosotros amamos a la humanidad, luchamos por ella, el hombre es nuestro capital más precioso. Por eso nuestro Partido es inmortal e invencible, porque comunismo significa vida, elevación del ser humano. Nadie nos podrá aniquilar jamás, Ramiro. Nadie.

—A veces pienso —dijo Artur Carneiro Macedo da Rocha, alzando la copa de cristal y mirando a través de su fina materia transparente—, que nadie podrá vencerles jamás... Que luchamos por una causa perdida...

—Ya me dijiste eso una vez, y te respondí que era estúpido pensar así, que es una teoría suicida. Y me dan asco los suicidas: son unos desertores. Sé que no es fácil terminar con los comunistas: son como la mala hierba, hay que arrancar hasta las últimas raíces.

Costa Vale engulló un trago de whisky. Estaban en el despacho del banquero, la tarde del mismo día en que aparecieron las banderas rojas en los cables. En la sala, abierta sobre el jardín, estaban los amigos de la casa, alrededor de Marieta, convocados para una cena en honor del conde Saslawski, llegado de Europa para quedarse a vivir en Brasil. Comentaban todos la audacia de los comunistas. Aquellas banderolas y aquellas inscripciones murales habían relegado a un segundo plano al conde, con su aire romántico de fugitivo de la guerra y sus noticias recientes de Paulo y Rosinha.

En cuanto entraba un invitado nuevo, se reanudaban los comentarios sobre la reaparición pública del Partido Comunista, sobre aquellas banderas que ondeaban sobre los cables en el Largo da Sé, sobre las inscripciones en pleno centro, incluso en la fachada del banco de Costa Vale. Todos ellos: el poeta Shopel, a quien aquella prueba de la existencia y la actividad de los comunistas aterrorizaba hasta el punto de dejarle casi mudo; la comendadora da Torre, con sus ojitos vivos echando chispas de rabia, bramando contra la incapacidad de la policía; Lucas Puccini, proclamando la necesidad de una hábil política laboral que desconcertara a los obreros; el hacendado Venancio Florival, exigiendo la pena de muerte para todos los comunistas, tras un juicio sumario; el profesor Alcebíades de Morais haciendo el elogio de Hitler, de Mussolini y de Salazar. Sólo Susana Vieira no sabía nada de nada. No se había enterado de los hechos hasta llegar a la reunión:

—¡Ay, hija mía! No sabía nada... Estamos ensayando una obra nueva, norteamericana, y no pienso en otra cosa... Pero es que esos comunistas son realmente infernales... ¡Qué horror! Hasta en la compañía hay gente que simpatiza con ellos...

Los Ángeles habían terminado la temporada en São Paulo y preparaban ahora el repertorio para el año próximo, en Río. Bertinho andaba por la capital de la República en confabulaciones con el ministro de Educación para obtener un teatro permanente y una subvención mayor que la del año anterior. Pero sólo Teodor Grant se interesó por las noticias teatrales de Susana. ¿O sea, que entre la gente de la compañía, formada por muchachos de la mejor sociedad de São Paulo, había también gente que simpatizaba con el comunismo?

¡Vaya si la había!, respondió Susana: desde que la compañía se había

profesionalizado, tras el éxito del primer año, habían ingresado en ella artistas procedentes de otros medios, y algunos no ocultaban sus simpatías por el comunismo. Se pasaban el día elogiando al teatro soviético, presentándolo como el mejor del mundo... El agregado cultural del consulado de los Estados Unidos se interesaba por el asunto, quería saber los nombres de aquellos simpatizantes del comunismo... Los demás se habían enredado en una discusión acalorada sobre los medios más eficaces para acabar con aquella «peste», como decía el profesor Alcebíades de Morais.

El conde Saslawski, en un francés de pronunciación perfecta, intervenía en la discusión. Hablaba de la Polonia de antes de la guerra, donde, según él, el Gobierno había conseguido extirpar toda influencia comunista. Las mujeres escuchaban atentas, y hasta Susana Vieira abandonó a Teo Grant para ir a sentarse junto al conde, cuyo perfil eslavo le encantaba. El conde había llegado a Brasil pocas semanas antes, con cartas de recomendación de Paulo y de Rosinha para la comendadora y para Costa Vale. Le habían introducido en sociedad y su éxito había sido inmediato: circulaban historias sobre él, sobre la nobleza de su familia, sobre la fortuna que poseía en tierras y en acciones de fábricas y empresas, allá en Polonia. Sólo que la mayoría de las tierras quedaban en las comarcas ucranianas ahora recuperadas por la U.R.S.S. y, en cuanto al capital invertido en las fábricas, nada sabía el conde de él desde la invasión alemana. Sus padres, su hermana, su cuñada, habían conseguido refugiarse en Francia, y él esperaba poder traerles a Brasil. Sólo el hermano menor había quedado en Polonia, al cuidado de los intereses de la familia. Todo aquello rodeaba al conde de una atmósfera romántica que atraía a las mujeres. El conde, con su voz melosa de gigoló, hablaba de sus ricas tierras ucranianas: por lo que había logrado saber, los bolcheviques las habían entregado a los campesinos, antes sus siervos. Pero, sonreía el conde, cuando la guerra terminara, volvería, e iba a enseñarles a aquellos bandidos... Imagínense qué absurdo: su pabellón de caza, una preciosidad, había sido transformado en «club de cultura» para los campesinos. «Club de cultura» para unos analfabetos. Hasta daban ganas de reír...

No reía, pero sonreía hacia Alina da Torre, en quien había puesto los ojos desde que había llegado a São Paulo: al fin y al cabo, no era un empleo lo que buscaba el conde Saslawski. Sus títulos de nobleza le impedían dedicarse a ciertos trabajos, le explicó a la comendadora cuando ésta, para quedar bien con Paulo y con Rosinha, le ofreció veladamente un cargo directivo en sus empresas. De todas las ofertas hechas al conde, la única que le parecía compatible con su dignidad era el puesto de director artístico de un casino en las playas de Santos. Bertinho Soares estaba empeñado en conseguirse. Mientras esperaba, el conde rondaba a la sobrina de la comendadora. Ya desde Europa traía aquellos planes, al oír a Rosinha hablar de su hermana y de la fortuna de la tía. Por eso Lucas Puccini lo miraba con ojos cargados de desconfianza, aunque la comendadora le había explicado días antes:

—Si ese conde de la puñeta se cree que se me va a meter en casa y a sorberle los sesos a Alina, está pero que muy equivocado. Para nobles, me basta con Paulo. Me

basta y me sobra...

Las mujeres se compadecían del conde, en comentarios llenos de simpatía, mientras Venancio Florival exigía a gritos la pena de muerte para todos los comunistas.

Costa Vale arrancó de aquel barullo a Artur Carneiro Macedo da Rocha y se lo llevó al despacho silencioso donde saboreaban el whisky, comentando, ellos también, los últimos acontecimientos. Durante meses, todo había estado tranquilo y en calma. Artur recordaba las declaraciones del jefe de policía sobre la completa liquidación del Partido Comunista de Brasil: hecho que había reconciliado a Costa Vale con el gobierno. Y ahora, comenzaban a actuar los comunistas, y nuevamente habían aparecido inscripciones a brochazos en los muros del banco, en las paredes de las fábricas. Otra vez se hacía sentir aquella inquietante presencia. No tardarían en volver las huelgas, la agitación en los medios obreros, las dificultades para el trabajo en el Valle de Rio Salgado, las consignas contra el capital norteamericano. La voz del banquero, fría y dura, replicaba a la frase pesimista del exministro:

—Hay que aplastarles sin piedad, cortarles la cabeza...

Con la uña bien cuidada del dedo índice, Artur arranca sonoridades casi musicales del vaso de cristal:

—¿Cuántas veces nos han dicho, amigo José, que el comunismo estaba liquidado? Son ya tantas... Para liquidarlo pusiste tú en marcha el golpe del Estado Novo. ¿Cuál es el resultado? ¿De qué sirve detener y condenar? El pueblo cree en ellos cada vez más. Cree cada vez más en Prestes...

—Te lo dije ya una vez: hay que cortar cabezas, arrancar el mal de raíz. Y hay que hacer fundamentalmente dos cosas —su voz tenía el tono conminatorio de un general explicando el plan de la batalla decisiva—. Sí, para acabar con el comunismo aquí, en Brasil, necesitamos dos cosas: primero, acabar con él en Rusia. Y de eso va a encargarse Hitler; no tenemos por qué inquietarnos. La segunda es cosa nuestra: acabar con el prestigio de Prestes.

—¿Con el prestigio de Prestes? Es difícil... Cuanto más lo juzguen y condenen, más prestigiado va a salir...

—Depende de la forma como le condenen. He pensado mucho en eso. Hay que acabar con el prestigio de Prestes, y de este modo acabamos con el Partido. No bastan los golpes, estoy de acuerdo contigo: sólo un animal como Venancio puede pensar así. Tenemos que actuar de modo inteligente.

—¿Y qué aconsejas? ¿Qué piensas hacer?

—Tenemos delante el nuevo proceso contra Prestes. ¿No has notado la propaganda que se hace a su alrededor?

—Sí, presentándole como si fuera un asesino, un ladrón, un delincuente común...

—Exactamente. Hablé en Río sobre eso. Hay que dar una imagen repulsiva de Prestes. Eso es lo que necesitamos. El proceso está bien tramado, y nada importa que las acusaciones sean o no verdaderas. Tú bien sabes que cuanto mayor es la calumnia,

más posibilidades tiene de parecer verdad. Pero había una cosa equivocada: la manera de realizar el proceso. La verdad es que los procesos contra los comunistas se realizan casi a escondidas, sin la presencia de los acusados, a puerta cerrada. El resultado de este método es contrario al que deseamos. El pueblo cree que se le esconde algo, ¿comprendes?

—Es un poco sutil todo eso...

—No hay ninguna sutileza. Vamos a ver: piénsalo. Si juzgamos a Prestes públicamente, acusándole de todo lo que le acusamos, si le colocamos como un reo ante el pueblo, si abrimos las puertas del tribunal, si proclamamos su indignidad ante todo el mundo, ¡adiós a su prestigio! El prestigio se gana en muchos años, pero puede perderse en un minuto. Y eso es lo que vamos a hacer: liquidar esa aureola de héroe que envuelve a Prestes. El pueblo debe verle en el banquillo de los acusados, condenado por asesinato y como ladrón vulgar. Hay que hundirle, ¿comprendes? Y si se acaba con el mito Prestes, va a ser muy fácil acabar con el resto del Partido. Habremos arrancado las raíces del prestigio comunista...

—Sí. Tal vez tengas razón...

—Desde luego que tengo razón. Hablé con los del Tribunal de Seguridad. Que Prestes sea juzgado públicamente, que le concedan la palabra para que pueda defenderse, así se va a enterrar, y enterrará con él el prestigio de su maldito Partido. Desencadenaremos una campaña contra él, le acusaremos de cualquier cosa. Para eso tenemos a Shopel, a Saquila, a la prensa. De nada sirve andar deteniendo y condenando a gente si no golpeamos donde debemos golpear. Acabar con el prestigio de Prestes, terminar con ese respeto que le tienen, con la esperanza que ponen en él. Eso representa por lo menos avanzar la mitad en la lucha contra el comunismo. Después, sólo queda esperar que Hitler le prenda fuego al Kremlin. Con Prestes desprestigiado aquí, y con Stalin ahorcado en Moscú, podemos dormir tranquilos. Del comunismo no quedará ni el recuerdo.

Artur bebió el resto del whisky:

—Así sea. No deseo otra cosa...

José Costa Vale le lanzó una mirada:

—Tú eres un débil, Artur. Sois vosotros, los hombres como tú, los que permitís el avance del comunismo en el mundo. Tú perteneces a un tiempo pasado, aún crees en ciertas palabras huecas como democracia y libertad. Hoy, querido amigo, los tiempos son muy otros. Tenemos que golpear duro. Estamos en los tiempos de Hitler, de Mussolini. Ya ves como éstos acabaron con el comunismo en sus países. Pues bien: nosotros vamos a hacer lo mismo aquí. Y, para empezar, vamos a acabar con Prestes, a dejarle reducido a polvo ante el pueblo. Me gustaría que fueras a Río, para asistir al juicio.

Notas de piano, llegadas de la sala, penetraban en el despacho. Teo Grant estaba cantando. Costa Vale escuchó un instante.

—Sí. Porque, o acabamos con el prestigio de ese bandido, de ese Prestes que

sustenta la esperanza de esa canalla, o ellos, un día, acabarán con nosotros... Leí hace poco en una hoja de esas que publican nadie sabe cómo, que Prestes es la luz que ilumina el camino del pueblo. Pues bien: vamos a ahogar esa luz en el barro, amigo Artur...

Artur se servía más whisky:

—Sí, tienes razón. Liquidado Prestes, se acabó el comunismo en Brasil. Mañana por la mañana mandaré comprar un pasaje de avión para Río. Asistiré al juicio. Está señalado para pasado mañana, ¿no?

Costa Vale se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta:

—Ya está comprado... —Y entregó a Artur un billete de avión—. Para el avión de las once. Venancio Florival será tu compañero de viaje.

—¿Y qué va a hacer ese hombre a Río?

El banquero sonrió:

—El gobierno le nombrará interventor en Mato Grosso. Ahora, el estado de Mato Grosso es una especie de dependencia de la empresa del Valle de Rio Salgado...

—Y él es el interventor...

—Exactamente. Un cargo de la empresa...

Sus ojos fríos mostraban tal decisión que el diputado bajó la cabeza y cambió de tema. Aprovechó las notas altas de la canción, allá en la sala:

—Canta bien, ese Teodor Grant...

—Y sabe dónde tiene la cabeza. Esos norteamericanos saben lo que hacen. Son los amos del mundo, Artur...

Había llovido la víspera, con grandes aguaceros que se prolongaron al anochecer. Pero la mañana del 7 de noviembre de 1940 amaneció magnífica de sol y de luz, una de esas mañanas en las que toda la naturaleza de Río de Janeiro parece resplandecer en fiesta, cuando la ciudad, salida de la montaña y del mar, es un deslumbramiento para los ojos.

Artur Carneiro Macedo da Rocha, en el taxi que le llevaba al Tribunal de Seguridad Nacional, exclamó dirigiéndose a Venancio Florival, que chupaba absorto a su lado un puro negro y caro:

—Una mañana de gloria...

El hacendado emergió de sus concentrados pensamientos y abrió la boca en un bostezo. Como por gentileza para con el exministro, paseó sin el menor interés su mirada por la espléndida ensenada de Botafogo donde los rayos del sol tropical creaban audaces colores sobre el verde del mar y el verde de los árboles. Una figura apresurada de mujer, modestamente vestida pero de hermoso perfil, caminando al lado de la balaustrada, le hizo asentir:

—Bonita, desde luego. Artur, en esta ciudad hay cada mujer... Esto es lo que más añoro de mis años de senador... Y ahora voy a enterrarme otra vez en Mato Grosso...

—Lleva algunas como secretarias, para tu casa civil, señor interventor...

—Aún no me han dado el nombramiento... —se reía el hacendado.

La víspera le habían cursado oficialmente la propuesta. Por la noche lo celebró en una cena abundante que continuó luego en un bar alegre de Copacabana.

Artur le interpela nuevamente:

—¿Sabes qué día es hoy, Venancio?

—¿Día? ¿Qué día? ¿Es fiesta?

—Es el siete de noviembre...

—El siete de noviembre... —el latifundista buscó en la memoria las distantes lecciones de historia. ¿Y qué diablo ocurrió el siete de noviembre? El golpe del Estado Novo fue el diez...

—Lo que ocurrió es obra del mismo diablo, señor latifundista... —se rió Artur—. Hace hoy veintitrés años que se proclamó el régimen soviético en Rusia. Sólo que, por el antiguo calendario ruso, era aún octubre. Por eso le llaman la revolución de Octubre.

—Pues ya sabes, hasta en eso los comunistas son unos metelíos. Todo para confundir mejor al pobre pueblo, para engañarle, para lanzar contra nosotros a los trabajadores...

Reflexionó un momento, se arrancó el puro de la boca para pensar mejor:

—Entonces es su aniversario, ¿eh? Y en tal día nosotros juzgamos a Prestes, ¿eh? No está mal, no está mal... Ni que fuera hecho adrede...

—Adrede, sí... —murmuraba Artur, atento al chófer, que había vuelto la cabeza

al oír el nombre de Prestes.

Venancio Florival sacudió por la ventanilla del taxi la ceniza del puro, y afirmó con su voz palurda:

—A pesar de todo, mi opinión sobre ese invento vuestro de desprestigiar a Prestes es trabajo perdido. ¿Para qué gastar tanta argucia con ese bandido?

Para Prestes, sólo hay un sistema, Artur, y este sistema es ponerle contra el paredón y meterle cuatro tiros. Si yo fuera el gobierno, eso es lo que haría... — Tendió el puro en dirección al conductor, que una vez más volvía la cabeza curioso —. ¿Pasa algo, mulato? A ver si no es así...

El conductor puso cara de bobo:

—No sé de qué hablan. No prestaba atención. Parece que el motor falla...

Y un poco más allá detuvo el taxi.

Bajó, oyendo aún la respuesta de Artur:

—No siempre se puede hacer lo que uno quiere, Venancio. Y no siempre es eso lo mejor. En vez de un mártir ¿no es mejor presentarle como un bandido?

El conductor levantó la cabeza de junto al motor:

—Perdonen. La batería está descargada.

Bajaron. Venancio pagó refunfuñando:

—Ni un taxi a la vista. Vamos a tener que ir a pie...

Se alejaron andando. El conductor esperó a que se alejaran, y murmuró:

—Que sigan a pie si quieren, pandilla de canallas. ¡Matar a Prestes! ¿Es eso lo que queréis? ¿Pero es que ya no hay vergüenza...? ¡Habrás visto!

Venancio Florival se hundía otra vez en sus pensamientos, indiferente al paisaje que arrancaba exclamaciones de admiración a Artur. Otra vez, pensaba el hacendado, Costa Vale se imponía al gobierno, mandaba y ordenaba. En São Paulo el banquero le había dicho:

—Venancio, ha llegado la hora de volver a la política activa. No podemos dejar Mato Grosso en manos de cualquiera. Ahora que empezamos a explotar el manganeso del valle, necesitamos a alguien con mano dura en la Interventoría del Estado, alguien capaz de impedir que los comunistas vuelvan a moverse por allá. ¿Qué le parece el cargo de interventor del estado?

Pero no era sólo en los nombramientos donde el hacendado podía ver la mano poderosa del banquero. También en aquel juicio público de Prestes, rodeado de inmensa propaganda. En toda aquella escenografía se podía notar la presencia de Costa Vale dando órdenes a jueces, a políticos, a periodistas. Un tipo de cuidado, ese Costa Vale: suerte que estaba ligado a él, y de él le venían los negocios fáciles, el prestigio, la autoridad. Años atrás, como señor de extensiones inmensas de pastos y cafetales, senador de la República, temido y respetado, Venancio Florival se creía, en su ignorancia y en su arrogancia, superior en la escala social a aquel banquero con quien se había asociado en algunos negocios. Incluso trataba a Costa Vale con cierto aire de conmiseración: ¿No le engañaba su esposa a la vista de todos, sin que él

reaccionara siquiera? Pero ahora se daba cuenta de que la gracia madura de su mujer era también un arma en manos de Costa Vale, un arma que utilizaba como utilizaba la codicia del poeta César Guilherme Shopel, la ambición política de Artur Carneiro Macedo da Rocha, el poder feudal del propio Venancio Florival... Él era el patrón, sí, como solía repetir cínicamente el poeta Shopel en sus días de borrachera. El patrón de todos ellos, patrón de ministros, de directores de periódicos, de delegados de la policía, de los jueces del Tribunal de Seguridad, de poetas como Shopel, de gente como Hermes Resende, moviéndoles a todos, pero sin enredarse jamás en los cordones de aquel teatro de marionetas.

Artur caminaba también silencioso. Sus ojos se fijaban en el paisaje captando cada matiz de color y de luz, pero sus pensamientos estaban también prendidos en la imagen del banquero. Marieta había sabido elegir marido, Costa Vale era el hombre más poderoso del país. Tenía la confianza de los norteamericanos, era su «hombre» en Brasil. En todas partes se hacía sentir su presencia. Él iba a ser quien, realmente, juzgara a Prestes.

Artur había invitado al poeta César Gillherme Shopel para que le acompañara al juicio, pero el poeta se negó alarmado. Tenía miedo hasta de la sombra de los comunistas, y la simple idea de encontrarse en la misma sala que Prestes le hacía temblar. De nada había servido que Artur le recordara la situación en que se encontraría Prestes: llegado de la cárcel, de la incomunicación total, rodeado de policías, bajo terribles acusaciones, bajo los epítetos de asesino, de ladrón, de traidor de la Patria que el fiscal le lanzaría a la cara... Un Prestes así era el que iban a ver, colocado exactamente ante el pueblo para acabar de una vez con la leyenda de aquel Prestes incapaz de la menor claudicación, incommovible, el que había dirigido la Gran Marcha de la Columna, el de la Alianza Nacional Libertadora, el general de la insurrección de 1935, el jefe comunista que había transformado sus anteriores juicios en acusaciones contra el gobierno, el Caballero de la Esperanza que movía la imaginación del pueblo...

—Costa Vale es genial. Ésa es la verdad, amigo Shopel. Ese plan es realmente admirable...

Pero Shopel, con las grasas temblándole, ni así quiso ir al juicio. En el fondo de sí mismo tenía miedo, todo aquel plan de Costa Vale y del gobierno le parecía primitivo y peligroso.

—Un genio para los negocios, no hay duda. Hasta los norteamericanos lo reconocen. Pero fuera de ese mundo de los negocios no sabe nada de nada. Como los norteamericanos. No sabe nada de la psicología del pueblo. Ni de un hombre como Prestes. ¿Quién asegura que las cosas van a ocurrir como él piensa? Lo mismo quisieron hacer con Dimitrov en Alemania, ¿y te acuerdas del resultado? Quien tiene toda la razón es ese animal de Venancio: para gente como Prestes, sólo el pelotón de fusilamiento.

Artur se reía de los terrores del poeta, le indicaba los periódicos donde las noticias

de la guerra habían pasado a segundo plano: el juicio de Prestes en grandes titulares, las calumnias y las infamias en largas columnas de letra de imprenta. Uno de aquellos periódicos, de los más conservadores, abrió sus páginas a una entrevista con Heitor Magalhães, en la que el chantajista narraba un pretendido encuentro con Prestes en 1935, cuando «los comunistas habían querido convencerle para que iniciara una campaña de monstruosos actos terroristas», como escribía el reportero.

—Todo eso es obra mía y de Saquila —dijo Shopel—. Dios quiera que dé resultado. Pero lo dudo.

Artur recordaba las duras frases de Costa Vale sobre los pesimistas, dos días atrás, en São Paulo. Alzó el dedo de uña bien cuidada, y afirmó ante el pánico del poeta:

—Eres un pesimista. Mañana habrá terminado la vida política de Prestes. De héroe se habrá convertido en un delincuente común. Los mismos que hoy le adoran, maldecirán su nombre... Y será el mismo pueblo quien diga: «No, no era un héroe, nos había engañado». Y se apartará para siempre de él y de su Partido.

Ahora, camino del Tribunal de Seguridad, oyendo a Venancio Florival elogiar calurosamente a Costa Vale («es un tipo de cuidado»), trataba de olvidar los temores de Shopel: «Lo que le pasa es que tiene verdadero pánico, un pavor mortal de los comunistas».

El hacendado declaraba su entusiasmo por el gran industrial:

—Artur, mira lo que te digo: ese Costa Vale merece una estatua. Pero una estatua de esas grandes, ¿cómo se llaman? Sí, hombre, de ésas... —no encontraba la palabra que había oído en un discurso en el Senado. Fruncía la frente buscándola. Forzó la memoria, aflojando el paso:

—Una estatua... ¡Ah, sí! Una estatua ecuestre.

La muchacha sobre quien se habían posado los ojos de Venancio Florival en la ensenada de Botafogo era Mariana; también ella iba en dirección del Tribunal de Seguridad. Cuando le comunicó a Marcos su intención de asistir al juicio, el arquitecto se opuso. Pero Mariana discutió, y él acabó mostrando su conformidad, sensible a las razones que la mujer le exponía:

—Me quedaré en un rincón. Sólo quiero ver a Prestes. Nunca le vi. Es una oportunidad única.

Saltó del autobús en el comienzo de la playa de Botafogo, tenía aún mucho tiempo por delante, no quería llegar demasiado pronto. Mientras andaba al lado de la balaustrada, pensaba en Prestes, en el Partido, en la lucha. Le habían llegado noticias de la siembra de octavillas en las calles de São Paulo, de las banderas rojas en los cables, de las pintadas en los muros. Vitor y los otros camaradas estaban realizando un buen trabajo. También ella, Mariana, volvería pronto a la lucha: en cuanto João fuera enviado a Fernando de Noronha regresaría a São Paulo para ponerse a disposición del Partido. Así podría soportar mejor la ausencia de su compañero, entregada al trabajo, y así se sentiría cercana a él, pese a la inmensidad del mar que les separaba.

En una visita a João, le había explicado la significación de aquel juicio público a Prestes, lo que los enemigos esperaban lograr. Había sido aquella conversación lo que le decidió a asistir al juicio. En la sala se iba a trabar una batalla entre el Partido y la reacción; una batalla cuyos resultados serían importantes para la prosecución de la lucha. Así se lo había expuesto a Marcos la víspera, cuando el arquitecto discutía la oportunidad de su presencia en la sala.

Manuela, llena de simpatía por ellos, se horrorizaba ante aquella inmensa campaña de infamias, y preguntó:

—¿Qué es lo que están tramando?

—Quieren desprestigiar a Prestes ante el pueblo. Mostrar que Prestes está solo, que no cuenta con nadie. Para que el pueblo pierda la esperanza en él y piense que el Estado Novo está ahí para siempre, incommovible.

La bailarina abría los hermosos ojos azules con temor:

—¿Pero es que el pueblo va a creer todo lo que están diciendo sobre Prestes?

Mariana afirmó:

—Tengo la seguridad de que la imagen de Prestes saldrá engrandecida del proceso.

—Yo también estoy seguro. Y es preciso que sea así —hablaba Marcos, en voz baja, como consigo mismo—. El pueblo confía en Prestes. Cuando pienso en el pueblo brasileño, es la imagen de Prestes la que tengo ante mí...

Una pequeña multitud intenta entrar en el edificio de los juzgados. Los policías dispersan a los curiosos gritando y empujando:

—No hay sitio. No se puede entrar. Está todo lleno...

Pero la multitud no se dispersa. Se va quedando por las proximidades, junto al coche celular que ha traído a Prestes. Mariana consiguió entrar por casualidad, llegó cuando dos policías abrían paso a Venancio Florival y Artur Carneiro Macedo da Rocha. Se colocó tras ellos y entró. Un policía quiso cerrarle el paso, pero Venancio, reconociendo en ella a la muchacha a quien había visto fugazmente en Botafogo, le preguntó:

—¿Quiere entrar?

—Soy periodista —dijo Mariana—. De un periódico de São Paulo.

—Dejen entrar a la chica —recomendó el exsenador a uno de los guardias.

Y ella se encontró de pronto en la sala repleta. Artur y Venancio se sentaron en las sillas reservadas para ellos, tras los jueces. La audiencia había comenzado. El fiscal iniciaba la acusación.

Mariana, alzándose sobre la punta de los pies, pudo ver a Prestes entre dos hombres de la policía especial, la camisa sin corbata abierta sobre el pecho, mirando ante sí serenamente. Mariana no puede apartar los ojos del rostro sereno de Prestes, de sus ojos que una llama apasionada ilumina. Es él, él mismo, el dirigente legendario, el capitán intrépido, el primer obrero de Brasil, el hombre en quien millones de hombres depositan su esperanza, su fe. La voluntad inflexible, alimentada por un saber sin dudas, la certeza del futuro.

No sólo los ojos de Mariana están fijos en él. Todos los asistentes están presos por la firmeza y por la serenidad de aquel hombre, sólo los policías escuchan las viles palabras del fiscal. Los hombres y las mujeres allí presentes, gente del pueblo, han venido para ver a Prestes, para solidarizarse con él a través de aquella presencia silenciosa. Han venido porque confían en él. Mariana comprende cuán justa era su confianza: el pueblo no se dejaba engañar. Un sentimiento de orgullo y de alegría se mezcla con la emoción de ver a Prestes.

De pronto, cierto nerviosismo parece contagiarse a los asistentes: murmullos, gente que intenta colocarse para ver mejor, y luego un silencio profundo y completo. Mariana alza la cabeza: el presidente del tribunal, con voz apenas audible, acaba de conceder la palabra a Prestes.

Y la voz de Prestes se eleva, rica de amor y verdad. Cada palabra suena como un mensaje de esperanza y certidumbre, brotando en aquella sala vigilada por la policía, hasta alcanzar los rincones más distantes de Brasil:

Quiero aprovechar la ocasión que me ofrecen de hablar al pueblo brasileño para rendir homenaje hoy a una de las mayores fechas de la historia, al vigésimo tercer aniversario de la Gran Revolución Rusa, que liberó a un pueblo de la tiranía...

El juez grita histérico. Le retira la palabra. Los guardias de la sección especial de la policía, los inspectores de paisano, se lanzan sobre él, intentando arrastrarle fuera de la sala. Mariana ve aquella masa de policías llevándose al prisionero a la fuerza. El barullo es enorme, los espectadores se empujan para ver mejor, bajo la amenaza de

los policías. Mariana, que está ahora al lado de la mesa del tribunal, cerca de Venancio y de Artur, oye murmurar:

—Hemos perdido la partida...

No sabe que quien acaba de hablar es el exministro Artur Carneiro Macedo da Rocha, político importante de las clases dominadoras, hombre de Costa Vale y de los norteamericanos. No sabe tampoco que es Venancio Florival, latifundista y señor de inmensas tierras, quien responde con voz de odio incontenible:

—¡Para ése: el paredón, y tiros a la barriga...!

Mariana sabe sólo que son enemigos derrotados por la conducta comunista de Prestes, que son los mismos que querían desprestigiarle ante el pueblo, los que pensaban terminar con el prestigio del Partido, con el amor del pueblo a Prestes.

Por un instante, súbitamente, Prestes se libera de los policías y se vuelve hacia el pueblo, abre la boca para hablar. Pero de nuevo se lanzan sobre él. Mariana no puede contenerse más, y grita:

—¡Viva Luis Carlos Prestes!

Fue tan inesperado que, por un momento, nada hicieron. Desde la puerta por donde se le llevaban, Prestes volvió la cabeza y sonrió. Alguien gritaba al lado de Mariana:

—¡Fue ésta! ¡Fue ésta!

Luego, Mariana sintió que le retorcían un brazo. Los policías se abrían camino entre la gente, a puñetazos y empujones. Le agarraron con tanta fuerza que se la llevaron casi en volandas. Una pequeña multitud iba detrás de ella y de la policía, como si ya no les interesara nada el juicio, ahora que Prestes ya no estaba.

Fuera brillaba el sol en una mañana deslumbrante. Un policía empujó a Mariana hacia el coche celular. Ella tropezó, la llevaron a rastras, alguien le sostuvo. Al levantarse pudo sentir en los ojos de todos aquellos que se habían agrupado en la puerta y en la calle la misma calurosa solidaridad del hombre del pueblo que le protegía y le daba la mano.

—Gracias... —sonrió Mariana. Con paso firme, la cabeza erguida, se dirigió al coche celular.



JORGE AMADO (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001) fue un escritor brasileño.

Nació en la Hacienda de Auricídia, en el municipio de Itabuna, al sur del estado de Bahía. Su padre era dueño de una hacienda. Cuando tenía un año su familia se estableció en la población de Ilheus, en el litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del estado. En este periodo comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria y fue uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

Jorge Amado publicó su primera novela, llamada *El País del Carnaval*, en 1931, a los 18 años. Se casó con Matilde García Rosa dos años después, y con ella tuvo una hija, Lila, que nació en 1933, año en que publicó su segunda novela, *Cacao*.

Se graduó en la Facultad Nacional de Derecho en Río de Janeiro en 1935. Militante comunista, fue obligado a exiliarse en Argentina y Uruguay entre los años de 1941 y 1942, período en que hizo un viaje por América Latina. Al regresar a Brasil se separó de Matilde García Rosa.

En 1945 fue electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB), siendo el diputado más votado del estado de São Paulo. Como diputado fue autor de la ley que asegura la libertad de culto religioso. En este mismo año se casa con la también escritora Zélia Gattai.

En 1947, año en que nació João Jorge, su primer hijo con Zélia, el partido fue

declarado ilegal y sus miembros fueron perseguidos y apresados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta 1950. Su primera hija, Lila, murió en 1949. Desde 1950 hasta 1952 Amado residió en Checoslovaquia, donde nació su hija Paloma.

Al volver a Brasil en 1955 Jorge Amado se distanció de la militancia política, pero sin dejar el Partido Comunista. Se dedicó desde entonces integralmente a la literatura. Fue electo el 6 de abril de 1961 a la Academia Brasileña de Letras y recibió el título de Doctor Honoris Causa por diversas universidades.

Su obra ha sido adaptada al cine, al teatro y a la televisión, y también ha sido tema de varios trabajos de escuelas de samba en el Carnaval brasileño. Sus libros están traducidos a 49 idiomas y publicados en 55 países.

En 1987 se inauguró en el Largo do Pelourinho, en la ciudad de Salvador de Bahía, la Fundación Casa de Jorge Amado, que abriga y preserva su acervo para investigadores. La fundación también ayuda el desarrollo de actividades culturales en el estado de Bahía.

Jorge Amado murió en la ciudad de Salvador el 6 de agosto de 2001. Fue cremado y sus cenizas fueron enterradas en el jardín de su casa el día 10 de agosto, cuando cumpliría 89 años.